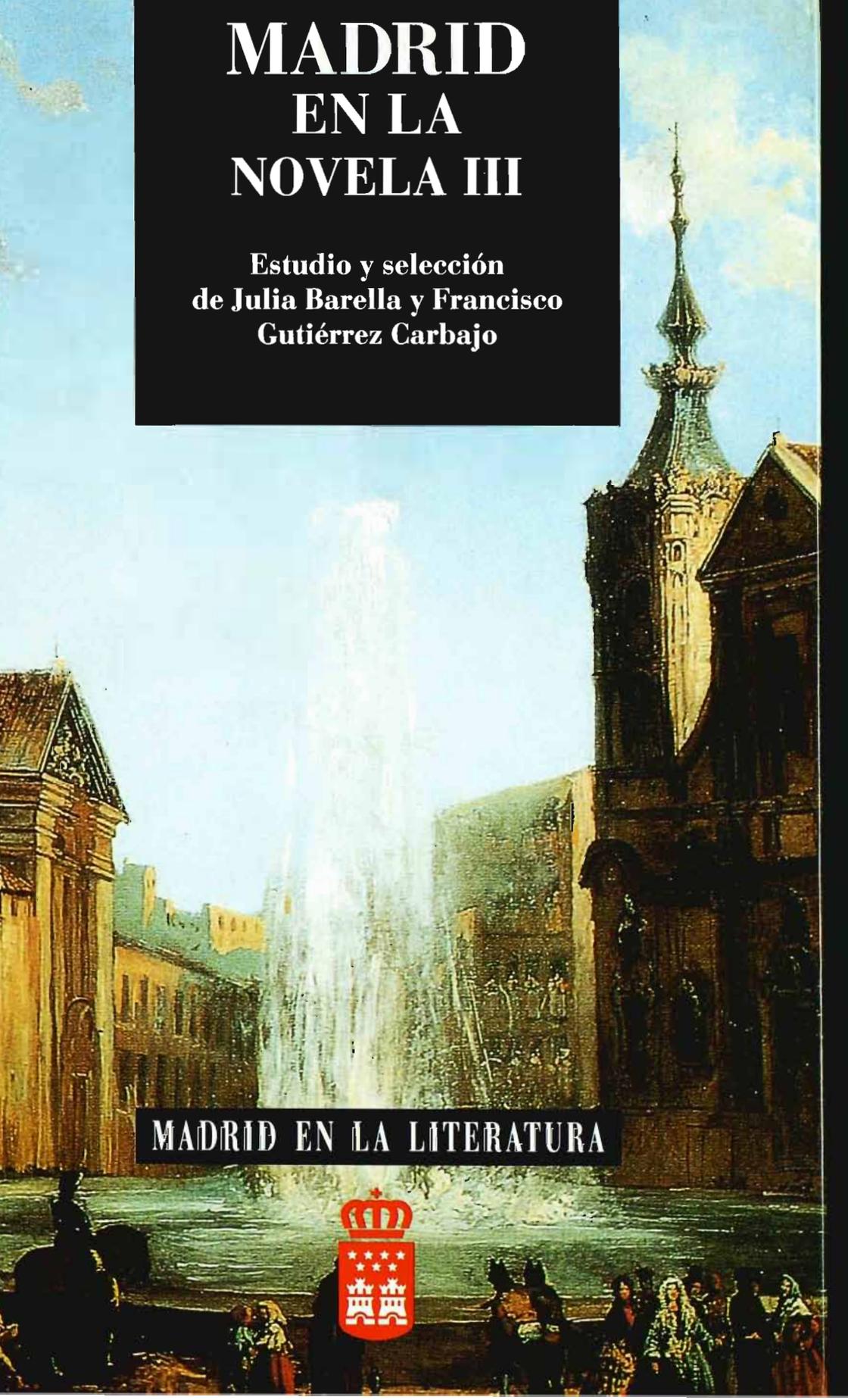


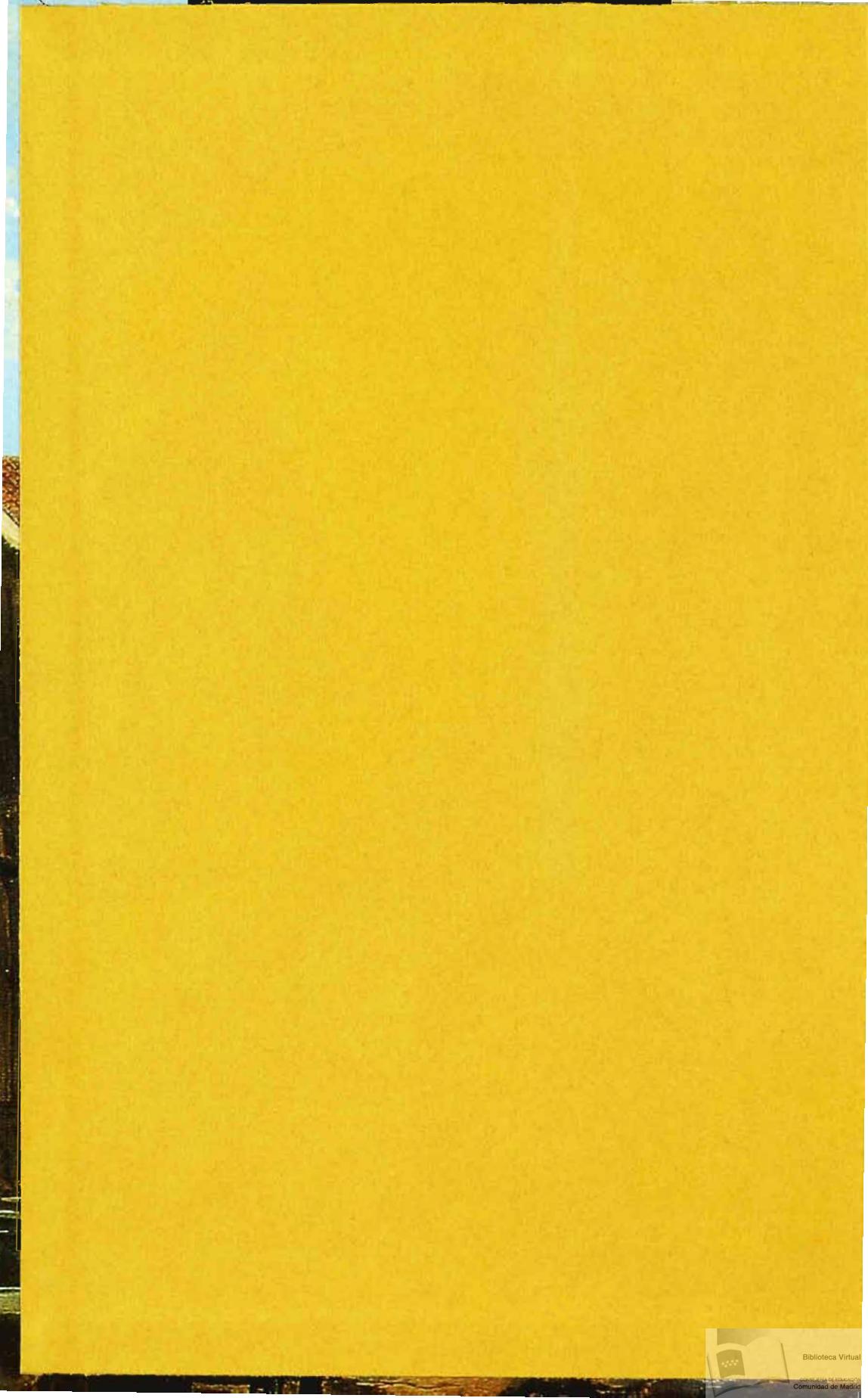
MADRID EN LA NOVELA III

Estudio y selección
de Julia Barella y Francisco
Gutiérrez Carbajo



MADRID EN LA LITERATURA











MADRID
EN
LA NOVELA
III



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

Reg.: 0445





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID EN LA NOVELA III

Estudio y selección de
Julia Barella Vigal y
Francisco Gutiérrez Carbajo



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Servicio de Publicaciones

C/ Alcalá, n.º 30-32

28014 MADRID



MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Ref.: 0445



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *La traída de aguas de Lozoya*, Eugenio Lucas Velázquez.
Madrid, Colección particular

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de cubierta: M^a González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería de
Educación y Cultura

Fotocomposición: Diseño Gráfico Gallego y Asociados, S.L.

- © Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1993
- © Del estudio y la selección, Julia Barella Vigal y Francisco Gutiérrez
Carbajo

BENITO PÉREZ GALDÓS

La fontana de Oro (fragmento)

- © Herederos de Benito Pérez Galdos

EMILIA PARDO BAZÁN

Insolación (fragmento)

- © Herederos de Emilia Pardo Bazán

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Riverita (fragmento)

- © Herederos de Armando Palacio Valdés

PÍO BAROJA

La busca (fragmento)

Aurora Roja (fragmento)

Mala Hierba (fragmento)

- © Herederos de Pío Baroja

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

La Corte de los milagros (fragmento)

Viva mi dueño (fragmento)

- © Herederos de Ramón del Valle-Inclán

Depósito legal: M. 36.825-1993

I.S.B.N.: 84-451-0727-5

Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado



Presentación

La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.

Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.

Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ
Consejero de Educación y Cultura



Introducción

Las novelas de la segunda mitad del siglo XIX nos presentan un Madrid literario y costumbrista, paralelo al real, que acabará determinando y configurando el Madrid de hoy. La ciudad que asoma en las páginas de «Clarín», Pereda, Galdós, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Baroja o Valle-Inclán terminará imponiéndose sobre nuestro Madrid de cada día, enriqueciéndolo humana y espiritualmente con la magia de la literatura.

La capital de España es, sin lugar a dudas, en esa época el crisol donde se funden los diferentes procesos históricos que alumbran la nueva organización del Estado. Las desamortizaciones de Mendizábal (1836) y Madoz (1855), al prohibir que hubiera conventos de menos de veinte religiosos y limitar su número a uno solo por orden en cada población, cambiaron la fisonomía de las ciudades españolas. Muchas órdenes religiosas debieron disolverse y se puso a la venta buena parte del rico patrimonio eclesiástico. En Madrid se vendieron más de quinientas fincas de la Iglesia. Galdós, en La Fontana de Oro, describe de forma admirable cómo era una de las calles más importantes del Madrid anterior a la desamortización de Mendizábal:

Pero hoy, cuando veis que la mayor parte de la calle [la Carrera de San Jerónimo] está formada por viviendas particulares, no podéis comprender lo que era entonces una vía pública ocupada casi totalmente por los tristes paredones de tres o cuatro conventos. Imposible es comprender hoy la oscuridad que proyectaban sobre la entrada de la Carrera el ancho paredón del monas-

terio de la Victoria, por un lado, y la sucia y corroída tapia del Buen Suceso por otro. Más allá formaban, en línea de batalla, las monjas de Pinto; por encima de la tapia que servía de prolongación al convento se veían las copas de los cipreses plantados junto a las tumbas. Enfrente campeaba la ermita de los Italianos, no menos ridícula entonces que hoy, y más abajo, en lo más rápido del declive, el Espíritu Santo, que después fue Congreso de los Diputados.

Como veremos en este y otros ejemplos, nuestros novelistas —los seleccionados en este libro y otros muchos— reflejan a la perfección buena parte de los hechos políticos, sociales, culturales y urbanísticos que ocurren en este Madrid que ya es considerado por todos una gran ciudad.

El ferrocarril será, por ejemplo, uno de los grandes acontecimientos que cambien la fisonomía y la vida de Madrid en los recién iniciados años cincuenta. Entre 1848 y 1858 se trazaron en España unos 500 kilómetros de vía férrea. En febrero de 1851, la reina Isabel II inauguró oficialmente el tramo que unía Madrid con Aranjuez. La estación de Atocha estaba ricamente engalanada y el pueblo de Madrid se encontraba en los andenes, admirando el espectáculo. El ferrocarril significaba, entre otras cosas, el fin de las aduanas comarcales y de la industria artesana. Pero el lento proceso de industrialización, que había comenzado en Cataluña y en el País Vasco, no parecía llegar a Madrid. La capital estaba menos pendiente de los procesos de industrialización que de los vaivenes políticos, discutidos de forma acalorada en las tertulias de los cafés; además, Madrid era una ciudad colapsada por una lenta Administración, como veremos en las novelas seleccionadas de Pereda, Galdós o Valle-Inclán.

La vida política de los años cincuenta y sesenta está presente en las novelas elegidas. En Pedro Sánchez, y también en La Corte de los milagros, no hay calle céntrica de la capital que no haya presenciado alguna vez una revuelta o un pronunciamiento. Vemos a los madrileños corriendo por la calle de Carretas, de la Montera o por la Carrera de San Jerónimo; los vemos acudir a la Puerta del Sol a manifestarse, bajo el reloj del Ministerio de Gobernación, junto a la estatua de la Mariblanca. Así nos lo cuenta Galdós en La Fontana:

Mari-Blanca continuaba en la Puerta del Sol como la más concreta expresión artística de la cultura madrileña. Inmutable en su grosero pedestal, la estatua, que en anteriores siglos había asistido al tumulto de Oropesa y al motín de Esquilache, presidía ahora el espectáculo de la actividad revolucionaria de este buen pueblo, que siempre convergía a aquel sitio en sus ovaciones y en sus trastornos.

Los años de hegemonía de la Unión Liberal consiguieron una cierta estabilidad que se tradujo en mejoras urbanísticas. Pronto asistiremos a las inauguraciones del Teatro Real, con La favorita de Donizetti, del Teatro de Novedades y del de la Zarzuela, con la representación de La zarzuela de Luis de Olona. Se termina la edificación del Palacio de Congresos y obtiene un gran éxito de público la primera Exposición Nacional de Bellas Artes (en 1856). Son años, además, de continuos y brillantes saraos en el Palacio Real (en uno de ellos se bailará por primera vez en España un «schottish», la llamada «polca alemana», que se convertirá en nuestro «chotis», el baile con el que se identificaría para siempre el pueblo madrileño).

Pero, como dice el cronista de la villa don Ramón de Mesonero Romanos, si el silbido de la locomotora que escuchó Madrid aquel día de febrero fue un hecho muy significativo, el otro gran acontecimiento sería «el inmenso regocijo con que [el pueblo madrileño] saludó el 24 de junio [de 1858] la llegada a sus muros de las aguas del Lozoya» (El Antiguo Madrid, Madrid, 1861). Pronto se inauguraría también en la Puerta del Sol una fuente con un surtidor que se elevaba a unos treinta metros del suelo, que admiraba a los madrileños y dejaba boquiabiertos a los que venían de provincias.

A principios de los años sesenta llega Galdós a Madrid y, como otros estudiantes, se aloja en las pensiones de la calle de las Fuentes y del Olivo. (Pedro Sánchez, el protagonista de la novela de Pereda, se alojará a su vez en una «posada de estudiantes montañeses, mozos de buen humor y bien regidos, en la calle de Caballero de Gracia».) Como otros jóvenes de su edad, don Benito «ganduleaba por las calles, plazas y callejuelas, gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital». Lo mismo que Galdós o que el protagonista de Riverita, en la novela de Palacio Valdés, el Pedro Sánchez de Pereda frecuentaba los teatros y los cafés:

Me explicaron cómo podría yo, recién llegado a Madrid, con algún dinero en el bolsillo, pasarlo regularmente entretenido: de día brujuleando por las calles; de noche con ellos, a primera hora, en el café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, y más tarde en Capellanes o en el Paraíso del Teatro Real.

Es éste el mismo Madrid bullicioso «con sus mil tabernillas, sus puestos ambulantes de quincalla, sus anticuadas tiendas y sus para-dores, que se conservan lo mismo que en tiempo de Carlos IV», del que habla doña Emilia Pardo Bazán en Insolación, donde también leemos:

¡Qué hermoso y agradable estaba el puente de Toledo! Lo recuerdo como se recuerda una decoración del Teatro Real. Hervía la gente, y mirando hacia abajo, por la pradera y por todas las orillas del Manzanares no se veían más que grupos, procesio-nes, corrillos, escenas animadísimas de esas que se pintan en las panderetas.

Un Madrid donde hormigean criaturas surgidas de una pequeña burguesía de comportamientos mezquinos e hipócritas, que se resiste a aceptarse a sí misma en su mediocridad, y que parece estar siempre pendiente de la opinión ajena. Es el caso de muchos de los personajes de las novelas de Galdós, como la mujer de Ramón en Miau:

Si Pura hubiera seguido vuestro sistema, otro gallo nos cantara. Pero ella no entiende de acomodarse a la realidad... De esta manera llevamos treinta años de ahogo, siempre temblando; cuando lo había, comiéndonoslo a trangullones, como si nos urgiese mucho acabarlo; cuando no, viviendo de trampas y anticipos... ¡Treinta años así, Dios mío! Y a eso llaman vivir. «Ramón, ¿qué haces que no te diriges a tal o cual amigo?... Ramón, ¿en qué piensas? ¿Crees que somos camaleones?... Ramón, determínate a empeñar tu reloj, que la niña necesita botas... Ramón, que yo estoy descalza, y aunque me puedo aguantar así unos días, no puedo pasarme sin guantes, pues tenemos que ir al beneficio de la Furrunguini... Ramón, dile al habilitado que te anticipe quinientos reales; son tus días, y es preciso convidar a las de tal o cual...» Con Pura no hay dinero que alcance: ni la paga de

un Director. El maldito suponer, el trapito, las visitas, el teatro, los perendengues y el morro siempre estirado para fingir dignamente de personas encumbradas, nos perdieron...

Mientras descubrimos esta burguesía a través de las novelas de Galdós, la aristocracia, que distinguimos en las novelas de Pereda, Pardo Bazán, Palacio Valdés y Valle-Inclán, está pendiente de las modas francesas, se mantiene al tanto de los cambios ministeriales y participa de los debates, para establecer así las alianzas políticas más favorables en cada situación; la aristocracia está al corriente de todo lo que pasa en Madrid, aun cuando sale fuera de la Corte a descansar en sus casas y fincas; la aristocracia ocupa los palcos principales del teatro, se reúne en el casino y frecuenta los saraos y tertulias en los salones privados de moda. La habilidad y la original sensibilidad con que Valle-Inclán supo captar estos ambientes llena gran parte de las páginas de La Corte de los milagros:

El Salón de la Marquesa Carolina —rancia sedería, doradas consolas, desconcertados relojes— repetía, un poco desafinado, los ecos literarios y galantes de los salones franceses en el Segundo Imperio. La Marquesa, ahora en su cautivante y melancólico otoño, escéptica de las ilusionadas peregrinaciones en busca del amor, conspiraba soñándose una Marquesa de la Fron-da. Acababa de encender las luces el lacayo de estrados, y la doncella, refelejada sucesivamente en los espejos de las consolas, reponía las flores en los jarrones. La Marquesa Carolina, esta noche, como otras noches, mimaba la comedia del frágil melindre nervioso, recostada en el gran sofá de góndola, entre tules y encajes, rubia pintada, casi desvanecida en la penumbra del salón retumbante de curvas y faralaes, pomposo y vacuo como el miriñaque de las madamas.

El destronamiento de Isabel II en septiembre de 1868 abre un largo período de inestabilidad política. Madrid es ya una ciudad iluminada por gas y tiene altos surtidores de agua que la adornan, dando muestras del mismo progreso que otras ciudades europeas; pero, sobre todo, han mejorado mucho los tremendos problemas que había de comunicación: se han creado el sello de Correos y el servicio de telégrafos, y han aumentado los kilómetros de vías férreas y de

carreteras. Tras el breve reinado de Amadeo y el efímero período republicano, volveremos a disfrutar de un período de cierta estabilidad política con la subida al trono de Alfonso XII. Si en tiempos de Amadeo se había inaugurado el Museo Arqueológico y el Asilo de las Lavanderas junto al Manzanares, durante la Primera República se inaugurarán el Instituto Geográfico y Catastral, el Museo de Antropología y el Viaducto de la calle de Bailén sobre la de Segovia, y, además, se tirará la última muralla que cercaba la Villa, de modo que Madrid podía, a partir de entonces, crecer libremente, crecer sin fronteras y a sus anchas. Nacen, entonces, los barrios de Argüelles, Vallehermoso y Chamberí.

El 14 de enero de 1875 hace su entrada triunfal en Madrid Alfonso XII. La popularidad del nuevo rey aumenta tras su matrimonio por amor con la bella María de las Mercedes. El pueblo de la capital disfrutó enormemente durante los doce días de festejos. Y el mismo pueblo lloró amargamente al ver morir a la gentil reina meses después.

Durante el reinado de Alfonso XII se inaugura la Estación de las Delicias, ampliando la línea férrea hasta Portugal, se construye el Palacio de Cristal del Retiro, se hacen las primeras pruebas de comunicación por teléfono, llega la luz eléctrica para iluminar las calles y plazas más importantes, se pone la primera piedra para la construcción de la catedral de la Almudena, y se abren al público dos teatros: el de la Princesa y el Lara.

Los años del reinado de Alfonso XII son años de esplendor en la vida cultural, de cenáculos y tertulias literarias en los cafés y salones privados, de gran actividad teatral, de gran movimiento editorial en el campo de la novela y la poesía. Los madrileños disfrutaban paseando al aire libre y acudiendo a las tertulias en los cafés. En todas las novelas vemos cómo les gusta a los personajes ir a dar un paseo en coche por el Prado, acudir a la romería de San Isidro, o a la Casa de Campo, y buscar cualquier ocasión para merendar a orillas del Manzanares. Y, curiosamente, en una de estas novelas elegidas, Insolación, nuestro tradicionalmente denostado río aparece tratado con especial cariño por doña Emilia, quien se queja del mal trato que siempre éste ha recibido:

No sé quién fue el primero que llamó feas y áridas a las orillas del Manzanares, ni por qué los periódicos han de estar siempre soltándole pullitas al pobre río, ni cómo no prendieron a aquel farsante de escritor francés (Alejandro Dumas, si no me engaño) que le ofreció de limosna un vaso de agua. Convengo en que no es muy caudaloso, ni tan frescachón como nuestro Miño o nuestro Sil; pero vamos, que no falta en sus orillas algún rinconcito ameno, verde y simpático. Hay árboles que convidan a descansar a la sombra, y unos puentes rústicos por entre los lavaderos, que son bonitos en cualquier parte.

Son éstos, también, los años más propicios para la creación de instituciones culturales. Una de ellas y quizá la más famosa fue la Institución Libre de Enseñanza. Era ésta una sociedad de carácter privado que centraría su atención en la enseñanza, fomentando en los estudiantes la observación directa de la naturaleza con excursiones por el campo, e incluyendo en su programa pedagógico la educación física, los trabajos manuales y la estética. Junto a estas nuevas asignaturas, fundamentales en la educación de los nuevos jóvenes, la Institución promovería en ellos la reflexión, la defensa de la libertad y el diálogo, frente al abuso de la autoridad y las posturas intransigentes de los viejos educadores. Hacia 1883 llegan los hermanos Antonio y Manuel Machado a Madrid y se instalan en una de esas calles del nuevo barrio del Marqués de Salamanca, concretamente en la de Claudio Coello. Vienen, como otros muchos jóvenes, para ingresar en la Institución Libre de Enseñanza y recibir así esa educación distinta que gran parte de la sociedad española estaba ya demandando.

Como veremos, en todas las novelas seleccionadas los personajes acuden con frecuencia a los cafés; éstos serán los lugares de encuentro preferidos por los madrileños. La vida en los cafés ocupa gran parte del día del estudiante, del pensionista, del escritor, del artista, del mendigo, del padre de familia, etc. Allí se reúnen todas las clases sociales, allí se hacen planes para el futuro, se cuentan chistes, se pasa el tiempo, se discute sobre política, sobre arte, literatura o filosofía. Antonio Velasco Zazo, cronista de Madrid, dice al respecto: «Ayer como hoy, el café, más que principal recreo, es como una necesidad del espíritu para la mayoría de la gente. La diversidad de clases, la proximidad de las mismas, las amenas conversaciones, las distintas

horas de unas y otras tertulias reflejan, a lo largo de los años y de los siglos, la fisonomía de cada época» (Panorama de Madrid. Florilegio de los cafés, Madrid, 1943, p. 12).

Éste es el Madrid del que habla «Clarín» en Una medianía:

El Madrid que goza se echaba a la calle a pie o en coche, con el afán de saborear sus ordinarios placeres nocturnos. Después de una tarde larga, aburrida, pasada entre paredes, se aspiraba con prisa y afán pueril el espectáculo esperado y querido, el rincón del café, que es casi una propiedad, la tertulia, en fin, la costumbre deliciosa y cara.

De la época de las botillerías (1820-1823) datan los cafés de Lorencini, Santa Catalina, Cruz de Malta, Fontana de Oro, Venecia y Príncipe (mejor conocido por su tertulia «el Parnasillo», junto al Teatro del Príncipe, hoy Teatro Español). Velasco Zazo afirma: «Las botillerías eran de pobre aspecto: locales húmedos y oscuros, suelo de ladrillo, zócalos de estera, quinqués clavados en la pared y mesas y bancos de pino» (op. cit., p. 11). Pero, sin duda, una de las mejores descripciones que tenemos de uno de los más famosos y antiguos cafés de Madrid, La Fontana de Oro (situado en la Carrera de San Jerónimo, haciendo esquina con la calle de la Victoria, y que ya en 1817, como botillería, contaba con una numerosa concurrencia), es la que nos ofrece don Benito Pérez Galdós en su novela homónima:

Entre los numerosos defectos de aquel local no se contaba el de ser excesivamente espacioso: era, por el contrario, estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenían el techo no guardaban simetría. Para formar el café fue preciso derribar algunos tabiques, dejando en pie aquellas vigas; y, una vez obtenido el espacio suficiente, se pensó en decorarlo con arte. [...] En los dos testers próximos a la entrada se colocaron espejos como de a vara; pero no enterizos, sino formados por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojadelata. Estos espejos fueron cubiertos con un velo verde para impedir el uso de los derechos de domicilio que allí pretendían tener todas las moscas de la calle. [...] Los muebles eran muy modestos: reducíanse a unas mesas de palo, pintadas de color castaño, simulando caoba en la parte inferior, y embadurnadas de blanco para imitar mármol en la parte

superior, y a medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crin, por innumerables agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro...

Qué fácil resulta, tras la lectura de esta descripción, construir en nuestra mente una perfecta maqueta del café de La Fontana tal cual era. En su novela, Galdós también nos habla de otros cafés, como el Lorencini en la Puerta del Sol, que reunía las condiciones de fonda, baños y billar, o el de la Cruz de Malta, que era considerado el más elegante.

También los saloncillos de algunos teatros son verdaderos puntos de reunión a finales del siglo XIX. En el de la Zarzuela tenemos noticias de que se reunían Echegaray, Romea y Serrano y Vives; en el del Lara, Vital Aza, Ramos Carrión, Benavente y los Alvarez Quintero, y en el del Español, Mará Guerrero, Galdós, Echegaray, Benavente, Linares Rivas y los Condes de Benalúa y Romanones.

El Café Suizo, uno de los que aparece con más frecuencia en esta antología, estaba en la calle de Alcalá en su confluencia con Sevilla. Allí acudían políticos, literatos y hasta financieros de abolengo. En la época de Amadeo, el Café Suizo y el Universal se disputaban la concurrencia de periodistas, artistas y literatos, pero hacia 1900 comienza a perder su renombre. Las tertulias eran a primera hora de la tarde. Allí se reunían Gisbert, Manuel del Palacio, Gutiérrez Gamero, Leopoldo Cano, López de Ayala, etc. En él se dan cita también los personajes de Sinfonía en dos novelas de «Clarín»; junto a sus puertas se apoyan los chulos que piropean a la protagonista de Insolación; a él acuden los personajes del Ruedo Ibérico de Valle-Inclán, quien nos ofrece la siguiente descripción:

El Café Suizo no cerraba sus puertas. El madrugero cazador —morrall, escopeta y perro— podía entrar con el alba a beberse una taza de café caliente, antes de salir al ojeo en la paramera de Vicálvaro. El Suizo mantenía siempre encendidos los pomposos tulipanes de la rinconada frontera al mostrador. Allí aposentábase un cenáculo de noctámbulos: el periodista mordaz, el provinciano alucinado, el cómico vanidoso, el militar de fanfarria, el respetuoso borracho profesional, admirador de los cráneos privilegiados, el guitarrista alcahuete, el opulento mendigo, primogénito de doble casa. Era una trinca apicarada y donosa, con ajadas plumas

calderonianas, un eco de arrogancias y estocadas, recogido en aire de jácara matona... El Suizo y sus tertulias noctámbulas fueron las mil y una noches del romanticismo provinciano... La Tertulia del Suizo, en sus horas más brillantes, con sus eternos temas de conspiraciones y valentías, lances de naipes y tauromaquia, cobraba un interés expresivo, una contorsión de teatral jactancia.

La Cervecería Inglesa, en la Carrera de San Jerónimo, reúne en 1873 a Armando Palacio Valdés y a Leopoldo Alas. Al Café Imperial, en los bajos del Hotel París, van los toreros, como vemos en Riverita:

Miguel se detuvo y sonrió al ver a su primo Enrique sentado a una mesa del Café Imperial al lado de la ventana y rodeado de varios toreros. Como no tenía prisa, aceptó el convite y se acercó a ellos, saludándoles...

Otro de los importantes centros de reunión es el Ateneo. Hacía 1821 algunos intelectuales, literatos y artistas deciden establecer un Ateneo para difundir las ideas ilustradas. En 1835 quedó instalado en la casa llamada de Abrantes, en la calle de San Agustín, esquina a la del Prado. Tenía un gabinete de lectura con las principales publicaciones nacionales y extranjeras. De la casa de Abrantes se trasladó al número 27 de la calle del Prado, luego se instalaría en la calle de Carretas, de ahí pasó al número 22 de la calle de la Montera y, después, otra vez a la calle del Prado, en esta ocasión al número 21, donde ha permanecido hasta nuestros días. El Ateneo era el lugar de encuentro de escritores, artistas, políticos y aficionados a la charla y a la cultura en general; allí «bullían algareros los Ejércitos de Apolo», como dice Valle-Inclán en La Corte de los milagros. En las páginas de Sinfonía en dos novelas «Clarín» nos pinta un Ateneo algo destartalado, donde se acude a leer la prensa extranjera: «Se vio, sin saber cómo, en aquellos pasillos tristes y oscuros, llenos de humos... llegó al salón de periódicos y se sentó decidido a no mirar más que papeles extranjeros..» Entre ellos, nuestro desconsolado personaje elige Le Journal de Petersbourg.

Tras la muerte de Alfonso XII en 1885, comienza la regencia de María Cristina. Esta última década del siglo XIX se dedicará, en primer lugar, a organizar las celebraciones del IV Centenario del

Descubrimiento de América y, en segundo lugar, a llorar la pérdida de las últimas colonias: Cuba y Filipinas.

En esos años, el Instituto Geográfico prepara un informe sobre la vida y la higiene en Madrid. En el informe se ofrecen datos alarmantes: faltan muchas zonas por alcantarillar; las zonas de los arrabales y de los suburbios están totalmente desasistidas de infraestructura; es necesario urbanizar las afueras de la capital, convertidas ya en populosos barrios; hay que construir hospitales; debe vigilarse el consumo de alimentos en la vía pública y las condiciones higiénicas de las casas de «vecindad y de dormir». Éste es el Madrid que se nos describe con todo tipo de detalles en la trilogía de La lucha por la vida barojiana:

Descendieron por el arroyo de Embajadores... Llegaron los dos primos a una barriada miserable y pequeña... anduvieron todos los chicos merodeando por la Casa del Cabrero.

Llamaban así a un grupo de casuchas bajas con un patio estrecho y largo en medio. En aquella hora de calor, a la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándoselo una a otra y dándole cada una su chupada.

Madrid sigue siendo esa misma ciudad que ofrece penosas posadas y pensiones que nos recuerdan a las del Madrid de los Austrias, como la descrita en estas líneas de Baroja que pertenecen a La busca:

El comedor, un cuarto estrecho, el papel amarillo del cuarto, rasgado en muchos sitios, sustentaba a trechos círculos negruzcos, de la grasa del pelo de los huéspedes. Los muebles, las sillas de paja, los cuadros, la estera, llena de agujeros, todo estaba en aquel cuarto mugriento, como si el polvo de muchos años se hubiese depositado sobre los objetos unido al sudor de algunas cuantas generaciones de huéspedes... De día, el comedor era oscuro; de noche, lo iluminaba un quinqué de petróleo de sube y baja que manchaba el techo de humo...

Pensiones en las que se come como se podía comer en casa del Dómine Cabra quevedesco:

La patrona mandaba traer todas las mañanas una cantidad enorme de huesos para preparar el cocido. Era posible que en aquel montón de huesos hubiera, de cuando en cuando, algunos de cristiano, pero lo seguro es que fuesen de carnívoro o de rumiante, en aquellas tibias, húmeros y fémures no había casi nunca una mala piltrafa de carne.

Es el Madrid del hambre, de la mala alimentación, de la escasez, de los niños mendigos merodeando por las calles, como leemos en las páginas de Riverita:

- ¿Y habéis comido por la mañana?
- Sí.
- ¿Y qué habéis comido?
- Lentejas y pan.
- ¿No habéis comido nada desde entonces?
- Un poco de pan que me dio Pepe.

Recordemos que en Madrid se dan los más altos índices de mortalidad en comparación con las ciudades europeas. (A principios del siglo XX la Beneficencia de Madrid sólo comprendía el Colegio de San Ildefonso, los Asilos de San Bernardino, los Depósitos de mendigos, diez Casas de socorro y otros tantos Asilos de noche.) En 1901, cuando toma posesión de la alcaldía de Madrid Alberto Aguilera, se insiste en los males que acucian a la Villa. Se habla de que es una de las capitales de Europa más vieja y con menos comodidades, que la mortalidad es aterradora, que la falta de higiene y la carestía de la vida hacen casi imposible la vida. Se solicita la construcción de viviendas que sustituyan la vida infrahumana en muchas de las buhardillas, barracas y cuevas, que entre el sol en las viviendas de los madrileños, que se remoce el Manzanares... Éste es el Madrid que protagoniza las páginas de la trilogía barojiana de la Lucha por la vida; en Mala hierba, vemos, por ejemplo, a los mendigos, a los pobres, a los enfermos, a los desasistidos vagando por las calles en busca de asilo:

Decidieron a ir al Asilo de las Delicias a pasar la noche. Ninguno de los dos se preocupaba de buscar trabajo. Llevaban ya cerca de un mes vagabundeando, y un día en un cuartel, al siguiente en un convento o en un asilo, iban viviendo. [...]

Manuel empenó la capa, y por consejo de Jesús se abrigó el pecho con unos periódicos. Dieron diez reales en una casa de préstamos por la prenda y fueron los tres a comer a la tienda-asilo de la Montaña del Príncipe Pfo. [...] Propuso don Alonso ir a dormir al Depósito de mendigos. [...] Iban saliendo sus habitantes hacia Madrid, a la busca, por las callejuelas llenas de cieno; subían unos al paseo Imperial, otros marchaban por el arroyo de Embajadores. [...] Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Peor aspecto que los hombres tenían aún las mujeres, sucias, desgredadas, haraposas. Eran una basura humana, envuelta en guñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y de la miseria.

Pero volviendo a los años de la Regencia, asistiremos a la construcción del Palacio de Linares, del edificio del Banco de España y del de la Real Academia de la Lengua.

Hacia 1896 llega «Azorín» en tren desde Valencia. Primero reside en un piso abuhardillado de la calle de Barquillo. Es el mismo año que se presenta en un edificio de la Carrera de San Jerónimo, frente a la calle de Ventura de la Vega, el cinematógrafo. Madrid se hace cosmopolita, aunque la carestía de la vida va en aumento. Poco después empezarán los famosos derribos de la Gran Vía.

En 1898 se pierde la guerra en Filipinas y en Cuba. Cuando llega la noticia de la pérdida de Filipinas, el dos de mayo, la gente se lanza a la calle y la indignación popular se manifiesta en gritos contra el Gobierno y las fuerzas armadas. Todos reprochan a la prensa el engaño y al Gobierno la falta de previsión. Meses después, en julio, la desmoralización se generalizará tras el desastre de Cuba. En El Tiempo y en El Heraldo de Madrid se publican artículos desalentadores: «Hemos perdido todo» se repite una y otra vez. (Recordemos el famoso artículo de Francisco Silvela titulado «Sin pulso»).

En los últimos años del siglo XIX la burguesía y gran parte de sus ideales se ven amenazados por la fuerza del proletariado y las nuevas ideologías: socialismo, comunismo y anarquismo. Es entonces cuando el Realismo, que había caracterizado la literatura desde que el Romanticismo y su retórica pasaran de moda, entra en crisis. Son los

años en que aparecen nuevos estilos en el arte y la literatura, nuevas formas de comprender la creación artística y de enfocar el compromiso del artista con la sociedad; son los años en que dan sus primeros frutos los representantes de una nueva generación: Miguel de Unamuno, Pío Baroja, «Azorín», Ramiro de Maeztu, Valle-Inclán, los hermanos Machado y Rubén Darío, entre otros.

El siglo XIX ha terminado. En 1901, los madrileños tienen un nuevo parque por el que pasear, el recién inaugurado y umbrío Parque del Oeste. Un año después, el rey Alfonso XIII jura solemnemente la Constitución en el Congreso. Durante siete días se mantendrán iluminadas por la noche la Puerta de Alcalá y la fuente de Cibeles, así como los Palacios de la Equitativa, de la Gobernación y del Ayuntamiento. Un nuevo siglo comenzaba...

JULIA BARELLA VIGAL
Universidad de Alcalá de Henares

NOTA TEXTUAL

Las ediciones que hemos utilizado han sido las siguientes:

- José María de Pereda, *Pedro Sánchez*, Madrid, M. Tello, 1883.

- Benito Pérez Galdós, *La Fontana de Oro*, Madrid, Alianza, 1970; *Miau*, ed. Robert J. Weber, Madrid, Guadarrama, 1978.

- Emilia Pardo Bazán, *Insolación*, Barcelona, Sucesores de N. Ramírez, 1889.

- Leopoldo Alas, «Clarín», *Doña Berta*, Madrid, Fernando Fe, 1892; *Sinfonía de dos novelas*, en *Su único hijo*, ed. José María Martínez Cachero, Madrid, Taurus, 1991.

- Armando Palacio Valdés, *Riverita*, en *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1940.

- Pío Baroja, *La busca, Aurora roja, Mala hierba*, Barcelona, Planeta, 1961.

- Ramón del Valle-Inclán, *La Corte de los milagros*, Austral, nº 108, Espasa Calpe, Madrid, 1992; *Viva mi dueño*, Austral, nº 193, Espasa Calpe, 1992.

Todas las ilustraciones proceden de los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid, a cuyos responsables agradecemos su amabilidad y buena disposición. Queremos, asimismo, expresar nuestra gratitud a Ana Barella, José Sharón Hernández, Mercedes Prado, Enrique Andrés y Pedro Sánchez Prieto.

J. B. V. y F. G. C.

José María de Pereda

José María de Pereda (1833-1905) nace en Polanco, en el seno de una antigua familia hidalga. De niño se traslada a Santander, donde cursa sus primeros estudios hasta que decide irse a Madrid para cursar la carrera militar. Tras unos años de estancia en la capital, abandona la carrera y se vuelve a la Montaña.

Pereda es siempre acertado en la descripción de los ambientes locales. Aunque muchas veces la trama de las novelas resulte insulsa y hoy día algo lenta y de planteamientos trasnochados, es un gran creador de ambientes.

La novela que antologamos es de las pocas que se sitúan fuera de la Montaña (al igual que La Montálvez), fuera de esa región que, con tanto esmero, este escritor de «limitados horizontes», como lo llamaba doña Emilia Pardo Bazán, amó y describió como ninguno.

Pedro Sánchez (1891) se desarrolla en un Madrid de barricadas populares y altercados políticos, de desajustes en el gobierno, de desequilibrios sociales e inseguridad. Es el Madrid de los años cincuenta, el de los acontecimientos prerrevolucionarios de 1854. El Madrid que vive los momentos previos a la llegada de Espartero.

Pedro es un joven que viene de la Montaña. Su entrada en Madrid vendrá precedida de la visión desde un cerro y «en el azul purísimo de un cielo incomparable», de «la cúpula de San Francisco el Grande, la torre de Santa Cruz y la mole de Palacio...». Entra por la puerta de San Vicente y de ahí (tal y como se nos dice en diez minutos) a la calle de Alcalá. La calle de la Montera se presenta ya con un ensordecedor ruido de coches, con gran movimiento de transeúntes y colorido. Como

a otros estudiantes le aconsejan que tome posada en la calle de Caballero de Gracia. Los primeros días los pasa brujuleando por las calles, a primera hora en el café de la Esmeralda en la calle de la Montera, por la tarde en el Capellanes o por las cercanías del Teatro Real, el resto del tiempo lo pasa leyendo novelas en la pensión.

La familia Valenzuela ha prometido trabajo y protección al joven montañés, pero cuando éste llega el recibimiento es frío y desalentador. Trabaja en un periódico, se introduce en la vida política de un Madrid prerrevolucionario y acaba protagonizando gran parte de los hechos sucedidos la noche de la Vicalvarada. «En este momento no hay más gobierno en Madrid que la gente que grita por las calles», nos dice mientras se decide a engrosar las filas de una multitud que camina por la calle del Príncipe, por la plaza de Santa Ana hasta que «en la Carrera de San Jerónimo, el río engrosaba, pero sin embravecerse; y siguiéndole yo agua abajo, di en la puerta del Sol, donde las corrientes se detenían formando ancho golfo; y también me detuve yo, junto a la farola del centro, enfrente del Ministerio de la Gobernación». Salvando a la familia Valenzuela recorrerá la calle de la Visitación y se adentrará en la del Lobo, de ahí pasará a la Carrera de San Jerónimo, a Alcalá por Cedaceros y por la del Turco. Frente a la iglesia de los Italianos arde una inmensa hoguera con los lujosos enseres de uno de los palacios de la reina; en la calle de Jacometrezo se enfrenta a las avanzadas de Palacio, a cuerpo descubierto atraviesa la calle de Ciudad Rodrigo, se bate con el famoso coronel Gándara en Atocha y participa activamente en las barricadas de Montera. Todos son hechos históricos que han sido sabiamente convertidos en una entretenida novela de acción.

De especial interés son las páginas que dedica Pereda a describir la asistencia al teatro por primera vez del joven montañés. La actriz es Teodora Lamadrid, también está Julián Romea. Quince días le fueron suficientes a Pedro para recorrer todos los teatros de Madrid, para hacerse con los nombres y con las actitudes que caracterizaban a los actores de moda.

Pedro Sánchez

VIII

[...] Y andando andando, es decir, rodando rodando, concluyéronse las llanuras, y comenzó la subida del áspero y largo Guadarrama. A la bajada de él me dijo D. Serafín, echándome una mano sobre el hombro derecho y señalando con la izquierda hacia el horizonte del Sur:

— ¡Allí lo tiene V.!... La cúpula de San Francisco el Grande, la torre de Santa Cruz, la mole de Palacio...

Miré con ansiedad hacia donde me señalaba el dedo de D. Serafín, y en efecto, vi cuanto el cesante me iba nombrando, alzándose sobre un cerro amarillento y pelado, y recortándose sus perfiles en el azul purísimo de un cielo incomparable. — Aquello es Madrid —añadió mirando hacia allá asido con las dos manos al marco de la ventanilla, y oscilando el encorvado cuerpecillo, según lo pedían los tumbos y vaivenes que daba la diligencia en su rápido y estruendoso descenso—. ¡Ah! ¡si yo tuviera poder para tanto...! Un recadito secreto a las gentes honradas para que escurrieran el bulto; luego una lluvia espesa de pólvora fina; en seguida otra lluvia de rescoldo... y como en la gloria todos los españoles.

Hízome reír y dióme qué pensar esta ocurrencia, y ya no se habló más que de Madrid en todo lo restante de la jornada. El estudiantillo metió la cuchara en la conversación muchas veces, y aun se me antojó más versado en las cosas de Madrid que en los códigos de Justiniano. Oyóme decir que me gustaría vivir en la Corte entre paisanos, y me recomendó cierta posada de estudiantes montañeses,



mozos de buen humor y bien regidos, en la calle de Caballero de Gracia. Tomé nota de ello en mi cartera, y tomóla también D. Serafín, porque pensaba visitarme a menudo, tanto como se lo permitieran sus ocupaciones en la Corte, entre cuyos laberintos y encrucijadas quería servirme de piloto. Dióme en justa correspondencia las señas de la casa a donde él iba a parar (Olmo, 42 duplicado, cuarto 4º interior de la derecha); y en estas y otras tales, al rayar el mediodía, sin un árbol, ni un sembrado, ni un detalle de los mil que anuncian en toda tierra de cristianos la proximidad a una gran población, llegamos a la puerta de San Vicente, y diez minutos después, a la calle de Alcalá, parador de las Peninsulares, en cuyo patio nos apeamos entumecidos, polvorientos y desgredados. Hubo allí, tras el registro de ordenanza, las acostumbradas despedidas entre los viajeros de cada departamento; me dolió de veras la que hice de la hermosa Carmen, en cuyos ojos leí un vivísimo deseo de que volviéramos a vernos pronto; prometíselo con otra mirada no menos elocuente mientras estrechaba en mi diestra la suya blanquísima, suave y menuda; y encomendando mi baúl a las espaldas de un forzudo mozo de cordel, seguíle a la posada, cuyas señas le dí, tropezando con el espeso oleaje de transeúntes de la calle de la Montera, ensordecido con el estruendo que producía el rodar de los coches y el hablar de tantas gentes, y deslumbrado y borracho por la novedad del sitio, del movimiento y de los colores; extraño mar en que yo me zambullía de repente, desde el fondo de un cajón con ruedas, venido de las agrestes soledades de mi lugar, a través de intermibables arideces, tristes como las estepas de Rusia.

IX

Hallé cuarto en la posada aquella, aunque oscuro y angosto; y por él y la comida, ajustéme en siete reales diarios. Por de pronto me sirvieron un tente en pie; a las tres de la tarde después de escribir a mi padre, me metí en la cama, y del primer tirón dormí hasta las ocho de la mañana siguiente. Tal necesidad tenía yo de dar descanso y mullida a mis huesos machacados.

A las diez me llamó la patrona para almorzar; y la misma mujer, ajamonada y no fea ni sucia, me condujo al comedor a través de un



tortuoso, nada claro y estrecho pasadizo. Estaba la mesa preparada para ocho personas, en una estancia reducidísima, con luces a un patio.

— Siéntese V. —me dijo— que en seguida vendrán los demás; todos chicos cariñosos y paisanos de V.

Sentéme en la silla indicada por la patrona, y marchóse ésta. Momentos después comenzaron a llegar *los demás*. ¡Sorpresa jamás olvidada por mí! Primeramente llegó un joven repolludo, blancote y de afeminadas facciones, en calzoncillos de punto, con botas de charol de altas cañas de tafilete encarnado; una levitilla corta puesta del revés; una tohalla por corbata, y gorrita de jockey: cabalgaba sobre el lomo de una silla de paja, y con ella entre piernas caracoleaba y daba brincos y hasta botes de carnero; castigábala a menudo con un latiguillo, y no sin grandes fatigas consiguió arrimar a la mesa la contrahecha cabalgadura. Apeóse de ella, enderezóla, me saludó muy fino, volvióse junto a la puerta, y allí se cuadró. Apareció en seguida en el hueco de ella un mozo moreno, de rizada melena negra, altísimo sombrero de copa, tirillas de papel, a la inglesa, corbata blanca, ceñido frac azul con botones dorados, pantalón negro, tan raído y maltrecho como el frac, guantes blancos de algodón y zapatillas de badana. Andaba este personaje a paso trágico, y miraba con altivo gesto. Inclínose el lacayo delante de él; y después de recibir de sus manos el sombrero y los guantes, preparóle una silla junto a la mesa. Sentóse el caballero, grave y solemne; saludóme también muy fino, se acomodó a su lado el fingido jockey, después de arrojar debajo de la mesa los guantes y el sombrero de su señor.

Tras éste llegó un mozo de negra barba, tipo árabe, con un viejo albornoz sobre los hombros, boina blanca en la cabeza, un diccionario de la lengua debajo del brazo y una guitarra en la mano; al cual mozo acompañaba un cuarto personaje, asaz largo y macilento, despechugado, mal ceñido de calzones y peor trajeado de cintura arriba; pero muy armado de espadín de veras al costado, y con un sombrero de tres picos, de lo más superior y neto, sobre la cabeza. Casi al mismo tiempo que estos dos comensales, vinieron otros tres; el uno rehecho, musculoso, chispeante de mirada, muy crespo de bigote, envueltos el cuello y las quijadas en una bufanda de veinticinco colores, y sobre el occipucio una montera asturiana; el otro cubría el suyo con un raído bonete de doctor, cuya amarilla borla, grasienta y deshilada, parecía un ataque de ictericia mortal; no

recuerdo al pormenor lo demás de su vestido, aunque puedo jurar que todo ello no valía tres pesetas. Acaso no valiera tanto lo que llevaba encima el último estudiante que entró en el comedor, y cuya especialidad digna de mención era el ir tocado con un papalina.

Con estos tres huéspedes se llenó la mesa, y yo me vi entre todos ellos dudando si soñaba o si era lo que delante tenía un anticipado carnaval... o una burla que querían dedicar a mi rusticidad de lugareño aquellos endiablados montañeses. Esta sospecha me desconcertó un poquillo, por ser cosa muy distinta lo que yo me prometía al acomodarme en aquella posada, y no contar con paciencia bastante para tomar a risa zumbas de tal calibre y tan inmerecidas. Afortunadamente me convencí muy pronto de que las sospechas me engañaban, pues una vez arrimados a la mesa los estudiante, mostráronse conmigo atentos conterráneos y corteses camaradas, sin ajustar para maldita de Dios la cosa su comportamiento al tono de sus raros disfraces, antes bien, olvidados de ellos como si yo no los llevaran encima, o el llevarlos así fuera la cosa más natural del mundo, incongruencia que daba al cuadro el aire más cómico y pintoresco que puede imaginarse. En adelante observé que ni un solo día se sentaron a almorzar aquellos mis compañeros de posada vestidos como Dios manda; y por eso cito el hecho; que de haber ocurrido una vez sola con aire de calaverada, no tendría gracia maldita.

Noté que las prendas más codiciadas de todos eran el espadín y el sombrero de tres picos, piezas correspondientes al uniforme que usaban entonces los alumnos de la Escuela de Ingenieros civiles, a la cual pertenecía el mozo de la bufanda pintoresca y de la montera asturiana, que jamás en casa quitaba de su cabeza. Algo más incomprensible era la tenaz afición del taciturno del albornoz y la cara moruna, al diccionario de la lengua y a la guitarra. No conocía dentro de casa otros entretenimientos que puntear la una y hojear el otro. Qué conexión misteriosa podía haber entre ambos *instrumentos*, nunca lo supimos, ni nos lo quiso decir entonces el aficionado a ellos, ni muchos años después me lo pudo explicar, ni se explicará en los siglos de los siglos. Pero es un hecho que no negarán el interesado ni los testigos de él que aún viven y pueden dar fe de la exactitud de todos estos y los otros mis asertos, en la confianza de que no he de sacar a relucir aquí otras menudencias de los mismos tiempos y del propio lugar, por respetos fáciles de presumir.



También este pasaje de mis apuntes es de los que habían de provocar desdeñosa sonrisa en los imberbes escolares al uso; y sin embargo, merece algún respeto como dato curioso para la historia de las costumbres; pues han de saber estos hombres precoces, que aquellos muchachos recalcitrantes no eran menos listos, ni más tontos, ni menos ingeniosos que ellos; pero les daba por las susodichas inocentadas, porque no era costumbre entonces entre los estudiantes fundar periódicos batalladores ni asaltar las cátedras del Ateneo y de las Academias para difundir la luz de la ciencia por todos los ámbitos de la patria, tarea peliaguda, cuyo intento estaba, con mediana suerte, encomendada a unos cuantos hombres con canas y de reconocida autoridad.

Durante el almuerzo, supe de qué pueblo de la Montaña era cada uno de los estudiantes, y supieron ellos de dónde era yo. Recuerdo que el jockey (muerto pocos meses después, de una tísisis galopante), su amo (médico de nota hoy) y el larguirucho del espadín (años ha desaparecido del mundo de los mortales) eran de la capital; el árabe de la guitarra y del diccionario, malogrado arquitecto entonces y hoy encanecido entre los azares de los negocios, trasmerano; el de la bufanda pintoresca y la montera asturiana (capaz de improvisar un camino de hierro sobre dos hilos de araña), de Toranzo; el de la papalina, de Torrelavega, y el de la amarilla borla, pasiego.

Diéronme por de pronto minuciosas señas de la calle del Príncipe, porque yo les dije que en ella vivía don Augusto Valenzuela, a quien necesitaba visitar; me explicaron cómo podría yo, recién llegado a Madrid, con algún dinero en el bolsillo, pasarlo regularmente entretenido, de día brujuleando por las calles; de noche con ellos, a primera hora, en el café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, y más tarde en Capellanes o en el paraíso del Teatro Real, etc., etc.; y para matar las horas sobrantes dentro de la posada, brindáronme con una copiosa colección de novelas, cuyos títulos me cautivaron desde luego. No podían ofrecerme comidilla más de mi agrado: la novela era mi tentación... ¡y cuánta había en aquella casa, donde apenas existía un libro de texto!

Estando de sobremesa todavía, entró en el comedor un joven muy bien vestido, hasta elegante. Saludó breve y expresivamente a todos los comensales a la vez, y se dejó caer en el desvencijado sofá que estaba debajo de las vidrieras por donde pasaba la luz del patio. El tal mozo era pequeñito y flaco, blanco de tez, de mirar sutil y

malicioso; barba corta, pero negra y espesa, el cabello ralo, y muy limpio y bien aliñado todo su traje. Recibiéronle muy regocijados mis siete compañeros de mesa, y tuvo para cada uno de ellos algún apóstrofe picaresco y bien adecuado al caso y a la persona. Continuando el tiroteo de frases, no siempre de color de rosa, acertó alguien a preguntarle por «el poema»; respondió que «así» le tenía aún; rogóle el estudiante del frac azul que les recitara otra vez la introducción, y no hubo necesidad de repetirle el ruego. Con reposado y solemne ademán, sonora voz y magistral acento, comenzó a soltar octavas reales por aquella boca. No he oído jamás cosas más indecentes, ni versos más gallardos, robustos y armoniosos. Quevedo no los hizo mejores. Terminada la introducción del poema, que a mí, pobre e inexperto provinciano, me puso colorado de vergüenza, comenzó el poeta a recitar epigramas de su cosecha, contra todo lo existente y otro tanto más, graciosísimos, punzantes e ingeniosos. Yo estaba asombrado. Estrujando el chirumen en mi aldea y royéndome hasta las puntas de los dedos, había logrado escribir media resmilla de ternezas quejumbrosas, insulsas y descoloridas ¡y aquel mozo tenía en la cabeza una fábrica de versos y otra de malicias y donaires!

El empecatado poeta era extremeño: se llamaba Mata; llamábanle Matica, y estudiaba medicina en el colegio de San Carlos, estudiaba medicina en el colegio de San Carlos, es decir, debía estudiarla, porque llevaba nueve años matriculándose en la facultad, y aún no había llegado a la mitad de la carrera. Conocía a todo Madrid, y tuteaba a la cuarta parte de él. [...]

X

Con las indicaciones que llevaba yo bien impresas en la memoria, no me costó gran trabajo dar con la calle del Príncipe. Una vez en ella, pronto encontré la casa. El portal era grande, la escalera ancha y vieja, de ladrillo el suelo de los descansos, y acuarteronadas y sarpullidas de gruesos clavos las puertas de los pisos. Llamé a la del segundo, y me abrió un criado a quien yo conocía de haberle visto en mi lugar. Mostróse un si es no es risueño, y díjome que el señor no estaba en casa; preguntéle por la familia, y me respondió que



aguardara la respuesta. Fuése por aquellos pasillos adelante, y volvió luego para conducirme a la sala, en la cual me dejó encerrado y a media luz. La estancia aquella era amplísima; tenía rica alfombra en el suelo, lujosos cortinones en las puertas, grandes espejos en las paredes; brillaban el oro y la seda en los sillones, y estaban mesas y veladores cubiertos de cachivaches y muñecos tan varios como artísticos. Jamás me había visto entre tanto lujo, ni lo había soñado siquiera; me daba lástima pisar aquel finísimo vellón con mis botas de becerro, y no me atrevía a sentarme sobre el pulido raso de la sillería. La dudosa calidad de mi vestido, aunque flamante, exageraba su ordinariez y aspereza entre aquellas tintas brillantes y delicadas, y yo mismo, aunque de buen cutis y no mal perfilado, me veía en los espejos con un no sé qué de montaraz y palurdo que me hacía sudar de congoja. Viéndome en tal guisa y tomándolo muy a pechos, sentí que también me iba embruteciendo por dentro, y temí que cuando llegara el caso de hablar en aquel aparatoso escenario, mis palabras y mi estilo y hasta mis ideas habían de disonar allí tanto como mi persona. ¡Tan pobre concepto había formado de mí mismo en presencia de aquellas inesperadas y desconocidas grandezas, testimonios deslumbrantes de la altísima importancia de las personas a quienes iba a molestar, recordándoles el mendrugo que me habían ofrecido en mi lugar! Malo es el pecado de la petulancia y del atrevimiento desfachatado; pero el de la modestia que raya en sandez, como el que yo cometía entonces, creo que es mucho peor.

Cerca de media hora pasé sumido en aquel espanto; y ya me asaltaba también el de que me dejaran allí olvidado, lo cual hubiera tenido que ver, cuando reapareció el consabido sirviente; abrió las puertas que daban a un gabinete, alzó el pesado cortinaje, y, apartando el cuerpo a un lado, me dijo, mostrándome con la zurda la despejada senda:

— Pase V.

Y pasé a otra estancia más pequeña, pero no menos lujosa que la que dejaba atrás. Había allí tres personas arrellanadas en sendas butacas de rica tapicería. Una de las personas era Clara, no con aquel desgaire en que yo solía verla en mi pueblo, sino cargada de moños y follados muy sobresalientes; tenía delante un lindo costurero y entre manos una labor casi invisible por su tenuidad y sutileza. En buena justicia, no debí quejarme del recibimiento que me hizo, pues siendo ella la misma sequedad, quiso como sonreirse, y hasta

me presentó a su madre, que se sentaba cerca de ella. La turbación en que yo me hallaba no me impidió ver, a la primera ojeada, los afeites y perifollos con que aquella señora quería falsificar su fe de bautismo. Después acá he conocido muchas mujeres de su tipo, viejas presumidas y rebeldes contumaces al poder de los años y a la ley de la naturaleza; madres frívolas que ven con mayor pesadumbre la caída de un diente o la aparición de una nueva arruga, que la muerte de un hijo. Ya se sabe que la señora de Valenzuela se llamaba Pilita; y bastaba verla una vez, afectando aires y hasta formas de niña dengosa y elegante, para comprender la razón del diminutivo con que se la conocía.

Vuelta de espaldas a la poca luz que entraba en el gabinete por un vidriera oculta entre cortinajes, entreteníase en jugar con un abanico, que abría y cerraba sin cesar, inmóvil en la postura estudiada que parecía haber elegido para lucir a un tiempo su afectada altivez, su vestido, su pie pequeño y su busto de Ceres trasnochada. A la presentación hecha por Clara, respondió con un imperceptible movimiento de cabeza, mirándome al mismo tiempo con los ojos fruncidos y con un gesto entre desdeñoso y de asco, como si contemplara un bicho raro y molesto. Recuerdo perfectamente, porque fue uno de los detalles que más me desconcertaron, que al sonar mi nombre en los labios de Clara, le subrayó su madre con un *riiichsss* de su abanico, que me hizo el mismo efecto que si me le barrierá con una escoba.

Detrás de Pilita estaba su hijo Manolo, a quien también me presentó Clara al mismo tiempo que a su madre. Era un mozo encanijado y escrofuloso, con una barbucha lacia, mucha nuez, poco pelo, largas uñas, dientes rancios, gran pechera, poca corbata, largo talle y ojos saltones. Hojeaba un grueso volumen con láminas, y respondió a mi saludo, desconcertado y humilde, con un amago de levantarse de la butaca en que estaba repantigado, y una inflexión de pescuezo; pero ni acabó de incorporarse, ni me dijo una palabra, ni cerró el libro por entero.

Yo me senté en una silla que estaba desocupada cerca de Clara, y pregunté por el don Augusto. Respondíome su hija que estaba en el Ministerio... y se acabó la conversación. Como Pilita no cesaba de mirarme con los ojos fruncidos, ni cesaban tampoco los *riiichsss-raaachsss* de su abanico, únicos rumores que se oían en la estancia, no contando tal cual ronco carraspeo de Manolo, y Clara no levanta-

ba la vista de su labor, convencíme de que mi presencia era allí un estorbo, pero un estorbo ridículo, por haberme metido donde no me llamaban. De todas maneras, ya fuera esto la pura verdad, ya que mi cortedad de aldeano me hiciera ver visiones, el hecho innegable era que yo estaba representando en la visita un desairadísimo papel, sin que hubiera en mi derredor un alma caritativa que me prestase su auxilio para salir del atolladero; y esta fundadísima consideración acabó de desconcertarme: no sabía qué postura tomar en la silla, ni cómo romper aquel silencio enloquecedor, más bien medido que roto por el diabólico charrasqueo del abanico de Pilita; y, sobre todo, cómo preparar una despedida decorosa que no dejara entre aquellas gentes un recuerdo grotesco de mí. Si no por echarlo a perder, yo hubiera dicho a aquellas desatentas señoras, y muy especialmente para que me oyera el grosero mozo que no cesaba de hojear el librote con láminas:

— Han de saber Vds. que yo he venido aquí en virtud de lo convenido en mi lugar con el señor de Valenzuela, que me lo propuso, y con V., señorita Clara, que lo aplaudió, muy pocos días hace, cuando mi padre y yo nos despepitábamos por hacerles llevadera la vida de la aldea, y ustedes parecían muy satisfechos de nuestras cordialísimas y desinteresadas atenciones. Si mi inexperiencia y cortedad de aldeano me han puesto en este trance angustioso al pisar por primera vez en mi vida alfombrados salones, y verme entre gentes encopetadas a quienes jamás he saludado, a V., señorita Clara, que me ha tratado y sabe por qué vengo y a lo que vengo a esta casa, y que no en todo soy tan zafio como en el arte de presentarme con desembarazo en ella, a V., repito, le toca sacarme del apuro, apuntando la única conversación que aquí venía al caso ahora, o diciéndome cuándo y en dónde podría yo hablar con el señor de Valenzuela.

Pensaba yo todo esto, cuando la ruda voz de Clara se dejó oír de esta manera:

— ¿Va V. a estar muchos días en Madrid?

No podían darse unas palabras más opuestas a las que, en mi concepto, debían salir de los labios de Clara; puesto que la tal pregunta revelaba un completo olvido del asunto que me llevaba a Madrid y a aquella casa. Prodújome este desencanto cierta irritación del espíritu, y respondí al punto:

— Eso dependerá de lo que disponga el señor don Augusto. Un

fortísimo *riiiish* terminado en seco, me hizo volver los ojos hacia Pilita, y observé que no sólo fruncía los suyos para mirarme, sino también las cejas, como si al oírme la moviera la curiosidad tanto como el desdén. No replicándome Clara una palabra, pensaba yo explicar mi respuesta y de este modo encarrilar a mi gusto la conversación, cuando se presentó a la puerta del gabinete el sempiterno criado, y dijo con voz solemne, mientras hacía media reverencia:

— El coche.

Estas palabras, dos charraqueos muy briosos del abanico de Pilita, una mirada harta dura de Clara, y el arrojar Manolo su libraco sobre un velador, me dieron a entender en el acto que yo estaba allí de sobra. Levantéme, y de muy buena gana, puesto que la casualidad deparaba a mi visita un término menos ridículo que el que yo estaba temiéndome; mas no quise despedirme sin preguntar dónde y a qué hora podía yo ver al señor don Augusto.

— En el Ministerio toda la tarde, —me respondió Clara.

— ¿Está V. segura —volví a preguntar, escarmentando con lo que acababa de pasarme allí— de que me recibirá en su despacho, o que me dejarán llegar a él?

— ¿Y por qué no? —me preguntó a su vez Clara con ceño adusto.

— Por sus muchas ocupaciones, verbigracia —respondí tratando de enmendar el efecto de la sequedad de mi reparo. Entonces Clara, abriendo las portezuelas de un mueble adornado de ricos embutidos, que estaba cerca de mí arrimado a la pared, sacó una tarjeta con su nombre, y me la dió después de escribir algunas palabras en ella con lápiz.

— Haga V. que le entreguen ésta —me dijo al dárme-la.

Agradecí el obsequio, y me despedí con toda la finura y elegancia de que me juzgué capaz. [...]

XIII

Mi segunda visita a mi protector no alcanzó mejor éxito que la primera. Había salido de su despacho; y el desabrado portero no supo o no quiso decirme a dónde, ni si volvería ni cuándo; de volver a su casa, no me había quedado gana maldita, y para esperarle en los

pasadizos del Ministerio y echarle el alto de sopetón, no servía yo, corto y apocado aldeano lleno de desconfianzas y miramientos. Dolíame perder un día más, y aquello no me gustaba; pero como no era mía la culpa ni el remedio estaba en mis fuerzas, tornéme a la posada y arremetí con las novelas, las cuales no dejé de la mano hasta la hora de comer.

Después llegó don Serafín vestido de día de fiesta; y según lo convenido, me acompañó a su casa, donde ya nos esperaban Carmen y Quica; aquella poniéndose los guantes, y ésta, a su lado, abanicándose maquinalmente, tiesa, muy tiesa, como clavada en el suelo, la boca fruncida, la mirada de asombro, y algo conmovida, cual si su espíritu estuviera meciéndose ya entre las emociones que barruntaba. Con su actitud geremiaca y sus atavíos estrepitosos, estaba horrible; lo mismo que un muñeco de esos que asustan a los niños alzándose de un brinco dentro de una caja, en cuanto salta la tapadera. A Carmen le sucedía entonces lo que a todas las chicas guapas *per sé*; cuanto más se acicalan y se atusan y se prensan, más se desfiguran. Valía mucho menos vestida de señorita pobre, que de simple costurera. Sin embargo, estaba muy linda, porque lo mucho da para todo.

Renuncio a pintar las impresiones de asombro, de gusto y de curiosidad que me causó el teatro, lleno de luz, de caras, de vestidos y de rumores, desde que penetré en él hasta que, a fuerza de propósito, logré, a media función, orientarme en la forma, usos y procedimientos de aquella maravillosa región en que me encontraba por primera vez en mi vida; porque si doy en aficionarme a este género de pinturas, va a ser el cuento de nunca acabar, hallándome, como entonces me hallaba, en un mundo enteramente nuevo para mí, y en la edad en que con mayor actividad se piensa y se siente. Digo que logré orientarme allí a fuerza de empeñarme en ello, porque careciendo yo de virtud bastante para confesar que nunca me había visto en otra, observaba hasta el menor de los detalles, para deducir yo solo la ley porque se regía el mecanismo del escenario, y la relación establecida entre este mundo ficticio y las gentes de telón afuera.

Recorriendo con la vista las localidades del teatro, repletas de elegantes damas, de caballeros presumidos y de vulgo sencillote y embelesado, topé con la familia Valenzuela, acomodada en uno de los palcos de preferencia: Clara ceñuda e impasible, como siempre;



Pilita con la espalda vuelta al escenario, el fastidio pintado en su faz, y zarandeando el abanico, lo mismo que en su casa; Manolo, en el fondo del palco, muy bien vestido, pero muy mal sentado. D. Augusto no pareció por allí en toda la noche; pero, en cambio, entraban y salían, durante los entreactos, jovencuelos del pelaje de Manolo, a hacer reverencia y cortesía a las señoras, quienes, especialmente Pilita, se mostraban con ellos bastante más atentas y risueñas que se habían mostrado conmigo. Entró también a lo último, y allí se quedó como si fuera de la familia, un señor entre-joven, de gran estampa, muy planchado y reluciente, guapote, y al parecer, muy pagado de su marcialidad y elegante apostura. Pensé yo si sería el ministro, porque de aquel corte me los imaginaba a todos los del oficio.

Observé que casi todas las damas de copete y la mayor parte de los caballeros *distinguidos*, veían con la misma indiferencia que la familia Valenzuela lo que ocurría en el escenario, y que cuanto más nutrido era el aplauso que arrancaba al sencillote público un arrebatado apasionado de Teodora Lamadrid, más se acentuaba el desdén en las gentes principales. Andando el tiempo me persuadí de que la moda impone a sus esclavos exigencias verdaderamente inconcebibles.

¡Qué contraste formaba aquella estudiada frialdad con las profundísimas emociones que estábamos experimentando nosotros! Quica era un goterial de lágrimas y un incesante puchero. D. Serafín, electrizado y nervioso, no cabía en su asiento, y se revolvía como si le punzasen agujas las asentaderas; sacaba el busto fuera de la barandilla, estiraba el pescuezo, y con los ojos fijos en el actor, hacía embudos con los labios mientras éste hablaba; remedábale todos los gestos, marcaba las cadencias con la cabeza, y parecía trazar en el aire, con la mano derecha, todos los signos ortográficos del diálogo. Carmen, en las situaciones de apuro, volvía hacia mí sus grandes ojos algo empañados, y yo la respondía con una sonrisa contrahecha, inútil disfraz del nudo que me ponía en la garganta la extremada tensión de mi espíritu, partícipe verdadero de todos los fingidos infortunios de la heroína del drama que se representaba.

Para mí, aficionado hasta la pasión a las ficciones novelescas, aquello que estaba presenciando era la realidad de un suceso. En el libro hallaba el relato sobre el cual tenía yo que construir con la imaginación cuanto no podía darme el libro; allí estaba todo hecho, vivo, real y tangible: el hombre en cuerpo y alma, con sus vicios y sus

virtudes; un cómodo rinconcito del mundo, donde se exponían a la contemplación de los curiosos las batallas de la vida humana, sus grandezas, sus caídas, lo noble y lo bajo, lo serio y lo cómico. Aquella noche me tocaba padecer; otra noche, o en otro teatro, me tocaría reír. ¡Admirable espectáculo...! Y el gozar de él a menudo no era dificultoso para un hombre solo que, como yo, tuviera el bolsillo bien repleto y pocas necesidades de otra especie.

Expongo estas reflexiones en el mismo orden en que me las iba haciendo yo insensiblemente, y a medida que las peripecias del espectáculo me cautivaban; las cuales reflexiones fueron germen de otras muchas del propio género a que me entregué después de salir del teatro, y base de muy largos y detenidos razonamientos, cuyo resultado fue el engolosinarme de tal manera a este deleitoso pasatiempo, que en menos de quince días conseguí (si vale la frase) tomar la embocadura a los diversos géneros dramáticos que se cultivaban en los pocos teatros que entonces existían en Madrid, y familiarizarme con los nombres y aptitudes artísticas de los respectivos actores.

Con esto quiero decir que no era sólo el atractivo del argumento ni el de la disposición material del espectáculo lo que me seducía y cautivaba; había en mí un instinto artístico, cierto gusto pasivo, algo como tentación de análisis, que me arrastraba a investigar el por qué y la calidad de las cosas. Evidente es que mis juicios, por mi inexperiencia y por mi ignorancia, no podían ser completos ni enteramente atinados; pero, al cabo, eran juicios, que me procuraban, sobre el placer de admirar lo desconocido, el más sabroso de cotejarlo a mi manera con los preceptos rudimentarios de unas leyes, que yo llamba mi parecer.

El cual hizo a mi gusto esclavo de Julián Romea, desde la primera vez que con su asombrosa naturalidad (que después se ha llamado realismo) le vi interpretar una de las mejores obras de su repertorio, *El hombre de mundo*; movió mis manos para aplaudir al ya decrépito Guzmán, en *El enfermo de aprensión*; a su heredero único en los donaires de *gracioso* del castizo teatro español, Mariano Fernández, y me infundió cierta repugnancia, que jamás he podido vencer, a la híbrida Zarzuela, sostenida entonces, y casi creada, por Salas y Caltañazor, en el Circo de la Plaza del Rey; con lo cual podría ver cualquiera persona de buen gusto, que el mío no se manifestaba mal encaminado por lo que al teatro se refiere; y válgame esta confesión, si se tacha de presuntuosa, en gracia de la que también

hago de que, en cambio, en el ramo de novelas entraba con todas, y no era yo otra cosa que un glotón insaciable, sin pizca de paladar: todas me sabían lo mismo; mejor dicho, todas me gustaban con tal que me interesasen de cualquier modo; y aun prefería las más farragosas y descomunales.

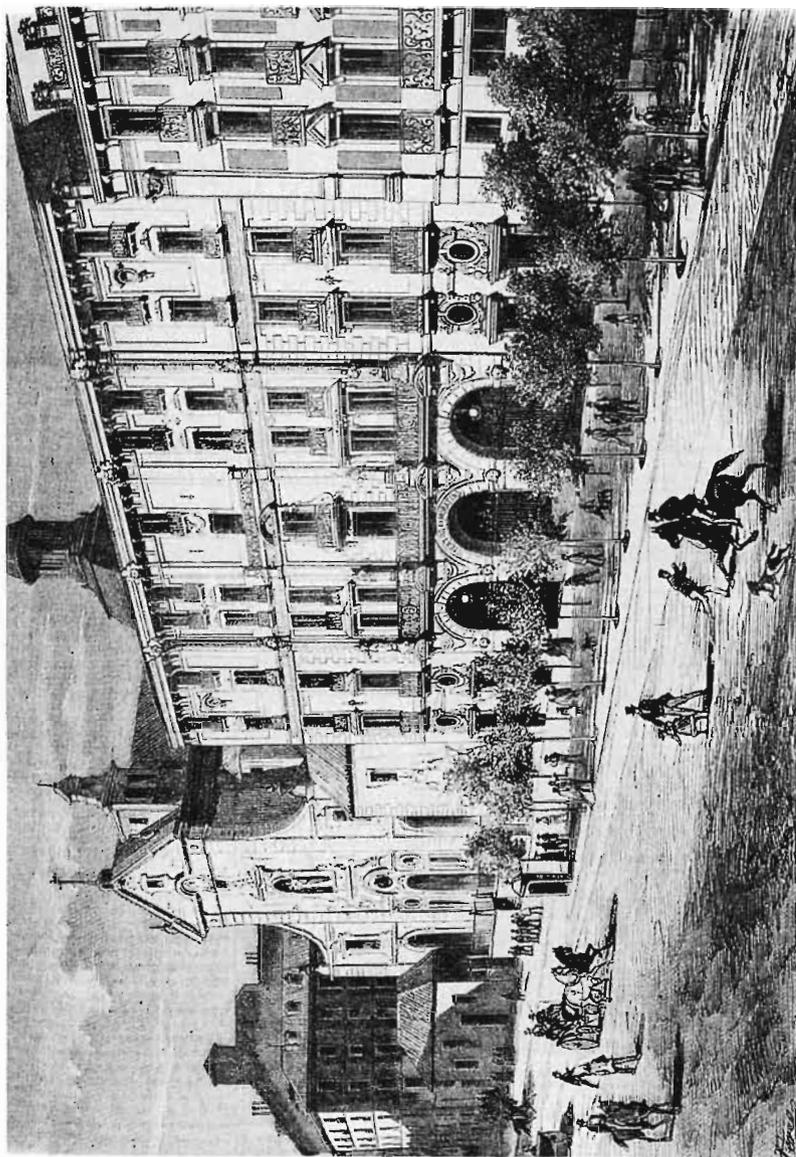
¡Teníamos que oír don Serafín y yo, durante los intermedios, haciendo comentarios sobre lo visto, y pronósticos sobre lo que nos faltaba que ver, mientras Quica lanzaba suspiras entrecortados, como los niños recordando una azotina! Y aún duraron los comentarios, y hasta con notas de las dos mujeres, mientras caminábamos hacia su casa, después de terminada la función con harta pesadumbre de todos. De aquella noche me pasé en claro la mayor parte, poseído, repleto de los lances de la tragedia, de los acordes de la música, de las luces de la araña, del rumor y apiñamiento del público de Quica, de Carmen, de Balduque... todo lo sentía junto y revuelto en la cabeza, y me rechispeaba en los ojos, aunque estaba a oscuras, y en los oídos, aunque los tapara. ¡Memorable noche!

Durante los tres días que la siguieron, continuó don Serafín acompañándome por las calles de Madrid, en su tenaz propósito de que le conociera yo como la palma de la mano. No quedó rincón que no visitáramos, ni paseo, ni camino de ronda que no midiéramos con los pies. Era incansable el hombrecillo aquel; y yo me congratulaba de su empeño, por lo mucho que me entretenía. Al fin tuvo que tomar posesión de su destinillo transitorio, y ya no le veía sino muy de tarde en tarde. [...]

XXIV

Parecíame que no había en la calle bastante aire para mí, ni el espacio que yo necesitaba para dar ejercicio a los músculos del cuerpo entumecido. Noté que éramos pocos los transeúntes en aquellos barrios, y que todos marchábamos en una misma dirección, hacia el centro de Madrid: bastante gente asomada a los balcones, y casi todos los tenderos arrimados a sus puertas; pocas conversaciones, mucha boca abierta y mucho taconeo; lejano son de campanas, y ni un soldado ni un polizonte al alcance de la vista.





La fachada del teatro Moratín en construcción. Ilustración española y americana. 1872. Biblioteca Nacional.

Llevaba yo el propósito de ir, ante todo, a la redacción de *El Clarín*, no tanto por el deseo que tenía de abrazar a mis compañeros y amigos, cuanto por adquirir cabal noticia de lo que estaba pasando; y cruzando calles y calles, siguiendo el indicado rumbo, víme en la del Príncipe, donde los arroyuelos de atrás íbanse convirtiendo en río de gente, murmurador e inquieto como todos los ríos, pero no impetuoso ni desbordado. Algún inocente grito a la libertad; el resonar de los golpes descargados sobre el cajón o caseta de policía, de la vecina plaza de Santa Ana, por cierta clase de ciudadanos que se entretenían en hacerle astillas; tal cual hombre armado de chafarote y fusilón de chispa; muchas gentes a las puertas de las casas; luces en varios balcones; saludos a gritos, apretones de manos y cosas tales; y como curiosidad y acontecimiento verdaderamente notable, un miliciano nacional con el uniforme de la del 43, con su llorón de cerda roja cayendo por la chapa abajo de su morrión formidable.

En la Carrera de San Jerónimo, el río engrosaba, pero sin embravecerse; y siguiéndole yo agua abajo, di en la Puerta del Sol, donde las corrientes se detenían formando ancho golfo; y también me detuve yo, junto a la farola del centro, enfrente del Ministerio de la Gobernación.

¿Qué pasaba allí? Creo que nadie lo sabía. Notábase un oscilar de cabezas y un ruido sordo, como de resaca, de *mar de fondo*. Alguna voz más alta que otra, o un grito aislado, casi siempre de mujer: graznido de gaviota augurando tempestades sobre una mar preñada de misterios. Quizás no había en toda aquella masa bullente una sola persona con propósito bien determinado. Los huracanes populares se forman casi siempre de la manera más extraña: gentes inofensivas que caminan por la calle más de prisa que lo acostumbrado; rostros pálidos y miradas en las cuales se pintan el temor y la curiosidad, el afán de lo desconocido; noticias extraordinarias, absurdas tal vez, que parecen circular por sí solas en las ondas del aire, de barrio en barrio, de grupo en grupo, de oído en oído; diez curiosos detenidos delante de un edificio, porque en él hay algo de lo que estorba al común anhelo; otros diez que se detienen después por la misma causa; y luego otros tantos, y en seguida ciento, y mil, y más, hasta que ya no se cabe; y empiezan, con el roce y el tufillo de las muchedumbres, el escozor de la curiosidad no satisfecha y la inquietud nerviosa en cada burbujita, que luego engendra el lento

bamboleo de toda la masa; y el bamboleo, la hinchazón de las olas; y las olas el choque, y el estruendo, y la espuma, y al fin, el desastre.

Como yo estaba encaramado en el pedestal de la farola y ésta alumbraba bien, dominaba en mi rededor una buena parte de la multitud. Observé que abundaban las mujeres de rompe y rasga, y que no escaseaban los hombres de mala catadura; castas que parecen nacidas para esas cosas, porque nunca se las ve más que en los motines: légame que sale a la superficie cuando las corrientes embravecidas revuelven el fondo de los cauces. De estos hombre, algunos iban armados; pero casi todos estaban muy mal vestidos. Pude observar también que las puertas del Principal estaban cerradas; y por los rumores que hasta mí llegaron, entendí que la guardia se resistía a abrirlas aunque se le intimaba a ello, fraternal y pacíficamente; pues es de advertir que ni los de adentro tenían una orden a que ajustar su conducta en frente de aquel tan serio como inesperado trance, ni los de afuera plan ni concierto ni dirección. Por lo visto, todos éramos curiosos más o menos interesados en que se diera el placer de quitar aquel estorbo a unos cuantos *aficionados* de la primera fila que lo pretendieron. Y en estas finas y corteses embajadas se anduvo larguísimo rato, por la ventana baja de hacia la calle de Carretas.

Pero es cosa probada que las muchedumbres ni en serio ni en broma pueden estarse quietas y de pie mucho tiempo. Yo mismo comencé a impacientarme por la falta de un desenlace cualquiera; porque aun cuando los rumores crecían y los gritos se acentuaban y el bamboleo iba convirtiéndose en serio oleaje, aquello no tenía fin. ¿Y por qué no le tenía?

Entonces, de repente, me acordé yo de que era Pedro Sánchez; no el hijo del pobre hidalgo montañés don Juan Sánchez; no el inofensivo Pedro Sánchez que estaba allí com un curioso más; sino el Pedro Sánchez redactor de *El Clarín de la Patria*; el Pedro Sánchez «perseguido por la causa de la libertad»; el popular autor de un escrito incendiario; el Pedro Sánchez que acababa de salir del escondrijo donde burló la vigilancia de los esbirros del poder, que le buscaban porque su nombre era bandera de batalla en manos de la revolución; y aquella que fermentaba en derredor mío, era, en gran parte, obra de mi ingenio, chispa de mi pluma fulminante... ¡Oh! ¡qué grande volví a verme en aquel momento! ¡Qué borracho de ideas tumultuosas y revolucionarias! ¡Qué odio se encarnó en mi corazón

hacia los «hombres funestos que habían arrastrado al país hasta el borde del precipicio»! ¡Cómo execré a los «nefandos conculcadores de las leyes, expoliadores del erario público, escándalo de la moral y ludibrio de gobernantes» en la patria de Riego y de Padilla! (Estaban muy de moda entonces estos dos personajes.) ¡Con qué facilidad podría yo inflamar aquel reguero de pólvora y convertir en mar embravecido lo que ni siquiera había llegado a lago turbulento! Desde lo alto del pedestal de la farola, lanzar mi nombre por encima de todos los ecos y rumores de la multitud; después, cuatro arranques tribunicios bien empapados en el espíritu revoltoso que palpitaba en aquellas gentes inflamables, y, al fin, arrastrarlas en mi seguimiento, cual desbordado torrente, por donde a mí me diera la gana. ¡Dios mío, qué cosquilleo sentí entonces en la garganta! ¡Cómo forcejeaban en ella todo el aire de mis pulmones para formar un nombre, y lanzarle al espacio, sonoro y penetrante, como toque de clarín de guerra! ¡Cómo se estremecían todas las fibras de mi cuerpo! ¡Qué temblar el de mis brazos! ¡Qué gallardía la de los apóstrofes que me asaltaban las mientes, caldeados al fuego del entusiasmo que me devoraba! No podía más: alcé el brazo que no necesitaba para agarrarme al pedestal; arranqué el sombrero de mi cabeza; moví los labios trémulos...

En esto crecieron los gritos y la agitación de las primeras filas; y el resplandor de una hoguera, arimada a las puertas del Principal, iluminó aquella parte del sombrío cuadro. El inesperado acontecimiento me contuvo. Momentos después, entre aplausos y patriótica bullanga, ardían los portones. ¿De quién fue la idea? ¿Quién trajo la leña, y de dónde: ¡Vaya V. a saberlo!

Abierta la brecha, se lanzó por ella, con la impetuosidad de un torrente, lo que del mar de afuera cupo dentro del edificio. Esta evolución removió toda la masa sobrante; y por los huecos que iban resultando, avancé yo, a fuerza de puños, hasta la acera misma del Principal. El tumulto había atropellado la guardia; y como no halló resistencia, apoderóse, entre abrazos a los soldados, y vivas a todo lo de costumbre, de las armas y municiones de éstos.

La cosa hasta entonces iba arreglándose tal cual: ni un tiro ni una herida ni un insulto entre los dos tradicionales enemigos. Harto más alborotaban las furias ociosas de la Puerta del Sol, que habían dado en la gracia de pedir las cabezas de determinados personajes. En medio de estos gritos salieron del Principal a la calle muchos

hombres armados con los sables y fusiles que habían adquirido adentro: otros, que ya estaban afuera con armas, se unieron a ellos. No sé si fue por contagio de los gritos de las mujeres, o porque les hizo más feroces el verse tan unidos y bien pertrechados; pero es la verdad que apenas estuvieron agrupados en la calle, comenzaron a rugir amenazas de muerte y exterminio. ¡A casa de Fulano! ¡A casa de Mengano!... Y el coro, la gran masa, lo repetía con voz formidable y ademán aterrador. Y noté que en este vocerío tremebundo se nombraban con preferencia un palacio de la calle de las Rejas, muy aborrecido entonces, y la casa de Valenzuela. Y sin duda por ser ésta la más cercana, los foragidos aquellos enderezaron el rumbo hacia allá. Me estremecí. Luego, movido de una resolución súbita, avancé apartando la gente a empujones, hasta ponerme delante de los primeros.

— ¡Alto! —grité como un energúmeno, alzando los dos brazos mucho más arriba de la cabeza.

¡Suerte loca la mía! En la vanguardia del pelotón armado iban Bujes y tres de sus camaradas, que, como él, me habían conocido en la redacción.

— ¡Pedro Sánchez!... ¡Viva Pedro Sánchez! —gritaron, abrazándose Bujes y alzando los otros los fusiles al aire—. ¡El defensor de los hijos del pueblo! ¡El perseguido por los enemigos de la libertad!

Cientos y cientos, y creo que miles de bocas repetían entonces mi nombre, cuya resonancia, no cabiendo en los ámbitos de la Puerta del Sol, fue a perderse en rugidos en todas las calles que desembocaban allí! Manos sin número estrecharon las mías, y brazos sin cuento me estrujaron, me oprimieron y aun me lavantaron en vilo.

— ¿Adónde vais? —pregunté con aires de tribuno romano, tan pronto como pude resollar.

— ¡A comenzar por casa de Valenzuela las venganzas del pueblo oprimido! —me respondieron los más elocuentes.

— Pues si ese santo fin os guía —repliqué, tomando posuras de héroe de tragedia—, habéis errado el camino... ¡Al tronco, al tronco!... ¡Herid el tronco, y dejad las ramas para cuando el árbol esté en el suelo!... ¡A la calle de las Rejas!

¡Yo que tal dije! Ni el pelotón de soldados mejor instruidos hacen una conversión hacia la espalda con mayor rapidez que aquella muchedumbre la hizo entonces; y con tal suerte mía, que estando yo el primero delante de ella en dirección a la Carrera de San Jerónimo,

me quedé el último y solo cuando el lago de gentes se precipitó por la calle del Arenal, bramando estas palabras mías:

— ¡A la calle de las Rejas!

¡Que Dios me perdone, en gracia del caritativo fin que me inspiraba, la culpa que tuve de que se anticipara algunas horas aquel desastre, que estaba decretado y había de cumplirse de todas maneras!

Con el mayor disimulo posible, acelerando mucho el paso y echando por los atajos para orientar a los que pudieran conocerme, me dirigí, apenas logrado mi primer intento, a la calle del Príncipe, por fortuna poco concurrida a la sazón, por estar la pública curiosidad empeñada en otra parte. Llegué sudando, y con la brega que había tenido en la Puerta del Sol, desaliñado, conmovido y polvoriento. Subí de cuatro en cuatro los escalones; y sin detenerme a respirar, llamé a la puerta de Valenzuela, ante la cual había llamado otra sola vez en mi vida, también tembloroso y conmovido, aunque por bien distintos motivos. Tardaban en abrirme; y, entre tanto, oía yo ruido de gente acelerada allá dentro. Volví a llamar más fuerte; y tras el mismo rumor de pasos, de voces discordantes y de palabras sueltas, abrió un criado el ventanillo.

— ¡Necesito ver inmediatamente a los señores! —le dije con imperio, llevándome el diablo con aquellas precauciones en que se empleaba un tiempo que tan necesario podía sernos para cosa más importante.

Sentí a poco rato que el ventanillo volvía a abrirse, pero con mucho cuidado, como si se tratara solamente de examinar la catadura del que llamaba. Entonces dí mi nombre, rogando por todos los santos del cielo que me abrieran la puerta cuanto antes, pues de abrírmela o no, dependía la salvación o la ruina de toda la familia. Noté que llegaba otra persona al ventanillo; y apenas había tenido tiempo para mirar por él hacia afuera, cuando la puerta se abrió. Clara, que apareció en el hueco un instante, volvió a cerrar tan pronto como yo hube entrado. Estaba terriblemente hermosa la hija de don Augusto Valenzuela: pálida, ceñuda, con los ojos fulminantes, algo convulsos y contraídos los labios, alta la cabeza, destacado el pecho, y apartando impaciente la cola de su bata con el menudo pié... Detrás de ella, Pilita, con la faz desencajada, cárdena y roja a trechos, porque el sudor de su angustia le había barrido parte del colorete; revueltos los postizos y asomando el crepé por las rendijas

del moño y de las cocas... ¡pero con el abanico en la mano! Verdad que hacía un calor de todos los demonios. Allá en el fondo, arrimado a las jambas de una puerta, lacio, amarillento, exánime, Manolo. Tal era el cuadro que, en el momento de entrar yo, pude examinar rápidamente a la luz de la lámpara que alumbraba el vestíbulo.

Mientras Pilita retrocedía dos pasos al verme penetrar de un salto y en tan sospechoso desaliño en su casa, su hija, leyéndome los pensamientos en los ojos, me habló así:

— ¿Qué peligro corremos? ¿Qué es eso que está pasando y que nadie nos explica bien? ¿Qué tiene que ver con nosotros?...

— ¿Don Augusto...? —pregunté anhelante.

— Está fuera de Madrid desde esta madrugada, y en lugar seguro —me respondió Clara—; pero bien ajeno a todo temor de que pueda correr su familia el menor peligro.

— Algo es eso —repliqué—; pero no es bastante.

Entonces referí, como mejor pude, no todo lo que sabía, sino algo que les diera una idea del riesgo que les amenazaba. — Y bien, ¿qué remedio tiene eso? —me preguntó Pilita con espanto, mientras Manolo se desplomaba sobre una silla.

— Usted traerá un plan meditado, seguro —dijo Clara clavando en la mía insinuante su mirada de acero.

— Sí, señora —respondí con fe—, seguro es mi plan, si Vds. se someten a él sin vacilaciones y sin perder un momento en fútiles reparos...

— Al momento... ¡Diga V.! —respondió Clara firme y resuelta.

— Pues bien: recojan Vds. alhajas, dinero... cuanto se pueda llevar a la mano... y en seguida prepárense para salir a pie conmigo... y sin lujos ni aparato; porque importa mucho que no nos conozca nadie... y sobre todo, ¡ganar tiempo! Si hay un criado leal a quien pueda confiarse el secreto del refugio de sus amos, que nos siga a cierta distancia con algún equipaje indispensable...

— ¡Vamos, mamá; vamos, Manolo! —dijo Clara por toda respuesta, empujando a Pilita y a su hermano hacia las habitaciones interiores.

Yo me dejé caer, rendido de cansancio y de emociones, en una banqueta del mismo recibidor en que me hallaba. En seguida comencé a oír, allá dentro, ruido de tiradores abiertos de prisa; recias llamadas a aquel criado y a esta doncella; el estrépito de una porcelana hecha añicos en el suelo; el pisar recio de los unos; el crujir de las faldas de las otras; trastazos de puertas, carraspeos,

suspiros... Y, entre tanto, los minutos me parecían años, y cada rumor de la calle que penetraba por la escalera y llegaba a mis oídos, me ponía los pelos de punta, porque temía que volvieran los forajidos, que yo dejé en la calle del Arenal, a consumir la obra que ya habrían consumado sin el éxito feliz de mi temerario alarde.

Mi plan era harto sencillo: llevar, con un largo rodeo, a la familia Valenzuela a mi posada, que por ser época de vacaciones, debía estar completamente desocupada. Hallándose a buen recaudo el objeto principal de los odios populares, como yo había presumido, porque tales pájaros huelen la pólvora desde muy lejos, bastaba con separar por el momento de los caminos trillados que habían de seguir las turbas, al resto de la familia, para librarla de un bárbaro atropello. Después, Dios diría.

Apareció Clara arrastrando los graciosos pliegues de la falda de un sencillísimo vestido, y envolviéndose el gallardo busto en una ligera mantilla, cuyo velo, arrollado sobre la cabeza y cayendo en pabellones hasta los hombros, parecía un fondo pintado de intento para destacar con mayor fuerza las enérgicas facciones y el pálido color de la cara. En seguida llegó Pilita, bastante más emperifollada que su hija; pero traía el velo de la mantilla echado sobre la faz; y este eclipse de astro viejo fuí ganando en aquella partida.

Manolo iba detrás de ella, vestido, en su afán de disfrazarse bien, con lo más anticuado y triste de su ropero, y se había cortado las barbas con las tijeras: llevaba en la diestra un elegante saquito de mano, muy repleto. Parecía un seminarista que volvía a su aldea cargado de desalientos... y de calabazas. Pilita me dijo, abanicándose:

— He estado pensando que deberíamos irnos, una vez que tenemos que salir de casa, a la de Chuncha.

— Y ¿quién es Chuncha? —pregunté con la mano ya en el pestillo de la puerta.

— La duquesa del Pico, —respondió Pilita debajo de su velo.

— ¡Ay, señora! —repliqué: no corren tiempos de duquesas; son malas recomendaciones los nombres linajudos y encopetados cuando andan las muchedumbres armadas y rugiendo por la calle.

— ¡Vamos adonde V. quiera... y pronto! —dijo entonces Clara, con su acento rudo y aire resuelto mirando a su madre.

Abrí la puerta, y salimos. En el descanso de la escalera dudaba yo si dar el brazo a Clara o a Pilita, porque las leyes de la buena

cortesía se ajustaban muy mal en aquella ocasión a las de mi deseo.

— Manolo —dijo Clara—: da el brazo a mamá; nosotros iremos delante.

En esto me lanzó una mirada de las suyas, no sé si para confirmarme la orden, o para pedirme mi parecer, que bien manifiesto estaba; se echó el velo sobre la cara, y en seguida sentí en el brazo que galantemente la presenté, el dulce peso del suyo, blanco, redondo y desnudo, asomando por la anchísima boca de la manga de embudo, que entonces era de moda. Con la otra mano se recogía los pliegues de la falda para no pisarlos, al bajar, con su lindo pie, que yo no podía menos de admirar, y por eso recuerdo que iba encerrado en estrecha bota de satén de color de ceniza, como su vestido. Bajamos. Antes de llegar al portal, me adelanté yo a reconocer el terreno. No había en la calle el menor síntoma de motín: mayor concurrencia y algo más ruido que de costumbre; pero nadie se fijaba en la casa de Valenzuela.

Volví a tomar a Clara del brazo; y advirtiéndole a su madre que nos siguieran a cierta distancia, salimos. Me latía mucho el corazón, y sentí como una sacudida nerviosa en el brazo de Clara.

Cuando a algunas varas de la puerta nos hallamos confundidos con los demás transeúntes, que no reparaban en nosotros, nos tranquilizamos; y después de observar que Manolo y su madre nos seguían, me dijo Clara:

— Quiero que me lo cuente V. todo; todo cuanto V. ha visto y oído esta noche; todo cuanto V. ha hecho.

No hubo remedio: tuve que contarle todo, todo; porque cuando escrúpulos de modestia o consideraciones de otro orden me hacían titubear en el relato, ella misma, con arte diabólico, me arrancaba las palabras que yo no quería decir. En estos casos, porque la vehemencia de su deseo la impulsaba, sentía yo mi brazo fuertemente oprimido contra su pecho, y veía, a través de las tenues mallas del velo, el brillo fascinador de su mirada fija en mis ojos deslumbrados. ¡Cómo resistir la fuerza de aquellas armas! Hubiérame mandado dar un ¡viva! a los hombres arrojados del poder por la mañana, grito que a la sazón equivalía a una sentencia de muerte, y lo mismo la hubiera complacido.

— Ahora —añadió, después de oír mi relato—, quiero saber qué sentimientos le han movido a V. a sacrificarse así por una familia a la que tan pocas atenciones debe.

No era tan fácil responder a esta exigencia como a la anterior. Decir que había obedecido a un impulso maquinal y filantrópico, era poco y no era la verdad; decir que, a pesar de que Valenzuela no lo merecía, me había arriesgado a salvarle, era demasiado; que lo hice acordándome solamente de Clara, aunque fuera verdad, no podía decirlo sin agravio de los demás de su casa, ni sin que se tomara mi aserto a necia galantería; que me inspiró el arrojo (y acaso era lo más cierto) el buen recuerdo de los amables huéspedes de mi lugar, implicaba una censura de su conducta posterior. En vista de estas dificultades, tomé el punto de soslayo y respondí:

— En buen derecho, nada me debía su familia de V. que no me haya pagado.

— A su manera, es cierto —replicóme Clara—; a la manera que pagan sus deudas de buena y honrada amistad los santones de la política. Mire V.: mi padre es el mejor de los hombres entre su familia, en los pasillos del teatro, en su pueblo de V... en todas partes menos en el sillón de su despacho oficial, y donde quiera que *ejerza de político* entre los suyos. En estos casos, se transfigura y pierde la memoria de las cosas sencillas y ordinarias del mundo, porque le posee de pies a cabeza el demonio del imperio con todas sus durezas y vanidades. Es una enfermedad propia de las gentes del oficio, y no tiene cura... Y no digo esto para que V. le perdone los malos trances en que le puso por no querer acordarse en Madrid de la palabra que le empeñó en su aldea, aunque buen testimonio es de que no son invenciones mías las prendas que en él alabo, la sinceridad con que confieso sus graves faltas: demasiado sé que hay agravios que no se olvidan aunque se perdonen, y V. ha perdonado mucho; muchos que yo he lamentado sin poderlos remediar. Dígolo, porque lo juzgo al caso en el capítulo de las deudas a que V. se ha referido... Pero no se trata de eso, sino de responder derechamente a mi pregunta.

— Pues por respondido, Clara —repliqué al punto y entrando sin resistencia en la boca de la trampa que se me ponía delante—; reconociendo yo en su padre de V. las mismas prendas, buenas y malas que V. misma le reconoce, ¿no basta esto y la franca amistad que nos unió en mi pueblo, por razón de lo poco que acabo de hacer por él?

— No —respondió su hija, acentuando el monosílabo con un enérgico movimiento de cabeza—. Con eso solo y lo que V. olvida sin perdonarlo, se deplora el suceso; pero se encoge uno de hombros, y

deja correr la tempestad... si es que no se la llama, con cierta complacencia, justicia de Dios... Y V. ha hecho bastante más: se ha plantado delante de ella exponiéndose a ser arrollado.

¿Qué diablos quería aquella mujer que yo la declarase...? ¡Y cómo no declarárselo, si lo que quería oír fuera algo que cruzó sólo como una chispa por mi mente en aquel peligroso trance, y que después, al contacto del brazo de Clara, al roce de su vestido, al fuego de sus ojos, en ocasión tan extraña, siendo yo su único amparo, su escudo y su guía, iba convirtiéndose por instantes en voraz incendio!

Déjeme caer del lado a que me inclinaba el deseo, y respondí sin tanteos ni remilgos:

— Pues considéreme V., con respecto al señor don Augusto, en el más desfavorable de los supuestos; téngame hasta por inhumano y vengativo si le acomoda; ¿sería justo que a V. tan joven, tan bella, tan afable y tan buena conmigo siempre y en todas parte, la hiriera el mismo golpe con que la ira popular castigase en otro supuestas o comprobadas maldades? Y no siéndolo, ¿qué cosa más natural que hacer lo que hice para evitarlo?

De nuevo sentí, al decir esto, acentuada presión del brazo de Clara; y otro rayo de sus ojos, hiriendo los míos, volvió a deslumbrarme. Todo pasó como una ráfaga, pero ráfaga cargada de eléctricos efluvios. En seguida me habló así mi original y peligrosa protegida:

— Verdaderamente le parecerá a V. pueril este empeño mío en momentos tan señalados, por la seriedad de las cosas que nos están ocurriendo; si es que no juzga que hasta el cariño de hija pospongo a mis vanidades de mujer. Todo es posible; y, sin embargo, nada sería menos cierto, puesto que si tanto me apuré el deseo de saber lo que al cabo he sabido, fue por convencerme de que pudo inspirar mi recuerdo tan noble empresa en beneficio de mi padre. Hombre, le hubiera defendido contra todos los que le ofendieran; débil mujer, me complazco en servirle con la fuerza de tan heroicos defensores como V... ¿No es esto muy natural?

No me lo parecía mucho; pero como a Clara no se la podía medir con la misma vara que a las demás mujeres, acepté su teoría que, por de pronto, me apagó algo los fuegos de la imaginación.

Andábamos, a todo esto, entrando por la calle de la Visitación en la del Lobo; y cuando nos hallamos algunas varas dentro de ella, Pilita, que nos seguía los pasos, dijo al verla casi libre de transeúntes:

— ¡Ay, qué miedo da andar por aquí...! Mala es la muchedumbre, ¡pero esta soledad...! ¡Si cualquier forajido nos observa... y nos detiene... y nos conoce...!

Manolo, que temblaba de miedo, fue del mismo parecer, y propuso que retrocediéramos. No lo consentí, aunque el hijo y la madre tenían mucha razón en temer aquella soledad en noche de tan gordas aventuras, y sin gobierno y sin ley en la villa. Recordé el silencio y la serenidad, y continuamos marchando sin tropiezo hasta la Carrera de San Jerónimo. Pensaba yo salir a la calle de Alcalá por la de Cedaceros; pero observé que había en ésta gran vocerío patriótico, y mucha gente detenida. Recordé al instante que allí había una casa de las denunciadas por la furia popular en la Puerta del Sol, y temblé, porque presumí lo que estaría pasando o iría a pasar inmediatamente.

— ¿Qué es eso? —preguntó Clara estremeciéndose.

— Poco más de nada —respondí—. Populacho que se divierte gritando. Vámonos por la calle del Turco, puesto que no hay paso por ésta.

Y así lo hicimos. Mientras bajábamos hacia el Congreso, me dijo Clara:

— ¡No puedo pintarle a V. lo que siento delante de estas cosas!

— Me lo imagino —respondí.

— No es fácil —añadió—. Es más que antipatía; es asco y pena, y es ira y es indigente, todo a la vez. Y no lo siento por lo que hoy me sucede; lo mismo lo sintiera si mi padre fuera el esparterista más estúpido. Es que me ataca a los nervios sin poderlo remediar, por feo y de mal gusto. Esta abigarrada mezcla de gentes dando gritos, desaliñada y sudando, me hace el efecto de una bestia revolcándose en basura y complaciéndose luego en restregarse contra las fachadas limpias y la ropa de los transeúntes.

¡Y yo que cuando tal oía iba hecho un Adán, por obra de mis patriotadas de la Puerta del Sol!

Conoció Clara en mi silencio y en la mirada que a mí propio me eché, el apuro en que me hallaba; y me dijo, cargando, un poco más de lo corriente y usual, el peso de su lindo cuerpo sobre mí:

— No le pido a V. perdón ni me arrepiento de lo dicho; porque entre eso que brama y V., aunque parezca que un mismo interés los une, hay enorme diferencia; como la hay entre el rebaño y el pastor, entre el látigo y la mano que le esgrime. Si fuera V. un patriotero vulgar, parte maciza de ese gran montón de inocentes y de malvados,

le aconsejaría que se apartara de tan mal camino, y huyera de tan peligrosa compañía; pero yo sé cómo y por dónde ha ido V. a parar ahí; y el lance de esta noche, que confirma todos mis supuestos de algún tiempo acá, dice bien claro hasta dónde puede V. ir con sus propias fuerzas por ese camino, si no se amedrenta ni se encoge.

Luego, Clara, la esquiva, la orgullosa y medio bravía Clara, «desde un tiempo acá» me había seguido de lejos en todas las etapas de mi breve y triunfal carrera. ¿Por qué? ¡Oh, incitantes dudas y sabrosas quimeras de la vanidad...! Y, sin embargo, el hecho que las producía era evidente. ¿Qué mucho que lo que corazones bien aguerridos no hubieran podido resistir sin conmoverse, causara honda perturbación en las tranquilas e indefensas regiones de mi pecho?

Dióme aquel punto tema para seguir un largo diálogo entretejido de ingeniosas perífrasis, rebuscadas anfibologías y otros análogos tiquismiquis, recurso a que se apela siempre que en galantes empeños se quiere explorar el campo sin descubrir mucho el cuerpo, y le terminó Clara (que, por cierto, me ganó en la puja de sutilezas la partida) diciéndome:

— Ya V. ve cómo lo que le digo no es vana lisonja con que trato de pagarle este gran favor que todavía nos está haciendo. Creo que tiene V. alas con qué volar muy alto en el espacio que se abre ahora delante de V., y le aconsejo que vuele. Para los hombres como V., hay una brillante carrera en ese campo en que tanto abundan las nulidades, y tan necesarios son los ánimos esforzados y las almas generosas... Y no se queje V. de mi desinterés, cuando, sabiendo lo que usted vale, le empujo hacia el enemigo.

No pude responderla, porque nos abordó Pilita cuando esto pasaba y subíamos por la calle del Caballero de Gracia.

Pilita quería saber adónde íbamos y cuándo llegábamos, cosas que todavía no me había preguntado su hija, ni yo me había acordado de decírselas; y ponderaba mucho el miedo que la habían dado ciertas gentes desaforadas con que nos habíamos encontrado al atravesar la calle de Alcalá. Tampoco habíamos hablado de ellas Clara y yo: ni siquiera las vimos. En cambio, Manolo había visto y sentido por todos. ¡Cómo sudaba de congoja el infeliz, y qué amarillo y anheloso estaba!

Momentos después llegamos, sanos y salvos, al portal de mi posada.

— ¡Respiren Vds.! —iba a decir triunfante a la familia entera, sin considerar que allí había, como en la mayor parte de los portales del Madrid de entonces, una hedionda letrina, que ya había hecho torcer el arrugado gesto de Pilita.

Subimos; y, como yo supuse, la casa estaba completamente libre de huéspedes. Alegróse mucho de verme mi patrona. Díjela en pocas palabras de qué se trataba, aunque tuve buen cuidado de callarme el apellido de sus nuevos huéspedes; y acomodólos, como yo deseaba, en la salita, que tenía un gabinete contiguo a otro dormitorio con puerta al pasadizo.

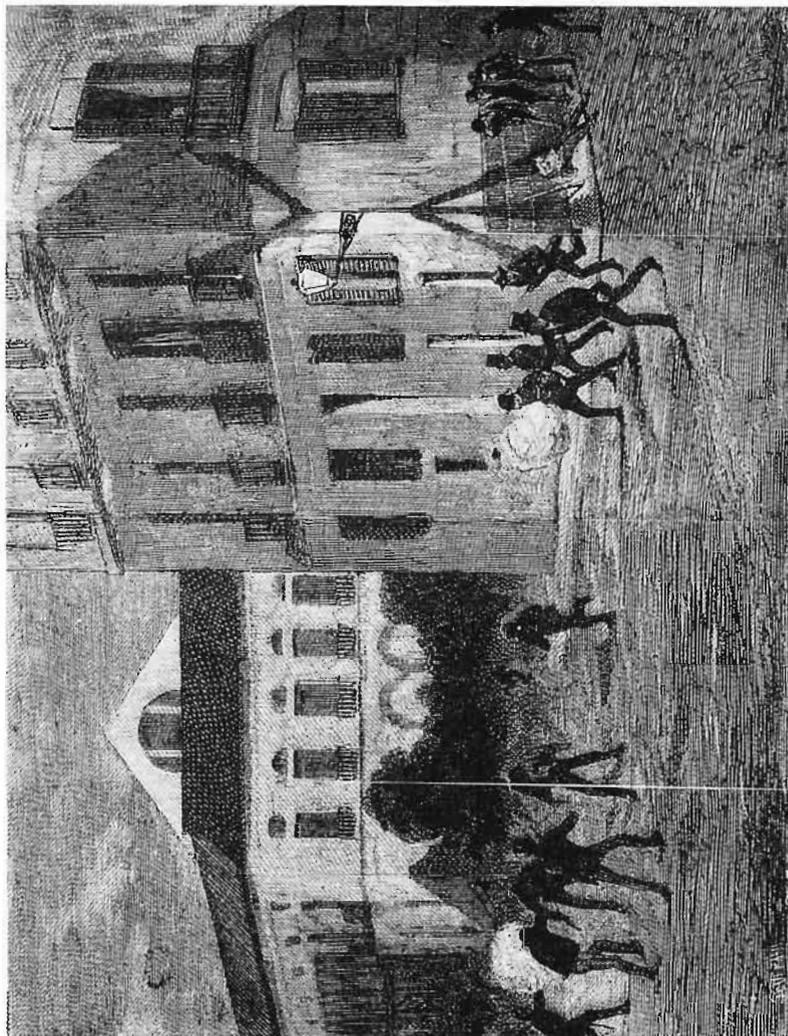
— Estas señoras y este caballero —dije a la patrona, de modo que no me oyera nadie sino los presentes—, para todos, menos para V. y para mí, en esta casa son un familia forastera que estará en Madrid muy pocos días; familia pudiente y recogida, que come en sus habitaciones y no sale de ellas para nada. ¿Lo entiende V.? Pues no hay más qué hablar.

Dióse por enterada la patrona, y yo quedé satisfecho; porque era muy leal y campechana la buena Micaela.

— Ahora —dije a las señoras—, den Vds. a su criado las menos órdenes posibles; y adviértanle que cuando vaya y venga, lo haga por caminos diferentes... por si acaso. Aunque nada temo, las precauciones no sobran. Esta cárcel no durará mucho: lo que se tarde en encauzar el torrente que brama por esas calles. Un poco de paciencia, pues, y mucha confianza. Yo trataré de inspirársela, y cuidaré de tenerlas al corriente de lo que suceda. Con este fin, me vuelvo a la calle donde puedo ser a Vds. más útil que aquí.

Y con esto y muy poco más, despedíme de todos, y muy particularmente de Clara, «hasta más tarde»; dije lo mismo a Micaela, para su gobierno, en el pasillo; mandé entrar en la sala al criado de Valenzuela, que, con un gran saco de noche, nos había seguido a cierta distancia; y lleno de la imagen y de las palabras de aquella singular criatura, bajé la escalera resuelto a enterarme de lo que pasaba en la calle de Cedaceros, síntoma terrible de lo que pudiera acontecer a la hora menos pensada en otras muchas calles, y estaría aconteciendo, seguramente, en la de las Rejas.

Dos horas hacía que había salido yo de mi forzado encierro al aire de la libertad. En tan breve tiempo ¡cuántos y cuán graves sucesos! ¡Cuántas y cuán distintas emociones!



Revueltas callejeras. La Ilustración española y americana. 1872. Biblioteca Nacional.



XXV

¡Nunca me dejara vencer de aquel imperioso deseo!

La muchedumbre que yo había visto a la entrada de la calle de Cedaceros, se había ido extendiendo por la Carrera de San Jerónimo; y allí, frente a la Iglesia de los Italianos, entre una masa de caras, atónitas unas, ferozmente alegres las más, ardía una enorme hoguera, cuyos rojizos resplandores alumbraban por igual los harapos y las costras de los holgazanes malvados, la atildada levita del indiferente curioso, y el casual, si no estudiado desaliño de los patriotas vocingleros y de los asombrados como yo.

Desde el fondo de la otra calle, y en el mismo afanoso rebullir de un hormiguero en sus tareas, llegaban sin cesar hasta la hoguera hombres de aspecto patibulario, agitando en la punta de un sable, de una bayoneta o de un garrote, una rica colgadura, una extraña prenda de vestir, un cuadro de gran valor, una bata de cachemira..., un pañuelo; o conduciendo al hombro o arrastrado o en la mano, un mueble de preciadas maderas, una alfombra, libros lujosísimos, candelabros, estuches y los más primorosos caprichos de arte. Un grito bestial anunciaba la llegada de cada objeto, y otro más nutrido y feroz llenaba la calle en cuanto caía en medio de las llamas. Así se alimentaban aquellas que a mi me espantaron. Las ricas tapicerías, los artísticos tallados, las finísimas y exóticas pieles; el grabado de Alberto Durero y de Morghen; las agua—fuertes de Rembrandt; los cincelados de Benvenuto; la armadura florentina; el rarísimo *incunable* y el lienzo en que palpitaban el genio y el pincel de Velázquez y Murillo, se confundían en breves instantes en un solo montón de ceniza. Y, entre tanto, en la morada de donde tantas riquezas salían se destrozaban a golpes las porcelanas sajonas, los vidrios de Murano, ánforas y barros etruscos... hasta los artesonados de los techos y las doradas molduras de las paredes. ¡Y todo este inícuo saqueo, todo este brutal destrozo, se hacía al grito de ¡*mueran los ladrones!* y en la casa de un hombre desligado muchos años hacía de todo linaje de políticas, pródigo de su dinero ganado en colosales empresas, cuya prosperidad reflúa en la del Estado y en bien del pueblo trabajador!

¡Qué razón tenía Clara! Sólo una bestia, con horror ingénito a lo limpio y a lo hermoso, podía deleitarse en consumir tantas profanaciones a un tiempo.

Huí de aquel sitio, lleno el corazón de pena y hasta de remordimientos. Temí que estuviera aconteciendo lo mismo en la calle del Príncipe. Miré hacia ella al atravesar su desembocadura en la Carrera; pero, afortunadamente, nada vi que confirmara mis temores. En cambio, oí que en la de las Rejas, en la del Prado y en alguna otra más, ardían también hogueras alimentadas con el saqueo hecho por la fiera en las moradas de otros tantos personajes caídos.

Llegué a la redacción de *El Clarín* no sé cómo ni por dónde, puesto que el miedo de volver a contemplar espectáculos que tanto me repugnaban, me hacía caminar muy de prisa y casi con los ojos cerrados.

Encontré a todos mis compañeros reunidos, y llevaba la palabra Redondo, que había sido puesto en libertad por algunos revolucionarios que abrieron las puertas de la cárcel a todos los presos políticos en cuanto se inició el movimiento. Abrazóme gozoso, y le abracé de muy buena gana, y todos los de la casa me abrazaron después. Pero bien sabe Dios que a ninguno estreché contra mi corazón con tanta fuerza como a Matica. Ya se sabía allí mi aventura de la Puerta del Sol. ¡Cómo me la aplaudieron y con qué calor me la admiraron! Ya se ve: era yo de la casa, y mi gloria se reflejaba en ella. Redondo se asombró de que, por miramientos mal entendidos, hubiera empleado yo la fuerza de mi prestigio a favor de un hombre como Valenzuela; y yo me asombré de que Redondo no se avergonzara de lo que estaba pasando en las calles de Madrid. Sin embargo, tenía buen cuidado, a pesar de su fanatismo revolucionario, de llamar *bandidos y enemigos pagados* de la revolución, a los ejecutores de aquellas *justicias*. «¡Esos monstruos no son el pueblo!», decía, y decía muy bien; pero aceptaba los hechos en odio a los *ajusticiados*, como un ejemplo necesario. ¡Quién era el guapo que podía traer a la razón a un hombre capaz de tales acomodamientos de juicio!

Matica, que me apoyaba en la porfía, dijo terminándola:

— Por de pronto, esos vandálicos sucesos han dado ya su resultado natural y lógico. El Gobierno, en vista de su gravedad, ha sacado fuerzas de flaquezas; las tropas han recuperado el Principal, y en la calle de las Rejas ha habido muertos y heridos. La guerra, pues, está declarada entre el poder y el pueblo; y V., señor Redondo, y V., señor Sánchez, vuelven a vivir de contrabando, y quizás todos nosotros, lo cual no acontecía dos horas hace.

Yo, que no sabía una palabra de estas cosas, me quedé yerto.

— Pues, ¿dónde ha estado V., alma de Dios? —me preguntó Matica que, por lo acontecido en la Puerta del Sol y por el tiempo trascurrido desde entonces, me juzgaba más enterado de los sucesos.

— Poniendo en lugar seguro a la familia Valenzuela, —respondí secamente y sin dar otros pormenores.

Sentóle muy mal esta respuesta a Redondo, en quien el fanatismo de secta se sobreponía, en ocasiones, a los impulsos de su buen corazón; pero Matica elogió el hecho como el más digno y generoso remate de mi hazaña de la Puerta del Sol; y este elogio, por ser de quien era, me supo muy bien.

El resultado de la conversación que se siguió a las palabras de mi amigo, que tan triste impresión me causaron, fue el amargo convencimiento de que mi situación era mucho más grave que cuando me hallaba oculto en casa de don Serafín Balduque. Entonces sólo se trataba del autor de un escrito satírico: últimamente era yo el caudillo aclamado por las turbas en el momento de empezar éstas a cometer las horribles fechorías que habían sacado de su inacción al débil y desalentado Gobierno. Si el paisanaje no triunfaba, vendrían, con la velocidad y el alcance del rayo, las duras represalias, las sangrientas venganzas, los tremendos castigos; y no habría cuartel ni miramientos ni caridad con los hombres señalados, como yo, por el ruido de una popularidad que en aquellos instantes era una infalible sentencia de afrentosa muerte en un patíbulo, o detrás de las tapias de un cementerio. Esto acontecería tan pronto como el Gobierno alcanzar en Madrid la más pequeña ventaja sobre la revolución, y se extendiera la noticia del suceso por las provincias, donde ganaría con ello el necesario prestigio para acabar de afirmarse. Y, entre tanto, el paisanaje carecía en Madrid de una inteligente dirección que le organizase y le hiciera capaz, cuando menos, de oponer una seria resistencia al empuje de las tropas, embravecidas ya con el espectáculo de la sangre vertida en los primeros encuentros. Urgía, pues, organizar al pueblo, y ayudarle en su empresa con alma y vida. No entendía yo jota de lo primero, y Dios me es testigo del horror que me inspiraba la fratricida guerra de las calles; pero la resolución que me negaba mi falta de fe política, me la dio la necesidad con largas creces; y a lo segundo me brindé con ciega abnegación, jurando llegar en la contienda tan lejos como el más guapo.

Muchas veces me he preguntado después acá: ¿influiría algo en aquel arrebató mío, en momentos tan peligrosos, la excitación de

Clara a que siguiera yo el camino de las aventuras de la revolución, seguro de llegar muy lejos sino me amedrentaba ni encogía? Lo que tomé por un recurso de la necesidad, ¿no pudo ser el fruto de la semilla arrojada en mi corazón por las palabras de aquella mujer a quien no podía olvidar un momento desde que me había separado de ella?

De dudar es el caso; pero ello fue que, cinco horas después, a la madrugada del 19, me batía como un desesperado en la calle de Jacometrezo contra las avanzadas de Palacio; que rechazadas éstas por nosotros hasta la plaza de Santo Domingo, continuaba batiéndome allí, sin saber todavía por qué no me asustaban las balas que oía por primera vez; cómo resistía, sin desplomarme, los rayos del sol que caían sobre mi cabeza descubierta cual chorros de cristal fundidos; cómo miraba sin espanto a los infelices que mordían el polvo a mi lado, y entregaban a Dios el alma entre borbotones de sangre y quejidos de agonía; qué espíritu diabólico se había apoderado de mí para hacerme ver en cada soldado un enemigo mortal de quien era preciso deshacerse con el plomo de mi certero fusil; que seguí tan tenaz en la encarnizada lucha, que se necesitó todo el prestigio popular que había ganado en Vicálvaro el coronel Garrigó, cayendo herido a la boca de los cañones del Gobierno, para que, viniendo de intercesor, cesara aquella cerca del mediodía, sin lo cual ¡Dios sabe lo que hubiera sido de mí!, que una hora después me hallaba disputando a la Guardia civil la Plaza Mayor, y que, tras una lucha bárbara por ambas partes, fui uno de los doce locos que avanzamos a cuerpo descubierto por el boquete de la calle de Ciudad-Rodrigo hasta la verja de la estatua ecuestre del centro; dando con esta locura tal ejemplo a los demás, que hicimos retirarse a los soldados por la calle de Postas, y quedó la plaza por nosotros. Sobre regueros de sangre entramos en los desalojados soportales; y, sin embargo, yo hubiera sido capaz de celebrar el triunfo empapando mis labios en ella. ¡Tan embrutecido, tan borracho me tenían el tufillo de la pólvora y el ardor de la refriega!

Tan borracho, que sin dar descanso a mi cuerpo ni otro alimento que un pedazo de pan y dos sorbos de vino, por la tarde me batía contra el coronel Gándara en la calle de Atocha... Recuerdo el extraño efecto que, no obstante mi insana obcecación, me causó la vista de aquel hombre, de gallardo continente, con su hermosa barba negra, vestido de paisano, hasta con sombrero de copa, a caballo, al

frente de algunos soldados, en medio de la calle, batiéndose contra un enemigo invisible que le hostilizaba por ventanas y buhardillas. Era gran amigo del personaje con las riquezas de cuya morada se había alimentado la hoguera de la Carrera de San Jerónimo. Presenció este injusto y bárbaro atropello; y tal como se hallaba, después de acudir al ministerio de la Guerra, montó a caballo. El impulso fue noble y generoso. Desde entonces, hasta que le vi en la calle de Atocha, no se había apeado; y sabía yo que al aventar a balazos por la mañana aquella hoguera después de haber aventado otra parecida en la calle de las Rejas, algo más que pavesas se habían llevado sus proyectiles por delante.

Pero no obstante el tributo rendido por mi imaginación novelesca a estos rasgos de paladín legendario, yo tiraba a matar cuando le tuve en frente con los suyos, porque a matar venían ellos.

Los últimos tiros de este empeño resonaron pavorosamente en medio del silencio y la soledad de la noche; y mientras desfilaban las tropas de Gándara hacia la calle de Carretas, después de haber depositado algunos cadáveres de infelices soldados en las bóvedas de San Sebastián, yo, por otras calles, deslizábame en busca de mi casa para reponer un poco las quebrantadas fuerzas y dar a Clara un testimonio de que no había olvidado mi compromiso de velar por ella.

Estaban tiznadas mis manos, y había sangre en ellas, y sangre también y polvo en mis vestidos; y debía tener yo todo el aspecto de un bandolero, cuando aparecí delante de la familia Valenzuela, y sin cumplidos ni ceremonias, rendido por la fatiga y las emociones, me dejé caer en el sofá, con espanto de Pilita, asombro de Manolo y no sé si admiración de Clara, porque nunca se leían en ella bien los sentimientos; pero en un buen rato no apartó de mí sus ojos fulgurantes. Huyendo de su invencible firmeza los míos, los fijé en el espejo que tenía enfrente; y entonces vi que mi cara no estaba más limpia ni mejor aliñada que el resto de mi cuerpo. Éramos Clara y yo, en aquel instante, tal para cual: yo un acabado modelo de matón de barricada, y ella la viva encarnación del genio inspirador de hazañas como las mías.

Referí, a sus instancias, todo lo que había visto y sabía, y lo que podía referirse de cuanto yo había hecho; infundí en Pilita, pues Clara no parecía preocuparse con ello, grandes esperanzas de que en breve acabaría su cárcel; y aunque nada me quedaba que hacer allí,

y el cuerpo me reclamaba alimento y descanso, dejábame con gusto vencer de la fuerza fascinadora con que los ojos y las palabras de Clara me retenían a su lado.

Al otro día ¡nunca él amaneciera! era yo aclamado jefe de una barricada que en la calle de la Montera habíamos levantado muy temprano, bajo los fuegos incesantes de las tropas del Principal. Por una serie de casualidades que no hay para qué referir, Matica estaba a mi lado, tan sereno y mordaz enfrente del enemigo, como en el blando sillón del teatro o en la banquetta del café. El aspecto que ofrecía Madrid en aquella mañana era verdaderamente aterrador. Ni una puerta abierta ni un transeúnte en las calles, ni otros ruidos que el de las descargas de fusilería acá y allá, y algún grito de los combatientes, cuando no el ¡ay! lastimero del moribundo. Un sol africano, abrasador, digna luz de tal cuadro, le iluminaba.

Pues en estas circunstancias, cuando el reloj del Buen Suceso acababa de dar las once, apareció entre nosotros, deslizándose calle abajo, por la acera de San Luis, muy pegadito a las casas, el sempiterno cesante don Serafín Balduque. Movidos instantáneamente de un mismo impulso Matica y yo, nos lanzamos sobre él y le metimos en el portal contiguo a la barricada. ¡Le hubiera sopapeado entonces de buena gana por imprudente y mentecato!

—¿Qué demonio le inspiró a V. la idea de venir a este estrelladero de balas? —le dije, casi pegándole.

—Déjeme V. hablar —me respondió sentándose en el primer peldaño de la escalera, y limpiándose el sudor de la calva con el pañuelo—. Déjeme hablar; que hablando se entiende la gente... Ayer no salí en todo el día de casa; y V., que había quedado en volver, no pareció por ella. Como se anduvo a tiros todo el día y parte de la noche anterior, y V. estaba tan metido en los belenes revolucionarios, temimos que le hubiera sucedido algo... y no así como quiera, sino que a mí me aplanó la murria por entero. Carmen no probó bocado en todo el santo día, y Quica no cesó de mojar la pestaña. Con estos temores y el escozor de saber algo de lo que había pasado en Madrid, esta mañana, al ver que parecía la villa una balsa de aceite, aventuréme a asomar las narices a la calle, con ánimo de ir explorando el terreno poco a poco y hasta donde se pudiera. Carmen no quería; Quica, que es más curiosa, me animaba; y como yo tengo más agallas de lo que parece, y de un tiempo acá, como sabe V. muy bien, tanto me da pepinos como calabazas, entre si salgo o no salgo... salí.

Por aquella parte no se movía una mosca... salvo unos tiritos que sonaban hacia la calle de Toledo; seguí andando, y tampoco; y andando, andando, aunque veía en esta calle y en la otra gentes muy afanadas en levantar adoquines, llegué sin tropiezo ni rodeo de importancia hasta la de Atocha... ¡No miento si aseguro que tiene encima una alfombra de cascotes de más de medio pie de espesor! Contemplando esto y las marcas de las balas en la fuente de la plaza de Antón Martín, me pasé un rato. Un transeúnte de regular catadura me explicó lo que había sucedido allí... y también me aconsejó que no me detuviera mucho a la intemperie. Supuse que no lo diría solamente por el calor que hace; pero aunque también había por aquellas alturas mucho revoltijo de adoquines, noté que se podía ganar un poquito de camino más hacia adentro. «¡Pues vamos allá, qué calabaza!», me dije, «y veamos lo que pasa», y entré por la calle del León, y seguí después la del Prado arriba, donde ya la cosa se iba formalizando y era el tránsito un poco más difícil; pero pasé; y ya, puesto en la calle del Príncipe, dije: «vamos hasta la del Caballero de Gracia, y allí preguntaré por ese hombre en su misma posada». Costóme gran trabajo, y en más de un riesgo me vi, porque en tiempos de revolución no son confites todo lo que anda por el aire, ni todos los caminos están como la palma de la mano, ni todos los hombres tienen el don de gentes ni la más esmerada educación; pero llegué, y ¡calabaza! estaba el portal cerrado... como todos los que iba dejando atrás. «Pues no retrocedo», me dije, «porque a estas horas estarán tapadas todas las salidas, al paso que iban las barricadas y las cosas cuando yo las vi... Pues vamos por la Red de San Luis... » Verdad que estaba oyendo yo rato hacía tiros hacia la Puerta del Sol; pero también habían sonado algunos hacia la Cibeles... y yo por algún lado había de salir, calabaza!... Y fuíme a lo desconocido, por si acaso era mejor que lo otro, que no era bueno, puesto que a poco me santiguan con un balazo al atravesar la calle de Alcalá. Ya en la Red, y obstruidas por barricadas las calles que en ella desembocan, tomé una carrerita en busca de la plazuela del Carmen... Pero cata que, mirando hacia esta barricada, los distingo a Vds.; y ¡calabaza! ¿qué había de hacer sino llegarme a darles un abrazo y pedirles un refugio?...

— ¡A buena parte ha venido V. a buscarle! —exclamó Matica, medio en serio y medio en broma—. ¿V. sabe que aquí no pasa un cuarto de hora sin que lluevan las balas a docenas?

— De manera —dijo don Serafín— que como no me han dado a escoger...

— Debiera V. —añadí yo hondamente disgustado— no haber hecho la locura de salir de su casa; y ya que salió, haberse vuelto a ella cuando pudo hacerlo. Usted no es un muchacho en quien puedan disculparse las calaveradas de esta especie... Tiene V. una hija...

— Mire V., señor don Pedro —me respondió Balduque interrumpiéndome con muy mal gesto— todo lo que puede sonar en esa cuerda, me lo estoy oyendo yo sin cesar... ¡Ojalá no sonara tanto! Ahora estamos aquí tratando de otra cosa muy distinta.

— Pero hay que pensar en todo... ¿Sabe usted cuándo acabará esto, y cómo acabará... y cómo acabaremos nosotros, y los que con nosotros se hallan en esta ratonera...?

— Si me echara yo a pensar todas esas cosas... y si no cavilara tanto en otras muchas, seguro que no me hallara aquí en este momento...

Cuando así hablaba don Serafín, oyéronse los tiros que volvían a cruzarse entre el Principal y la barricada. Salí a ella recomendando mucho a Balduque que no se moviera de allí. Muy poco después volvía al portal con un hombre que acababa de recibir una herida en un brazo. Teníamos allí a prevención algunas hilas, aglutinantes, etc.... y en el entresuelo de la misma casa catres y colchones para lances más graves. El herido arrimó el fusil en la pared; sentóse, y llegó Matica que aseguraba recordar algo de lo que había oído explicar en San Carlos; y reconociendo la lesión, dijo que se curaba con dos cuartos de unguento.

Mientras esto sucedía, Balduque, con el sombrero en la coronilla; las manos tan pronto en los bolsillos del pantalón como rascando la cabeza o sobando los bigotes a contrapelo; los ojos errabundos, y moviéndose todo de un lado para otro, revelaba hallarse bajo el imperio de un excitación nerviosa que me alarmaba. Encargué mucho al herido que cuidara de él mientras yo volvía; y salí de nuevo a la barricada, porque el fuego no cesaba un punto... Por salir cayó en mis brazos un combatiente, con un balazo en el pecho. Ayudóme otro hombre a sostenerle, y entre los dos le condujimos hasta el entresuelo.

— Esto es más grave —dije a Matica al llegar al portal; y a don Serafín, porque no se quedara solo—: Suba V. también para ayudarnos en lo que pueda.

Y subió con los demás, y nos ayudó a descubrir la herida, que parecía cosa muy seria. Temblábanle las manos al cesante y hablaba solo palabras incoherentes. La triste obra en que todos estábamos empeñados, llegó a ocupar toda mi atención. De pronto noté la falta de Balduque en el grupo que componíamos los demás alrededor del nuevo herido. Alcé la cabeza, y tampoco estaba en el entresuelo; corrí a la escalera, y vi con espanto que, con un fusil entre las manos, se lanzaba del portal a la calle. Bajé de dos brincos, y salí tras él, en medio del tiroteo que no cesaba.

— ¿Adónde va V., desdichado? —gritéle.

— ¡A ganar con mis puños lo que se me debe en justicia...! ¡A enviar al Gobierno, con una bala, el memorial de mis agravios...!

Y esto lo voceaba encaramándose ya en lo alto del parapeto, echándose a la cara el fusil ¡que ni siquiera estaba cargado!

— ¡Viva la justicia! —gritó allí como un desesperado.

Y un instante después ¡casi un instante! cuando tocaba yo los faldones de su levita con mis manos, se desplomaba entre ellas con la inerte pesadez de un moribundo.

En presencia de aquella tremenda desgracia, sin valor para resistir el vocerío de los pensamientos que diabólicamente eslabonados me asaltaron la cabeza, desde el fondo de mi corazón pedí al cielo otra bala para mí; pero no hubo una, entre tantas como silbaban a mi lado, que anidar quisiera en un pecho tan lleno de pesadumbre.

Todos cuantos recursos terapéuticos nos había proporcionado la previsión de Matica, que no eran muchos, se emplearon inmediatamente en el empeño de volver a la vida a aquel pobre hombre que parecía un cadáver. Hasta se puso de nuestro lado, ¡bien tarde ya! la feliz casualidad de haberse suspendido en aquel instante las hostilidades entre el paisanaje y las tropas, quitándonos con ello el único cuidado que pudiera separarnos del moribundo.

— No se cansen Vds. —nos dijo éste, con voz apenas perceptible, vidriosa la mirada, lívido el semblante, jadeante el pecho y ensangrentada la boca—: tengo la muerte allá dentro... y hará su oficio muy pronto... Yo la busqué con una locura... hija de muchos pensamientos ¡muy tristes! ¡muy negros!... Sé que debí vencerlos, porque hombres hay más desgraciados que yo, y no los tienen; pero no pude... No es culpa mía... y por eso me absolverá la misericordia de Dios, cuando a su tribunal me acerque... ¡Hija mía!... ¡Esta sí que es pena sin consuelo para mí...! ¡Sola!... ¡sola en este mundo sin

justicia...! Y sola, porque yo no pensé bastante en ello... al arriesgar hoy mi vida entre las balas... con el deseo de ganar a tiros lo que se me debe en buena ley. Esto no se si me lo perdonará Dios, aunque disculpa y razón tiene en las flaquezas humanas... Usted que la conoce... mi buen amigo, no la desampare de todo... Y usted, señor Mata, haga por conocerla... ¡Verá V. cómo la juzga digna de su amparo!... ¡Que tenga siquiera una sombra!... algo a que arrimarse para llorar, más que la triste Quica... ¡pobre Quica! ¡Desventurada Carmen!... ¡Dios mío!... Tomóle aquí un desmayo... y no volvió de él. ¡Me pareció un sueño aquel tan inesperado, tan rápido y tan tremendo infortunio! Maldije otra vez a la revolución, y me maldije a mí mismo, y maldije la brutal empresa en que yo estaba empeñado desde la víspera; causa quizá de la muerte de aquel desdichado, del desamparo de la pobre huérfana y de las acerbos lágrimas que vertería en su dolor sin consuelo...

El mismo Matica, tan frío y sereno de ordinario, permanecía pálido y mudo delante de aquel cadáver...

Apenas me dí cuenta de los restantes sucesos del día, no obstante la activa parte que tomé en ellos por razón del cargo que desempeñaba allí. Sé que la suspensión de hostilidades lograda por negociaciones entre una Junta de armamento y defensa, formada aquella misma madrugada por hombres notables del partido progresista, bajo la presidencia del general San Miguel, y el Gobierno, duró sólo algunas horas; que a media tarde se reprodujo con mayor saña la refriega en todos los barrios de la villa; que me batí de nuevo hasta el anochecer; y que entonces, nombrado capitán general de Madrid y ministro de la Guerra San Miguel, hizo saber éste, *urbi et orbi*, que había sido llamado Espartero para formar ministerio y arreglar la cosa política tal cual se quería en el Manifiesto de los generales pronunciados; por lo cual abrazáronse tropas y paisanos; y, con gran regocijo de todos, acabóse aquella bárbara matanza; pero quedando el pueblo armado en sus barricada, *por si acaso*... Lleváronse los heridos a los hospitales de sangre, y los muertos al campo-santo. ¡Pobre Balduque! Si se supo en qué lugar del mundo reposaban tus honrados huesos, a mi previsión fue debido, al celo de Matica y a la fidelidad de dos hombre que no se separaron de tu cadáver hasta dejar señalada con una cruz la tierra que le cubrió. No pude hacer más por ti en aquel instante.

Para lo que hubo que hacer tan pronto como fue posible el

tránsito por las calles, no hallé fuerzas en mi espíritu. Matica, que le tenía más sereno y no estaba ligado a la pobre huérfana por los afectuosos vínculos que yo, se aventuró, en obsequio mío, a darle la noticia del mejor modo que pudo... Nunca quise oír a mi amigo el relato de aquella dolorosa entrevista. No sé aún lo que pasó en ella, aunque sé que fue terrible.

Cuando, al otro día, acudí yo a ver a Carmen, las fuentes de su corazón se habían secado. No quiso que la hablara una palabra del suceso. Pálida, recogida en su dolor, muerta en su rostro la sonrisa, estaba como tanteando los bríos de su alma para afrontar con ellos los azares en la triste soledad. [...]

Benito Pérez Galdós

Nace en Las Palmas de Gran Canaria en 1843 y muere en Madrid en 1920. Aunque canario de nacimiento, es madrileño de adopción. En su tierra natal cursó sus primeros estudios y vivió hasta los 19 años. En 1862 llega a Madrid para cursar la carrera de Derecho. Eran los últimos años en los que ejercía su poder el también canario Leopoldo O'Donnell, y la política española parecía gozar de cierto liberalismo, de un talante más europeísta y un nacionalismo expansivo en el exterior.

Madrid es protagonista de grandes inquietudes políticas y de hondas transformaciones sociales y económicas, el joven Galdós se mueve con soltura en los círculos animados de la vida social y cultural, acude al Ateneo, frecuenta las tertulias de los cafés, el teatro...; y se siente atraído muy especialmente por la gran ciudad, le gusta deambular por sus calles y plazas, observar el comportamiento de las gentes, las costumbres, los modos de actuar, de hablar, de moverse...

Su primera actividad profesional fue la de periodista, entrando a formar parte de la redacción de La Nación (1865), en la que publicó 128 artículos sobre materias diversas y la primera versión española de los Pickwick Papers, de Dickens. Colaboró también en Las Cortes y en El Debate.

En 1867 y 1868 realizó sendos viajes a París, donde conoce las obras de Balzac, que, con Dickens, sería uno de sus guías en el campo de la novela. Al regreso de su primer viaje a París comenzó a escribir La Fontana de Oro, cuando volvió del segundo, en el otoño de 1868,

se encontró con una España conmocionada por los hechos revolucionarios de la llamada Revolución Septembrina. En 1870 aparece *La Fontana de oro*, con la que nuestra novelística, como escribiría Menéndez Pelayo, despierta del letargo: «Entre ñoñeces y monstruosidades, dormitaba la novela española por los años 1870, fecha del primer libro del señor Pérez Galdós». Enseguida emprende la redacción de los Episodios nacionales, que alterna con otras novelas: *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*.

La subida al poder del Partido Liberal de Sagasta en 1881 hizo renacer en el novelista la esperanza de que pudiera desarrollarse una España progresista y liberal dentro del nuevo régimen. Ello le hace participar activamente en política. En 1886 fue elegido diputado a Cortes del partido de Sagasta, por el distrito de Guayama, en Puerto Rico, cargo que desempeñó durante cuatro años. Pero todavía contaba Galdós —por las ideas expresadas en sus novelas simbolistas— con numerosos enemigos, que se confabularon para impedir su ingreso en la Real Academia. Gracias a los esfuerzos de sus amigos, entre los que se encontraban los conservadores montañeses Menéndez Pelayo y Pereda, ingresó en la Academia en 1897. Su discurso «*La sociedad presente como materia novelable*» constituye un verdadero manifiesto de sus ideas acerca de la novela. En 1901 se estrenó en Madrid su drama *Electra* que dio a su autor un triunfo más político que literario. En 1907 y 1910 es elegido diputado por Madrid en la candidatura republicana. Durante la campaña electoral se estrenó en la Corte su drama *Cassandra*, que contribuyó con su éxito al de la candidatura republicana en la capital de España. En 1910 entra a formar parte de la Convención Republicano-Socialista, junto a Pablo Iglesias.

Su actitud e ideología política le acarrearón fuerte censura del clero y de los censores reaccionarios, por lo que la Real Academia Española vetó su candidatura al premio Nobel en 1912.

Los últimos años de su vida son tristes: pierde la vista, aumentan sus dificultades económicas y se da cuenta de que el personalismo y la intriga presiden la vida política. Abandona sus actividades públicas, y, totalmente ciego, muere en Madrid en 1920. Su entierro constituyó una auténtica manifestación de todo el pueblo madrileño, que quiso acompañarle en su último viaje por las calles de la capital.

El mismo Galdós dividió su obra en Episodios nacionales, Novelas de la primera época y Novelas españolas contemporáneas. A ello hay que añadir sus obras teatrales y sus artículos de crítica literaria.

Los Episodios nacionales intentan ofrecer una visión novelada de la España del siglo XIX. Están integrados por 46 novelas, distribuidas en cinco series de diez títulos cada una, salvo la última, que sólo consta de seis. En las dos primeras series, compuestas entre 1873 y 1879, se narran la Guerra de la Independencia y los sucesos del reinado de Fernando VII. Aunque el protagonista es colectivo, dos personajes: Gabriel Araceli, en la primera, y Salvador Monsalud, en la segunda, confieren unidad al conjunto. Entre los títulos más significativos hay que citar Trafalgar, Bailén, Zaragoza, Los cien mil hijos de San Luis, etc. La fuente más importante de la primera serie fue un grumete que intervino en la batalla de Trafalgar; y de la segunda, el escritor Mesonero Romanos.

Bastantes años más tarde, emprendió las series restantes, escritas entre 1898 y 1912. La tercera abarca de la Regencia de María Cristina a la boda de Isabel II. El protagonista, Fernando Calpena, está dotado de menos fuerza que los de las series anteriores. La cuarta serie narra todo el reinado de Isabel II, y la quinta desde la Revolución de 1868 hasta la restauración borbónica en 1875.

Las novelas de la primera época son las que escribió a la vez que las dos primeras series de los Episodios. Las dos primeras son también novelas históricas y se sitúan igualmente en la España del primer cuarto de siglo: La Fontana de Oro (1870) y El audaz (1871). Otras como Doña Perfecta (1876), Gloria (1877) y La familia de León Roch (1878) abordan ya la «vida contemporánea»; y en ellas expone Galdós los enfrentamientos ideológicos, «las dos Españas», como tan bellamente poetizó Machado. El Naturalismo se anuncia ya en otra novela escrita por estas mismas fechas: Marianela (1878).

«Novelas españolas contemporáneas» llamó Galdós a las 24 que publicó a partir de 1881. Por sus páginas desfila todo el Madrid de su tiempo: burgueses adinerados, nobles arruinados, burócratas influyentes o cesantes, gentes humildes y míseras... Ahora más que plantear conflictos ideológicos, se propone ahondar en las causas de la dolencia nacional, en los vicios principales de los españoles: el engañarse a sí mismos, la hipocresía, un modo de vivir pendiente de las apariencias, de la opinión de los otros, de espaldas a la realidad. Entre las más representativas figuran La desheredada (1881), Tormento y La de Bringas (ambas de 1864 y con personajes comunes), Fortunata y Jacinta (1886-1887), Miau (1888), Torquemada en la hoguera (1889), La incógnita (1889) y Realidad (1889).

A partir de 1890 se percibe una inclinación hacia los problemas espirituales, como se refleja en Angel Guerra (1890), Nazarín (1895) y Misericordia (1897).

Entre su producción teatral, Electra (1901) fue el drama de más éxito. La obra se estrenó en unas circunstancias políticas similares a las planteadas en la obra, y contribuyó a la caída del gobierno conservador. Algunas de sus obras teatrales son adaptaciones de sus novelas, como Realidad, El abuelo, Doña Perfecta, o de Episodios, como Gerona y Zaragoza.

Los textos que hemos seleccionado pertenecen a una novela de la primera época, La Fontana de Oro y a otra de «la vida contemporánea», Miau.

La acción de La Fontana de Oro se sitúa en el período constituyente de 1820 a 1823 y aparece enmarcada en el espacio urbano madrileño. A Galdós le atrajeron particularmente estos años del primer movimiento liberal español, que él simbolizó en el café madrileño La Fontana de Oro, centro de reunión de los liberales más exaltados, y, sobre el fondo histórico de esta época, tejió una historia amorosa entre el liberal Lázaro y la bella Clara, pupila de don Elías, intransigente absolutista, tío del joven enamorado. Los personajes se sientan en las gradas de San Felipe, deambulan por la Puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo, acuden a las tertulias de La Fontana, del Vicentini, El Grande Oriente, La Cruz de Malta o participan en actos públicos en los que intervienen Alcalá Galiano y otros políticos.

La acción de Miau transcurre poco después de la Restauración, en 1878. Están en el gobierno los conservadores con Cánovas; y Villaamil, el protagonista, es un oscuro funcionario progresista que se ha quedado cesante cuando sólo le faltan unos meses para alcanzar la jubilación. Los capítulos seleccionados son los últimos de la novela. El protagonista, cuando ya ha tomado la decisión irrevocable de acabar con su vida, emprende un último paseo por los alrededores de su casa: calle de San Hermenegildo, plazuela del Limón, calle de Quiñones, manzana de las Comendadoras, cuartel del Conde-Duque, etc. Desde la antigua huerta del Príncipe Pío contempla la hondonada del Campo del Moro y los términos distantes de la Casa de Campo, y, finalmente, un terraplén de la Montaña le parece el lugar adecuado para poner fin a sus días.

La fontana de oro

Capítulo primero

La Carrera de San Jerónimo en 1821

Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presencié muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados faustos en la Gaceta de entonces.

Se alzaban arcos de triunfo, se tendían colgaduras de damasco, salían a la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente, y en todas las esquinas se ponían escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba sino como un convidado más, añadido a la lista de alcaldes, funcionarios, gentileshombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribía.

Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23, en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos. Entonces la ceremonia no existía: el pueblo se manifestaba diariamente, sin previa designación de puestos impresa en la Gaceta; y, sin necesidad de arcos, ni oriflamas, ni banderas, ni escudos, ponían en movimiento a la Villa entera; hacía de sus calles un gran teatro de inmenso regocijo o ruidosa locura; turbaba con un solo grito la calma de aquel que se llamó el Deseado, por una burla de la Historia, y solía



agruparse con sordo rumor junto a las puertas de Palacio, de la Casa de la Villa o de la iglesia de Doña María de Aragón, donde las Cortes estaban.

¡Años de muchos lances fueron aquéllos para la destartalada, sucia, incómoda, desapacible y oscura Villa! Sin embargo, no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los reyes tudescos; sus gloriosas jornadas del 2 de mayo y del 3 de diciembre, su iniciativa en los asuntos políticos, la enaltecían sobremanera. Era, además, el foro de la legislación constituyente de aquella época y la cátedra en que la juventud más brillante de España ejercía con elocuencia la enseñanza del nuevo derecho.

A pesar de todos estos honores, la Villa y Corte tenía un aspecto muy desagradable. Mari-Blanca continuaba en la Puerta del Sol como la más concreta expresión artística de la cultura matritense. Inmutable en su grosero pedestal, la estatua, que en anteriores siglos había asistido al tumulto de Oropesa y al motín de Esquilache, presidía ahora el espectáculo de la actividad revolucionaria de este buen pueblo, que siempre convergía a aquel sitio en sus ovaciones y en sus trastornos.

Si fuera posible trasladar al lector a las gradas de San Felipe, capitolio de la chismografía política y social, o sentarle en el húmedo escaño de la fuente de Mari-Blanca, punto de reunión de un público más plebeyo, comprendería cuán distinto de lo que hoy vemos era lo que veían nuestros abuelos hace medio siglo. De fijo llamaría su atención que una gran parte de los ociosos, que en aquel sitio se reúnen desde que existe, lo abandonaban a la caída de la tarde para dirigirse a la Carrera de San Jerónimo o a otra de las calles inmediatas. Aquel público iba a los clubs, a las reuniones patrióticas, a La Fontana de Oro, al Grande Oriente, a Lorencini, a La Cruz de Malta. En los grupos sobresalían algunas personas que, por su ademán solemne y su mirada protectora, parecían ser tenidas en grande estima por los demás. Aparentaban querer imponer silencio a la multitud; otras veces, extendiendo los brazos en cruz, volvíanse atrás como quien pide atención; todo esto hecho con oficiosa gravedad que indicaba influjo muy grande o presunción no pequeña.

La mayor parte se dirigía a la Carrera. Es porque allí estaba el club más concurrido, el más agitado, el más popular de los clubs: La Fontana de Oro. Ya entraremos también en el café revolucionario. Antes crucemos desde el Buen Suceso a los Italianos, esta alegre y

animada Carrera de los Padres Jerónimos, que era entonces lo que es hoy y lo que será siempre: la calle más concurrida de la capital.

Pero hoy, cuando veis que la mayor parte de la calle está formada por viviendas particulares, no podéis comprender lo que era entonces una vía pública ocupada casi totalmente por los tristes paredones de tres o cuatro conventos. Imposible es comprender hoy la oscuridad que proyectaban sobre la entrada de la Carrera el ancho paredón del monasterio de la Victoria, por un lado, y la sucia y corroída tapia del Buen Suceso por otro. Más allá formaban, en línea de batalla, las monjas de Pinto; por encima de la tapia que servía de prolongación al convento se veían las copas de los cipreses plantados junto a las tumbas. Enfrente campeaba la ermita de los Italianos, no menos ridícula entonces que hoy, y más abajo, en lo más rápido del declive, el Espíritu Santo, que después fue Congreso de los Diputados.

Las casas de los grandes alternaban con los conventos. En lo más bajo de la calle se veía la vasta fachada del Palacio de Medinaceli, con su ancho escudo, sus innumerables ventanas, su jardín a un lado y su fundación piadosa a otro; enfrente, los Valmedianos, los Pignatellis y Gonzagas; más acá, los Pandos y Macedas, y, finalmente, la casa de Híjar, que hasta hace poco ostentaba en su puerta la cadena histórica, distintivo de la hospitalidad ofrecida a un monarca. Quedaba para casas particulares, para tiendas y sitios públicos, la tercera parte de la calle; esto es lo que describiremos con más detención, porque es importante dar a conocer el gran escenario donde tendrán lugar algunos importantes hechos de esta historia.

Entrando por la Puerta del Sol, y pasado el convento de la Victoria, se hallaba un gran pórtico, entrada de una antiquísima casa, que, a pesar de su escudo decorativo, grabado en la clave del balcón, era en aquel tiempo una casa de vecindad en que vivían hasta media docena de honradas familias. Su noble origen era indudable; pero fue adquirida no sabemos cómo por la comunidad vecina, que la alquiló para atender a sus necesidades. En dicho portal, bastante espacioso para que entraran por él enormes carrozas de su primitivo señor, tenía su establecimiento un memorialista, secretario de certificaciones y misivas; y en el mismo portal, un poco más adentro estaban los almacenes de quincalla de un hermano de dicho memorialista, que había venido de Ocaña a la Corte para hacer carrera en el comercio. Constaba su tienda de tres menguados cajoncillos, en que había algunos paquetes de peines, unas cuantas

cajas de obleas, juguetes de chicos y un gran manojó de rosarios con cruces y medallones de estaño.

La parte de la izquierda, y especialmente el rincón contiguo a la puerta, era un lugar en el que el público ejercía un incontestable derecho de servidumbre. Era un centro urinario; la secreción pública había trocado aquel rincón en foco de inmundicia, y especialmente por las noches la ofrenda líquida aumentaba de tal modo, que el escribiente y su hermano hacían propósito firme de abandonar el local. En vano se amonestaba al público con terribles pragmáticas de policía urbana, promulgadas por la autorizada voz del memorialista. El público no renunciaba por esto a su costumbre, y de seguro lo habrían pasado mal los dos hermanos si hubieran tratado de impedir por la fuerza la libertad mingitoria, autorizada por un derecho consuetudinario que, según la feliz expresión de un parroquiano de aquel sitio, radicaba en la naturaleza del hombre y en la hospitalidad forzosa del vecindario.

Enfrente de este portal clásico había una puertecilla, y por los dos yelmos de Mambrino, labrados en finísimo metal de Alcaraz y suspendidos a un lado y otro, se venía en conocimiento de que aquello era una barbería. Por mucho de notable que tuviera el exterior de este establecimiento, con su puerta verde, sus cortinas blancas, su redoma de sanguijuelas, su cartel de letras rojas, adornado con dos viñetas dignas de Maella, que representaban, la una, un individuo en el momento de ser afeitado, y la otra, una dama a quien sangraban en un pie, mucho más notable era su interior. Tres mozos, capitaneados por el maestro Calleja, rapaban semanalmente las barbas de un centenar de liberales de los más recalcitrantes. Allí se discutía, se hablaba del Rey, de las Cortes, del Congreso de Verona, de la Santa Alianza. Oíríais allí la peroración contundente del oficial primero y más antiguo, mozo que se decía pariente de Porlier, el mártir de la Libertad. Al compás de la navaja se recitaban versos amenizados con agudezas políticas; y las voces camarilla, coletilla, trágala, Elío, La Bisbal, Vinuesa, formaban el fondo de la conversación. Pero lo más notable de la barbería más notable de Madrid era su dueño Gaspar Calleja (se había quitado el don después de 1820), héroe de la Revolución y uno de los mayores enemigos que tuvo Fernando el año 14. Así lo decía él.

Más lejos estaba la tienda de género de unos irlandeses establecidos aquí desde el siglo pasado. Vendían, juntamente con el raso y

el organdí, encajes flamencos y catalanes, alepín para chalecos, ante para pantalones, corbatas de color de las llamadas guirindolas y carrikes de cuatro cuellos, que estaban entonces en moda. El patrón era un irlandés gordo y suculto, de cara encendida, lustrosa y redonda como un queso de Flandes. Tenía fama de ser un servilón de a folio; pero si esto era cierto, las circunstancias constitucionales del país, y especialmente de la Carrera de San Jerónimo, le obligaban a disimularlo. Fundábanse los que tan feo vicio imputaban al irlandés en que, cuando pasaba por la calle la majestad de Fernando o Amalia, la alteza de mi tío el doctor o don Carlos, el buen comerciante dejaba apresuradamente su vara y su escritorio para correr a la puerta, asomándose con ansiedad y mirando la real comitiva con muestras de ternura y adhesión. Pero esto pasaba, y el irlandés volvía a su habitual tarea, haciendo todas las protestas que sus amigos le exigían.

Cerca de la tienda del irlandés se abría la puerta de una librería, en cuyo mezuino escaparate se mostraban, abiertos por su primera hoja, algunos libros, tales como la *Historia de España*, por Duchesnes; las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo; *Las noches*, de Young; *El Viajador sensible* y la novela de *Arturo y Arabella*, que gozaba de gran popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijoo, un tratado del lenguaje de las flores y la *Guía del comadrón* completaban el repertorio.

Al lado y como formando juego con este templo literario, estaba una tienda de perfumería y bisutería, con algunos objetos de caza, de tocador y de cocina, que todo esto formaba comercio común en aquellos días. Por entre los botes de pomadas y cosméticos; por entre las cajas de alfileres y juguetes, se descubría el perfil arqueológico de una vieja, que era ama, dependienta y aun fabricante de algunas drogas. Más allá había otra tienda oscura, estrecha y casi subterránea, en que se vendían papel, tinta y cosas de escritorio, amén de algún braguero u otro aparato ortopédico de singular forma. En la puerta pendía colgado de una espetera, un manojo de plumas de ganso, y en lo más profundo y más lóbrego de la tienda lucían, como los ojos de un lechuzo en el recinto de una caverna, los dos espejuelos resplandecientes de don Anatolio Mas, gran jefe de aquel comercio.

Enfrente había una tienda de comestibles, pero de comestibles aristocráticos. Existía allí un horno célebre, que asaba por Navida-

des más de 400 pavos de distintos calibres. Las empanadas de perdices y de liebres no tenían rival; sus pasteles eran celebérrimos, y nada igualaba a los lechoncillos asados que salían de aquel gran laboratorio. En días de convite, de cumpleaños o de boda, no encargar los principales platos a casa de Perico el Mahonés (así le llamaban) hubiera sido indiscutible desacato. Al por menor se vendían en la tienda rosquillas, bizcochos, galletas de Inglaterra y mantecadas de Astorga.

No lejos de esta tienda se hallaban las sedas, los hilos, los algodones, las lanas, las madejas y cintas de doña Ambrosia (antes de 1820 la llamaban la tía Ambrosia), respetable matrona, comerciante en hilado; el exterior de su tienda parecía la boca escénica de un teatro de aldea. Por aquí colgaba, a guisa de pendón, una pieza de lanilla encarnada; por allí, un ceñidor de majo; más allá ostentaba una madeja sus innumerables hilos blancos, semejando los pistilos de gigantesca flor; de lo alto pendía algún camisolín, infantiles trajes de mamelucos, cenefas de percal, sartas de pañuelos, refajos y colgaduras. Encima de todo esto, una larga tabla en figura de media, pintada de negro, fija en la muralla y perpendicular a ella, servía de muestra principal. En el interior todo era armonía y buen gusto; en el trípode del centro tenían poderoso cimiento las caderas de doña Ambrosia y más arriba se ostentaba el pecho ciclópeo y corpulento busto de la misma. Era española rancia, manchega y natural de Quintanar de la Orden, por más señas; señora de muy nobles y cristianos sentimientos. Respecto a sus ideas políticas, cosa esencial entonces, baste decir que quedó resuelto, después de grandes controversias en toda la calle, que era una servilona de lo más exagerado.

Estas tiendas, con sus respectivos muestrarios y sus tenderos respectivos, constituían la decoración de la calle; había, además, una decoración movible y pintoresca, formada por el gentío que en todas direcciones cruzaba, como hoy, por aquel sitio. Entonces los trajes eran singularísimos. ¿Quién podría describir hoy la oscilación de aquellos puntiagudos faldones de casaca? ¿Y aquellos sombreros de felpa, con el ala retorcida y la copa aguda como pilón de azúcar? Se comprenden hoy los tremendos sellos de reloj, pesados como badajos de campana, que iban marcando con impertinente retintín el paso del individuo? ¿Pues y las botas a la farolé y las mangas de jamón, que serían el último grado de la ridiculez si no existieran los

tupés hiperbólicos, que asimilaban perfectamente la cabeza de un cristiano a la de un guacamayo?

El gremio cocheril exhibía allí también sus más característicos individuos. Lo menos veinte veces al día pasaban por esta calle las carrozas de los grandes que en las inmediaciones vivían. Estas carrozas, que ya se han sumergido en los oscuros abismos del no ser, se componían de una especie de navío de línea, colocado sobre una armazón de hierro; esta armazón se movía con la pausada y solemne revolución de cuatro ruedas, que no tenían velocidad más que para recoger el fango del piso y arrojarlo sobre la gente de a pie. El vehículo era un inmenso cajón: los de los días gordos estaban adornados con placas de carey. Por lo común, las paredes de los ordinarios eran de nogal bruñido, o de caoba, con finísimas incrustaciones de marfil o metal blanco. En lo profundo de aquel antro se veía el nobilísimo perfil de algún prócer esclarecido o de alguna vieja esclarecidamente fea. Detrás de esta máquina, clavados en pie sobre una tabla y asidos a pesadas borlas, iban dos grandes levitones que, en unión de dos enormes sombreros, servían para patentizar la presencia de dos graves lacayos, figuras simbólicas de la etiqueta, sin alma, sin movimientos y sin vida. En la proa se elevaba el cochero, que, en pesadez y gordura, tenía por únicos rivales a las mulas, aunque éstas solían ser más racionales que él.

Rodaba por otro lado el vehículo público, tartana, calesa o galera, el carromato tirado por una reata de bestias escuálidas; y, entre todo esto, el esportillero con su carga, el mozo con sus cuerdas, el aguador con su cuba, el prendero con su saco y una pila de seis o siete sombreros en la cabeza, el ciego con su guitarra y el chispero con su sartén.

Mientras nos detenemos en esta descripción, los grupos avanzan hacia la mitad de la calle y desaparecen por una puerta estrecha, entrada a un local, que no debe de ser pequeño, pues tiene capacidad para tanta gente. Aquélla es la célebre Fontana de Oro, Café y Fonda, según el cartel que hay sobre la puerta; es el centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y oír su aplauso irreflexivo. Allí se había constituido un club, el más célebre e influyente de aquella época. Sus oradores, entonces neófitos exaltados de un nuevo culto, han dirigido en lo sucesivo la

política del país; muchos de ellos viven hoy y no son, por cierto, tan amantes del bello principio que entonces predicaban.

Pero no tenemos que considerar lo que muchos de aquellos jóvenes fueron en años posteriores. Nuestra historia no pasa más acá de 1821. Entonces, una democracia nacida en los trastornos de la revolución y alzamiento nacional fundaba el moderno criterio político, que en cincuenta años se ha ido difícilmente elaborando. Grandes delirios bastardearon un tanto los nobles esfuerzos de aquella juventud, que tomó sobre sí la tarea de formar y educar la opinión que hasta entonces no existía. Los clubs, que comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestra de la discusión científica, salieron del círculo de sus funciones propias, aspirando a dirigir los negocios públicos, a amonestar a los gobiernos e imponerse a la nación. En este terreno fue fácil que las personalidades sucedieran a los principios, que se despertaran las ambiciones y, lo que es peor, que la venalidad, cáncer de la política, corrompiera los caracteres. Los verdaderos patriotas lucharon mucho tiempo contra esta invasión. El absolutismo, disfrazado con la máscara de la más abominable demagogia, socavó los clubs, los dominó y vendiólos al fin. Es que la juventud de 1820, llena de fe y de valor, fue demasiado crédula o demasiado generosa. O no conoció la falacia de sus supuestos amigos o, conociéndola, creyó posible vencerlos con armas nobles, con la persuasión y la propaganda.

Una sociedad decrepita, pero conservando aún esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos, sostenía encarnizada guerra con una sociedad lozana y vigorosa llamada a la posesión del porvenir. En este libro asistiremos a algunos de sus encuentros.

Sigamos nuestra narración. Los curiosos se paraban ante La Fontana; salían los tenderos a las puertas; el barbero Calleja, que se hacía llamar ciudadano Calleja, estaba también en su puerta pasando una navaja y contemplando el club y a sus parroquianos con una mirada presuntuosa, que quería decir: «Si yo fuera allá».

Algunas personas se acercaban a la barbería formando corro alrededor del maestro. Uno llegó muy presuroso y preguntó:

— ¿Qué hay? ¿Ocurre algo?

Era el recién venido uno de esos individuos de edad indefinible, de esos que parecen viejos o jóvenes, según la fuerza de la luz o la expresión que dan al semblante. Su estatura era pequeña, y tenía la cabeza casi inmediatamente adherida al tronco, sin más cuello que

el necesario para no ser enteramente jorobado. El abdomen le abultaba bastante, y, generalmente, cruzaba las manos sobre él con movimientos de cariñosa conservación. Sus ojos eran medios cerrados y pequeños, pero muy vivos, formando armoniosa simetría con sus labios delgados, largos y elásticos, que en los momentos más ardorosos de la conversación avanzaban, formando un tubo acústico, que daba a su voz intensidad extraordinaria. A pesar de su traje seglar, había en este personaje no sé qué de frailuno. Su cabeza parecía hecha para la redondez del cerquillo, y el ancho gabán que envolvía su cuerpo, más que gabán parecía un hábito. Tenía la voz muy destemplada y acre; pero sus movimientos eran sumamente expresivos y vehementes.

Para concluir, diremos que este hombre se llamaba Gil de nombre y Carrascosa de apellido; educáronle los frailes agustinos de Móstoles, y ya estaba dispuesto para profesar cuando se marchó del convento, dejando a los padres con tres palmos de boca abierta. A fines del siglo, logró, por amistades palaciegas, que le hicieran abate; mas en 1812 perdió el beneficio, y depuso el capisayo. Desde entonces fue ardiente liberal hasta la vuelta de Fernando, en que sus relaciones con el favorito Alagón le proporcionaron un destino de covachuelista con 10.000 reales. Entonces era absolutista decidido; pero la jura de la constitución por Fernando, en 1820, le hizo variar de opiniones, hasta el punto de llegar a alistarse en la sociedad de los Comuneros y formar pandilla con los más exaltados. Cuando tengamos ocasión de penetrar en la vida privada de Carrascosa, sabremos algunos detalles de cierta aventura con una beldad quintañona de la calle de la Gorguera, y sabremos también los malos ratos que con este motivo le hizo pasar cierto estudiantillo, poeta clásico, autor de la nunca bien ponderada tragedia de los Gracos.

— ¿Pues no ha de ocurrir? —dijo Calleja—. Hoy tenemos sesión extraordinaria en La Fontana. Se trata de pedir al Rey que nombre un Ministerio exaltado, porque el que está no nos gusta. Tendremos discursos de Alcalá Galiano.

— Aquel andaluz feo...

— Sí, ese mismo. El que el mes pasado dijo: «No hay perdón ni tregua para los enemigos de la Libertad. ¿Qué quieren esos espíritus oscuros, esos...?» Y por aquí seguía, con un pico de oro...

— Ya les daré qué hacer —observó Carrascosa—. ¡Qué elocuencia! ¡Qué talento el de ese muchacho!

— Pues yo, señor don Gil —manifestó Calleja—, respetando la opinión de usted, para mí tan competente, diré...

Y aquí tosió dos veces, emitió un par de gruñidos por vía de proemio, y continuó:

— Diré que, aunque admiro como el que más las dotes del joven Alcalá Galiano, prefiero a Romero Alpuente, porque es más expresivo, más fuerte, más... pues, dice todas las cosas con un arranque..., por ejemplo, aquello de «¡Al que quiera hierro, hierro», y aquello de «¡No buscan los tiranos su apoyo en la vara de la Justicia; búscalo en los maderos del cadalso, en el hombro deshonorado del verdugo!». Si le digo a usted que es un...

— Pues yo —contestó el ex-abate—, aunque admiro también a Romero Alpuente, prefiero a Alcalá Galiano, porque es más exacto, más razonador...

— Se engaña usted, amigo Carrascosa. No me compare usted a ese hombre con el mío: que todos los oradores de España no llegan al zancajo de Romero Alpuente. ¿Pues y aquel pasaje de los abajos? Cuando decía: «¡Abajo los privilegios, abajo lo superfluo, abajo ese lujo que llaman rey...!» ¡Ah! Si es mucha boca aquella...

Calleja repetía estos trozos de discurso con mucho énfasis y afectación. Recordaba la mitad de lo que oía, y, al llegar la ocasión, comenzaba a desembuchar aquel arsenal oratorio, mezclándolo todo y haciendo de distintos fragmentos una homilía insubstancial y disparatada. Se nos olvidaba decir que este ciudadano Calleja era un hombre muy corpulento y obeso: pero, aunque parecía hecho expresamente por la Naturaleza para patentizar los puntos de semejanza que puede haber entre un ser humano y un toro, su voz era tan clueca, fallida, aternerada que daba risa oírle declamar los retazos de discursos que aprendía en La Fontana.

— Pues no estamos conformes —contestó Carrascosa, accionando con mucho aplomo—, porque ¿qué tiene que ver esa elocuencia con la de Alcalá, el cual es hombre que cuando dice: «Allá voy», le levanta a uno los pies del suelo?

Es verdad —dijo, terciando en el debate, uno de los circunstancias, que debía de ser torero, a juzgar por su traje y la trenza que en el cogote tenía—; es verdad. Cuando Alcalá embiste a los tiranos y se empieza a calentar... Pues no fue mal puyazo el que le metió el otro día a la Inquisición. Pero, sobre todo, lo que más me gusta es cuando

empieza bajito y después va subiendo, subiendo la voz... Les digo a ustedes que es el espada de los oraores.

Señores —afirmó Calleja—, repito que todos esos son unos muñecos al lado de Romero Alpuente. ¡Cómo puso a los frailes hace dos noches! ¿A que no saben ustedes lo que les dijo? ¿A que no saben...? Ni al mismo demonio se le ocurre... Pues los llamó... ¡sepulcros blanqueados!... Miren qué mollera de hombre...

— No se empeñe usted, Calleja —refunfuñó el ex-covachuelista con alguna impertinencia.

— Pero venga usted acá, señor don Gil —dijo Calleja, haciendo todo lo posible por engrosar la voz—. ¡Si sabré yo quién es Alcalá Galiano y los puntillos que calzan todos ellos! ¡A mí con esas! Yo, que les calo a todos desde que les veo, y no tengo más que oírles decir castañas para saber de qué palo están hechos...

— Creo, señor don Gaspar, que está usted muy equivocado, y no sé por qué se cree usted tan competente —indicó Carrascosa en tono muy grave.

— ¿Pues no he de serlo? ¡Yo, que paso las noches oyéndoles a todos, no saber lo que son! Vamos, que algunos que se tienen por muy buenos no son más que ingenios de ración y equitación.

— Es verdad también que Romero Alpuente no es ninguna rana —dijo otro de los presentes.

— ¿Cómo rana? —exclamó, animándose, Calleja—. ¡Que le sobra talento por los tejados!... Y a usted, señor Carrascosa, ¿quién le ha dicho que yo no soy competente? ¿Quién es usted para saberlo?

— ¿Que quién soy? ¿Y usted, qué entiende de discursos?

— Vamos, señor don Gil, no apure usted mi paciencia. Le digo a usted que le tengo por un ignorante lleno de presunción.

— Respete usted, señor Calleja —exclamó don Gil, un poco conmovido—; respete usted a los que, por sus estudios, están en el caso de... Yo..., yo soy graduado en cánones en la Complutense...

— Cánones, ya. Eso es cosa de latín, ¿qué tiene que ver eso con la política. No se meta en esas cuestiones, que no son para cabezas ramplonas y de cuatro suelas.

— Usted es el que no debe meterse en ellas —exclamó Carrascosa, sin poderse contener—; y el tiempo que le dejan libres las barbas de sus parroquianos debe emplearlo en arreglar su casa.

— Oiga usted, señor pedante complutense, canonista, teatino, o

lo que sea, váyase a mondar patatas al convento de Móstoles, donde estará más en su lugar que aquí.

— Caballero —dijo Carrascosa, poniéndose del color de un tomate y mirando a todos lados para pedir auxilio, porque, aunque tenía al barbero por lo que era, por un solemne gallina, no se atrevía con aquel corpachón de ocho pies.

— Y ahora que recuerdo —añadió, con desdén, el rapista—, no me ha pagado usted las sanguijuelas que llevó para esa señora de la calle de la Gorguera, hermana del tambor mayor de la Guardia Real.

— ¿También me llama usted estafador? Mejor haría el ciudadano Calleja en acordarse de los diecinueve reales que le prestó mi primo, el que tiene la pollería en la calle Mayor; reales que le ha pagado como mi abuela.

— Vamos; que tú y el pollero sois los dos del mismo estambre.

— Sí, y acuérdesse de la guitarrilla que le robó a Perico Sardina el día de la merienda de Migas Calientes.

— La guitarrilla, ¿eh? ¿Dice usted que yo le robé una guitarrilla? Vamos, no me venga usted a mí con indirectas... —contestó el barbero, queriendo parecer sereno.

— Véngase usted aquí con pamplinas; si no le conoceremos, señor Callejón angosto.

— Anda, que te quedaste con la colecta el día de San Antón. ¡Catorce pesos! Pero entonces eras realista y andabas al rabo de Ostolaza para que te hiciera limpiapolvos de alguna oficina. Entonces dabas vivas al Rey absoluto, y en la estudiantina del Carnaval le ofreciste un ramillete en el Prado. Anda, aprende conmigo, que aunque barbero, he sido siempre liberal, sí, señores. Liberal, aunque barbero; que yo no soy cualquier vendehumos, sino un ciudadano honrado y liberal como cualquiera. Pero miren a estos realistones: ahora han cambiado de casaca. Después de que con sus delaciones tenían las cárceles atarugadas de gente, se agarran a la Constitución, y ya están en campaña como toro en plaza, dando vivas a la Libertad.

— Señor Calleja, usted es un insolente.

— ¡Servilón!

Esta voz era el mayor de los insultos en aquella época. Cuando se pronunciaba, no había remedio: era preciso reñir. Ya el arma ingeniosa, que la industria ha creado para el mejoramiento y cultivo de las barbas de la mitad del género humano, se alzaba en la mano del iracundo barbero; ya el agudo filo resplandecía en lo alto,

próximo a caer sobre el indefenso cráneo del que fue lego, abate y covachuelista, cuando otra mano providencial atajó el golpe tremendo que iba a partir en dos tajadas a todo un graduado en cánones en la Complutense. Esta mano protectora era la mano robusta de la mujer de Calleja, la cual, desconcertada y trémula al ver desde el rincón de su tienda la actitud terriblemente agresiva de su esposo, dejó con rapidez la labor, echó en tierra al chicuelo, que en uno de sus monumentales pechos se alimentaba, y arreglándose lo mejor que pudo el mal encubierto seno, corrió a la puerta y libró al pobre Carrascosa de una muerte segura.

Las tres figuras permanecieron algunos segundos formando un bello grupo. Calleja, con el brazo alzado y el rostro encendido; su esposa, que era tan gigantesca como él, le sostenía el brazo; el pobre Gil, mudo y petrificado de espanto. Doña Teresa Burguillos, que así se llamaba la dama, era de formas colosales y bastas; pero tenía en aquellos momentos cierta majestad en su actitud, la cual recordaba a Minerva en el momento de detener la mano de Aquiles, pronta a desnudar el terrible acero clásico. El Agamenón de la covachuela ofrecía un aspecto poco académico en verdad.

— Ciudadano Calleja —dijo aquella señora en tono muy reposado—, no emplees tus armas contra ese pelón, que se pudre a todo pudrir; guárdalas para los tiranos.

Calleja cerró, pues, la navaja y la guardó para los tiranos.

Don Gil se apartó de allí, llevado por algunos amigos, que quisieron impedir una catástrofe; y, poco después, el grupo que allí se había formado estaba disuelto.

La amazona cerró la puerta, y dentro continuó su perorata interrumpida. No queremos referir las muchas cosas buenas que dijo, mientras el muchacho se apoderaba otra vez del pecho, que tan bruscamente había perdido. Baste decir, para que se comprenda lo que valía doña Teresa Burguillos, que sabía leer, aunque con muchas dificultades, hallándose expuesta a entender las cosas al revés; que, a fuerza de mascullones, podía enterarse de algunos discursos escritos, reteniéndolos en la memoria; que, alentada por la barberil elocuencia y liberalesca conducta de su esposo, se había hecho una gran política, y que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque, más que los hombres de sable, le gustaban los hombres de palabra, llegando hasta decir que no conocía caballero más galantemente discreto que Paco —así mismo— Martínez de la

Rosa. Es casi seguro que manifestó deseos de tenerle delante al bárbaro Elío para clavarle sus tijeras en el corazón. Penetremos ahora en La Fontana.

Capítulo II

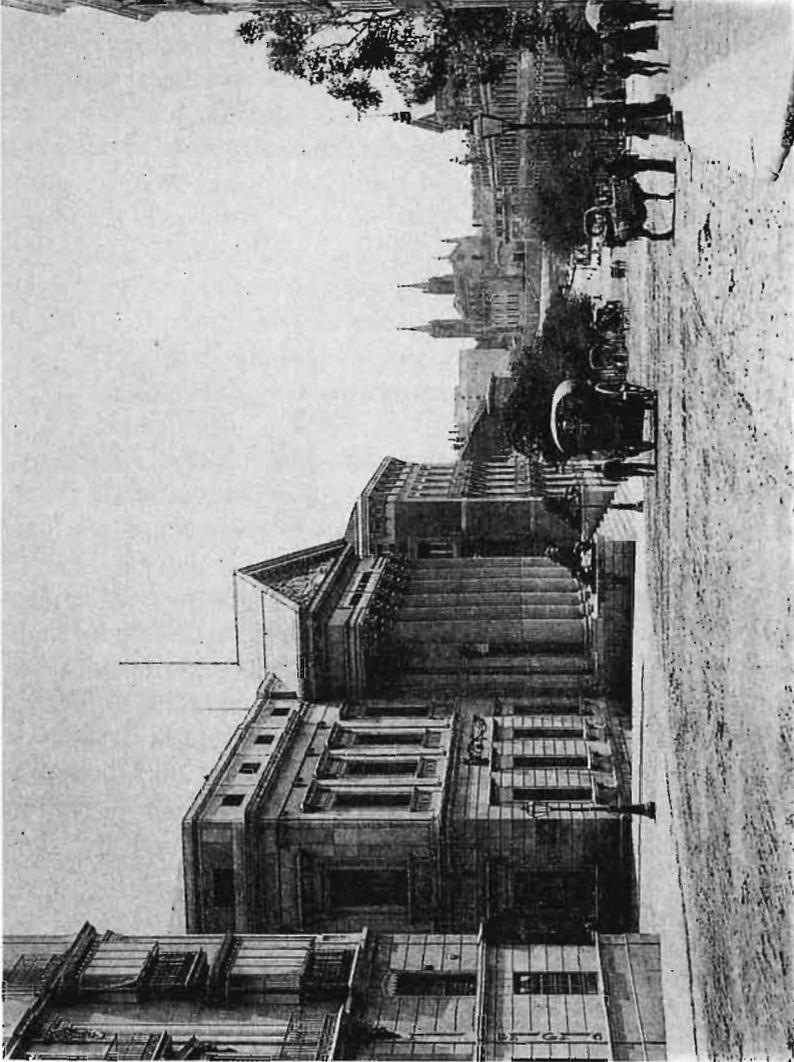
El club patriótico

En La Fontana es preciso demarcar dos recintos, dos hemisferios: el correspondiente al café y el correspondiente a la política. En el primer recinto había unas cuantas mesas destinadas al servicio. Más al fondo, y formando un ángulo, estaba el local en que se celebraban las sesiones. Al principio, el orador se ponía de pie sobre una mesa, y hablaba; después, el dueño del café se vio en la necesidad de construir una tribuna. El gentío que allí concurría era tan considerable, que fue preciso arreglar el local poniendo bancos *ad hoc*; después, a consecuencia de los altercados que este club tuvo con el Grande Oriente, se desmarcaron las filiaciones políticas; los exaltados se encastillaron en La Fontana, y expulsaron a los que no lo eran. Por último, se determinó que las sesiones fueran secretas, y entonces se trasladó el club al piso principal. Los que abajo hacían el gasto, tomando café o chocolate, sentían en los momentos agitados de la polémica un estruendo espantoso en las regiones superiores, de tal modo, que algunos, temiendo que se les viniera encima el techo, con toda la mole patriótica que sustentaba, tomaron las de Villadiego, abandonando la costumbre inveterada de concurrir al café.

Una de las cuestiones que más preocupaban al dueño fue la manera de armonizar lo mejor posible el patriotismo y el negocio, las sesiones del club y las visitas de los parroquianos.[...]

En la época a que nuestra historia se refiere, las sesiones estaban todavía en la planta baja. Aquéllos fueron los buenos días de La Fontana. Cada bebedor de café formaba parte del público.

Entre los numerosos defectos de aquel local no se contaba el de ser excesivamente espacioso: era, por el contrario, estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenían el techo no guardaban simetría. Para formar el café fue preciso derribar algunos tabiques, dejando en pie aquellas vigas; y, una vez obtenido el espacio suficiente, se pensó en decorarlo con arte. [...]



Carrera de San Jerónimo, con el Palacio del Congreso y la Iglesia de los Jerónimos al fondo. Hauser y Menet. Biblioteca Nacional.

En los dos testers próximos a la entrada se colocaron espejos como de avara; pero no enterizos, sino formados por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojadelata. Estos espejos fueron cubiertos con un velo verde para impedir el uso de los derechos de domicilio que allí pretendían tener todas las moscas de la calle. [...]

Los muebles eran muy modestos: reducíanse a unas mesas de palo, pintadas de color castaño, simulando caoba en la parte inferior, y embadurnadas de blanco para imitar mármol en la parte superior, y a medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crin, por innumerables agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro. [...]

Capítulo III

Un lance patriótico y sus consecuencias

Don Elías cruzaba la Carrera de San Jerónimo cuando vio que hacia él venían unos cuantos hombres que reían y gritaban dando vivas a la Constitución y a Riego. Trató de evitar el encuentro y tomó la otra acera; pero ellos pasaron también, y uno le detuvo.

Eran cinco individuos, y de ellos, tres, por lo menos, estaban completamente embriagados. Nuestro ya conocido Calleja les mandaba. Componíase la cuadrilla de un chalán del barrio de Gilimón y un matutero del Salitre, un caballero particular conocido en Madrid por sus trampas y gran prestigio en la plazuela de la Cebada, y, finalmente, un mocetón alto, flaco, negro, que tenía fama de guerrillero, y del cual se contaban maravillas en las campañas de 1809 y después en los sucesos del 20. [...]

Capítulo IX

Los primeros pasos

Los grupos de la calle crecían. La población toda presentaba ese aspecto extraño y desordenado que no es tumulto popular, pero sí lo



que le precede. Era el 18 de septiembre de 1821. La mayor parte de los habitantes de Madrid estaban en la calle. El ansioso «¿qué hay?» salía de todas las bocas. En tales ocasiones basta que se paren dos para que en seguida se vayan adhiriendo otros hasta formar un espeso grupo. Entonces todos los que vemos nos parecen malas caras. El accidente más curioso en tales días es el que ofrece la llegada de la persona que se supone enterada de lo que va a haber. Rodeándole: el enterado se hace de rogar, principia a hablar en lenguaje simbólico para aumentar la curiosidad, sienta por base que sin la más profunda discreción y la promesa de guardar el secreto no puede decir lo que sabe. Todos le juran por lo más sagrado que guardarán el secreto, y, por fin, el hombre empieza a contar la cosa con mucha obscuridad; excitado por los oyentes, se decide a ser claro, y les encaja tres o cuatro bolas de tentetieso, que los otros se tragan con avidez, desbandándose en seguida para ir a vomitarlas en otros grupos: tan indigestos son esta clase de secretos.

La tarde a que nos referimos era casualmente cierto lo que nuestro amigo Calleja, enterado oficial de La Fontana, contaba en uno de los grupos formados en la Carrera.

— Pues qué, ¿no saben ustedes? —decía, bajando la voz y haciendo unos gestos dignos del único espartano que, escapado en las Termópilas, llevó a Atenas la noticia de aquella catástrofe memorable— ¿No saben ustedes? Pues no hay más sino que mañana habrá procesión cívica en honor de Riego, cuyo retrato será paseado por todas las calles de la Corte.

Bien, bien —dijo uno de los oyentes—. ¿Ibamos a consentir que se maltratara al héroe de las Cabezas, al fundador de las libertades en España?

Pues lo grave es que el Gobierno está decidido a que no haya procesión. Pero es cosa decidida. La Fontana lo ha resuelto y se hará: ya está preparado el retrato. Y por cierto que es una linda obra: está representado de uniforme, y con el libro de la *Constitución* en la mano. ¡Gran retrato! Como que lo hizo mi primo, el que pintó la muestra del café Vicentini.

— ¿Y el Gobierno prohíbe la fiesta? [...]



Miau

XLII

Era ya cerca de mediodía, y Villaamil, que no se había desayunado sintió hambre. Tiró hacia la plaza de San Marcial, y al llegar a los vertederos de la antigua huerta del Príncipe Pío, se detuvo a contemplar la hondonada del Campo del Moro y los términos distantes de la Casa de Campo. El día era espléndido, raso y bruñido el cielo de azul, con un sol picón y alegre; de estos días precozmente veraniegos en que el calor importuna más por hallarse aún los árboles despojados de hoja. Empezaban a echarla los castaños de Indias y los chopos; apenas verdegueaban los plátanos, las soforas, gleditchas y demás leguminosas estaban completamente desnudas. En algunos ejemplares del árbol del amor se veían las rosadas florecillas, y los setos de aligustre ostentaban ya sus lozanos renuevos, rivalizando con los evonymus de perenne hoja. Observó Villaamil la diferencia de tiempo con que las especies arbóreas despiertan de la somnolencia invernal, y respiró con gusto el aire tibio que del valle del Manzanares subía. Dejóse ir, olvidado de su buen apetito, camino de la Montaña, atravesando el jardincillo recién plantado en el relleno, y dio la vuelta al cuartel, hasta divisar la sierra, de nítido azul con claros de nieve, como mancha de acuarela extendida sobre el papel por la difusión natural de la gota, obra de la casualidad más que de los pinceles del artista.

«¡Qué hermoso es esto! —se dijo soltando el embozo de la capa, que le daba mucho calor—. Parece que lo veo por primera vez en

mi vida, o que en este momento se acaban de crear esta sierra, estos árboles y este cielo. Verdad que en mi perra existencia llena de trabajos y preocupaciones no he tenido tiempo de mirar para arriba ni para enfrente... Siempre con los ojos hacia abajo, hacia esta puerca tierra que no vale dos cominos, hacia la muy marrana Administración, a quien parta un rayo, y mirándoles las cochinas caras a Ministros, Directores y Jefes de Personal, que maldita gracia tiene. Lo que yo digo: ¡cuánto más interesante es un cacho de cielo, por pequeño que sea, que la cara de Pantoja, la de Cucúrbitas y la del propio Ministro!... Gracias a Dios que saboreo este gusto de contemplar la Naturaleza, porque ya se acabaron mis penas y mis ahogos, y no cavilo más en si me darán o no me darán el destino; ya soy otro hombre, ya sé lo que es independencia; ya sé lo que es vida, y ahora me les paso a todos por las narices, y de nadie tengo envidia, y soy... soy el más feliz de los hombres. A comer se ha dicho, y ole morena mía».

Dio un par de castañetazos con los dedos de ambas manos y volviendo a liarse la capa, se dirigió hacia la cuesta de San Vicente, que recorrió casi toda, mirando las muestras de las tiendas. Por fin, ante una taberna de buen aspecto se detuvo, murmurando: «Aquí deben de guisar muy bien. Entra Ramón, y date la gran vida.» Dicho y hecho. Un rato después hallábase el buen Villaamil sentado ante una mesa redonda, de cuatro patas, y tenía delante un plato de guisado de falda olorosísimo, un cubierto cachicuerno, jarro de vino y pan. «Da gusto —pensaba, emprendiéndola resueltamente con el guisote— encontrarse así tan libre, sin compromiso, sin cuidarse de la familia... porque en buena hora lo diga, ya no tengo familia; estoy solo en el mundo, solo y dueño de mis acciones... ¡Qué gusto, qué placer tan grande! El esclavo ha roto sus cadenas, y hoy se pone el mundo por montera, y ve pasar a su lado a los que antes le oprimían, como si viera pasar a Perico el de los Palotes... ¡Pero qué rico está este guisado de falda. En su vida compuso nada tan bueno la simple Milagros, que sólo sabe hacerse los ricitos, y cantarse y mayarse por todo lo alto aquello de morriamo, morriamo... Parece un perrillo cuando le pellizcan el rabo... De veras está rica la falda... ¡Qué gracia tienen para sazonar en esta taberna! ¡Y qué persona tan simpática es el tabernero, y qué bien le sientan los manguitos verdes, los zapatos de alfombra y la gorra de piel! ¡Cuánto más guapo es que Cucúrbitas y que el propio Pantoja!... Pues señor, el vinillo es fresco y picón...

Me gusta mucho. Efectos de la libertad de que gozo, de no importármeme un bledo de nadie, y de ver mi cabeza limpia de cavilaciones y pesadumbres. Porque todo lo dejo bien arregladito: mi hija se casa con Ponce, que es buen muchacho y tiene de qué vivir; mi nieto en poder de Quintina, que le educará mejor que su abuela... y en cuanto a esas dos pécoras, que carguen con ellas Abelarda y su marido... En resolución, ya no tengo que mantener el pico a nadie, ya soy libre, feliz, independiente, y me abro al cartaginés incautamente. ¡Qué dicha! Ya no tengo que discurrir a qué cristiano espetarle mañana la cartita pidiendo un anticipo. ¡Qué descanso tan grande de haber puesto punto a tanta ignominia! El alma se me ensancha... respiro mejor, me ha vuelto el apetito de mi mocedad, y a cuantas personas veo me dan ganas de apretarles la mano y comunicarles mi felicidad».

Aquí llegaba el soliloquio, cuando entraron en la taberna tres muchachos, sin duda recién salidos del tren, con sendos morrales al hombro, vara en cinto, vestidos a usanza campesina, iguales en el calzado, que era de alpargata, y distintos en el sombrero, pues el uno lo traía de aparejo redondo, el otro boina y el tercero pañuelo de seda liado a la cabeza.

«¡Qué chicos tan gallardos! —dijo Villaamil, contemplándoles embebecido, mientras ellos, bulliciosos y maleantes, pedían al tabernero algo con que matar la feroz gazuza que traían—. ¿Serán jóvenes labradores que han dejado la oscura pobreza de sus aldeas por venir a esta Babel a pretender un destino que les dé barniz de señorío y aire de personas decentes?... ¡Infelices! ¡Y qué gran favor les haría yo en desengañarles!».

Sin más deliberación, se fue derecho a ellos, diciéndoles:

— Jóvenes, pensad lo que hacéis. Aún estáis a tiempo. Volveos a vuestras cabañas y dehesas, y huid de este engañoso abismo de Madrid, que os tragará y os hará infelices por toda la vida. Seguid el consejo de quien os quiere bien, y volveos al campo.

— ¿Qué dice este tío? —contestó el más despabilado de ellos, poniéndose al hombro la chaqueta, que se le había caído—. ¡Otra que Dios con el abuelo! Somos quintos de este reemplazo, y como no nos presentemos nos afusilan...

— ¡Ah! bueno, bueno... Si sois militares, la cosa muda de aspecto... A defender la Patria. Yo la defendí también, saliendo en una compañía de voluntarios cuando aquel pillo de Gómez se corrió

hacia Madrid... Pero también os digo que no hagáis caso de lo que os prediquen vuestros jefes, y que os sublevéis a las primeras de cambio, hijos. Despreciad al gran pindongo del Estado... ¿No sabéis quién es el Estado?

Los tres chicos se reían, mostrando sus dentaduras sanas y frescas: sin duda les hacía mucha gracia la estantigua que tenían delante. Ninguno de ellos supo quién era el Estado, y tuvo Villaamil que explicárselo en esta forma:

— Pues el Estado es el mayor enemigo del género humano, y a todo el que coge por banda lo divide... Mucho ojo... sed siempre libres... independientes, y no tengáis cuenta con nadie.

Uno de los mozos sacó la vara del cinto y dio con ella tan fuerte golpe sobre la mesa, que por poco la parte en dos, gritando:

— Patrona, que tenemos mucha hambre. Por vida del condenado Solimán... Vengan esas magras.

A Villaamil le cayó en gracia esta viveza de genio, y admiró la juventud, la sangre hirviente de los tres muchachos. El tabernero les rogó que esperasen minutos, y les puso delante pan y vino para que fueran matando el gusanillo. Pagó entonces Villaamil, y el tabernero, ya muy sorprendido de sus maneras originales, y teniéndole por tocado, se corrió a ofrecerle una copita de Cariñena. Aceptó el cesante, reconocido a tanta bondad, y tomando la copa y levantándola en alto, brindó «por la prosperidad del establecimiento». Los quintos berrearón:

— ¡Madrid, cinco minutos de parada y fonda...! ¡Vivan la Nastasia, la Bruna, la Ruperta y toas las mozas de Daganzo de Arriba!

Y como Villaamil elogiase, al despedirse del tabernero con mucha finura, el buen servicio y lo bien condimentado del guiso, el dueño le contestó:

— No hay otra casa como ésta. Fíjese en el rétulo: «La Viña del Señor».

— No, si yo no he de volver. Mañana estaré muy lejos, amigo mío. Señores (volviéndose a los chicos y saludándoles sombrero en mano), conservarse. Gracias; que les aproveche... Y no olviden lo que les he dicho... ser libres, ser independientes... como el aire. Véanme a mí. Me pongo al Estado por montera... Hasta ahora...

Salió arrastrando la capa, y uno de los mozos se asomó a la puerta gritando:

— ¡Eh..., abuelo, agárrese, que se cae!... Abuelo, que se le han quedado las narices. Vuelva acá.

Pero Villaamil no oía nada y siguió hacia arriba, buscando camino o vereda por donde escalar la Montaña segunda vez. Encontróla, al fin, atravesando un solar vacío y otro ya cercado para la edificación, y por último, después de dar mil vueltas y de salvar hondonadas, y de trepar por la movediza tierra de los vertederos, llegó a la esplanada del cuartel y lo rodeó, no parando hasta las vertientes áridas que desde el barrio de Argüelles descienden a San Antonio de la Florida. Sentóse en el suelo y soltó la capa, pues el vino por dentro y el sol por fuera le sofocaban más de lo justo.

«¡Qué tranquilo he almorzado hoy! Desde mis tiempos de muchacho, cuando salimos en persecución de Gómez, no he sido tan dichoso como ahora. Entonces no era libre de cuerpo; pero, de espíritu, sí, como en el momento presente; y no me preocupaba de si había o no había para mandar mañana a la plaza. Esto de que todos los días se ha de ir a la compra es lo que hace insoportable la vida... A ver, esos pajarillos tan graciosos que andan por ahí picoteando, ¿se ocupan de lo que comerán mañana? No; por eso son felices; y ahora me encuentro yo como ellos, tan contento que me pondría a piar si supiera, y volaría de aquí a la Casa de Campo, si pudiese. ¿Por qué razón Dios, vamos a ver, no le haría a uno un pájaro en vez de hacerle persona...? Al menos que nos dieran a alegrir. Seguramente nadie escogería ser hombre, para estar descrismándose luego por los empleos y obligado a gastar chistera, corbata y todo ese matalotaje que, sobre molestar, le cuesta a uno un ojo de la cara... Ser pájaro sí que es cómodo y barato. Mírenlos, mírenlos tan campantes, pillando lo que encuentran y zampándose tan ricamente... Ninguno de éstos estará casado con una pájara que se llame Pura, que no sabe ni ha sabido nunca gobernar la casa, ni conoce el ahorro...»

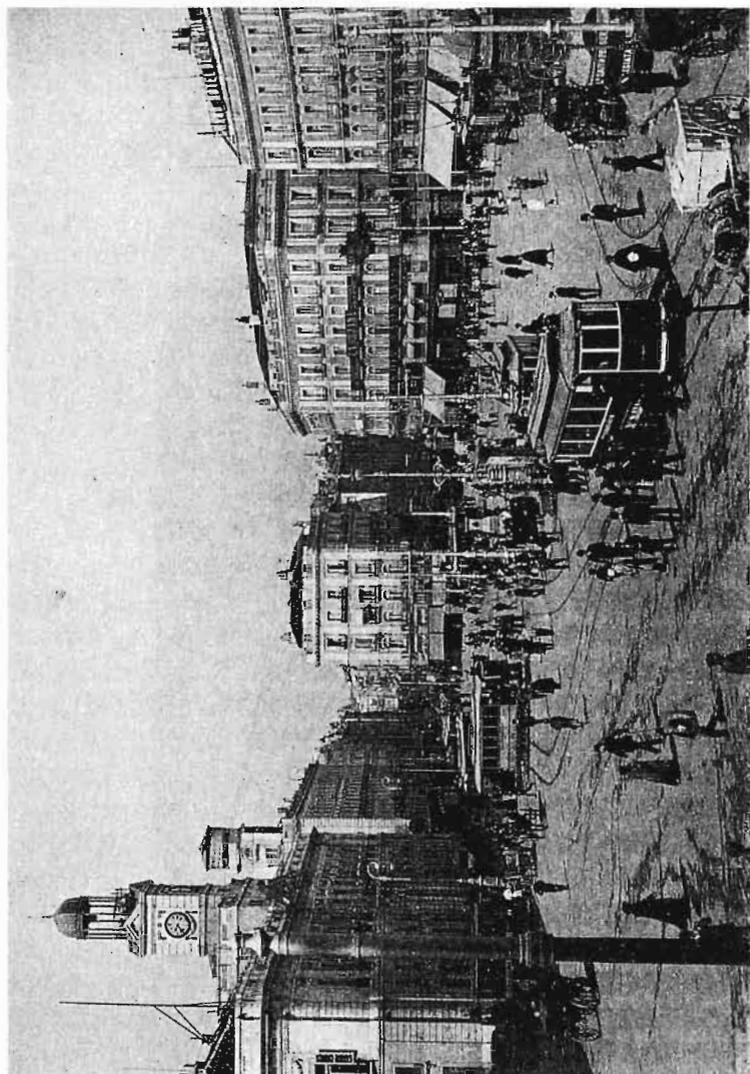
Como viera los gorriones delante de sí a distancia de unas cuatro varas, acercándose a brincos, cautelosos y audaces, para rebuscar en la tierra, sacó el buen hombre de su bolsillo el pan sobrante del amuerzo, que había guardado en la taberna, y desmigajándolo, lo arrojó a las menudas aves. Aunque el movimiento de sus manos espantó a los animalitos, pronto volvieron, y descubierto el pan, ya se colige que cayeron sobre él como fieras. Villaamil sonreía y se esponjaba observando su voracidad, sus graciosos meneos y aquellos saltitos tan cucos. Al menor ruido, a la menor proyección de

sombra o indicio de peligro, levantaban el vuelo; pero su loco apetito les traía pronto al mismo lugar.

«Coman, coman tranquilos —les decía mentalmente el viejo, embelesado, inmóvil, para no asustarlos—. Si Pura hubiera seguido vuestro sistema, otro gallo nos cantara. Pero ella no entiende de acomodarse a la realidad. ¿Cabe algo más natural que encerrarse en los límites de lo posible? Que no hay más que patatas..., pues patatas... Que mejora la situación y se puede ascender hasta la perdiz..., pues perdiz. Pero no, señor, ella no está contenta sin perdiz a diario. De esta manera llevamos treinta años de ahogo, siempre temblando; cuando lo había, comiéndonoslo a trangullones, como si nos urgiese mucho acabarlo; cuando no, viviendo de trampas y anticipos. Por eso, al llegar la colocación ya debíamos el sueldo de todo un año. De modo que perpetuamente estábamos lo mismo, a ti suspiramos, y mirando para las estrellas... ¡Treinta años así, Dios mío! Y a eso llaman vivir. «Ramón, ¿qué haces que no te diriges a tal o cual amigo?... Ramón, ¿en qué piensas? ¿Crees que somos camaleones?... Ramón, detérminate a empeñar tu reloj, que la niña necesita botas... Ramón, que yo estoy descalza, y aunque me puedo aguantar así unos días, no puedo pasarme sin guantes, pues tenemos que ir al beneficio de la Furrunguini... Ramón, dile al habilitado que te anticipe quinientos reales; son tus días, y es preciso convidar a las de tal o cual... Ramón...» ¡Y que yo no haya sido hombre para trincar a mi mujer y ponerle una mordaza en aquella boca, que debió de hacérsela un fraile, según es de pedigüeña! ¡Cuidado que soportar esto treinta años!... Pero ya, gracias a Dios, he tenido valor para soltar mi cadena y recobrar mi personalidad. Ahora yo soy yo, y nadie me tose, y por fin he aprendido lo que no sabía: a renegar de Pura y de toda su casta, y a mandarlos a todos a donde fue el padre Padilla.» No pudiendo reprimir su entusiasmo y alegría, dio tales manotadas que los pájaros huyeron.

XLIII

«No seáis tontos... con vosotros nadie se mete. ¿Por quién me tomáis? ¿Por algún Ministro sin entrañas, que quita el pan a los padres de familia para darlo a cualquier gandul? Porque vosotros



PUERTA DEL SOL

Vista de la Puerta del Sol. Hauser y Menet. Biblioteca Nacional.

también sois padres de familia y tenéis hijitos que mantener. No os asustéis y tomad más miguitas... Creed que si mi mujer hubiera sido otra, la de Ventura, por ejemplo, yo no habría llegado a esta situación... La esposa de Ventura, de quien la mía se burla tanto porque dice «bacalao de Escuecia», vale más que ella cien veces... Con Pura no hay dinero que alcance: ni la paga de un Director. El maldito suponer, el trapito, las visitas, el teatro, los perendengues y el morro siempre estirado para fingir dignamente de personas encumbradas, nos perdieron... No temáis, tontos; podéis acercaros; aún tengo más migas... En cuanto a Milagros, vosotros convendréis conmigo en que, si es buena y sencilla, no por eso deja de ser una inutilidad como su hermana. ¡Qué bien hizo aquel que se tiró al agua! Pues si no se tira y carga con ella a estas horas se habría ahogado cien mil veces quedándose vivo, que es lo peor que le puede pasar a un cristiano... Entre las dos hermanitas me han tenido a mí lo mejor de mi vida con un dogal al cuello, aprieta que te apretarás... No dirán que me he portado mal con ellas, pues desde que me casé... Ahora me ocurre que, cuando fui a pedir al señor Escobios la mano de su hija, el apreciable médico del Cuarto Montado debió arrearme un bofetón que me volviera la cara al revés... ¡Ay, cuánto se lo hubiera agradecido más adelante!... Coman, coman tranquilos, que aquí no estamos para quitarle el pan a la gente... Pues decía que, desde que me casé hasta la fecha, he sido víctima de la insustancialidad y el desgobierno de esas dos tarascas, y no podrán quejarse de que no he sido sumiso y paciente, ni tampoco de que las abandono y las dejo en la miseria, pues no me he determinado a recobrar mi libertad sino al saber que quedan al amparo de Ponce, que es un bendito y les mantendrá el pico, pues para eso les dejó todas sus migas el tío notario. ¡Ay, ínclito Ponce, y qué mochuelo te toca! Ya verás lo que es canela fina. Si no tienes cuidado, pronto te liquidan... te evaporan, te volatilizan, te sorben. Allá se las haya. Yo he cumplido... he cargado mi cruz treinta años; ahora que la lleve otro... Se necesitan espaldas jóvenes... y el peso es mayúsculo, amigo Ponce. Ya lo verás... Si he de ser franco, te diré que mi hija, sin ser un talento, vale más que su mamá y su tía; tiene algunas ideas de orden y previsión; no es tan amiga de echar plantas... Pero cuidadito con ella, Ponce amigo, porque o yo no entiendo nada de afectos y afecciones de mujeres, o a mi Abalarda le gustas tú lo mismo que un dolor de muelas. Nadie me quita de la cabeza que ese peine de Víctor

le había sorbido los sesos... Pero cáse en buena hora, y si son felices las señoras *Miaus*, y aprenden ahora lo que ignoraban en mi tiempo, yo me alegraré mucho y hasta las aplaudiré desde allá; vaya si las aplaudiré».

Con estas meditaciones, harto más largas y difusas de lo que en la narración aparecen, se le fue pasando la tarde a Villaamil. Dos o tres veces mudó de sitio, destrozando impiamente al pasar alguno de los arbolillos que el Ayuntamiento en aquel erial tiene plantados. «El Municipio —decía— es hijo de la Diputación Provincial y nieto del muy gorrino del Estado, y bien se puede, sin escrúpulo de conciencia, hacer daño a toda la parentela maldita. Tales padres, tales hijos. Si estuviera en mi mano, no dejaría un árbol, ni un farol... El que la hace, que la pague... y luego la emprendería con los edificios, empezando por el Ministerio del cochino ramo, hasta dejarlo arrasadito, arrasadito... como la palma de la mano. Luego, no me quedaría vivo un ferrocarril, ni un puente, ni un barco de guerra, y hasta los cañones de las fortalezas los haría pedacitos así».

Vagaba por aquellos andurriales, sombrero en mano, recibiendo en el cráneo los rayos del sol, que a la caída de la tarde calentaban desaforadamente el suelo y cuanto en él había. La capa la llevaba suelta y tuvo intenciones de tirarla, no haciéndolo porque consideró que podía venirle bien a la noche, aunque fuese por breve tiempo. Paróse al borde de un gran talud que hay hacia la Cuesta de Areneros, sobre las nuevas alfarerías de la Moncloa, y mirando el rápido declive, se dijo con la mayor serenidad: «Este sitio me parece bueno, porque iré por aquí abajo, dando vueltas de carnero; y luego, que me busquen... Como no me encuentre algún pastor de cabras... Bonito sitio, y, sobre todo, cómodo, digan lo que quieran».

Pero luego no debió de parecerle el lugar tan adecuado a su temerario intento, porque siguió adelante, bajó y volvió a subir, inspeccionando el terreno, como si fuera a construir en él una casa. Ni alma viviente había por allí. Los gorriones iban ya en retirada hacia los tejares de abajo o hacia los árboles de San Bernardino y de la Florida. De repente, le dio al santo varón la vena de sacar un revólver que en el bolsillo llevaba, montarlo y apuntar hacia los inocentes pájaros, diciéndoles: «Pillos, granujas, que después de haberos comido mi pan pasáis sin darme tan siquiera las buenas tardes. ¿Qué diríais si ahora yo os metiera una bala en el cuerpo?... Porque de fijo no se me escapaba uno. ¡Tengo yo tal puntería...!

Agradeced que no quiero quedarme sin tiros; pues si tuviera más cápsulas, aquí me las pagabais todas juntas... De veras que siento ganas de acabar con todo lo que vive, en castigo de lo mal que se han portado conmigo la Humanidad, y la Naturaleza y Dios... (con exaltación furiosa), sí, sí: lo que es portarse, se han portado cochinemente... Todos me han abandonado, y por eso adopto el lema que anoche inventé y que dice literalmente: Muerte... Infamante... Al... Universo...»

Con esta cantata siguió buen trecho alejándose, hasta que, ya cerrada la noche, encontróse en los altos de San Bernardino que miran a Vallehermoso, y desde allí vio la masa informe del caserío de Madrid, con su crestería de torres y cúpulas, y el hormigueo de luces entre la negrura de los edificios... Calmada entonces la exaltación homicida y destructora, volvió el pobre hombre a sus estudios topográficos: «Este sitio sí que es de primera... Pero no, me verían los guardas de Consumos, que están en esos cajones, y quizás... son tan brutos... me estorbarían lo que quiero y debo hacer... Sigamos hacia el cementerio de la Patriarcal, que por allí no habrá ningún importuno que se meta en lo que no le va ni le viene. Porque yo quiero que vea el mundo una cosa, y es que ya me importa un pepino que se nivelen o no los presupuestos, y que me río del income tax y de toda la indecente Administración. Esto lo comprenderá la gente cuando recoja mis... restos, que lo mismo me da vayan a parar a un muladar que al propio panteón de los Reyes. Lo que vale es el alma, la cual se remonta volando a eso que llaman el... empíreo, que es por ahí arriba, detrás de aquellos astros que relumbran y parecen hacerle a uno guiños llamándole... Pero aún no es hora. Quiero llegarme a ese puerco Madrid y decirle las del barquero a esas indinas Miaus que me han hecho tan infeliz».

El odio a su familia, ya en los últimos días iniciado en su alma, y que en aquél tomaba a ratos los vuelos de frenesí demente o rabia feroz, estalló formidable, haciéndole crispas los dedos, apretar reciamente la mandíbula, acelerar el paso con el sombrero echado atrás, la capa caída, en la actitud más estrafalaria y siniestra. Era ya noche oscura. Resueltamente se dirigió al Conde-Duque, pasó por delante del cuartel y, al aproximarse a la plaza de las Comendadoras, andaba con paso cauteloso, evitando el ser visto, buscando la sombra y mudando de dirección a cada instante. Después de meterse por la solitaria calle de San Hermenegildo, volvió hacia la plazuela del

Limón, rondó la manzana de las Comendadoras, aventurándose, por fin, a atravesar la calle de Quiñones y a observar los balcones de su casa, no sin cerciorarse antes de que no estaban en el portal Mendizábal y su mujer. Agazapado en la esquina de la plazuela oscura, solitaria y silenciosa, miró repetidas veces hacia su casa, queriendo espiar si alguien entraba o salía... ¿Irían las *Miaus* al teatro aquella noche? ¿Vendrían a la tertulia Ponce y los demás amigos? En medio de su trastorno, supo colocarse en la realidad, considerando al fin como seguro e inevitable que, alarmada por la ausencia de su marido, Pura ponía en movimiento a todos los íntimos de la familia para buscarle.

Al amparo de la esquina, como ladrón o asesino que acecha el descuidado paso del caminante, Villaamil alargaba el pescuezo para vigilar sin que le vieran. Propiamente, su cuerpo estaba en la plaza de las Comendadoras y su cabeza en la calle de Quiñones; su flácido cuello, dotado de prodigiosa elasticidad, se doblaba sobre el ángulo mismo. «Allá sale el ínclito Ponce de estampía. De seguro han ido a casa de Pantoja, al café, a todos los sitios que acostumbro frecuentar... Ese que llega echando los bofes me parece que es Federico Ruiz. De fijo viene de la prevención o del juzgado de guardia... Habrá salido a averiguar... ¡Pobrecillos, qué trabajo se toman! Y cuánto gozo yo viéndoles tan afanados, y considerando a las *Miaus* tan aturdiditas... Fastidiarse; y usted, doña Pura de los infiernos, trague ahora cicuta; que durante treinta años la he estado tragando yo sin quejarme... ¡Ah! Alguien sale y viene hacia acá... Me parece que es Ponce otra vez. Agazapémonos en este portal... Sí, él es... (viendo al crítico atravesar la plazuela de las Comendadoras). ¿A dónde irá? Quizás a casa de Cabrera. Trabajo te mando... ¿Habrá bobo igual? No, no me encontraréis; no me atraparéis, no me privaréis de esta santa libertad que ahora gozo. ¡Bendita sea! Ni aunque revolváis el mundo entero me daréis caza, estúpidos. ¿Qué se pretende? (Amenazando con el puño a un ser invisible.) ¿Que vuelva yo al poder de Pura y Milagros, para que me amarguen la vida con aquel continuo pedir de dinero, con su desgobierno y su majadería y su presunción? No. Ya estoy hasta aquí; se colmó el vaso... Si sigo con ellas me entra un día la locura, y con este revólver (cogiendo el mango del arma dentro del bolsillo y empuñándolo con fuerza) las despacho a todas... Más vale que me despache yo, emancipándome y yéndome con Dios... ¡Ah! Pura, Purita, se acabó el suplicio. Hince



tus garras en otra víctima. Ahí tienes a Ponce con dinero fresco; cébate en él... Ahí me las den todas... ¡Cuánto me voy a reír...! Porque esta doña Pura es atroz, querido Ponce, y como se encuentre con barro a mano se armó la fiesta, y mesa y ropa y todo ha de ser de lo más fino, sin considerar que mañana faltará la condenada libreta... ¡Ay, Dios mío! El último de los artesanos, el triste mendigo de las calles me han causado envidia en esta temporada; así como ahora, desahogado y libre, no me cambio por el rey. No, no me cambio; lo digo con toda el alma».

XLIV

Fuera del portal, y vuelta a los atisbos. «Sale ahora el chico de Cuevas, afanadillo y presuroso. ¿A dónde irá?... Busca, hijo, busca, que ya te lo pagará doña Pura con una copita de moscatel... Pues la bobalicona de Milagros estará con el alma en un hilo, porque la infeliz me quiere... Es natural; ha vivido conmigo tantos años y ha comido mi pan... Y si vamos a poner cada cosa en su punto, también Pura me quiere... A su modo, sí. Yo también las quise mucho; pero lo que es ahora, las aborrezco a las dos. ¿Qué digo a las dos? A las tres, porque también mi hija me carga... Son tres apuntes que se me han sentado aquí, en la boca del estómago, y cuando pienso en ellas, la sangre parece que se me pone como metal derretido, y la tapa de los sesos se me quiere saltar... ¡Vaya con las tres Miaus!... ¡bien haya quien os puso tal nombre! No más vivir con locas. ¡Vaya por dónde le dio a mi dichosa hijita! ¡Por enamorarse de Víctor!... Porque, o yo no entiendo, o aquello era amor de lo fino... ¡Qué mujeres, Dios Santo! Prendarse de un zascandil porque tiene la cara bonita, sin reparar... Y que él la desprecia, no hay duda... Me alegro... Bien empleado le está. Chúpate las calabazas, imbécil, y vuelve por más, y cástate con Ponce... Francamente, si uno no se suprimiese por salvarse de la miseria, debiera hacerlo por no ver estas cosas».

Como observara luz en el gabinete, se encalabrino más: «Esta noche, Purita de mis entretelas, no hay teatrillo, ¿verdad? Gracias a Dios que está usted con la pierna quebrada. ¡Jorobarse!... Ya la veo a usted arbitrando de dónde sacar el dinero para el luto. Lo mismo me da. Sáquelo usted... de donde quiera. Venda mi piel para un tambor o mis huesos para botones... ¡Magnífico, admirable, deliciooooooso...!»

Al decir esto, vio a Mendizábal en la puerta, y éste, por desgracia, le vio también a él. Grandes fueron la alarma y turbación del anciano al notar que el memorialista le observaba con ademán sospechoso. «Ese animal me ha conocido y viene tras de mí» —pensó Villaamil, desliziéndose pegado al muro de las Comendadoras. Antes de volver la esquina, miró y, en efecto, Mendizábal le seguía paso a paso, como cazador que anda quedito tras la res, procurando no espantarla. En cuanto traspuso el ángulo, Villaamil, recogiendo la capa, apretó a correr despavorido con cuanta rapidez pudo, creyendo escuchar los pasos del otro y que un enorme brazo se alargaba y le cogía por el codo. Mal rato pasó el infeliz. La suerte que no había nadie por aquellos barrios, pues si pasa gente, y a Mendizábal se le ocurre gritar ¡a ése!, en aquel mismo punto hubiera acabado la preciosa libertad del buen cesante. Huyó con increíble ligereza, atravesando la plazuela del Limón; pasó por delante del cuartel, temeroso de que la guardia le detuviese, y siguiendo la calle del Conde-Duque, miró hacia atrás, y vio que Mendizábal, aunque le seguía, quedaba bastante lejos. Sin tomar aliento, encaminándose hacia la desierta explanada y, antes que su perseguidor pudiera verle, se ocultó tras un montón de baldosas. Sacando la cabeza con gran precaución y sin sombrero por un hueco de su escondite, vio al hombre-mono desorientado, mirando a derecha e izquierda, y con preferencia a la parte del paseo de Areneros, por donde creyó se había escabullido la caza. «¡Ah!, sectario del oscurantismo, ¿querías cogerme? No te mirarás en ese espejo. Sé yo más que tú, monstruo, feo, más feo que el hambre, y más neo que Judas. Ya sabes que siempre he sido liberal, y que antes moriré que soportar el despotismo. Vete al cuerno, grandísimo reaccionario, que lo que es a mí no me encadenas tú... Me futro en tu absolutismo y en tu inquisición. Jeríngate, animal, carca y liberticida, que yo soy libre y liberal, y demócrata, anarquista y petrolero, y hago mi santísima voluntad...».

Aunque perdiera de vista al feo gorilla, no las tenía todas consigo. Conocedor de la fuerza hercúlea de su portero, sabía que si éste le echaba la zarpa no le soltaría a dos tirones, y para evitar su encuentro se agachó buscando la sombra y amparo de los sillares o rimeros de adoquines que de trecho en trecho había. Protegido por la densa oscuridad, volvió a ver al memorialista, que al parecer se retiraba desesperanzado de encontrarle. «Abur, lechuzo, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos...¡Miren qué facha, qué brazos y



qué cuerpo! No andas a cuatro pies por milagro de Dios. Joróbate y búscame, y date tono con doña Pura, diciéndole que me viste... Zángano, neo, salvaje, los demonios carguen contigo.»

Cuando se creyó seguro volvió a internarse en las calles, siempre con el recelo de que Mendizábal le iba a los alcances, y no daba un paso sin revolver la vista a un lado y otro. Creía verle salir de todos los portales o agazapado en todos los rincones oscuros, acechándole para caer encima con salto de mono y coraje de león. Al doblar la esquina del callejón del Cristo para entrar en la calle de Amaniel, ¡pataplum!, cádate a Mendizábal hablando con unas mujeres. Afortunadamente el memorialista le volvía la espalda y no pudo verle. Pero Villaamil, viéndose cogido, tuvo una inspiración súbita, que fue meterse por la primera puerta que halló a mano. Encontróse dentro de una taberna. Para justificar su brusco ingreso, pasado el primer instante de sobresalto, fuese al mostrador y pidió Cariñena. Mientras le servían observó la concurrencia: dos sargentos, tres paisanos de chaqueta corta y cuatro mozas de malísimo pelaje. «¿Vaya unas chicas guapas y elegantes! —dijo, mirándolas, al beber, por encima del vaso—. Véase por dónde me entran ahora ganas de echarles alguna flor..., ¡yo, que desde que llevé a Pura al altar no he dicho a ninguna mujer por ahí te pudras!... Pero con la libertad parece que me remozo, y que me resucita la juventud... Vaya... Y me bailan por el cuerpo unas alegrías... ¡Cuidado que pasarse un hombre seis lustros sin acordarse de más mujer que la suya!...¡Qué cosas!... Vamos, que también me da por beberme otra copa... Treinta años de virtud disculpan que uno eche ahora media docena de canas al aire... (Al tabernero.) Deme usted otra copita... Pues lo que es las mozas me están gustando; y si no fuera por esos gandules que las cortejan, les diría yo algo por donde comprendiesen lo que va de tratar con caballeros a andar entre gansos y soldaduchos... Debiera trabar conversación, al menos para dar tiempo a que desfile Mendizábal... ¡Dios mío, líbrame de esa fiera ultramontana y facciosa!... Nada, que me gustan las niñas; sobre todo aquella que tiene el moño alto y el mantón colorado... También ella me mira, y ... Ojo, Ramón, que estas aventuras son peligrosas. Modérate, y para hacer más tiempo toma una copita más. Paisano, otra...».

La partida salió, y Villaamil, calculando con rápida inspiración, se dijo: «Me meto entre ellos y, si aún está el esperpento ahí, me escabullo mezclado con estos galanes y estas señoras.» Así lo hizo,

y salió confundido con las mozas, que a él le parecían la ley, y con los militares. Mendizábal no estaba en la calle ya; pero don Ramón no las tenía todas consigo, reflexionando: «En último caso, si el orangután ese me ataca, es fácil que estos bravos militares salgan a defenderme... Vas bien, Ramón, no temas... La sacrosanta libertad, hija del Cielo, no te la quita ya nadie».

Al llegar cerca de las Capuchinas vio que la alegre banda desaparecía por la calle de Juan de Dios. Oyó carcajadas de las desenvueltas muchachas y juramentos y voquibles de los hombres. Mirando con tristeza y envidia al grupo: «¡Oh, dichosa edad de la despreocupación y del qué se me da a mí! Dios os la prolongue. Haced todos los disparates que se os ocurran, jóvenes, y pecad todo lo que podáis, y reíos del mundo y sus incumbencias, antes que os llegue la negra y caigáis en la horrible esclavitud del pan de cada día y de la posición social».

Al decir esto, todas sus ideas accesorias e incidentales se desvanecieron, dejando campar sola y dominante la idea constitutiva de su lamentable estado psicológico. «Debe de ser tarde, Ramón. Apresúrate a poner punto final. Dios lo dispone.» De aquí pasó al recuerdo de Luis, de quien tan cerca estaba, pues el anciano había entrado en la calle de los Reyes. Paróse frente a la casa de Cabrera y, mirando hacia el segundo, soltó en el embozo de su capa estas expresiones: «Luisín, niño mío, tú, lo más puro y lo más noble de la familia, digno hijo de tu madre, a quien voy a ver pronto, ¿qué tal te encuentras con esos señores? ¿Extrañas la casa? Tranquilízate, que ya te irás acostumbrando a ellos; son buenas personas, tienen mucho arreglo, gastan poco, te criarán bien, harán de ti un hombre. No te pese haber venido. Haz caso de mí, que te quiero tanto, y hasta me dan ganas de rezarte, porque tú eres un santo en flor, y te han de canonizar... como si lo viera. Por tu boca inocente se me confirmó lo que ya se me había revelado... y yo, que aún dudaba, desde que te oí ya no dudé más. Adiós, chiquillo celestial; tu abuelito te bendice... mejor sería decir que te pide la bendición, porque eres un santito, y el día que cantes misa, verás, verás, qué alegría hay en el Cielo... y en la tierra... Adiós, tengo prisa... Duérmete; si eres desgraciado y alguien te quita tu libertad, ¿sabes lo que haces?, pues te largas de aquí... hay mil maneras... y ya sabes dónde me tienes... Siempre tuyo...».

Esto último lo dijo andando hacia la plaza de San Marcial con reposado continente, como hombre que vuelve a su casa sin prisa,



cumplidos los deberes de la jornada. Encontróse de nuevo en los vertederos de la Montaña, en lugares a donde no llegaba el alumbrado público, y los altibajos del terreno poníanle en peligro de dar con su cuerpo en tierra antes de sazón. Por fin se detuvo en el corte de un terraplén reciente, en cuyo movedizo talud no se podía aventurar nadie sin hundirse hasta la rodilla, amén del peligro de rodar al fondo invisible. Al detenerse, asaltóle una idea desconsoladora, fruto de aquella costumbre de ponerse en lo peor y hacer cálculos pesimistas: «Ahora que veo cercano el término de mi esclavitud y mi entrada en la Gloria Eterna, la maldita suerte me va a jugar otra mala pasada. Va a resultar (sacando el arma) que este condenado instrumento falla... y me quedo vivo o a medio morir, que es lo peor que puede pasarme, porque me recogerán y me llevarán otra vez con las condenadas *Miaus*... ¡Qué desgraciado soy! Y sucederá lo que temo... como si lo viera... Basta que yo desee una cosa, para que suceda la contraria... ¿Quiero suprimirme? Pues la perra suerte lo arreglará de modo que siga viviendo».

Pero el procedimiento lógico que tan buenos resultados le diera en su vida, el sistema aquel de imaginar el reverso del deseo para que el deseo se realizase, le inspiró estos pensamientos: «Me figuraré que voy a errar el jeringado tiro, y como me lo imagine bien, con obstinación sostenida de la mente, el tirito saldrá... ¡Siempre la contraria! Con que a ello... Me imagino que no voy a quedar muerto, y que me llevarán a mi casa... ¡Jesús! Otra vez Pura y Milagros, y mi hija, con sus salidas de pie de banco, y aquella miseria, aquel pordioseo constante... y vuelta al pretender, a importunar a los amigos... Como si lo viera: este cochino revólver no sirve para nada. ¿Me engañó aquel armero indecente de la calle de Alcalá?... Probémoslo, a ver..., pero de hecho me quedo vivo... sólo que... por lo que pueda suceder, me encomiendo a Dios y a San Luisito Cadalso, mi adorado santín... y... Nada, nada, este chisme no vale... ¿Apostamos a que falla el tiro? ¡Ay! Antipáticas *Miaus*, ¡cómo os vais a reír de mí!... Ahora, ahora... ¿a que no sale?»

Retumbó el disparo en la soledad de aquel abandonado y tenebroso lugar; Villaamil, dando terrible salto, hincó la cabeza en la movediza tierra y rodó seco hacia el abismo, sin que el conocimiento le durase más que el tiempo necesario para poder decir: «Pues...sí...»

Madrid, abril de 1888.

Emilia Pardo Bazán

Nace en La Coruña en 1851 y muere en Madrid en 1921. Hereda el título de condesa de Pardo Bazán en 1890, al ser hija de familia noble: sus padres eran los condes de Pardo Bazán. El ambiente familiar aristocrático, el espíritu abierto de su padre, José Pardo Bazán, y el carácter decidido de su madre, doña Amalia de la Rúa, determinan su formación. Leyó muy joven a Cervantes, Quevedo, Fray Luis de León, Feijoo, Víctor Hugo, Musset, al duque de Rivas, a Zorrilla, Quintana y un largo etc. Pero su escritor preferido era Feijoo, admiraba su valentía, su riesgo, la defensa de la mujer y su actitud dialéctica y razonadora. Precisamente con su Estudio crítico de las obras del padre Feijoo (1876) obtiene el premio del certamen literario de Orense, rivalizando con Concepción Arenal, y con su Oda a Feijoo —composición poética filosófica y altisonante— consiguió «La Rosa de Oro» de Oviedo. De 1876 es también su colección de poemas ocasionales Jaime, motivados por el nacimiento del primero de sus hijos y publicados por Francisco Giner de los Ríos con quien le unía gran amistad. En 1877 colabora en La ciencia cristiana con dos monografías: Las epopeyas cristianas: Dante y Milton y Reflexiones científicas contra el darwinismo. La lectura de Alarcón y Valera la estimuló en la composición de su primera novela, Pascual López (1879), todavía al margen de la orientación que tomaría en la década siguiente.

Casada desde 1868 con José Ortega y Pérez de Deza, alternaba su residencia entre Madrid y Galicia, con viajes a Europa, sobre todo a Francia, Inglaterra y Austria. Durante su segundo viaje a Francia



(1872) conoce personalmente a uno de sus ídolos literarios, Víctor Hugo. En 1882 regresó de nuevo a París, leyó *L'assomoir* de Zola y entró en contacto directo con el Naturalismo. En 1886 completó su conocimiento de los naturalistas franceses, frecuentando la tertulia de los Goncourt y conociendo personalmente a su principal mentor novelesco, Zola. La década de 1888 a 1890 es una de las más productivas en el campo de la narrativa. Además de publicar ocho de sus novelas más importantes, salen a la luz los libros *San Francisco de Asís*, *Folklore gallego*, *La leyenda de Pastoriza*, *Mi romería*, *De mi tierra*, *La pedagogía y la literatura del Renacimiento*, y *Por Francia y por Alemania*. En 1887 pronuncia en el Ateneo madrileño un ciclo de conferencias recogidas con el título *La revolución y la novela en Rusia* y colabora en las principales publicaciones periódicas españolas: *La Ilustración Gallega y Asturiana*, *La Ilustración Ibérica*, *La España Moderna*, *La Época*, etc.

En 1882 aparecen en *La Época* unos artículos de opinión sobre el Naturalismo, uno de los estilos artísticos que en esos momentos más polémica despertaba en tertulias y cenáculos poéticos, los titularía «*La Cuestión palpitante*». En 1883 estos artículos se publicarían reunidos, bajo ese mismo título, en uno de los libros más discutidos de la década. «*Clarín*» escribiría el prólogo, después Doña Emilia llevaría a cabo una de las exposiciones más claras en defensa de la doctrina naturalista, un análisis de la novelística de Zola y una cierta crítica del determinismo.

Los principios del movimiento naturalista aparecen ya aplicados en su novela *Un viaje de novios* (1881) y sobre todo en *La tribuna* (1882). *El cisne de Vilamorta* (1885) representa un paréntesis dentro de esta orientación, reanudada con *Los pazos de Ulloa* (1886-1887), *La madre naturaleza* (1887), *Insolación* (1889) y *Morriña* (1889). Sin embargo, en *Una cristiana* (1890), *La prueba* (1890) y *La piedra angular* (1891) se observa ya una tendencia hacia el simbolismo y el espiritualismo, que caracterizarán gran parte de las producciones de la literatura finisecular. A esta modalidad se adscriben también *La quimera* (1905), *La sirena negra* (1908) y *Dulce dueño* (1911). Una evolución parecida presentan sus relatos cortos, que llegan al medio millar, entre los publicados en periódicos y los recogidos en volumen: *Cuentos de mi tierra* (1888), *Cuentos escogidos* (1891), *Cuentos de Marineda* (1892), *Cuentos Nuevos* (1894), *Arco Iris* (1895), *Cuentos de Navidad y Reyes* (1898), *Cuentos de la patria* (1898), *Cuentos*

de amor (1898), Cuentos sacroprofanos (1899), Un destripador de antaño (1900), etc.

A causa de su condición de mujer no logró entrar en la Academia, pero consiguió ser nombrada Presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo madrileño en 1906, y, diez años después pasó a ocupar la Cátedra de Literatura Neolatina en la Universidad de Madrid.

Dos de las novelas mencionadas, *Insolación* y *Morriña*, van a desarrollarse en Madrid. En *Insolación* —a la que pertenecen las páginas que hemos seleccionado— la Pradera de San Isidro, con su romería y sus merenderos será el lugar elegido para que el impulso erótico que invade a los protagonistas cobre carácter de fuerza de la Naturaleza, ayudado, sin duda, por el calor del vino y la alegría de la fiesta.

La personalidad polémica de Doña Emilia y los éxitos que había alcanzado tras la publicación de *Los Pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* despiertan el interés del público y de los críticos, cuando publica *Insolación* en 1889. «Clarín» la calificó de «boutade pseudoerótica» (en «Palique», Madrid Cómico, 11 de mayo y 9 de noviembre de 1889), y en todos los círculos literarios se leyó la novela, resaltando la vinculación de los hechos que se contaban con la propia biografía de la autora. Todos sabían que Doña Emilia había conocido, visitando la Exposición Universal de Barcelona, en 1888 al joven Lázaro Galdiano. Con él hace excursiones, pasea, íntima, y según ella misma escribe tuvo «un error momentáneo de los sentidos», se sintió «apasionadamente querida» (en *Cartas a Galdós*, Madrid, Turner, 1978, pp. 23-24).

En *Insolación*, dedicada, además, a Lázaro Galdiano, se repiten circunstancias parecidas. Una viuda aristocrática conoce a un joven en una tertulia y, al día siguiente, se va con él de romería; el sol y el vino, como dijimos, son los otros protagonistas. Pereda fue uno de los que criticó con más dureza el comportamiento de la dama, que, como él decía, acudía a una romería con un desconocido, metiéndose en «figones y merenderos», lugares tan poco apropiados para el mantenimiento de la virtud de una mujer de finales del siglo XIX. (en «Las comezónes de la señora Pardo Bazán», en *Obras completas de E. Pardo Bazán*, t. III, pp. 1.006-1.011).

Sin duda, el lector de la época podía sorprenderse con la exhibición de las relaciones prematrimoniales de los amantes, aunque al final acabaran en boda, el lector de siempre reconocerá el gesto de



libertad e independencia de Asís cuando se aventura a abrir la ventana de su cuarto, y se asoma a ella con un hombre que no es su marido.

El relato autobiográfico de Asís Taboada está sometido a un ritmo rápido: los acontecimientos se precipitan a lo largo de escasos días, con saltos de tiempo, breves, de un día a otro. El escenario se tripolariza: la casa de la protagonista, la tertulia de la duquesa de Sahagún y la romería de San Isidro en las riberas del Manzanares.



Insolación

III

Bien sabe Dios que cuando al siguiente día, de la mañana, salí a oír misa a San Pascual, por ser la festividad del Patrón de Madrid, iba yo con mi eucologio y mi mantillita hecha una santa, sin pensar en nada inesperado y novelesco, y a quien me profetizase lo que me sucedió después, creo que le llevo a los tribunales por embustero e insolente. Antes de entrar en la iglesia, como era temprano, me deslicé a dar un borde por la calle de Alcalá, y recuerdo que, pasando frente al Suizo, dos o tres de esos chulos de pantalón estrecho y chaquetilla corta que se están siempre plantados allí en la acera, me echaron una sarta de requiebros de lo más desatinado; verbigracia: Olé, ¡viva la purificación de la canela! Uyuyuy, ¡vaya unos ojos que se trae usted, hermosa! Soniche, ¡viva hasta el cura que bautiza a estas hembras con mansanilla e lo fino! Trabajo me costó contener la risa al entreoír estos disparates; pero logré mantenerme seria y apreté el paso a fin de perder de vista a los ociosos.

Cerca de la Cibeles me fijé en al hermosura del día. Nunca he visto aire más ligero, ni cielo más claro; la flor de las acacias del paseo de Recoletos olía a gloria, y los árboles parecía que estrenaban vestido nuevo de tafetán verde. Ganas me entraron de correr y brincar como a los quince, y hasta se me figuraba que en mis tiempos de chiquilla no había sentido nunca tal exceso de vitalidad, tales impulsos de hacer extravagancias, de arrancar ramas de árbol y de chapuzarme en el pilón presidido por aquella buena señora de los

leones... Nada menos que estas tonterías me estaba pidiendo el cuerpo a mí.

Seguí bajando hacia las Pascualas, con la devoción de la misa medio evaporada y distraído el espíritu. Poco distaba ya de la iglesia, cuando distinguí a un caballero, que parado al pie de corpulento plátano, arrojaba a los jardines un puro enterito, y se dirigía luego a saludarme. Y oí una voz simpática y ceceosa que me decía:

— A los pies... ¿A dónde bueno tan de mañana y tan sola? — Calle..., Pacheco... ¿Y usted? Usted sí que de fijo no viene a misa.

— ¿Y usted qué sabe? ¿Por qué no he de venir a misa yo?

Trocamos estas palabras con las manos cogidas y una familiaridad muy extraña, dado lo ceremonioso y somero de nuestro conocimiento la víspera. Era sin duda que influía en ambos la transparencia y alegría de la atmósfera, haciendo comunicativa nuestra satisfacción y dando carácter expansivo a nuestra voz y actitudes. Ya que estoy dialogando con mi alma y nada ha de ocultarse, la verdad es que en lo cordial de mi saludo entró por mucho la favorable impresión que me causaron las prendas personales del andaluz. Señor ¿por qué no han de tener las mujeres derecho para encontrar guapos a los hombres que lo sean, y por qué ha de mirarse mal que lo manifiesten (aunque para manifestarlo dijeren tantas majaderías como los chulos del Café Suizo)? Si no lo decimos, lo pensamos, y no hay nada más peligroso que lo reprimido y oculto, lo que se queda dentro. En suma, Pacheco, que vestía un elegante terno gris claro, me pareció galán de veras; pero con igual sinceridad añadiré que esta idea no me preocupó arriba de dos segundos, pues yo no me pago solamente del exterior. Buéna prueba di de ello casándome a los veinte con mi tío, que tenía lo menos cincuenta, y lo que es es de gallardo...

Adelante. El señor de Pacheco, sin reparar que ya tocaban a misa, pegó la hebra, y seguimos de palique, guareciéndonos a la sombra del plátano, porque el sol nos hacía guiñar los ojos más de lo justo.

— Pero ¡qué madrugadora!

— ¿Madrugadora porque oigo misa a las diez?

— Sí, señor: todo lo que no sea levantarse para almorzá...

— Pues usted hoy madrugó otro tanto.

— Tuve corasonada. Esta tarde estarán buenos los toros, ¿no va usted?

— No, hoy no irá la Sahagún, y yo generalmente voy con ella.
— ¿Y a las carreras de caballos?
— Menos; me cansan mucho: una revista de trapos y moños, una insulsez. No entiendo aquel tejemaneje de apuestas. Lo único divertido es el desfile.

— Y entonces, ¿por qué no va a San Isidro?

— ¡A San Isidro! ¡Después de lo que nos predicó ayer mi paisano!

— Buen caso hace usted de su paisano.

— Y, ¿creerá usted que con tantos años como llevo de vivir en Madrid, ni siquiera he visto la ermita?

— ¿Que no? Pues hay que verla; se distraerá usted muchísimo; ya sabe lo que opina la duquesa, que esa fiesta merece el viaje. Yo no la conozco tampoco; verdá que soy forastero.

— Y... ¿y los borrachos, y los navajazos y todo aquello de que habló don Gabriel? ¿Será exageración suya?

— ¡Yo qué sé! ¡Qué más da!

— Me hace gracia... ¿Dice usted que no importa? ¿Y si luego paso un susto?

— ¡Un susto yendo conmigo!

— ¿Con usted? —y solté la risa.

— ¡Conmigo, ya se sabe! No tiene usted por qué reírse, que soy muy buen compañero.

Me reí con más ganas, no sólo de la suposición de que Pacheco me acompañase, sino de su acento andaluz, que era cerrado y sandunguero, sin tocar en ordinario, como el de ciertos señoritos que parecen asistentes.

Pacheco me dejó acabar de reír, y sin perder su seriedad, con mucha calma, me explicó lo fácil y divertido que sería darse una vueltecita por la feria a primera hora, regresando a Madrid sobre las doce o la una. ¡Si me hubiese tapado con cera los oídos entonces, cuántos males me evitaría! La proposición, de repente, empezó a tentarme, recordando el dicho de la Sahagún: «Vaya usted al Santo, que aquello es muy original y muy famoso». Y realmente, ¿qué mal había en satisfacer mi curiosidad?, pensaba yo. Lo mismo se oír misa en la ermita del Santo que en las Pascualas; nada desagradable podría ocurrirme llevando conmigo a Pacheco; y si alguien me veía con él, tampoco sospecharía cosa mala de mí a tales horas y en sitio tan público. Ni era probable que anduviese por allí la sombra de una

persona decente; ¡en día de carreras y toros!, ¡a las diez de la mañana! La escapatoria no ofrecía riesgo... ¡y el tiempo convidaba tanto! En fin, que si Pacheco porfiaba algo más, lo que es yo...

Porfió sin impertinencia, y tácitamente, sonriendo, me declaré vencida. ¡Solemne ligereza! Aún no había articulado el sí, y ya discutíamos los medios de locomoción. Pacheco propuso como más popular y típico, el tranvía; pero yo, a fin de que la cosa no tuviese el menor aspecto de informalidad, preferí mi coche. La cochera no estaba lejos: calle del Caballero de Gracia. Pacheco avisaría, mandaría que engancharan e iría a recogerme a mi casa, por donde yo necesitaba pasar antes de la excursión. Tenía que tomar el abanico, dejar el devocionario, cambiar mantilla por sombrero... En casa le esperarí. Al punto que concertamos estos detalles, Pacheco me apretó la mano y se apartó corriendo de mí. A la distancia de diez pasos se paró y preguntó otra vez:

— ¿Dice usted que el coche cierra en el Caballero de Gracia?

— Sí, a la izquierda..., un gran portalón...

Y tomé aprisita el camino de mi vivienda, porque la verdad es que necesitaba hacer muchas más cosas de las que había confesado a Pachecho; pero, ¡vaya usted a enterar a un hombre!... Arreglarme el pelo, darme velutina, buscar un pañolito fino, escoger una botas nuevas que me calzan muy bien, ponerme guantes frescos y echarme en el bolsillo un *sachet* de raso que huele a iris (el único perfume que no me levanta dolor de cabeza). Porque al fin, aparte de todo, Pacheco era para mí persona de cumplido; íbamos a pasar algunas horas juntos y observándonos muy de cerca, y no me gustaría que algún rasgo de mi ropa o mi persona le produjese efecto desagradable. A cualquier señora, en mi caso, le sucedería lo propio.

Llegué al portal sofocada y anhelosa, subí a escape, llamé con furia y me arrojé en el tocador, desprendiéndome la mantilla antes de situarme frente al espejo. «Angela, el sombrero negro de paja con cinta escocesa... Angela, el antuca a cuadritos..., las botas bronceadas...»

Vi que la Diabla se moría de curiosidad... «Sí? Pues con las ganas de saber que te quedas, hija... La curiosidad es muy buena para la ropa blanca». Pero no se le coció a la chica el pan en el cuerpo, y me soltó la píldora.

— ¿La señorita almuerza en casa?

Para desorientarla respondí:

— Hija, no sé... Por si acaso, tenerme el almuerzo listo de doce y media a una... Si a la una no vengo, almorzad vosotros..., pero reservándome siempre una chuleta y una taza de caldo... y mi té con leche y mis tostadas.

Cuando estaba arreglando los rizos de la frente bajo el ala del sombrero, reparé en un precioso cacharro azul, lleno de heliotropos, gardenias y claveles, que estaba sobre la chimenea.

— ¿Quién ha mandado eso?

— El señor comandante Pardo..., el señorito Gabriel.

— ¿Por qué no me lo enseñabás?

— Vino la señorita tan aprisa... Ni me dio tiempo.

No era la primera vez que mi paisano me obsequiaba con flores. Escogí una gardenia y un clavel rojo, y prendí el grupo en el pecho. Sujeté el velo con un alfiler, tomé un casaquín ligero de paño, mandé a Angela que me estirase la enagua y volante, y me asomé a ver si por milagro había llegado el coche. Aún no, porque era imposible; pero a los diez minutos desembocaba a la entrada de la calle. Entonces salí a la antesala, andando despacio, para que la Diabla no acabase de escamarse; me contuve hasta cruzar la puerta, y ya en la escalera, me precipité, llegando al portal cuando se paraba la berlina y saltaba en la acera Pacheco.

— ¡Qué listo anduvo el cochero! —le dije.

— El cochero y un servidor de usted, señora —contestó el gaditano, teniendo la portezuela para que yo subiese—. Con estas manos he ayudao a echar las guarniciones, y hasta se me figura que a lavar las ruedas.

Salté en la berlina, quedándome a la derecha, y Pacheco entró por la portezuela contraria, a fin de no molestarme y con ademán de profundo respeto... ¡Valiente hipócrita está el! Nos miramos indecisos por espacio de una fracción de segundo, y mi acompañante me preguntó en voz sumisa:

— ¿Doy orden de ir camino de la pradera?

— Sí, sí... Dígaselo usted por el vidrio.

Sacó fuera la cabeza y gritó: «¡Al Santo!». La berlina arrancó inmediatamente, y entre el primer retemblido de los cristales exclamó Pacheco:

— Veo que se ha prevenido usted contra el calor y el sol... Todo hace falta.

Sonreí sin responder, porque me encontraba (y no tiene nada

sorprendente) algo cohibida por la novedad de la situación. No se desalentó el gaditano.

— Lleva usted ahí unas flores preciosas... ¿No sobraba para mí ninguna? ¿Ni siquiera una rosita de a ochavo? ¿Ni un palito de albahaca?

— Vamos —murmuré—, que no es usted poco pedigüeño... Tome usted, para que se calle.

Desprendí la gardenia y se la ofrecí. Entonces hizo mil remilgos y zalemas.

— Si yo no pretendía tanto... Con el rabillo me contentaba, o con media hoja, que usted le arrancase... ¿Una gardenia para mí solo! No sé cómo lucirla... No se me va a sujetar en el hojal... A ver si usted consigue con esos deditos...

— Vamos, que usted no pedía tanto, pero quiere que se la prenda ¿eh? Vuélvase usted un poco, voy a afianzársela.

Introduje el rabo postizo de la flor en el ojal de Pacheco, y tomando de mi corpiño un alfiler sujeté la gardenia, cuyo olor a pomada me subía al cerebro, mezclado con otro perfume fino, precedente, sin duda, del pelo de mi acompañante. Sentí un calor extraordinario en el rostro, y al levantarlo mis ojos se tropezaron con los del meridional, que en vez de darme las gracias, me contempló de un modo expresivo e interrogador. En aquel momento casi me arrepentí de la humorada de ir a la feria; pero ya...

Torcí el cuello y miré por la ventanilla. Bajábamos de la plazuela de la Cebada a la calle de Toledo. Una marea de gente, que también descendía hacia la pradera, rodeaba el coche y le impedía a veces rodar. Entre la multitud dominguera se destacaban los vistosos colorines de algún bordado pañolón de Manila, con su fleco de un tercio de ancho. Las chulas se volvían y registraban con franca curiosidad el interior de la berlina. Pacheco sacó la cabeza y le dijo a una no sé qué.

— Nos toman por novios —advirtió dirigiéndose a mí—. No se ponga usted más colorada: es lo que le faltaba para acabar de estar linda —añadió medio entre dientes.

Hice como si no oyese el piropro y desvié la conversación, hablando del pintoresco aspecto de la calle de Toledo, con sus mil tabernillas, sus puestos ambulantes de quincalla, sus anticuadas tiendas y sus paradores, que se conservan lo mismito que en tiempo de Carlos IV. Noté que Pacheco se fijaba poco en tales menudencias,

y en vez de observar las curiosidades de la calle más típica que tiene Madrid, llevaba los ojos puestos en mí con disimulo, pero con pertinacia, como el que estudia una fisonomía desconocida para leer en ella los pensamientos de la dueña. Yo también, a hurtadillas, procuraba enterarme de los más mínimos ápices de la cara de Pacheco. No dejaba de llamarme la atención la mezcla de razas que creía ver en ella. Con un pelo negrísimo y una tez quemada del sol, casaban mal aquel bigote dorado y aquellos ojos azules.

— ¿Es usted hijo de inglesa? —le pregunté al fin—. Me han contado que en la costa del Mediterráneo hay muchas bodas entre ingleses y españoles, y al revés.

— Es cierto que hay muchísimas, en Málaga sobre todo; pero soy español de pura sangre.

— Le volví a mirar y comprendí lo tonto de mi pregunta. Ya recordaba haber oído a algún sabio de los que suele convidar a comer la Sahagún cuando no tiene otra cosa en qué entretenerse, que es una vulgaridad figurarse que los españoles no pueden ser rubios, y que, al contrario, el tipo rubio abunda en España, sólo que no se confunde con el rubio sajón, porque es mucho más fino, más enjuto, así al modo de los caballos árabes. En efecto, los ingleses que yo conozco son por lo regular unos montones de carne sanguínea, que al parecer se escapa sola a la parrilla del rosbif; tienen cada cogote y cada pescuezo como ruedas de remolacha, las bocas de ellos dan asco de puro coloradotas, y las frentes, de tan blancas, fastidian ya, porque eso de la frente pura está bueno para las señoritas, no para los hombres. ¿Cuándo se verá en ningún inglés un corte de labios sutil, y una sien hundida, y un cuello delgado y airoso como el de Pacheco? Pero al grano: pues ¿no me entretengo recreándome en las perfecciones de ese pillo?

¡Qué hermoso y agradable estaba el puente de Toledo! Lo recuerdo como se recuerda una decoración del Teatro Real. Hervía la gente, y mirando hacia abajo, por la pradera y por todas las orillas del Manzanares no se veían más que grupos, procesiones, corrillos, escenas animadísimas de esas que se pintan en las panderetas. A mí ciertos monumentos, por ejemplo las catedrales, casi me parecen más bonitas solitarias; pero el puente de Toledo, con sus retablos o nichos, o lo que sean aquellos fantasmones barrocos que le guarnecen a ambos lados, no está bien sin el rebullicio y la algazara de la gentuza, los chulapos y los tíos, los carniceros y los carreteros,

que parece que acaban de bajarse de un lienzo de Goya. Ahora que se han puesto de tan moda los casacones, el puente tiene un encanto especial. Nuestro coche dio vuelta para tomar el camino de la pradera, y allí, en el mismo recodo, vi una tienda rara, una botería, en cuya fachada se ostentaban botas de todos los tamaños, desde la que mide treinta azumbres de vino, hasta la que cabe en el bolsillo del pantalón. Pacheco me propuso que, para adoptar el tono de la fiesta, comprásemos una botita muy cuca que colgaba sobre el escaparate y la llenásemos de Valdepeñas: proposición que rechacé horrorizada.

No sé quién fue el primero que llamó feas y áridas a las orillas del Manzanares, ni por qué los periódicos han de estar siempre soltándole pullitas al pobre río, ni cómo no prendieron a aquel farsante de escritor francés (Alejandro Dumas, si no me engaño) que le ofreció de limosna un vaso de agua. Convengo en que no es muy caudaloso, ni tan frescachón como nuestro Miño o nuestro Sil; pero vamos, que no falta en sus orillas algún rinconcito ameno, verde y simpático. Hay árboles que convidan a descansar a la sombra, y unos puentes rústicos por entre los lavaderos, que son bonitos en cualquier parte. La verdad es que acaso influía en esta opinión que formé entonces el que se me iba quitando el susto y me rebosaba el contento por haber realizado la escapatoria. Varios motivos se reunían para completar mi satisfacción. Mi traje de céfiro gris, sembrado de anclitas rojas, era de buen gusto en una excursión matinal como aquélla; mi sombrero negro de paja me sentaba bien, según comprobé en el vidrio delantero de la berlina; el calor aún no molestaba mucho; mi acompañante me agradaba, y la calaverada, que antes me ponía miedo, iba pareciéndome lo más inofensivo del mundo, pues no se veía por allí ni rastro de persona regular que pudiese conocerme. Nada me aguaría tanto la fiesta como tropezarme con algún tertuliano de la Sahagún, o vecina de butacas en el Real, que fuese luego a permitirse comentarios absurdos. Sobran personas maldicientes y deslenguadas que interpretan y traducen siniestramente las cosas más sencillas, y de poco le sirven a una mujer pasarse la vida muy sobre aviso si se descuida una hora... (Sí, y lo que es a mí, en la actualidad, me caen muy bien estas reflexiones. En fin, prosigamos.) El caso es que la pradera ofrecía aspecto tranquilizador. Pueblo aquí, pueblo allí, pueblo en todas direcciones; y si algún hombre vestía americana, en vez de chaquetón o chaquetilla, debía ser criado de servicio, escribiente temporero, hortera, estudiante pobre,



lacayo sin colocación, que se tomaba un día de asueto y holgorio. Por eso, cuando a la subida del cerro, donde ya no pueden pasar los carruajes, Pacheco y yo nos bajamos de la berlina, parecíamos, por el contraste, pareja de archiduques, que, tentados de la curiosidad, se van a recorrer una fiesta populachera, deseosos de guardar el incógnito y delatados por sus elegantes trazas.

A fuerza de su novedad me hacía gracia el espectáculo. Aquella romería no tiene nada que ver con las de mi país, que suelen celebrarse en sitios frescos, sombreados por castaños o nogales, con una fuente o riachuelo cerquita y el santuario en el monte próximo... El campo de San Isidro es una serie de cerros pelados, un desierto de polvo, invadido por un tropel de gente entre la cual no se ve un solo campesino, sino soldados, mujerzuelas, chisperos, ralea apicarada y soez, y en lugar de vegetación, miles de tinglados y puestos donde se venden cachivaches que, pasado el día del Santo, no vuelven a verse en parte alguna: pitos adornados con hojas de papel de plata y rosas estupendas; vírgenes pintorreadas de esmeralda, cobalto y berme llón; medallas y escapularios igualmente rabiosos; loza y cacharros; figuritas groseras de toreros y picadores; botijos de hechuras raras, monigotes y fantoches con la cabeza de Martos, Sagasta o Castelar; ministros *a dos reales*; esculturas de los *ratas* de *La Gran Vía*, y al lado de la efigie del bienaventurado San Isidro, unas figuras que... ¡Válgame Dios! Hagamos como si no las viéramos.

Aparte del sol que le derrite a uno la sesera y del polvo que se masca, bastan para marear tantos colorines vivos y metálicos. Si sigo mirando, van a dolerme los ojos. Las naranjas apiñadas parecen de fuego; los dátiles relucen como granates oscuros; como pepitas de oro los garbanzos tostados y los cacahuets; en los puestos de flores no se ven sino claveles amarillos, sangre de toro, o de un rosa tan encendido como las nubes a la puesta del sol: las emanaciones de toda esta clavelería no consiguen vencer el olor a aceite frito de los buñuelos, que se pega a la garganta y produce un cosquilleo inaguantable. Lo dicho, aquí no hay color que no sea desesperado: el uniforme de los militares, los mantones de las chulas, el azul del cielo, el amarillento de la tierra, los tiouvivos con listas coloradas y los columpios dados de almagre con rayas de añil... Y luego la música, el rasgueo de las guitarras, el tecleo insufrible de los pianos mecánicos que nos aporrear los oídos con el pasodoble de Cádiz repitiendo desde treinta sitios de la romería: ¡*Vi-va España!*



Nadie imagine maliciosamente que se me había pasado lo de oír misa. Tratamos de romper por entre el gentío y deslizarnos en la ermita, abierta de par en par a los devotos; pero éstos eran tantos, y tan apiñados, y tan groseros, y tan malolientes, que si porfío en llegar a la nave, me sacan de allí desmayada o difunta. Pacheco jugaba los brazos y los puños, según podía, para defenderme; sólo lograba que nos apretasen más y que oyésemos juramentos y blasfemias atroces. Le tiré de la manga.

— Vámonos, vámonos de aquí... Renuncio... No se puede.

Cuando ya salimos a atmósfera respirable, suspiré muy compungida.

— ¡Ay, Dios mío!... Sin misa hoy...

— No se apure —me contestó mi acompañante— que yo oiré por usted aunque sea todas las gregorianas... Ya ajustaremos esa cuenta.

«A mí sí que me la ajustará el padre Urdax tan pronto me eche la vista encima», pensaba para mis adentros mientras me tentaba el hombro, donde había recibido un codazo feroz de uno de aquellos cafres.

IV

Don Diego, que en el coche se me figuraba reservado y tristón, se volvió muy dicharachero desde que andábamos por San Isidro, justificando su fama de buena sombra. Sujetando bien mi brazo para que las mareas de gente no nos separasen, él no perdía ripio, y cada pormenor de los tinglados famosos le daba pretexto para un chiste, que muchas veces no era tal sino en virtud del tono y acento con que lo decía, porque es indudable que si se escribiesen las ocurrencias de los andaluces, no resultarían tan graciosas, ni la mitad, de lo que parecen en sus labios; al sonsonete, al ceceíllo y a la prontitud en responder se debe mayor parte del salero.

Lo peor fue que como allí no había más personas regulares que nosotros, y Pacheco se metía con todo el mundo y a todo el mundo daba cuerda, nos rodeó la canalla de mendigos, fenómenos, chiquillos harapientos, gitanas, buñoleras y vendedoras. El impulso de mi acompañante era comprar cuanto veía, desde los escapularios hasta los botijos, pero me cuadré.





CALLE DE ALCALÁ

Calle de Alcalá. Hauser y Menet. Biblioteca Nacional.



— Si compra usted más, me enfado.

— ¡Soniche! San acabao las compras. ¡Que san acabao digo! Al que no me deje en paz, le doy en igual de dinero, cañaso. ¿Tiene usted más que mandar?

— Mire usted, pagaría por estar a la sombra un ratito. — ¿En la cárcel por comprometedora? Llamaremos a la pareja y verasté qué pronto.

Ahora que reflexiono a sangre fría, caigo en la cuenta de que era bastante raro y muy inconveniente que a los tres cuartos de hora de pasearnos juntos por San Isidro, nos hablásemos don Diego y yo con tanta broma y llaneza. Es posible, bien mirado, que mi paisano tenga razón; que aquel sol, aquel barullo y aquella atmósfera popular obren sobre el cuerpo y el alma como un licor o vino de los que más se suben a la cabeza, y rompan desde el primer momento la valla de reserva que trabajosamente levantamos las señoras un día y otro contra peligrosas osadías. De cualquier índole que fuese, yo sentía ya un principio de mareo cuando exclamé:

— En la cárcel estaría a gusto con tal que no hiciese sol... Me encuentro así..., no sé cómo..., parece que me desvanesco.

— Pero, ¿se siente usted mala?... ¿mala? —preguntó Pacheco seriamente, con vivo interés.

— Lo que se dice mala, no; es una fatiga, una sofocación... Se me nubla la vista.

Echóse Pacheco a reír y me dijo casi al oído:

— Lo que usted tiene ya lo adivino yo, sin necesidad de ser zahorí... Usted tiene ni más ni menos que... gasusa.

— ¿Eh?

— Debilidad, hablando pronto... ¡Y no es usted sola! Yo hace rato que doy las boqueás de hambre. ¡Si debe de ser mediodía!

— Puede, puede que no se equivoque usted mucho. A estas horas suelen pasearse los ratoncitos por el estómago... Ya hemos visto el Santo; volvámonos a Madrid y podrá usted almorzar, si gusta acompañarme...

— No, señora... Si eso que usted discurre es un pueblo. Si lo que vamos a haser es almorsá en una fondita de aquí. ¡Que las hay!...

Se llevó los dedos apiñados a la boca y arrojó un beso al aire para expresar la excelencia de las fondas de San Isidro.

Aturdida y todo como me encontraba, la idea me asustó; me pareció indecorosa y vi de una hojeada sus dificultades y riesgos.

Pero al mismo tiempo, allá en lo íntimo del alma, aquellos escollos me la hacían deliciosa, apetecible, como es siempre lo velado y lo desconocido. ¿Era Pacheco algún atrevido, capaz de faltarme si yo no le daba pie? No por cierto; y el no darle pie quedaba de mi cuenta. ¡Qué buen rato me perdía rehusando! ¿Qué diría Pardo de esta aventura si la supiese? Con no contársela... Mientras discurría así, en voz alta me negaba terminantemente... Nada, a Madrid de seguida.

Pacheco no cejó, y en vez de formalizarse, echó a broma mi negativa. Con mil zalamerías y agudezas, ceceando más que nunca, afirmó que espicharía de necesidad si tardase en almorzar arriba de veinte minutos.

— Que me pongo de rodillas aquí mismo... —exclamaba el muy truhán—. Ea, un sí de esa boquita... ¡Usted verá el gran almuerzo del siglo! Fuera escrúpulos... ¿Se ha pensao usted que mañana voy yo a contárselo a la señá duquesa de Sahagún? A este probetico..., ¡una limosna de armuerso!

Acabó por entrarme risa y tuve la flaqueza de decir:

— Pero... ¿y el coche, que está aguardando allá abajo?

— En un minuto se le avisa... Que se procure cochera aquí... Y si no, que vuelva a Madrid hasta la puesta del sol... Espere usted, buscaré alguno que le lleve el recaó... Ni la he de dejar aquí solita pa que se la coma un lobo; eso sí que no.

Debió de oírlo un guindilla que andaba por allí ejerciendo sus funciones, y en tono tan reverente y servicial como bronco lo usaba para intimar a la gentuza que se *desapartase*, nos dijo con afable sonrisa:

— Yo aviso, si justan... ¿Dónde está o coche? ¿Cómo le llaman al cochero?

— Éste no es de mi tierra, ni nada. ¿De qué parte de Galicia? —pregunté al agente.

— Desviao de Lugo tres légoas, a la banda de Sarria, para servir a vusté —explicó él, y los ojos le brillaron de alegría al encontrarse con una paisana—. «¿Si éste me conocerá por conducto de la Diabla?» —pensé yo recelosa—; pero mi temor sería infundado, pues el agente no añadió nada más. Para despacharle pronto, le expliqué:

— ¿Ve aquella berlina con ruedas encarnadas..., cochero, mozo, con patillas, librea verde? Allá abajo... Es la octava en la fila.

— Bien veo, bien.

— Pues va usted —ordenó Pacheco— y le dice que se largue a Madrí con viento fresco, y que por la tardesita vuerva y se plantifique en el mismo lugar. ¿Estamos, compadre?

Noté que mi acompañante extendía la mano y estrechaba con gran efusión la del guindilla; pero no sería esta distinción lo que tanto le alegró la cara a mi conterráneo, pues le vi cerrar la diestra deslizándola en el bolsillo del pantalón, y entreoí la fórmula gallega clásica:

— De hoy en cien años.

Libre ya del apéndice del carruaje, por instinto me apoyé más fuerte en el brazo de don Diego, y él a su vez estrechó el mío como ratificando un contrato.

— Vamos poquito a poco subiendo al cerro... ánimo y cogerse bien.

El sol campeaba en mitad del cielo, y vertía llamas y echaba chiribitas. El aire faltaba por completo; no se respiraba sino polvo arcilloso. Yo registraba el horizonte tratando de descubrir la prometedida fonda que siempre sería un techo, preservativo contra aquel calor del Senegal. Mas no se veía rastro de edificio grande en toda la extensión del cerro, ni antes ni después. Las únicas murallas blancas que distinguí a mi derecha eran las tapias de la Sacramental, a cuyo amparo descansaban los muertos sin enterarse de las locuras que del otro lado cometíamos los vivos. Amenacé a Pacheco con el palo de la sombrilla:

— ¿Y esa fonda? ¿Se puede saber hasta qué hora vamos a andar buscándola?

— ¿Fonda? —saltó Pacheco como si le sorprendiese mucho mi pregunta—. ¿Dijo usted fonda? El caso es... Mardito sea si sé a qué lado cae.

— ¡Hombre..., pues de veras que tiene gracia! ¿No aseguraba usted que había fondas preciosas, magníficas? ¡Y me trae usted con tanta flema a asarme por estos vericuetos! Al menos entérese... Pregunte a cualquiera, ¡al primero que pase!

— ¡Oigasté..., cristiano!

Volvióse un chulo de pelo alisado en peteneras, manos en los bolsillos de la chaquetilla, hocico puntiagudo, gorra alta de seda, estrecho pantalón y viciosa y pálida faz; el tipo perfecto del rata, de esos mocitos que se echa uno a temblar al verlos, recelando que hasta el modo de andar le timen.

— ¿Hay por aquí alguna fonda, compañero? —interrogó Pacheco alargándole un buen puro.

— Se estima... Como haber fondas, hay fondas: misté por ahí too alrededor, que fondas son; pero tocante a fonda, vamos, sehún se ice, de comías finas, pa la gente e aquel, me pienso que no hallarán ustés conveniencia; digo, esto me lo pienso yo; ustés verán.

— No hay más que merenderos, está visto —pronunció Pacheco bajo y con acento pesaroso.

Al ver que él se mostraba disgustado, yo, por ese instinto de contradicción humorística que en situaciones tales se nos desarrolla a las mujeres, me manifesté satisfecha. Además, en el fondo, no me desagradaba comer en un merendero. Tenía más *carácter*. Era más nuevo e imprevisto, y hasta menos clandestino y peligroso. ¿Qué riesgo hay en comer en un barracón abierto por todos lados donde está entrando y saliendo gente? Es tan inocente como tomar un vaso de cerveza en un café al aire libre.

V

Convencidos ya de que no existía fonda ni sombra de ella, o de que nosotros no acertábamos a descubrir, miramos a nuestro alrededor, eligiendo el merendero menos indecente y de mejor trapío. Casi en lo alto del cerro campeaba uno bastante grande y aseado; no ostentaba ningún rótulo extravagante, como los que se leían en otros merenderos próximos, verbigracia: «Refrescos de los que usaba el Santo.» «La mar en vevidas y comidas.» «La Brillantez: callos y caracoles.» A la entrada (que puerta ya no tenía) hallábase de pie una chica joven, de fisonomía afable, con un puñal de níquel atravesado en el moño; y no había otra alma viviente en el merendero, cuyas seis mesas vacías me parecieron muy limpias y fregoteadas. Pudiera compararse el barracón a una inmensa tienda de campaña: las paredes de lona, el techo de unas esteras tendidas sobre palos; dividíase en tres partes desiguales, la menor ocultando y el fogón donde guisaban; la grande, que formaba el comedor; la mediana, que venía a ser una trastienda donde se lavaban platos y cubiertos; pero estos misterios convinimos en que sería mejor no profundizarlos mucho, si habíamos de almorzar. El piso del merendero era de greda



amarilla, la misma greda de todo el árido cerro, y una vieja, sucia y horrible, que frotaba con un estropajo las mesas, no necesitaba sino bajarse para encontrar la materia primera de aquel limpión inverosímil.

Tomamos posesión de la mesa del fondo, sentándonos en un banco de madera que tenía por respaldo la pared de lona del barracón. La muchacha, con su perrera pegada a la frente por grandes churretazos de goma y su puñal de níquel en el moño, acudió solícita a ver qué mandábamos: olfateaba parroquianos gordos, y acaso adivinaba o presentía otra cosa, pues nos dirigió unas sonrisitas de inteligencia que me pusieron colorada. Decía a gritos la cara de la chica: «Buen par están estos dos... ¿Qué manía les habrá dado de venir a arrullarse en el Santo? Para eso más les valía quedarse en su nido..., que no les faltará de seguro.» Yo, que leía semejantes pensamientos en los ojos de la muy entremetida, adopté una actitud reservada y digna, hablando a Pacheco como se habla a un amigo íntimo, pero *amigo* a secas; precaución que lejos de desorientar a la maliciosa muchacha, creo que sólo sirvió para abrirle más los ojos. Nos dirigió la consabida pregunta:

— ¿Qué van a tomar?

— ¿Qué nos puede usted dar? —contestó Pacheco—. Diga usted lo que hay, resalada..., y la señora irá escogiendo.

— Como haber..., hay de todo. ¿Quieren almorzar formalmente?

— Con toa formaliá.

— Pues de primer plato... una tortillita... o huevos revueltos.

— Vaya por los huevos revueltos. ¿Y hay magras?

— ¿Unas magritas de jamón? Sí.

— ¿Y chuletas?

— De ternera, muy ricas.

— ¿Pescado?

— Pescado, no... Si quieren latas... tenemos escabeche de besugo, sardinas...

— ¿Ostras no?

— Como ostras..., no señora. Aquí pocas cosas finas se pueden despachar. Lo general que piden... callos y caracoles, Valdepeñas, chuletas...

— Usted resolverá —indicó volviéndome a Pacheco.

— ¿He de ser yo? Pues tráigame de too eso que hemos dicho, niña bonita..., huevos, magras, ternera, lata de sardinas... ¡Ay! y lo

primero de too se va usted a traer por los aires una boteya e mansaniya y unas cañitas... Y aseitunas.

— Y después... ¿qué es lo que les he de servir? ¿Las chuletas antes de nada?.

— No; misté, azucena: nos sirve usted los huevos, luego el jamón, las sardinas, las chuletitas... De postre, si hay algún queso...

— ¡Ya lo creo que sí! De Flandes y de Villalón... Y pasas, y almendras, y rosquillas y avellanas tostás...

— Pues vamos a armorsá mejor que el Nuncio.

Esto mismo que exclamó Pacheco frotándose las manos, lo pensaba yo. Aquellas ordinarieces, como diría mi paisano el filósofo, me abrían el apetito de par en par. Y aumentaba mi buena disposición de ánimo al encontrarme a cubierto del terrible sol.

Verdad que estaba a cubierto lo mismo que el que sale al campo a las doce del día bajo un paraguas. El sol, si no podía ensañarse con nuestros cráneos, se filtraba por todas partes y nos envolvía en un baño abrasador. Por entre las esteras mal juntas del techo, al través de la lona, y sobre todo, por el abierto frente a la tienda, entraban a oleadas, a torrentes, no sólo la luz y el calor del astro, sino el ruido, el oleaje del humano mar, los gritos, las disputas, las canciones, las risotadas, los rasgueos y punteos de guitarra y vihuela, el infernal pasodoble, el ¡*Viva España!* de los duros pianos mecánicos.

Casi al mismo punto en que la chica del puñal de níquel depositaba en la mesa una botella rotulada *Manzanilla superior*, dos cañas de vidrio más basto y dos conchas con rajas de salchichón y aceitunas *aliñás*, se coló por la abertura una mujer desgreñada, cetrina, con ojos como carbones, saya de percal con almidonados faraloes y pañuelo de crespón de lana desteñido y viejo, que al cruzarse sobre el pecho dejaba asomar la cabeza de una criatura. La mujer se nos plantó delante, fija la mano izquierda en la cadera y accionando con la derecha, de qué modo se sostenía el chiquillo es lo que no entiendo.

— En er nombre e Dios, Pare, Jijo y Espíritu Zanto, que donde va er nombre e Dios no va cosa mala. Una palabrita les voy a icir, que lase a ostés mucha farta saberla...

— ¡Calle! —grité yo contentísima—. ¡Una gitana que nos va a decir la buenaventura!

— ¿La mando que se largue? ¿La incomoda a usted?

— ¡Al contrario! Si me divierte lo que no es imaginable. Verá

usted cuántos enredos va a echar por esa boca. Ea, la buenaventura, pronto, que tengo una curiosidad inmensa de oírla.

— Pué diñe osté la mano erecha, jermosa, y una moneíta de plata pa jaser la cru.

Pacheco le alargó una peseta, y al mismo tiempo, habiendo descorchado la manzanilla y pedido otra caña, se la tendió llena de vino a la egipcia. Con este motivo armaron los dos un tiroteo de agudezas y bromas; bien se conocía que eran hijos de la misma tierra, y que ni a uno ni a otro se les atascaban las palabras en el gaznate, ni se les agotaba la labia aunque la derramasen a torrentes. Al fin, la gitana se embocó el contenido de la cañita, y yo la imité, porque, con la sed, tentaba aquel vinillo claro. ¡Manzanilla superior! ¡A cualquier cosa llaman *superior* aquí! La manzanilla dichosa sabía a esparto, a piedra alumbre y a demonios coronados; pero como al fin era un líquido, y yo con el calor estaba para beberme el Manzanares entero, no resistí cuando Pacheco me escanció otra caña. Sólo que en vez de refrescarme, se me figuró que un rayo de sol, disuelto en polvo, se me introducía en las venas y me salía en chispas por los ojos y en arreboles por la faz. Miré a Pacheco muy risueña, y luego me volví confusa, porque él me pagó la mirada con otra más larga de lo debido.

— ¡Qué bonitos ojos azules tiene este perdis! —pensaba yo para mí.

El gaditano estaba sin sombrero; vestía un traje ceniza, elegante, de paño rico y flexible; de vez en cuando se enjugaba la frente sudorosa con un pañuelo fino, y a cada movimiento se le descomponía el pelo, bastante crecido, negro y sedoso; al reír, le iluminaba la cara la blancura de sus dientes, que son de los mejor puestos y más sanos que he visto nunca, y aún parecía doblemente morena su tez, o mejor dicho, doblemente tostada, porque hacia la parte que ya cubre el cuello de la camisa se entreveía un cutis claro.

— La mano, jermosa —repitió la gitana.

Se la alargué, y ella la agarró haciéndomela tener abierta. Pacheco contemplaba las dos manos unidas. — ¡Qué contraste! — murmuró en voz baja, no como el que dice una galantería a una señora, sino como el que hace una reflexión entre sí.

En efecto, sin vanidad, tengo que reconocer que la mano de la gitana, al lado de la mía, parecía un pedazo de cecina feísimo: la tumbaga de plata, donde resplandecía una esmeralda falsa espanto-

sa, contribuía a que resaltase el color cobrizo de la garra aquella, y claró está que mi diestra, que es algo chica, pulida y blanca, con anillos de perlas, zafiros y brillantes, contrastaba extrañamente. La buena de la bohemia empezó a hacer sus rayas y ensalmos, endilgándonos una retahíla de esas que no comprometen, pues son de doble sentido y se aplican a cualquier circunstancia, como las respuestas de los oráculos. Todo muy recalcado con los ojos y el ademán.

— Una cosa diquelo yo en esta manica, que hae suseder mu pronto, y nadie saspera que susea... Un viaje me vasté a jaser, y no ae ser para má, que ae ser pa satisfasión e toos. Una carta me vasté a resibir, y lae alegrá lo que viene escribió en eya... Unas presonas me tiene usté que la quieren má, y está toa perdías por jaserle daño; pero der revé les ae salir la perra intensión... Una presoniya está chalaíta por usté —(al llegar aquí la bruja clavó en Pacheco las ascuas encendidas de sus ojos)— y un convite le ae dar quien bien la quiere... Amorosica de genio me es usté; pero cuando se atufa, una leona brava de los montes se me güelve... Que no enriten a uste y que le yeven toiticas las cosas ar pelo de la suavidá, que por la buena, corasón tiene usté pa tirarse en metá e la bahía e Cadis... Con mieles y no con hieles me han de engatusar a usté... Un cariñiyo me vasté a tener mu guardadico en su pechito y no lo ae sabé ni la tierra, que secretica me es usté como la piedra e la sepultura... También una cosa le igo y es que usté mesma no me sabe lo que en ese corasonsiyo está guardao... Un cachito e gloria le va caer der sielo y pasmáa se quedará usté; que a la presente me está usté como los pajariyos, que no saben el árbol onde han de ponerse..

Si la dejamos, creo que aún sigue ensartando tonterías. A mí su parla me entretenía mucho, pues ya se sabe que en esta clase de vaticinios tan confusos y tan latos, siempre hay algo que responde a nuestras ideas, esperanzas y aspiraciones ocultas. Es lo mismo que cuando, al tiempo de jugar a los naipes, vamos corriéndolos para descubrir sólo la pinta, y adivinamos o presentimos de un modo vago la carta que va a salir. Pacheco me miraba atentamente, aguardando a que me cansase de gitanerías para despedir a la profetisa. Viendo que ya la chica del puñal en el moño acudía con la fuente de huevos revueltos, solté la mano, y mi acompañante despachó a la gitana, que antes de poner pies en polvorosa aún pidió no sé qué para er *churumbeliyo*.

Empezábamos a servirnos del apetitoso comistrajo y a descorchar una botella de jerez, cuando otro cuerpo asomó en la abertura de la tienda, se adelantó hacia la mesa y recitó la cosabida jaculatoria.

— En er nombre e Dió Pare, Jijo y Espíritu Zanto, que onde va er nombre e Dió...

— ¡Estamos frescos! —gritó Pacheco—. ¡Gitana nueva!

— Claro —murmuró con aristocrático desdén la chica del merendero—. Como a la otra le han dado cuartos y vino, se ha corrido la voz... Y tendrán aquí a todas las de la romería. Pacheco alargó a la recién venida unas monedas y un vaso de jerez.

— Bébase usted eso a mi salú..., y andar con Dios y najensia.

— E que les igo la buenaventura e barde... por el aqué de la sal del mundo que van ustés derramando.

— No, no... —exclamé yo casi al oído de Pacheco—. Nos va a encajar lo mismo que la otra; con una vez basta. Espántela usted... sin reñirla.

— Bébase usted el jerés, prenda... y najarse he dicho —ordenó el gaditano sin enojo alguno, con campechana franqueza.

La gitana, convencida de que no sacaba más raja ya, después de echarse al colete el jerez y limpiarse la boca con el dorso de la mano, se largó con su indispensable churumbeliyo, que lo traía también escondido en el mantón como gusano en queso.

— ¿Tienen todas su chiquitín? —pregunté a la muchacha.

— Todas, pues ya se ve —explicó ella con tono de persona desengañada y experta—. Valientes maulas están. Los chiquillos son tan suyos como de una servidora de ustedes. Infelices, los alquilan por ahí a otras bribonas, y sabe Dios el trato que les dan. Y está la romería plagada de estas tunantes, embusteronas. ¡Lástima de Abanico!

— ¿Ustedes duermen aquí? —la dije por tirarla de la lengua—. ¿No tienen miedo a que de noche les roben las ganancias del día o la comida del siguiente?

— Ya se ve que dormimos con un ojo cerrado y otro abierto... Porque no se crea usted; nosotros tenemos un café a la salida de la Plaza Mayor y venimos aquí no más a poner el ambigú.

Comprendí que la chica se daba importancia, deseando probarme que era, socialmente, muy superior a aquella gentecilla de poco más o menos que andaba por los demás figones. A todo esto íbamos despachando la ración de huevos revueltos y nos disponíamos a

emprenderla con las magras. Interceptó la claridad de la abertura otra sombra. Ésta era una chula de mantón terciado, peina de bolas, brazos desnudos, que traía en un jarro de loza un inmenso haz de rosas y claveles, murmurando con voz entre zalamera y dolorida: —«¡Señorítico! ¡Cómprame usted flores pa osequiar a esa buena moza!»— Al mismo tiempo que la florera, entraron en el mercado cuatro soldados, cuatro húsares jóvenes y muy bulliciosos, que tomaron posesión de una mesa pidiendo cerveza y gaseosoa, metiendo ruido con los sables y regocijando la vista con su uniforme amarillo y azul. ¡Válgame Dios, y qué virtud tan rara poseen la manzanilla y el jerez, sobre todo cuando están encabezados y compuestos! Si en otra ocasión me veo yo almorzando así, entre soldados, creo que me da un soponcio; pero empezaba a tener subvertidas las nociones de la corrección y de la jerarquía social, y hasta me hizo gracia semejante compañía y la celebré con la risa más alegre del mundo. Pacheco, al observar mi buen humor, se levantó y fue a ofrecer a los húsares jerez y otros obsequios; de suerte que no sólo comíamos con ellos en el mismo bodegón, sino que fraternizábamos.

Cuando está uno de buen temple, ninguna cosa le disgusta. Alabé la comida; de la chula de los claveles les dije que parecía un boceto de Sala; y entonces Pacheco sacó de la jarra las flores y me las echó en el regazo, diciendo: —«Póngaselas usted todas...»— Así lo ejecuté, y quedó mi pecho convertido en búcaro. Luego me hizo reír con toda mi alma una desvergonzada riña que se oyó por detrás de la pared de lona, y las ocurrencias de Pacheco que se lió con los húsares no recuerdo con qué motivo. Volvió a nublarse el sol que entraba por la abertura y apareció un pordiosero de lo más remendado y haraposo. No contento con aflojar buena limosna, Pacheco le dio palique largo, y el mendigo nos contó aventuras de su vida: una sarta de embustes, por supuesto. Oyóle el gaditano muy atentamente, y luego empezó a exigirle que trajese un guitarrillo y se cantase por lo más jondo. El pobre juraba y perjuraba que no sabía sino unas coplillas, pero sin música, y al fin le soltamos, bajo palabra de que nos traería un buen cantaor y tocaor de bandurria para que nos echase polos y peteneras hasta morir. Por fortuna hizo la del humo.

Yo, a todo esto, más divertida que en un sainete, y dispuesta a entenderme con las chuletas y el champagne. Comprendía, sí, que mis pupilas destellaban lumbre y en mis mejillas se podía encender

un fósforo; pero lejos de percibir el atolondramiento que suponía precursor de la embriaguez, sólo experimentaba una animación agradabilísima, con la lengua suelta, los sentidos excitados, el espíritu en volandas y gozoso el corazón. Lo que más me probaba que *aquello* no era cosa alarmante, era que comprendía la necesidad de guardar en mis dichos y modales cierta reserva de buen gusto; y en efecto, la guardaba, evitando toda palabra o movimiento que siendo inocente pudiese parecer equívoco, sin dejar por eso de reír, de elogiar los guisos, de mostrarme jovial, en armonía con la situación... Porque allí, vamos, convengan ustedes en ello, también sería muy raro estar como si me hubiese tragado el molinillo.

VI

Pacheco, por su parte, me llevaba la corriente; cuidaba de que nunca estuviesen vacíos mi vaso ni mi plato, y ajustaba su humor al mío con tal esmero, cual si fuese un director de escena encargado de entretener y hacer pasar el mejor rato posible a un príncipe. ¡Ay! Porque eso sí: tengo que rendirle justicia al grandísimo socarrón, y una vez que me encuentro a solas con mi conciencia, reconocer que, animado, oportuno, bromista y (admitamos la terrible palabra) en *juerga* redonda conmigo como se encontraba al fin y al cabo Pacheco, ni un dicho libre, ni una acción descompuesta o siquiera familiar llegó a permitirse. En ocasión tan singular y crítica hubiera sido descortesía y atrevimiento lo que en otra mero galanteo o *flirtación* (como dicen los ingleses). Esto lo entendía yo muy bien, aun entonces, y a la verdad, temía cualquiera de esas insinuaciones impertinentes que dejan a una mujer volada y le estropean el mejor rato. Sin la caballerosa delicadeza de Pacheco, aquella situación en que impremeditadamente me había colocado pudo ser muy ridícula para mí. Pero la verdad por delante; su miramiento fue tal, que no me echó ni una flor, mientras hartaba de lindas, simpáticas y retrecheras a las gitanas, a la chica del puñal de níquel y hasta a la fregona del estropajo. Cierto que a veces sorprendí sus ojos azules que me devoraban a hurtadillas; sólo que apenas notaba que yo había caído en la cuenta, los desviaba a escape. Su acento era respetuoso, sus frases serias y sencillas al dirigirse sólo a mí. Ahora se me figura que



tantas exquisiteces fueron calculadas, para inspirarme confianza e interés: ¡ah malvado! Y bien que me iba comprando con aquel porte fino.

Surgió de repente ante nosotros, sin que supiéramos por dónde había entrado, una figurilla color de yesca, una gitanuela de unos trece años, típica, de encargo para modelo de un pintor: el pelo azulado de puro negro, muy aceitoso, recogido en castaña, con su peina de cuerno y su clavel sangre de toro; los dientes y los ojos brillantes, por contraste con lo atezado de la cara; la frente chata como la de una víbora, y los brazos desnudos, verdosos y flacos lo mismo que dos reptiles. Y con el propio tonillo desgarrado de las demás empezó la retahíla consabida:

— En er nombre de Dió Pare, Jijo... De esta vez, la chica del merendero montó en cólera, y dando al diablo sus pujos de señorita, se convirtió en chula de las más boquifrescas.

— ¿Hase visto hato de pindongas? ¿No dejarán comer en paz a las personas decentes? ¿Conque las barre uno por un lado y se cuelan por otro? ¿Y cómo habrá entrado aquí semejante calamidá, digo yo? Pues si no te largas más pronto que la luz, bofetá como la que te arrimo no la has visto tú en tu vida. Te doy un recorrió al cuerpo que no te queda lengua pa contarlo.

La chiquilla huyó más lista que un cohete; pero no habrían transcurrido dos segundos, cuando vimos entreabrirse la lona que nos protegía las espaldas, y por la rendija del lienzo asomó una jeta que parecía la del mismo enemigo, unos dientes que rechinaban, un puño cerrado, negro como una bola de bronce, y la gitanilla becerreó:

— Arrastrá, condená, tía cochina, que malos retortijones te arranquen las tripas, y malos mengues te jagan picadillo los jigados, y malas culebras te piquen, y remardita tiña te pegue con er moño pa que te quedes pelá como tu ifunta agüela...

Llegaba aquí de su rosario de maldiciones, cuando la del puñal, que así se vio tratada, empuñó el rabo de una cacerola y se arrojó como una fiera a descalabrar a la egipcia: al hacerlo, dio con el codo a una botella de jerez, que se derramó entera por el mantel. Este incidente hizo que la chica, olvidando el enojo, se echase a reír exclamando:

— ¡Alegría, alegría! Vino en el mantel... ¡boda segura! —y, por supuesto, la gitana tuvo tiempo de afufarse más pronto que un pájaro.

No ocurrió durante el almuerzo ninguna otra cosa que recordarse

merezca, y lo bien que hago memoria de todo cuanto pasó en él me prueba que estaba muy despejada y muy sobre mí. Apuramos el último sorbo de champagne y un empecatado café; saldó Pacheco la cuenta, gratificando como Dios manda, y nos levantamos con ánimo de recorrer la romería. Notaba yo cierta ligereza insólita en piernas y pies; me figuraba que se había suprimido el peso de mi cuerpo, y, en vez de andar, creía deslizarme sobre la tierra.

Al salir me deslumbró el sol: ya no estaba en el cenit ni mucho menos; pero era la hora en que sus rayos, aunque oblicuos, queman más: debían de ser las tres y media o cuatro de la tarde, y el suelo se rajaba de calor. Gente, triple que por la mañana, y veinte veces más bullanguera y estrepitosa. Al punto que nos metimos entre aquel bureo se me puso en la cabeza que me había caído en el mar: mar caliente, que hervía a borbotones, y en el cual flotaba yo dentro de un botecillo chico como una cáscara de nuez: golpe va y golpe viene, ola arriba y ola abajo. ¡Sí, era el mar; no cabía duda! ¡El mar, con toda la angustia y desconsuelo del mareo que empieza!

Lejos de disiparse esta aprensión, se aumentaba mientras iba internándome en la romería, apoyada en el brazo del gaditano. Nada, señores, que estaba en mitad del golfo. Los innumerables ruidos de voces, disputas, coplas, pregones, juramentos, vihuelas, organillos, pianos, se confundían en un rumor nada más; el mugido sordo con que el océano se estrella en los arrecifes; y allá a lo lejos los columpios, lanzados al aire con vuelo vertiginoso, me representaban lanchas y falúas balanceadas por el oleaje. ¡Ay Dios mío, y qué desvanecimiento, me entró al convencerme de que en efecto me encontraba en alta mar! Me agarré al brazo de Pacheco como me agarro en la temporada de baños al cuello del bañero robusto, para que no me lleve el agua... Sentía un pánico atroz y no me atrevía a confesarlo, porque tal vez mi acompañante se reiría de mí, por fuera o por dentro, si le dijese que me mareaba, que me mareaba a toda prisa.

Una peripecia nos detuvo breves instantes. Fue una pelea de mujerotas. Pelea muy rara: por lo regular, estas riñas van acompañadas de vociferaciones, de chillidos, de injurias, y aquí no hubo nada de eso. Eran dos mozas: una, que tostaba garbanzos en una sartén puesta sobre una hornilla; otra, que pasó y con las sayas derribó elartilugio. Jamás he visto en rostro humano expresión de ferocidad como adquirió el de la tostadora. Más pronta que el rayo, recogió del suelo la sartén, y echándose a manera de irritada tigresa sobre la

autora del desaguisado, le dio con el filo en mitad de la cara. La agredida se volvió sin exhalar un ay, corriéndole de la ceja a la mejilla un hilo de sangre; y trincando a su enemiga por el moño, del primer arrechucho le arrancó un buen mechón, mientras le clavaba en el pescuezo las uñas de la mano izquierda: cayeron a tierra las dos Amazonas, rodando entre trébedes, hornillas y cazos; se formó alrededor corro de mirones, sin que nadie pensase en separarlas, y ellas seguían luchando, calladas y pálidas como muertas, una con la oreja rasgada ya, otra con la sien toda ensangrentada y un ojo medio saltado de un puñetazo. Los soldados se reían a carcajadas y les decían requiebros indecentes, en tanto que se despedazaban las infelices. Advertí por un instante que se me quitaba el mareo, a fuerza de repugnancia y lástima: me acordé de mi paisano Pardo, y de aquello del salvajismo y la barbarie española. Pero duró poco esta idea, porque en seguidita se me ocurrió otra muy singular: que las dos combatientes eran dos pescados grandes, así como golfines o tiburones, y que a coletazos y mordiscos, sin chistar, estaban haciéndose trizas. Y este pensamiento me renovó la fatiga del mareo de tal modo, que arrastré a Pacheco.

—Vámonos de aquí... No me gusta ver esto... Se matan.

Preguntóme don Diego si me sentía mal, en cuyo caso no visitaríamos los barracones donde enseñan panoramas y fenómenos. Respondí muy picada que me encontraba perfectamente y capaz de examinar todas las curiosidades de la romería. Entramos en varias barracas y vimos un enano, un ternero de dos cabezas, y por último, la mujer de cuatro piernas, muy pizpireta, muy escotada, muy vestida de seda azul con puntillas de algodón, y que enseñaba sonriendo —la sonrisa del conejo— sus dobles muñones al extremo de cada rodilla. En esta pícara barraca se apoderó de mí, con más fuerza que nunca, la convicción de que me hallaba en alta mar, entregada a los vaivenes del océano. En el lado izquierdo del barracón había una serie de agujeritos redondos por donde se veía un cosmoroma, y yo, empeñada en que eran las portas del buque, sin que me sacase de mi error el que al través de las susodichas portas se divisase, en vez del mar, la plaza del Carrousel..., el Arco de la Estrella..., el Coliseo de Roma... y otros monumentos análogos. Las perspectivas arquitectónicas me parecían desdibujadas y confusas, con gran temblequeo y vaguedad de contornos, lo mismo que si las cubriese el trémulo velo de las olas. Al volverme y fijarme en el



costado opuesto de la barraca, los grandes espejos de *rigolada*, de lunas cóncavas o convexas, que reflejaban mi figura con líneas grotescamente deformes, me parecieron también charcos de agua de mar... ¡Ay, ay, ay, qué malo se pone esto! Un terror espantoso cruzó por mi mente: ¿apostamos a que todas estas chifladuras marítimas y náuticas son pura y simplemente una..., vamos, una *filoxerita*, como ahora dicen? Pero, ¡si he bebido poco! ¡Si en la mesa me encontraba tan bien!

«Hay que disimular —pensé—. Que Pacheco no se entere... Volver a Madrid corriendo... ¡Quiá! El movimiento del coche me pierde, me acaba, de seguro... Aire, aire... ¡Si hubiese un rincón donde librarse de este gentío!»

O Pacheco leyó en mis pensamientos, o coincidió conmigo en sensaciones, pues se inclinó y en el tono más cariñoso y diferente murmuró a mi oído:

— Hace aquí un calor intolerable... ¿Verdad que sí? ¿Quiere usted que salgamos? Daremos una vueltecita por la pradera y la alameda; estará más despejado y más fresco.

— Vamos —respondí fingiendo indiferencia, aunque veía el cielo abierto con la proposición.

VII

Salimos de la barraca y bajamos del cerro a la alameda, siempre empujados y azotados por la ola del gentío, cuyas aguas eran más densas según iba acercándose la noche. Llegó un momento en que nos encontramos presos en remolino tal, que Pacheco me apretó fuertemente el brazo y tiró de mí para sacarme a flote. Me latían las sienes, se me encogía el corazón y se me nublaban los ojos: no sabía lo que pasaba: un sudor frío bañaba mi frente. Forcejeábamos deseando romper por entre el grupo, cuando nos paró en firme una cosa tremenda que se apareció allí, enteramente a nuestro lado: un par de navajas desnudas, de esas *lenguas de vacas*, con su letrero de *si esta víbora le pica no hay remedio en la botica*, volando por los aires en busca de las tripas de algún prójimo. También relucían machetes de soldados, y se enarbolaban garrotes, y se oían palabras soeces, blasfemias de las más horribles... Me arrimé despavorida al gaditano, el cual me dijo a media voz:

— Por aquí... No pase usted cuidado... Vengo prevenido. Le vi meter la mano en el bolsillo derecho del chaleco y asomarse a él la culata de un revólver: vista que redobló mi susto y mis esfuerzos por desviarme. No nos fue difícil, porque todo el mundo se arremolinaba en sentido contrario, hacia el lugar de la pendencia. Pronto retrocedimos hasta la alameda, sitio relativamente despejado. Allí y todo continuaban mis ilusiones marítimas dándome guerra. Los carruajes, los carros de violín, los ómnibus, las galeras, cuantos vehículos estaban en espera de sus dueños, me parecían a mí embarcaciones fondeadas en alguna bahía o varadas en la playa, paquebotes de vapor con sus ruedas, quechemarines con su arboladura. Hasta olor a carbón de piedra y a brea notaba yo. Que sí, que me había dado por la náutica

— ¿Vámonos a la orilla... allí, donde hay silencio? —supliqué a Pacheco—. ¿Donde corra fresquito y no se vea un alma? Porque la gente me mar...

Un resto de cautela me contuvo a tiempo, y rectificué: —Me fatiga.

— ¿Sin gente? Dificilillo va a ser hoy... Mire usted —y Pacheco señaló, extendiendo la mano.

Por la praderita verde, por las alturas peladas del cerro, por cuanta extensión de tierra registrábamos desde allí, bullía el mismo hormiguelo de personas, igual confusión de colorines, balanceo de columpios, girar de tiouvivos y corros de baile. — Hacia allá —murmuré— parece que hay un espacio libre. Para llegar adonde yo indicaba era preciso saltar un vallado, bastante alto por más señas. Pacheco lo salvó, y desde el lado opuesto me tendió los brazos. ¡Cosa más particular! Pegué el brinco con agilidad sorprendente. Ni notaba el peso de mi cuerpo; se había derogado para mí la ley de la gravedad: creo que podría hacer volatines. Eso sí, la firmeza no estaba en proporción con la agilidad, porque si me empujan con un dedo, me caigo y boto como una pelota.

Atravesamos un barbecho, que fue una serie de saltos surco a surco, y por senderos realmente solitarios fuimos a parar a la puerta de una casuca que se bañaba los pies en el Manzanares. ¡Ay qué descanso! Verse uno allí casi solo, sin oír apenas el estrépito de la romería, con un fresquito delicioso venido de la superficie del agua, y con la media oscuridad o al menos la luz tibia del sol que iba poniéndose... ¡Alabado sea Dios! Allí queda el tempestuoso océano



con sus olas bramadoras, sus espumarajos y sus arrecifes, y héteme al borde de una pacífica ensenada, donde el agua sólo tiene un rizado de onditas muy mansas que vienen a morir en la arena sin meterse con nadie.

¡Dale con el mar! ¡Mire usted que es fuerte cosa! ¿Si continuará aquello? ¿Si...?

A la puerta de la casuca asomó una mujer pobremente vestida y dos chiquillos harapientos, que muy obsequiosos me sacaron una silla. Sentóse Pacheco a mi lado sobre unos troncos. Noté bienestar inexplicable, y me puse a mirar cómo se acostaba el sol, todo ardoroso y sofocado, destellando sus últimos resplandores en el Manzanares. Es decir, en el Manzanares no: aquello se parecía extraordinariamente a la bahía viguesa. La casa también se había vuelto una lancha muy airosa que se mecía con movimiento insensible: Pacheco, sentado en la popa, oprimía contra el pecho la caña del timón, y yo, muellemente reclinada a su lado, apoyaba un codo en su rodilla, recostaba la cabeza en su hombro, cerraba los ojos para mejor gozar del soplo de la brisa marina, que me abanicaba el semblante... ¡Ay madre mía, qué bien se va así!... De aquí al cielo...

Abrí los párpados... ¡Jesús, qué atrocidad! Estaba en la misma postura que he descrito, y Pacheco me sostenía en silencio y con exquisito cuidado, como a una criatura enferma, mientras me hacía aire, muy despacio, con mi propio pericón...

No tuve tiempo de reflexionar en situación tan rara. No me lo permitió el afán, la fatiga inexplicable que me entró de súbito. Era como si me tirasen del estómago y de las entrañas hacia afuera con un garfio para arrancármelas por la boca. Llevé las manos a la garganta y al pecho, y gemí:

— ¡A tierra, a tierra! ¡Que se pare el vapor!... ¡me mareo, me mareo! ¡Que me muero!... ¡Por la Virgen, a tierra!

Cesé de ver la bahía, el mar verde y espumoso, las crespas olitas; cesé de sentir el soplo del Nordeste y el olor del alquitrán... Percibí, como entre sueños, que me levantaban en vilo y que me trasladaban... ¿Estaríamos desembarcando? Entreoí frases que para mí entonces carecían de sentido: «Pobretica, sa puesto mala». «Por aquí, señorito...» «Sí que hay cama y lo que se necesite...» «Mandar...» Sin duda ya me habían depositado en tierra firme, pues noté un consuelo grandísimo, y luego una sensación inexplicable de desahogo, como si alguna manaza gigantesca rompiese un aro de

hierro que me estaba comprimiendo las costillas y dificultando la respiración. Di un suspiro y abrí los ojos...

Fue un intervalo lúcido, de esos que se tienen aun en medio del síncope o del acceso de locura, y en que comprendí claramente todo cuanto me sucedía. No había mar, ni barco, ni tales carneros, sino turca de padre y muy señor mío: la tierra firme era el camastro de la taberna, el aro de hierro el corsé que acababan de aflojarme; y no me quedé muerta de sonrojo allí mismo porque no vi en el cuarto a Pacheco. Sólo la mujer morena y alta, muy afable, se deshacía en cuidados, me ofrecía toda clase de socorros...

— No, gracias... Silencio, y estar a oscuras... Es lo único... Bien, sí, llamaré si ocurre. Ya, ya me siento mejor... Silencio y dormir; no necesito más.

La mujer entornó el ventanuco por donde entraba en el chiribitil la luz del sol poniente y se marchó en puntillas. Me quedé sola: me dominaba una modorra invencible: no podía mover brazo ni pierna; sin embargo, la cabeza y el corazón se me iban sosegando por efecto de la penumbra y la soledad. Cierto que andaba otra vez a vueltas con la manía náutica pues pensaba para mis adentros: «¡Qué bien me encuentro así... en este camarote..., en esta litera!... ¡Y qué serena debe de estar la mar!... ¡Ni chispa de balanceo! ¡El barco no se mueve!»

Yo había oído asegurar muchas veces que si tenemos los ojos cerrados y alguna persona se pone a mirarnos fijamente, una fuerza inexplicable nos obliga a abrirlos. Digo que es verdad, y lo digo por experiencia. En medio de mi sopor empecé a sentir cierta comezón de alzar los párpados y una inquietud especial, que me indicaba la presencia de *alguien* en el tugurio... Entreabrí los ojos, y con gran sorpresa vi el agua del mar; pero no la verde y plomiza del Cantábrico, sino la del Mediterráneo, azul y tranquila... Las pupilas de Pacheco, como ustedes se habrán imaginado. Estaba de pie, y cuando clavé en él la mirada, se inclinó y me arregló delicadamente la falda del vestido para que me cubriese los pies.

— ¿Cómo vamos? ¿Hay ánimos para levantarse? —murmuró—; es decir, sería algo por el estilo, pues no me atrevo a jurar que dijese esto. Lo que afirmo es que tendí las dos manos con un cariñazo repentino y descomunal, porque se me había puesto en el moño que me encontraba allí abandonadita en medio de un golfo profundo, y que iba a ahogarme si no acierta a venir en mi auxilio Pacheco. Él

tomó las manos que yo ofrecía, las apretó muy afectuoso, me tentó los pulsos y apoyó su derecha en mis sienes y frente. ¡Cuánto bien me hacía aquella presioncita cuidadosa y firme! Como si me volviese a encajar los goznes del cerebro en su verdadero sitio, dándoles aceite para que girasen mejor. Le estreché la mano izquierda... ¡Qué pegajoso, qué majadero se vuelve uno en esas situaciones... anormales! Yo me estaba muriendo por mimos, igual que una niña pequeña... ¡Quería que me tuviesen lástima!... Es sabido que a muchas gentes les dan las turcas por el lado tierno. Ganas me venían de echarme a llorar, por el gusto de que me consolasen.

Había a la cabecera de la cama una mugrienta silla de Vitoria, y el gaditano tomó asiento en ella acercando su cara a la dura almohada donde reclinaba la mía. No sé qué me fue diciendo por lo bajo: sí que eran cositas muy dulces y zalameras, y que yo seguía estrujándole la mano izquierda con fuerza convulsiva, sonriendo y entornando los párpados, porque me parecía que de nuevo bogábamos en el esquife, y las olas hacían un ¡clap! ¡clap! armonioso contra el costado. Sentí en la mejilla un soplo caliente, y luego un contacto parecido al revoloteo de una mariposa. Sonaron pasos fuertes, abrí los ojos, y vi a la mujer alta y morena, figonera, tabernera o lo que fuese.

— ¿La traigo una tacita de té, señorita? Lo tengo mu bueno, no se piensen ustés que no... Se le pué echar unas gotas de ron, si les parece...

— ¡No, ron no! —articulé muy quejumbrosa, como si pidiese que no me mataran.

— ¡Sin ron... y calentito! —mandó Pacheco.

La mujer salió. Cerré otra vez los ojos. Me zumbaban los sesos: ni que tuviese en ellos un enjambre de abejas. Pacheco seguía apretándome las sienes, lo cual me aliviaba mucho. También noté que me esponjaba la almohada, que me alisaba el pelo. Todo de una manera tan insensible, como si una brisa marina muy mansa me jugase con los rizos. Volvieron a oírse los pasos del duro taconeo.

— El té, señorito... ¿Se lo quíe dar o se lo doy yo?

— Venga—exclamó el meridional.

Le sentí revolver con la cucharilla y que me la introducía entre los labios. Al primer sorbo me fatigó el esfuerzo y dije que no con la cabeza; al segundo me incorporé de golpe, tropecé con la taza, y ¡zas! el contenido se derramó por el chaleco y pantalón de mi enfermero.

El cual, con la insolencia más grande que cabe en persona humana, me preguntó:

— ¿No lo quieres ya? ¿O te pido otra tacita?

Y yo... ¡Dios de bondad! ¡De esto sí que estoy segura! Le contesté empleando el mismo tuteo y muy mansa y babosa:

— No, no pida más... se hace noche... Hay que salir de aquí..., veremos si puedo levantarme. ¡Qué mareo, Señor, qué mareo!

Tendí los brazos confiadamente: el malvado me recibió en los suyos, y agarrada a su cuello probé a saltar del camastro. Con el mayor recato y comedimiento, Pacheco me ayudó a abrocharme, estiró las guarniciones de mi saya de surá, me presentó el imperdible, el sombrero, el velito, el agujón, el abanico y los guantes. No se veía casi nada, y yo lo atribuía a la mezquindad del cuchitril; pero así que sostenida por Pacheco y andando muy despacio, salí a la puerta del figón, pude convencerme de que la noche había cerrado del todo. Allá a lo lejos, detrás del muro que cercaba el campo, hormigueaba confusamente la romería, salpicaba de lucecillas bailadoras, innumerables...

La calma de la noche y el aire exterior me produjeron el efecto de una ducha de agua fría. Sentí que la cabeza se me despejaba y que así como se va la espuma por el cuello de la botella de champagne, se escapaban de mi mollera en burbujas el sol abrasador y los espíritus alcohólicos del endiablado vino compuesto. Eso sí, en lugar de meollo me parecía que me quedaba un sitio hueco, vacío, barrido con escoba... Encontrábame aniquilada, en el más completo idiotismo.

Pacheco me guiaba sin decir oxe ni moxte. Derechos como una flecha fuimos adonde mi coche aguardaba ya. Sus dos faroles lucían a la entrada de la alameda, en el mismo sitio en que por la mañana le mandáramos esperar. Entré y me dejé caer en el asiento medio exánime. Pacheco me siguió, dio una orden, y la berlina empezó a rodar poco a poco.

¡Ay Dios de mi vida! ¿Quién soñó que se habían acabado ya los barcos, el oleaje, mis fantasías marítimas todas? Pues ¡si ahora es cuando navegábamos de veras, encerrados en el camarote de un trasatlántico, y a cada tres segundos cuchareaba el buque o cabeceaba bajando a los abismos del mar y arrastrándome consigo! La voz de Pacheco no era tal voz, sino el ruido del viento en las jarcias... ¡Nada, que hoy naufrago!

— ¿Vas disgustá conmigo? —gemía a mi oído el Sudoeste— No vayas. Mira, bien callé y bien prudente fui... Hasta que me apretaste la mano... Perdón, sielo, me da una pena verte afligía... Es una rareza en mí, pero estoy así como aturdido de pensar si te enfadarás por lo que te dije... Pobrecita, no sabes lo guapa que estabas mareá... Los ojos tuyos echaban lumbre... ¡Vaya unos ojos que tienes tú! Anda, descansa así, en el hombro mío. Duerme, niñita, duerme.

Tal vez equivoque yo las palabras, porque resultaban un murmullo y no más... Lo que sí recuerdo con absoluta exactitud es esta frase, que sin duda cayó en el intervalo de una ola a otra:

— ¿Sabes que decían en aquel figón? Que debíamos de ser recién casados..., «porque él la trata con mucho cariño y no sabe qué hacer para cuidarla».

Y puedo jurar que no me acuerdo de ninguna cosa más; de ninguna. Sí..., pero muy vagamente: que el coche se detuvo a mi puerta, y que por las escaleras me ayudó a subir Pacheco, y que desfallecida y atónita como me encontraba, le rogué que no entrase, sin duda obedeciendo a un instinto de precaución. No sé lo que me dijo al despedirse; sé que la despedida fue rápida y sosa. A la Diabla, que al abrir me incrustó en la cara su curioso mirar, le expliqué tartamudeando que me había hecho daño el sol, que deseaba acostarme. Claro que no se habrá comido la partida... Sí, que se mama ella el dedo... ¡Buenas cosas pensará a estas horas de mí!

Me precipité a mi cuarto, me eché en la cama, me puse de cara a la pared, y aunque al pronto volví a amodorrarme, hacia las tres de la madrugada empezó la función y se renovó mi padecimiento. No quise llamar a Angela... ¡Para que se escamase tres veces más! ¡Ay qué noche..., noche de perros! ¡Qué bascas, qué calentura, qué pesadillas, qué aturdimiento, qué jaqueca al despertar!

Y sobre todo, ¡qué compromiso!... ¡Qué resbalón! (ya es preciso convenir en ello).

VIII

Convengamos; pero también en que Pacheco, habiéndose portado tan correctamente al principio, no debió luego echarlo a perder.

Si yo, por culpa de las circunstancias —eso es, de las circunstancias inesperadísimas en que me he visto— pude darle algún pie, a la verdad, ningún caballero se aprovecha de ocasiones semejantes; al contrario, en ellas debe manifestar su educación, si la tiene. Yo me trastorné completamente, por lo mismo que nunca anduve en pasos como éstos; yo no estaba en mi cabal juicio, no señor; yo no tenía responsabilidad, y él, el grandísimo pillo, tan sereno como si le acabasen de enfriar en el pozo... Lo dicho: ¡fue una osadía, una serranada incalificable!

Cuanto más lo pienso... ¡Un hombre que hace veinticuatro horas no había cruzado conmigo media docena de palabras; un hombre que ni siquiera es visita mía! Cierta heroína, de las que yo leía siendo muchacha, en un caso así recuerdo que empezó a devanarse los sesos preguntándose a sí propia: «¿Le amo?» ¡Valiente tontería la de aquella simple! ¡Qué amor ni qué...! Caso de preguntar, yo me preguntaría: «¿Le conozco a este caballero?» Porque maldito si sé ni cómo se llama de segundo apellido... Lo que sé es que le detesto y le juzgo un pillastre. Motivos tengo sobrados. ¡Que se ponga en mi caso cualquiera!

Y ahora... Supongamos que, naturalmente, cuando él aporte por aquí, me cierro a la banda y doy orden terminante a los criados: que he salido. Se pondrá furioso, y lo menos que hará, con el despecho, irse alabando en casa de Sahagún... Porque de fijo es uno de esos tipos que pegan carteles en las esquinas... ¡Cómo si lo viera! Y resistir que se me presente tan fresco..., vamos, es de lo que no pasa. Una, que me daría un sofoco de primera; otra, que en estas cosas, si no se empieza cortando por lo sano... Me parece lo más natural. Me niego... y se acabó. Escribirá... Bien, no contesto. Y dentro de unos días, como ya salgo de Madrid... Sí, todo se arregla.

Y... a sangre fría, Asís... ¿Es ese descarado quien tiene la culpa toda? Vamos, hija, que... ¿Quién te mandaba satisfacer el capricho de ir al santo y de acompañarte con una persona casi desconocida, y de almorzar allí en un merendero churri, como si fueses una salchichera de los barrios bajos? ¿Por qué probaste el vino aquel, que está encabezado con el *amílico* más venenoso? ¿No sabías que, aun sin vino, a ti el sol te marea?

Te dejaste embarcar por la Sahagún... Pero la Sahagún... Para ciertas personas no rigen las ordenanzas sociales. La Sahagún, no sólo es muy experta, y muy despabilada, y discretísima, y una de esas



mujeres a quienes nadie se les atreve a no queriendo ellas, sino con su alta posición convierte en excentricidad graciosa e inofensiva lo que en las demás se toma por desvergüenza y liviandad. Hay gentes que tienen permiso para todo, y se imponen, y les caen bien hasta las barrabasadas. Pero yo, que soy una señora como todas, una de tantas, debo respetar el orden establecido y no meterme en honduras. Era visto que Pacheco se había de figurar desde el primer instante... No, no es justo acusarle a él solo.

Bien dice mi paisano. Somos ordinarios y populacheros; nos pule la educación treinta años seguidos, y renace la corteza... Una persona decente, en ciertos sitios, obra lo mismo que obraría un mayoral. Aquí estoy yo, que me he portado como una chula.

Es decir... más bien obré como una tonta. Caí de inocente. No supe precaver, pero no hubo en mí mala intención. Ello ocurrió... porque sí. Me pesa, Señor. En toda mi vida me ha sucedido ni me ha de volver a suceder nada semejante... De eso respondo, y ahora, a remediar el daño. Puerta cerrada, esquinazo, mutis. No me vuelve a ver el pelo el señorito ese. En tomando el tren de Galicia... Y sin tanto. Declaro la casa en estado de sitio... Aquí no entra una mosca. Ya verá si es tan fácil marear a una mujer cuando ella sabe lo que se hace.



Leopoldo Alas, «Clarín»

Leopoldo Alas nace en Zamora en 1852 (muere en Oviedo en 1901); allí, su padre, asturiano de nacimiento, fue gobernador civil de la provincia. Su familia, tras recorrer varias ciudades españolas, se estableció definitivamente en Oviedo en 1863. Ese mismo año comenzó Leopoldo sus estudios de Bachillerato, que concluyó en 1869, para iniciar los de la licenciatura en Derecho Civil y Canónico, terminados en 1871. Meses después viaja a Madrid con el fin de doctorarse en Leyes y cursar Filosofía y Letras.

«Clarín», como Emilia Pardo Bazán y otros escritores, llega a Madrid en esos años de gran ebullición política y cultural que siguieron a la Gloriosa, estudió en la Universidad con krausistas distinguidos: Nicolás Salmerón, sucesor de su maestro Sanz del Río en la cátedra de Metafísica; Camús, profesor de Humanidades; Gumersindo de Azcárate y Francisco Giner de los Ríos. En las aulas conoció a Menéndez Pelayo y en las tertulias literarias a Pérez Galdós, Echegaray, Campoamor y Emilia Pardo Bazán. Con sus amigos asturianos Pío Rubín, Tomás Tuero y Armando Palacio Valdés se reúne en una de las tertulias del café Fornos y luego en la Cervecería Inglesa, tertulia a la que, por su acritud e ironía, Ortega y Munilla bautizó como «Bilis Club». Los cuatro fundan en 1872 el periódico satírico y republicano Rabagás.

Tras el golpe de estado de Martínez Campos y la restauración borbónica, colabora con asiduidad en el periódico republicano El Solfeo, en cuyas páginas aparece por primera vez (1875) el pseudónimo «Clarín». Este periódico, con el subtítulo de «Bromazo diario para



músicos y danzantes», satirizaba la vida cultural y política de la Corte.

La vinculación de Alas con el krausismo se reafirmó al escribir su tesis doctoral sobre un tema de características tan krausistas como «El Derecho y la moralidad» (1878), dedicado a don Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza en Madrid, de quien se declara admirado discípulo. Del krausismo recibió Alas su afán por mantenerse lejos de todo fanatismo, pero su temperamento apasionado y su carácter propenso a la violencia intelectual, a la ironía caústica y al sarcasmo, no le permitieron seguir a sus maestros en su actitud de ponderación y de mesura. Por la pasión que puso en la manifestación de sus ideas, se alejó «Clarín» de la serenidad krausista y se acercó, en cambio, a los hombres de la generación siguiente. El mismo año de la lectura de su Tesis Doctoral opuesta a la cátedra de Economía Política y Estadística de la Universidad de Salamanca, de la que le priva la decisión arbitraria del Ministro de Fomento, el conde de Toreno, que prefiere al opositor que obtuvo el número dos. El gobierno liberal de Sagasta reparó el desafuero, otorgándole la cátedra de esta misma disciplina en Zaragoza cuatro años después. Ese mismo año se casa con Onofre García Argüelles, y el siguiente se traslada a Oviedo, en cuya Universidad explicará desde entonces Derecho Romano. En la Universidad ovetense «Clarín» simultanea su actividad académica con la publicación de artículos de crítica literaria, que aparecen en periódicos de Madrid, como El Globo, La Ilustración y Madrid Cómico. En la Corte interviene en los debates organizados por el Ateneo, a finales de 1881 y principios de 1882, sobre el nuevo movimiento cultural recién llegado de Francia: el Naturalismo. Sobre este tema escribe en la crítica a La desheredada de Galdós (1881), su artículo de crítica es considerado como uno de los manifiestos teóricos más importante del Naturalismo en España. Sobre el mismo asunto versarán los artículos publicados en La Diana (1882) con el título «Del Naturalismo» y el prólogo a La cuestión palpitante (1882) de Emilia Pardo Bazán.

Leopoldo Alas se dedica por igual a la enseñanza, a la crítica literaria y a la creación. Tras la publicación de La Regenta, sus colaboraciones periodísticas siguen siendo frecuentes en El Imparcial, Madrid Cómico, La Ilustración Española y Americana, La España Moderna, La Ilustración Ibérica, Revista de Asturias, El Carbayón, etc. Muchos trabajos de crítica literaria aparecidos en estas



publicaciones fueron reunidos por el propio Alas en volúmenes independientes: Solos de Clarín (1881), La literatura en 1881 (1882), en colaboración con Palacio Valdés, Sermón perdido (1885), Nueva campaña (1887), Mezclilla (1889), Benito Pérez Galdós (1889), Ensayos y Revistas (1892), Pali que (1893), Crítica popular (1896) y Siglo pasado (1901). Estos artículos, eran considerados por el propio «Clarín» como críticas higiénicas y de policía, críticas aplicadas a una realidad histórica que se quiere mejorar, que se quiere conducir por buen camino. Sus trabajos fueron muy leídos y reeditados, y el propio Clarín creó una publicación periódica en la que libremente expresaba sus opiniones literarias. Le dio el nombre de Folletos literarios y aparecieron ocho entregas.

Como creador, Alas cultivó todos los géneros literarios. Publicó algunas poesías y estrenó en Madrid una obra de teatro, Teresa (1895), protagonizada por María Guerrero. Su contribución más importante a la historia literaria se produce, sin embargo, en el campo de la narrativa. En ella destaca La Regenta, publicada en dos tomos en los años 1884 y 1885, respectivamente. «Clarín» sitúa en Vetusta (Oviedo) a la protagonista, Ana Ozores o «la Regenta», a cuya derrota asistimos en la novela. La ciudad entera, en sus diversos estamentos y ambientes, es responsable de este proceso de destrucción. El proceso psicológico de la protagonista y el contexto de la ciudad se interrelacionan estrechamente, determinando la complejidad y la vastedad del universo novelístico.

La novela fue muy mal recibida por el estamento clerical, que le calificó de «salteador de honras ajenas». «Clarín» contestó públicamente a estos ataques defendiendo la moralidad de su novela.

En 1890 apareció Su único hijo. Lo que en La Regenta es análisis, disección y detalle minucioso, es en esta segunda novela concentración, simplificación y esquematismo narrativo. Junto a estas narraciones largas, conservamos también una novela inacabada, Una medianía, que estaba destinada a ser una continuación de Su único hijo, y una serie de novelas cortas y relatos breves. Entre las novelas cortas, destacan las tres publicadas en un mismo volumen el año 1892: Doña Berta, Superchería y Cuervo. Entre los cuentos, Pipá (1886), El Señor y los demás son cuentos (1893), Cuentos morales (1896) y El gallo de Sócrates (1901). Algunos relatos aparecieron en los tomos de artículos críticos, en Solos de Clarín, Sermón perdido, Pali que y Siglo pasado. Una recopilación posterior, no preparada por



el autor, con algunos cuentos no publicados en ningún volumen, aparece en 1916 como Tomo III de las Obras completas de Clarín, con el título de Doctor Sutilis.

Los textos que antologamos pertenecen a Doña Berta y a Una medianía. Doña Berta es una de las obras más logradas de «Clarín,» en la que, tanto la protagonista —una anciana simpática, patética y digna de admiración— como su gato, aparecen tratados con una actitud a la vez distanciada y poética. La historia narra la juventud de doña Berta con sus hermanos carlistas, sus amores con un capitán liberal del que nacerá un hijo que se lo arrebatan sus hermanos, su encuentro en la vejez con un pintor, su creciente obsesión por ver el último cuadro de éste que cree ser un retrato del hijo perdido, su búsqueda del cuadro en Madrid y, finalmente, su muerte accidental atropellada por un tranvía. En los capítulos seleccionados vemos a Doña Berta paseando por la Puerta del Sol, por la calle del Carmen, por la de Alcalá, la Red de San Luis y otros lugares de Madrid, de un Madrid que «tenía en la cabeza la imagen de aquella viejecilla sonriente, vivaracha» y que asistirá sobrecogido a los últimos momentos de su vida.

La Carrera de San Jerónimo, la calle de la Montera, el Café Suizo, y el Ateneo protagonizarán también las páginas de Una medianía, novela destinada a ser la continuación de Su único único. Los fragmentos conservados y reproducidos en esta selección constituyen un testimonio de la estancia madrileña de su autor, así como una muestra singular del arte «clariniano».



Doña Berta

Amanecía, y la nieve caía a montones, con su silencio felino que tiene el aire traidor del andar del gato, iba echando, capa sobre capa, por toda la anchura de la Puerta del Sol, paletadas de armiño, que ya habían borrado desde horas atrás las huellas de los transeúntes trasnochadores. Todas las puertas estaban cerradas. Sólo había una entreabierta, la del Principal; una mesa de buñuelos, que alguien había intentado sacar al aire libre, la habían retirado al portal de Gobernación. Doña Berta, que contemplaba el espectáculo desde una esquina de la calle del Carmen, no comprendía por qué dejaban freír buñuelos, o, por lo menos, venderlos en el portal del Ministerio; pero ello era que por allí había desaparecido la mesa, y tras ella dos guardias y uno que parecía de telégrafos. Y quedó la plaza sola; solas doña Berta y la nieve. Estaba inmóvil la vieja; los pies, calzados con chanclos, hundidos en la blandura; el paraguas abierto, cual forrado de tela blanca. «Como allá, pensaba, así estará el Arén». Iba a misa de alba. La iglesia era su refugio; sólo allí encontraba algo que se pareciese a lo de allá. Sólo se sentía unida a sus semejantes de la Corte por el vínculo religioso. «Al fin, se decía, todos católicos, todos hermanos». Y esta reflexión le quitaba algo del miedo que le inspiraban todos los desconocidos, más que uno a uno, considerados en conjunto, como multitud, como gente. La misa era como la que ella oía en Zaornín, en la hijuela de Piedeloro. El cura decía lo mismo y hacía lo mismo. Siempre era un consuelo. El oír todos los días misa era por esto; pero el madrugar tanto era por otra cosa. Contemplar a Madrid desierto la reconciliaba un poco con él. Las



calles le parecían menos enemigas, más semejantes a las callejas; los árboles más semejantes a los árboles de verdad. Había querido pasear por las afueras..., ¡pero estaban tan lejos! ¡Las piernas suyas eran tan flacas, y los coches tan caros y tan peligrosos!... Por fin, una, dos veces llegó a los límites de aquel caserío que se le antojaba inacabable...; pero renunció a tales descubrimientos, porque el campo no era campo, era un desierto; ¡todo pardo! ¡todo seco! Se le apretaba el corazón, y se tenía una lástima infinita. «Yo debía haberme muerto sin ver esto, sin saber que había esta desolación en el mundo; para una pobre vieja de Susacasa, aquel rincón de la verde alegría, es demasiada pena estar tan lejos del verdadero mundo, de la verdadera tierra, y estar separada de la frescura, de la hierba, de las ramas, por estas leguas y leguas de piedra y polvo». Mirando las tristes lontananzas, sentía la impresión de mascar polvo y manosear tierra seca, y se le crispaban las manos. Se sentía tan extraña a todo lo que la rodeaba, que a veces, en mitad del arroyo, tenía que contenerse para no pedir socorro, para no pedir que por caridad la llevaran a su Posadorio. A pesar de tales tristezas, andaba por la calle sonriendo, sonriendo de miedo a la multitud, de quien era cortesana, a la que quería halagar, adular, para que no le hiciesen daño. Dejaba la acera a todos. Como era sorda, quería adivinar con la mirada si los transeúntes con quienes tropezaba le decían algo; y por eso sonreía, y saludaba con cabezadas expresivas, y murmuraba excusas. La multitud debía de simpatizar con la pobre anciana, pulcra, vivaracha, vestida de seda de color de tabaco; muchos le sonreían también, le dejaban el paso franco; nadie la había robado ni pretendido estafar. Con todo, ella no perdía el miedo, y no se sospecharía, al verla detenerse y santiguarse antes de salir del portal de su casa, que en aquella anciana era un heroísmo cada día el echarse a la calle.

Temía a la multitud..., pero sobre todo temía el ser atropellada, pisada, triturada por caballos, por ruedas. Cada coche, cada carro, era una fiera suelta que se le echaba encima. Se arrojaba a atravesar la Puerta del Sol como una mártir cristiana podía entrar en la arena del circo. El tranvía le parecía un monstruo cauteloso, una serpiente insidiosa. La guillotina se la figuraba como una cosa semejante a las ruedas escondidas resbalando como una cuchilla sobre las dos líneas de hierro. El rumor de ruedas, pasos, campanas, silbatos y trompetas llegaba a su cerebro confuso, formidable, en su misteriosa

penumbra del sonido. Cuando el tranvía llegaba por detrás y ella advertía su proximidad por señales que eran casi adivinaciones, por una especie de reflejo del peligro próximo en los demás transeúntes, por un temblor suyo, por el indeciso rumor, se apartaba doña Berta con ligereza nerviosa, que parecía imposible en una anciana; dejaba paso a la fiera, volviéndole la cara, y también sonreía al tranvía, y hasta le hacía una involuntaria reverencia; pura adulación, porque en el fondo del alma lo aborrecía, sobre todo por traidor y alevoso. ¡Cómo se echaba encima! ¡Qué bárbara y refinada crueldad!... Muchos transeúntes la habían salvado de graves peligros, sacándola de entre los pies de los caballos o las ruedas de los coches; la cogían en brazos, le daban empujones por librarla de un atropello... ¡Qué agradecimiento el suyo! ¡Cómo se volvía hacia su salvador deshaciéndose en gestos y palabras de elogio y reconocimiento! «Le debo a usted la vida. Caballero, si yo pudiera algo... Soy sorda, muy sorda, perdone usted; pero todo lo que yo pudiera...» Y la dejaban con la palabra en la boca aquellas providencias de paso. «¿Por qué tendré yo tanto miedo a la gente, si hay tantas personas buenas que la sacan a una de las garras de la muerte?» No la extrañaría que la muchedumbre indiferente la dejase pisotear por un caballo, partir en dos por una rueda, sin tenderle una mano, sin darle una voz de aviso. ¿Qué tenía ella que ver con todos aquellos desconocidos? ¿Qué importaba ella en el mundo, fuera de Zaornín, mejor, de Susacasa? Por eso agradecía tanto que se le ayudase a huir de un coche, del tranvía... También ella quería servir al prójimo. La vida de la calle era, en su sentir, como una batalla de todos los días, en que entraban descuidados, valerosos, todos los habitantes de Madrid: la batalla de los choques, de los atropellos; pues en esa jornada de peligros sin fin, quería ella también ayudar a sus semejantes, que al fin lo era, aunque tan extraños, tan desconocidos. Y siempre caminaba ojo avizor, supliendo el oído con la vista, con la atención preocupada con sus pasos y los de los demás. En cada bocacalle, en cada paso de adoquines, en cada plaza había un tiroteo, así se lo figuraba, de coches y caballos, los mayores peligros; y al llegar a estos tremendos trances de cruzar la vía pública, redoblaba su atención, y, con miedo y todo, pensaba en los demás como en sí misma; y grande era su satisfacción cuando podía salvar de un percance de aquéllos a un niño, a un anciano, a una pobre vieja, como ella; a quienquiera que fuese. Un día, a la hora de mayor circulación, vio desde la acera del

Imperial a un borracho que atravesaba la Puerta del Sol, haciendo grandes eses, con mil circunloquios y perfrasis de los pies; y en tanto, tranvías, ripperts y simones, ómnibus y carros, y caballos y mozos de cordel cargados iban y venían, como saetas que se cruzan en el aire... Y el borracho sereno, a fuerza de no estarlo, tranquilo, caminaba agotando el tratado más completo de curvas, imitando toda clase de órbitas y eclípticas, sin soñar siquiera con el peligro, con aquel fuego graneado de muertes seguras que iba atravesando con sus traspiés. Doña Berta le veía avanzar, retroceder, librar por milagro de cada tropiezo, perseguido en vano por los gritos desdeñosos de los cocheros y jinetes...; y ella, con las manos unidas por las palmas, rezaba a Dios por aquel hombre desde la acera, como hubiera podido desde la costa orar por la vida de un náufrago que se ahogara a su vista.

Y no respiró hasta que vio al de la mona en el puerto seguro de los brazos de un polizonte, que se lo llevaba no sabía ella adónde. ¡La Providencia, el Angel de la Guarda velaba, sin duda alguna, por la suerte y los malos pasos de los borrachos de la corte!

Aquella preocupación constante del ruido, del tránsito, de los choques y los atropellos, había llegado a ser una obsesión, una manía, la inmediata impresión material constante, repetida sin cesar, que la apartaba, a pesar suyo, de sus grandes pensamientos, de su vida atormentada de pretendiente. Sí, tenía que confesarlo; pensaba mucho más en los peligros de las masas de gente, de los coches y tranvías, que en su pleito, en su descomunal combate con aquellos ricachones que se oponían a que ella lograra el anhelo que la había arrastrado hasta Madrid. Sin saber cómo ni por qué, desde que se había visto fuera de Posadorio, sus ideas y su corazón habían padecido un trastorno; pensaba y sentía con más egoísmo; se tenía mucha lástima a sí misma, y se acordaba con horror de la muerte. ¡Qué horrible debía de ser irse nada menos que a otro mundo, cuando ya era tan gran tormento dar unos pasos fuera de Susacasa, por esta misma tierra, que, lo que es parecer, ya parecía otra! Desde que se había metido en el tren, le había acometido un ansia loca de volverse atrás, de apearse, de echar a correr en busca de los suyos, que eran Sabelona y los árboles, y el prado y el palacio..., todo aquello que dejaba tan lejos. Perdió la noción de las distancias, y se le antojó que había recorrido espacios infinitos; no creía imposible que se pudiera desandar lo andado en menos de siglos... ¡Y qué dolor de cabeza! ¡Y

qué fugitiva le parecía la existencia de todos los demás, de todos aquellos desconocidos sin historia tan indiferentes, que entraban y salían en el coche de segunda en que iba ella, que le pedían billetes, que le ofrecían servicios, que la llevaban en un cochecillo a una posada! ¡Estaba perdida, perdida en el gran mundo, en el infinito universo, en un universo poblado de fantasmas! Se le figuraba que habiendo tanta gente en la tierra, perdía valor cada cual; la vida de éste, del otro, no importaba nada; y así debían de pensar las demás gentes, a juzgar por la indiferencia con que se veían, se hablaban y se separaban para siempre. Aquel teje maneje de la vida; aquella confusión de las gentes, se le antojaba como los enjambres de mosquitos de que ella huía en el bosque y junto al río en verano.

Pasó algunos días en Madrid sin pensar en moverse, sin imaginar que fuera posible empezar de algún modo sus diligencias para averiguar lo que necesitaba saber, lo que la llevaba a la Corte. Positivamente había sido una locura. Por lo pronto, pensaba en sí misma, en no morir de asco en la mesa, de tristeza en su cuarto interior con vistas a un callejón sucio que llamaban patio, de frío en la cama estrecha, sórdida, dura, miserable. Cayó enferma. Ocho días de cama le dieron cierto valor; se levantó algo más dispuesta a orientarse en aquel infierno que no había sospechado que existiera en este mundo. El ama de la posada llegó a ser una amiga; tenía ciertos visos de caritativa; la miseria no la dejaba serlo por completo. Doña Berta empezó a preguntar, a inquirir...; salió de casa. Y entonces fue cuando empezó la fiebre del peligro de la calle. Esta fiebre no había de pasar como la otra. Pero en fin, entre sus terrores, entre sus batallas, llegó a averiguar algo; que el cuadro que buscaba yacía depositado en un caserón cerrado al público, donde le tenía el Gobierno hasta que se decidiera si se quedaba con él un Ministro o se lo llevaba un señorón americano para su palacio de Madrid primero, y después tal vez para su palacio de La Habana. Todo esto sabía, pero no el precio del cuadro, que no había podido ver todavía. Y en esto andaba; en los pasos de sus pretensiones para verlo.

Aquella mañana fría, de nieve, era la de un día que iba a ser solemne para doña Berta; le habían ofrecido, por influencia de un compañero de pupilaje, que se le dejaría ver, por favor, el cuadro famoso, que ya no estaba expuesto al público, sino tendido en el suelo, para empaquetarlo, en una sala fría y desierta, allá en las afueras. ¡Pfcara casualidad! O aquel día, o tal vez nunca. Había que

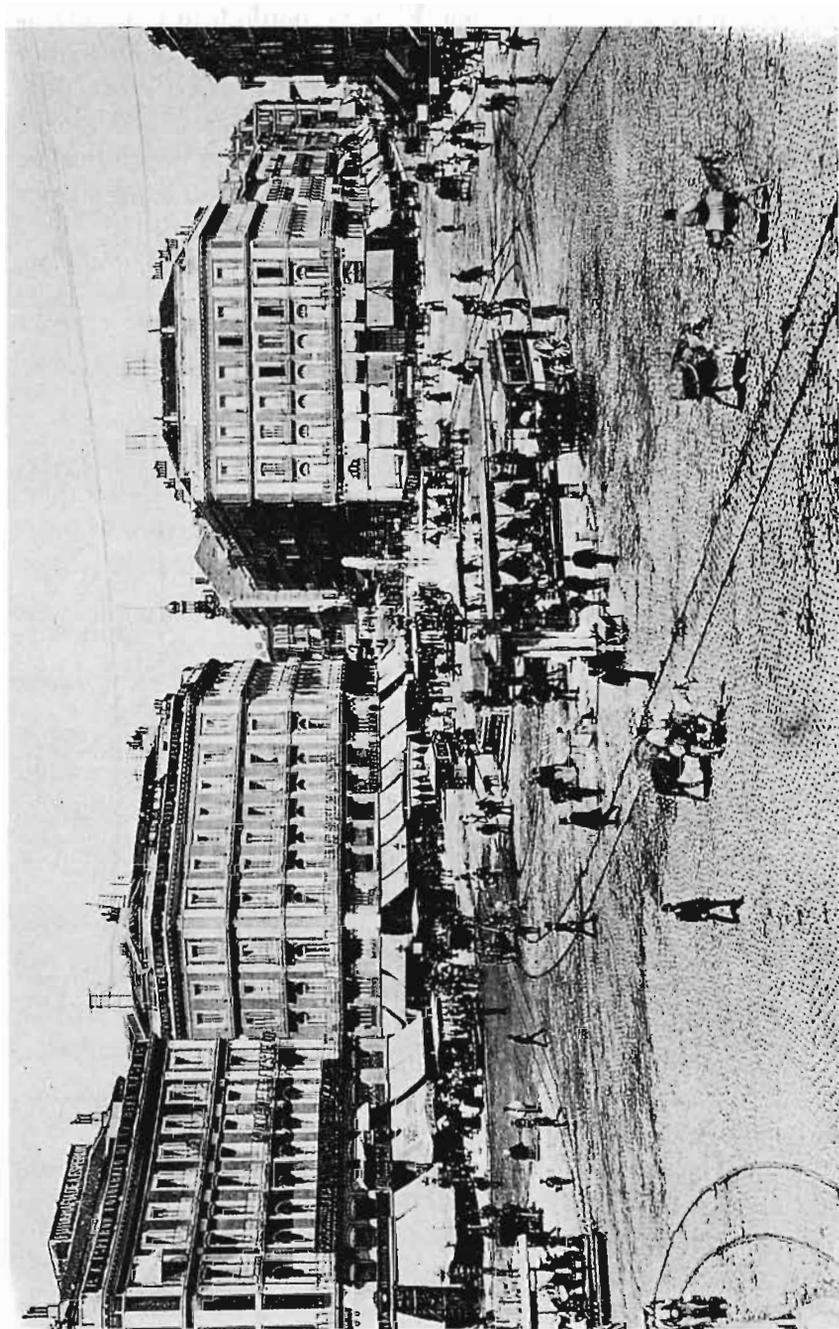


atravesar mucha nieve... No importaba. Tomaría un simón, por extraordinario, si era que los dejaban circular aquel día. ¡Iba a ver a su hijo! Para estar bien preparada, para ganar la voluntad divina a fin de que todo le saliera bien en sus atrevidas pretensiones, primero iba a la iglesia, a misa de alba. La Puerta del Sol, nevada, solitaria, silenciosa, era de buen agüero. «Así estará allá. ¡Qué limpia sábana! ¡qué blancura sin mancha! Nada de caminitos, nada de sendas de barro y escarcha, nada de huellas... Se parece a la nieve del Aren, que nadie pisa».

IX

En la iglesia, oscura, fría, solitaria, ocupó un rincón que ya tenía por suyo. Las luces del altar y de las lámparas le llevaban un calorcillo familiar, de hogar querido, al fondo del alma. Los murmullos del latín del cura, mezclados con toses de asma, le sonaban a gloria, a cosa de allá. Las imágenes de los altares, que se perdían vagamente en la penumbra, hablaban con su silencio de la solidaridad del cielo y la tierra, de la constancia de la fe, de la unidad del mundo, que era la idea que perdía doña Berta (sin darse cuenta de ello, es claro) en sus horas de miedo, decaimiento, desesperación. Salió de la iglesia animada, valiente, dispuesta a luchar por su causa. A buscar al hijo... y a los acreedores del hijo.

Llegó la hora, después de almorzar mal, de prisa y sin apetito; salió sola con su tarjeta de recomendación, tomó un coche de punto, dio las señas del barracón lejano, y al oír al cochero blasfemar y ver que vacilaba, como buscando un pretexto para no ir tan lejos, sonriente y persuasiva dijo doña Berta: «¡Por horas!» y a poco, paso tras paso, un triste animal amarillento y escuálido la arrastraba calle arriba. Doña Berta, con su tarjeta en la mano, venció dificultades de portería, y después de andar de sala en sala, muerta de frío, oyendo apagados los golpes secos de muchos martillos que clavaban cajones, llegó a la presencia de un señor gordo, mal vestido, que parecía dirigir aquel estrépito y confusión de la mudanza del arte. Los cuadros se iban, los más ya se habían ido; en las paredes no quedaba casi ninguno. Había que andar con cuidado para no pisar los lienzos que tapizaban el pavimento: ¡los miles de duros que valdría aquella



Los primeros tranvías de caballos en la Puerta del Sol, junto al surtidor. Hauser y Menet. Biblioteca Nacional.

alfombra! Eran los cuadros grandes, algunos ya famosos, los que yacían tendidos sobre la tarima. El señor gordo leyó la tarjeta de doña Berta, miró a la vieja de hito en hito, y cuando ella le dio a entender sonriendo y señalando a un oído que estaba sorda, puso mala cara; sin duda le parecía un esfuerzo demasiado grande levantar un poco la voz en obsequio a aquel ser tan insignificante, recomendado por un cualquiera de los que se creen amigos y son conocidos indiferentes.

— ¿Conque quiere usted ver el cuadro de Valencia? Pues por poco se queda usted in albis, abuela. Dentro de media hora ya estará camino de su casa.

— ¿Dónde está, dónde está? ¿cuál es? —preguntó ella temblando.

— Ése.

Y el hombre gordo señaló con un dedo una gran sábana de tela gris, como sucia, que tenía a sus pies tendida.

— ¡Ése, ése! Pero... ¡Dios mío! ¡no se ve nada!

El otro se encogió de hombros.

— ¡No se ve nada!... —repitió doña Berta con terror, implorando compasión con la mirada y el gesto y la voz temblorosa.

— ¡Claro! Los lienzos no se han hecho para verlos en el suelo. Pero ¡qué quiere usted que yo le haga! Haber venido antes.

— No tenía recomendación. El público no podía entrar aquí. Estaba cerrado esto...

El hombre gordo y soez volvió a levantar los hombros, y se dirigió a un grupo de obreros para dar órdenes y olvidar la presencia de aquella dama vieja.

Doña Berta se vio sola, completamente sola ante la masa informe de manchas confusas, tristes, que yacía a sus pies. — ¡Y mi hijo está ahí! ¡Es eso..., algo de eso gris, negro, blanco, rojo, azul, todo mezclado, que parece una costra!...

Miró a todos los lados como pidiendo socorro.

— ¡Ah, es claro! Por mi cara bonita no han de clavarlo de nuevo en la pared... Ni marco tiene...

Cuatro hombres de blusa, sin reparar en la anciana, se acercaron a la tela, y con palabras que doña Berta no podía entender, comenzaron a tratar de la manera mejor de levantar el cuadro y llevarlo a lugar más cómodo para empaquetarlo... La pobre setentona los miraba pasmada, queriendo adivinar su propósito... Cuando dos de

los mozos se inclinaron para echar mano a la tela, doña Berta dio un grito.

— ¡Por Dios, señores! ¡Un momento!... —exclamó agarrándose con dedos que parecían tenazas a la blusa de un joven rubio y de cara alegre. — ¡Un momento!... ¡Quiero verle!... ¡Un instante!... ¡Quién sabe si volveré a tenerle delante de mí!

Los cuatro mozos miraron con asombro a la vieja, y soltaron sendas carcajadas.

— Debe de estar loca —dijo uno.

Entonces doña Berta, que no lloraba a menudo, a pesar de tantos motivos, sintió, como un consuelo, dos lágrimas que asomaban a sus ojos. Resbalaron claras, solitarias, solemnes, por sus enjutas mejillas.

Los obreros las vieron correr, y cesaron de reír.

No debía de estar loca. Otra cosa sería. El rubio risueño la dio a entender que ellos no mandaban allí, que el cuadro aquel no podía verse ya más tiempo, porque mudaba de casa: lo llevaban a la de su dueño, un señor americano muy rico que lo había comprado.

— Sí, ya sé..., por eso..., yo tengo que ver esa figura que hay en el medio...

— ¿El capitán?

— Sí, eso es, el capitán. ¡Dios mío!... Yo he venido de mi pueblo, de mi casa, nada más que por esto, por ver al capitán..., y si se lo llevan, ¿quién me dice a mí que podré entrar en el palacio de ese señorón? Y mientras yo intrigo para que me dejen entrar, ¿quién sabe si se llevarán el cuadro a América?

Los obreros acabaron por encogerse de hombros, como el señor gordo, que había desaparecido de la sala.

— Oigan ustedes —dijo doña Berta—; —un momento... ¡por caridad! Esta escalera de mano que hay aquí puede servirme... Sí; si ustedes me la acercan un poco... ¡yo no tengo fuerzas!...; si me la acercan aquí, delante de la pintura..., por este lado..., yo... podré subir..., subir tres, cuatro, cinco travesaños..., agarrándome bien... ¡Vaya si podré!..., y desde arriba se verá algo...

— Va usted a matarse, abuela.

— No, señor; allá en la huerta, yo me subía así para coger fruta y tender la ropa blanca... No me caeré, no. ¡Por caridad! Ayúdenme. Desde ahí arriba, volviendo bien la cabeza, debe de verse algo... ¡Por caridad! Ayúdenme.

El mozo rubio tuvo lástima; los otros no. Impacientes, echaron mano a la tela, en tanto que su compañero, con mucha prisa, acercaba la escalera; y mientras la sujetaba por un lado para que no se moviera, daba la mano a doña Berta, que, apresurada y temblorosa, subía con gran trabajo uno a uno aquellos travesaños gastados y resbaladizos. Subió cinco, se agarró con toda la fuerza que tenía a la madera, y, doblando el cuello, contempló el lienzo famoso... que se movía, pues los obreros habían comenzado a levantarlo. Como un fantasma ondulante, como un sueño, vio entre humo, sangre, piedras, tierra, colorines de uniformes, una figura que la miró a ella un instante con ojos de sublime espanto, de heroico terror...: la figura de su capitán, del que ella había encontrado, manchado de sangre también, a la puerta de Posadorio. Sí, era su capitán, mezclado con ella misma, con su hermano mayor; era un Rondaliego injerto en el esposo de su alma: ¡era su hijo! Pero pasó como un relámpago, moviéndose en zigzág; supino como si le llevaran a enterrar... Iba con los brazos abiertos, una espada en la mano, entre piedras que se desmoronan y arena, entre cadáveres y bayonetas. No podía fijar la imagen; apenas había visto más que aquella figura que le llenó el alma de repente, tan pálida, ondulante, desvanecida entre otras manchas y figuras... Pero la expresión de aquel rostro, la virtud mágica de aquella mirada, eran fijas, permanecían en el cerebro... Y al mismo tiempo que el cuadro desaparecía, llevado por los operarios, la vista se le nublabá, a doña Berta, que perdía el sentido, se desplomaba y venía a caer, desliziéndose por la escalera, en los brazos del mozo compasivo que la había ayudado en su ascensión penosa.

Aquello también era un cuadro; parecía a su manera, un Descendimiento.

X

En el mismo coche que ella había tomado por horas, y la esperaba a la puerta, fue trasladada a su casa doña Berta, que volvió en sí muy pronto, aunque sin fuerzas para andar apenas. Otros dos días de cama. Después la actividad nerviosa, febril, resucitada; nuevas pesquisas, más olfatear recomendaciones para saber dónde

vivía el dueño de su capitán y ser admitida en su casa, poder contemplar el cuadro... y abordar la cuestión magna.... la de la compra.

Doña Berta no hablaba a nadie, ni aun a los que la ayudaban a buscar tarjetas de recomendación, de sus pretensiones enormes de adquirir aquella obra maestra. Tenía miedo de que supieran en la posada que era bastante rica para dar miles de duros por una sola tela, y temía que la robasen su dinero, que llevaba siempre consigo. Jamás había cedido al consejo de ponerlo en un Banco, de depositarlo... No entendía de eso. Podían estafarla; lo más seguro eran sus propias uñas. Cosidos los billetes a la ropa, al corsé: era lo mejor.

Aislada del mundo (a pesar de corretear por las calles más céntricas de Madrid) por la sordera y por sus costumbres, en que no entraba la de saber noticias por los periódicos —no los leía, ni creía en ellos—, ignoraba todavía un triste suceso, que había de influir de modo decisivo en sus propios asuntos. No lo supo hasta que logró, por fin, penetrar en el palacio de su rival el dueño del cuadro. Era un señor de su edad, aproximadamente, sano, fuerte, afable, que procuraba hacerse perdonar sus riquezas repartiendo beneficios; socorría a la desgracia, pero sin entenderla; no sentía el dolor ajeno, lo aliviaba; por la lógica llegaba a curar estragos de la miseria, no por revelaciones de su corazón, completamente ocupado con la propia dicha. Doña Berta le hizo gracia. Opinó, como los mozos aquellos del barracón de los cuadros, que estaba loca. Pero su locura era divertida, inofensiva, interesante. «¡Figúrense ustedes, decía en su tertulia de notabilidades de la banca y de la política, figúrense ustedes que quieren comprarme el último cuadro de Valencia!» Carcajadas unánimes respondían siempre a estas palabras.

El último cuadro de Valencia se lo había arrancado aquel prócer americano al mismísimo Gobierno a fuerza de dinero y de intrigas diplomáticas. Habían venido hasta recomendaciones del extranjero para que el pobre diablo del Ministro de Fomento tuviera que ceder, reconociendo la prioridad del dinero. Además, la justicia, la caridad, estaban de parte del fúcar. Los herederos de Valencia, que eran los hospitales, según su testamento, salían ganando mucho más con que el americano se quedara con la joya artística; pues el Gobierno no había podido pasar de la cantidad fijada como precio al cuadro en vida del pintor, y el ricachón ultramarino pagaba su justo precio en consideración a ser venta póstuma. La cantidad a entregar había

triplicado por el accidente de haber muerto el autor del cuadro aquel otoño, allá en Asturias, en un poblachón oscuro de los puertos, a consecuencia de un enfriamiento, de una gran mojadura. En la preferencia dada al más rico había algo de irregularidad legal; pero lo justo, en rigor, era que se llevase el cuadro el que había dado más por él.

Doña Berta no supo esto los primeros días que visitó el museo particular del americano. Tardó en conocer y hablar al millonario, que la había dejado entrar en su palacio por una recomendación, sin saber aún quién era, ni sus pretensiones. Los lacayos dejaban pasar a la vieja, que se limpiaba muy bien los zapatos antes de pisar aquellas alfombras, repartía sonrisas y propinas y se quedaba como en misa, recogida, absorta, contemplando siempre el mismo lienzo, el del pleito, como lo llamaban en la casa.

El cuadro, metido en su marco dorado, fijo en la pared, en aquella estancia lujosa, entre muchas otras maravillas del arte, le parecía otro a doña Berta. Ahora le contemplaba a su placer; leía en las facciones y en la actitud del héroe que moría sobre aquel montón sangriento y glorioso de tierra y cadáveres, en una aureola de fuego y humo; leía todo lo que el pintor había querido expresar; pero...no siempre reconocía a su hijo. Según las luces, según el estado de su propio ánimo, según había comido y bebido, así adivinaba o no en aquel capitán del cuadro famoso al hijo suyo y de su capitán. La primera vez que sintió vacilar se fe, que sintió la duda, tuvo escalofríos, y le corrió por el espinazo un sudor helado como de muerte.

Si perdía aquella íntima convicción de que el capitán del cuadro era su hijo, ¿qué iba a ser de ella? ¿Cómo entregar toda su fortuna, cómo abismarse en la miseria por adquirir un pedazo de lienzo que no sabía si era o no el sudario de la imagen de su hijo! ¿Cómo consagrarse después a buscar al acreedor o a su familia para pagarles la deuda de aquel héroe, si no era su hijo!

¡Y para dudar, para temer engañarse había entregado a la avaricia y la usura su Posadorio, su verde Aren! ¡Para dudar y temer había ella consentido en venir a Madrid, en arrojarse al infierno de las calles, a la batalla diaria de los coches, caballos y transeúntes!

Repetió sus visitas al palacio del americano, con toda la frecuencia que le consentían. Hubo día de acudir a su puesto, frente al cuadro, por mañana y tarde. Las propinas alentaban la tolerancia de

los criados. En cuanto salía de allí, el anhelo de volver se convertía en fiebre. Cuando dudaba era cuando más deseaba tornar a su contemplación, para fortalecer su creencia, abismándose como una extática en aquel rostro, en aquellos ojos a quien quería arrancar la revelación de su secreto. ¿Era o no era su hijo? «Sí, si», decía unas veces el alma. «Pero, madre ingrata, ¿ni aun ahora me reconoces?» parecían gritar aquellos labios entreabiertos. Y otras veces los labios callaban y el alma de doña Berta decía: «¡Quién sabe, quién sabe! Puede ser casualidad el parecido, casualidad y aprensión. ¿Y si estoy loca? Por lo menos, ¿no puedo estar chocha? Pero ¿y el tener algo de mi capitán y algo mío, de todo los Rondaliegos? ¡Es él...no es él!...»

Se acordó de los santos; de los santos místicos, a quienes también solía tentar el demonio; a quienes olvidaba el Señor de cuando en cuando, para probarlos, dejándolos en la aridez de un desierto espiritual.

Y los santos vencían; y aun obscurecido, nublado el sol de su espíritu... creían y amaban... oraban en la ausencia del Señor, para que volviera.

Doña Berta acabó por sentir la sublime y austera alegría de la fe en la duda. Sacrificarse por lo evidente, ¡vaya una gloria! ¡vaya un triunfo! La valentía estaba en darlo todo, no por su fe... sino por su duda. En la duda amaba lo que tenía de fe, como las madres aman más y más al hijo cuando está enfermo o cuando se lo roba el pecado. «La fe débil, enferma» llegó a ser a sus ojos más grande que la fe ciega, robusta.

Desde que sintió así, su resolución de mover cielo y tierra para hacer suyo el cuadro fue más firme que nunca.

Y en esta disposición de ánimo estaba, cuando por primera vez encontró al rico americano en el salón de su museo. El primer día no se atrevió a comunicarle su pretensión inaudita. Ni siquiera a preguntarle el precio de la pintura famosa. A la segunda entrevista, solicitada por ella, le habló solemnemente de su idea, de su ansia infinita de poseer aquel lienzo.

Ella sabía cuánto iba a dar por él, tiempo atrás, el Estado. Su caudal alcanzaba a tal suma, y aún sobaban miles de pesetas para pagar la deuda de su hijo, si los acreedores parecían. Doña Berta aguardó anhelante la respuesta del millonario, sin parar mientes en el asombro que él mostraba, y que ya tenía ella previsto. Entonces

fue cuando supo por qué el pintor amigo no había contestado a la carta que le había enviado por un propio: supo que el compañero de su hijo, el artista insigne y simpático que había cambiado la vida de la última Rondaliego al final de su carrera, aquel aparecido del bosque... había muerto allá en la tierra, en una de aquellas excursiones suyas en busca de lecciones de la Naturaleza.

¡Y el cuadro de su capitán, por causa de aquella muerte, valía ahora tantos miles de duros, que todo Susacasa, aunque fuese tres veces más grande, no bastaría para pagar aquellas pocas varas de tela!

La pobre anciana lloró, apoyada en el hombro del fúcar ultramarino, que era muy llano, y sabía tener todas las apariencias de los hombres caritativos... La buena señora estaba loca, sin duda; pero no por eso su dolor era menos cierto, y menos interesante la aventura. Estuvo amabilísimo con la abuelita; procuró engañarla como a los niños; todo menos, es claro, soltar el cuadro, no ya por lo que ella podía ofrecerle, sino por lo mismo que valía. ¡Estaría bien! ¿Qué diría el Gobierno? Además, aun suponiendo que la buena mujer dispusiera del capital que ofrecía, acceder a sus ruegos era perderla, arruinarla; caso de prodigalidad, de locura. ¡Imposible!

Doña Berta lloró mucho, suplicó mucho y llegó a comprender que el dueño de su bien único tenía bastante paciencia aguantándola, aunque no tuviera bastante corazón para ablandarse. Sin embargo, ella esperaba que Dios la ayudase con un milagro; se prometió sacar agua de aquella peña, ternura de aquel canto rodado que el millonario llevaba en el pecho. Así, se conformó por lo pronto con que la dejara, mientras el cuadro no fuera trasladado a América, ir a contemplarlo todos los días; y de cuando en cuando también habría de tolerar que le viese a él, al ricachón, y le hablase y le suplicase de rodillas... A todo accedió el hombre, seguro de no dejarse vencer ¡es claro!, porque era absurdo.

Y doña Berta iba y venía, atravesando los peligros de las ruedas de los coches y de los cascos de los caballos; cada vez más aturrida, más débil... y más empeñada en su imposible. Ya era famosa, y por loca reputada en el círculo de las amistades del americano, y muy conocida de los habituales transeúntes de ciertas calles.

Medio Madrid tenía en la cabeza la imagen de aquella viejecilla sonriente, vivaracha, amarillenta, vestida de color de tabaco, con traje de moda atrasadísima, que huía de los ómnibus, que se

refugiaba en los portales, y hablaba cariñosa y con mil gestos a la multitud que no se paraba a oírla.

Una tarde, al saber la de Rondaliego que el de la Habana se iba y se llevaba su museo, pálida como nunca, sin llorar, esto a duras penas, con la voz firme al principio, pidió la última conferencia a su verdugo; y a solas, frente a su hijo, testigo mudo, muerto..., declaró su secreto, aquel secreto que andaba por el mundo en la carta perdida al pintor difunto. Ni por esas. El dueño del cuadro ni se ablandó ni creyó aquella nueva locura. Admitiendo que no fuera todo pura fábula, pura invención de la loca; suponiendo que, en efecto, aquella señora hubiera tenido un hijo natural, ¿cómo podía ella asegurar que tal hijo era el original del supuesto retrato del cuadro?. Todo lo que doña Berta pudo conseguir fue que la permitieran asistir al acto solemne y triste de descolgar el cuadro y empaquetarlo para el largo viaje; se la dejaba ir a despedirse para siempre de su capitán, de su presunto hijo. Algo más ofreció el millonario; guardar el secreto, por de contado; pero sin perjuicio de iniciar pesquisas para la identificación del original de aquella figura, en el supuesto de que no fuera pura fábula lo que la anciana refería. Y doña Berta se despidió hasta el día siguiente, el último, relativamente tranquila, no porque se resignase, sino porque todavía esperaba vencer. Sin duda quería Dios probarla mucho, y reservaba para el último instante el milagro. «¡Oh!, ¿pero habría milagro?»

XI

Y aquella noche soñó doña Berta que de un pueblo remoto, allá en los puertos de su tierra, donde había muerto el pintor amigo, llegaba como por encanto, con las alas del viento, un señor notario, pequeño, pequeñísimo, casi enano, que tenía voz de cigarra y gritaba agitando en la mano un papel amarillento: «¡Eh, señores! deténganse; aquí está el último testamento, el verdadero, el otro no vale; el cuadro de doña Berta no lo deja el autor a los hospitales; se lo regala como es natural, a la madre de su capitán, de su amigo... Con que recoja usted los cuartos, señor americano el de los millones, y venga el cuadro..., pase a su dueño legítimo doña Berta Rondaliego.»

Despertó temprano, recordó el sueño y se puso de mal humor, porque aquella solución, que hubiera sido muy a propósito para



realizar el milagro que esperaba la víspera, ya había que descartarla. ¡Ay! ¡Demasiado sabía ella, por toda la triste experiencia de su vida, que las cosas soñadas no se cumplen!

Salió al comedor a pedir el chocolate, y se encontró allí con un incidente molesto, que era inoportuno sobre todo, porque haciéndola irritarse, le quitaba aquella unción que necesitaba para ir a dar el último ataque al emperador Creso y a ver si había milagro.

Ello era que la pupilera, doña Petronila, le ponía sobre el tapete (el tapete de la mesa del comedor) la cuestión eterna, única que dividía a aquellas dos pacíficas mujeres, la cuestión del gato. No se le podía sufrir, ya se lo tenía dicho; parecía montés; con sus mimos de gato único de dos viejas de edad, con sus costumbres de animal campesino, independiente, terco, revoltoso y huraño, salvaje, en suma, no se le podía aguantar. Como no había huerta adonde poder salir, ensuciaba toda la casa, el salón inclusive; rompía vasos y platos, rasgaba sillas, cortinas, alfombras, vestidos; se comía las golosinas y la carne. Había que tomar una medida. O salían de casa el gato y su ama, o ésta accedía a una reclusión perpetua del animalucho en lugar seguro, donde no pudiera escaparse. Doña Berta discutió, defendió la libertad de su mejor amigo, pero al fin cedió, porque no quería complicaciones domésticas en día tan solemne para ella. El gato de Sabelona fue encerrado en la guardilla, en una trastera, prisión segura, porque los hierros del tragaluz tenían red de alambre. Como nadie habitaba por allí cerca, los gritos del prisionero no podían interrumpir el sueño de los vecinos; nadie lo oiría, aunque se volviera tigre para vociferar su derecho al aire libre.

Salió doña Berta de su posada, triste, alicaída, disgustada y contrariada con el incidente del gato y el recuerdo del sueño, que tan bueno hubiera sido para realidad. Era día de fiesta; la circulación a tales horas producía espanto en el ánimo de la Rondaliego. El piso estaba resbaladizo, seco y pulimentado por la helada... Era temprano; había que hacer tiempo. Entró en la iglesia, oyó dos misas; después fue a una tienda a comprar un collar para el gato, con ánimo de bordarle en él unas iniciales, por si se perdía, para que pudiera ser reconocido... Por fin, llegó la hora. Estaba en la Carrera de San Jerónimo; atravesó la calle; a fuerza de cortesías y codazos discretos, temerosos, se hizo paso entre la multitud que ocupaba la entrada del Imperial. Llegó el trance serio, el de cruzar la calle de Alcalá. Tardó un cuarto de hora en decidirse. Aprovechó una clara, como ella

decía, y, levantado un poco el vestido, echó a correr... y sin novedad, entre la multitud que se la tragaba como una ola, arribó a la calle de la Montera, y la subió despacio, porque se fatigaba. Se sentía más cansada que nunca. Era la debilidad acaso; el chocolate se le había atragantado con la riña del gato. Atravesó la red de San Luis, pensando: «Debía haber cruzado por abajo, por donde la calle es más estrecha.» Entró en la calle de Fuencarral, que era de las que más temía; allí los raíles del tranvía le parecían navajas de afeitar a ras de sus carnes: ¡iban tan pegados a la acera! Al pasar frente a un caserón antiguo que hay al comenzar la calle, se olvidó por un momento, contra su costumbre, del peligro y de sus cuidados para no ser atropellada; y pensó: «Ahí creo que vive el señor Cánovas... Ese podía hacerme el milagro. Darme... una Real orden... yo no sé..., en fin, un vale para que el señor americano tuviera que venderme el cuadro a la fuerza... Dicen que este don Antonio manda tanto... ¡Dios mío! el mandar mucho debía servir para esto, para mandar las cosas justas que no están en las leyes.» Mientras meditaba así, había dado algunos pasos sin sentir por dónde iba. En aquel momento oyó un ruido confuso como de voces, vio manos tendidas hacia ella, sintió un golpe en la espalda... que la pisaban el vestido... «El tranvía», pensó. Ya era tarde. Sí, era el tranvía. Un caballo la derribó, la pisó; una rueda le pasó por medio del cuerpo. El vehículo se detuvo antes de dejar atrás a su víctima. Hubo que sacarla con gran cuidado de entre las ruedas. Ya parecía muerta. No tardó diez minutos en estarlo de veras. No habló, ni suspiró, ni nada. Estuvo algunos minutos depositada sobre la acera, hasta que llegara la autoridad. La multitud, en corro, contemplaba el cadáver. Algunos reconocieron a la abuelita que tanto iba y venía y que sonreía a todo el mundo. Un periodista, joven y risueño, vivaracho, se quedó triste de repente, recordando, y lo dijo al concurso, que aquella pobre anciana le había librado a él de una cogida por el estilo en la calle Mayor, junto a los Consejos. No repugnaba ni horrorizaba el cadáver. Doña Berta parecía dormida, porque cuando dormía parecía muerta. De color de marfil amarillento el rostro; el pelo, de ceniza, en ondas; lo demás, botinas inclusive, todo tabaco. No había más que una mancha roja, un reguerillo de sangre que salía por la comisura de los labios blanquecinos y estrechos. En el público había más simpatía que lástima. De una manera o de otra, aquella mujercilla endeble no podía durar mucho; tenía que descomponerse pronto. En pocos

minutos se borró la huella de aquel dolor; se restableció el tránsito, desapareció el cadáver, desapareció el tranvía, y el siniestro pasó de la calle al Juzgado y a los periódicos. Así acabó la última Rondaliego, doña Berta la de Posadorio.

En la calle de Tetuán, en un rincón de una trastera, en un desván, quedaba un gato, que no tenía otro nombre, que había sido feliz en Susacasa, cazador de ratones campesinos, gran botánico, amigo de las mariposas y de las siestas dormidas a la sombra de árboles seculares. Olvidado por el mundo entero, muerta su ama, el gato vivió muchos días tirándose a las paredes, y al cabo pereció como un Ugolino, pero sin un mal hueso que roer siquiera; sintiendo los ratones en las soledades de los desvanes próximos, pero sin poder aliviar el hambre con una sola presa. Primero, furioso, rabiando bufaba, saltaba, arañaba y mordía puertas y paredes y el hierro de la reja. Después, con la resignación última de la debilidad suprema, se dejó caer en un rincón; y murió tal vez soñando con las mariposas que no podía cazar, pero que alegraban sus días, allá en el Aren, florido por Abril, de fresca hierba y deleitable sombra en sus lindes, a la margen del arroyo que llamaban el río los señores de Susacasa.



Sinfonía de dos novelas

Su único hijo

II

Augusto Rejoncillo, hijo legítimo de legítimo matrimonio de don Roque, magistrado del Supremo, y de doña Olegaria Martín y Martín, difunta, se hizo doctor en ambos derechos a los veinte años, doctor en ciencias físicas y matemáticas a los veintidós, y doctor en filosofía y letras a los veintitrés. Pero desde que tomó la primera borla empezó a figurar y a ser secretario de todo, y a pedir la palabra en la Academia de Jurisprudencia, y a decir: «Entiendo yo, señores», y «tengo para mí». [...]

Era colaborador de varios periódicos, pero confesaba que le cargaba la prensa; él prefería la tribuna. A las redacciones iba de parte del jefe de semana (es decir, el jefe del partido o de la partida en que militaba aquella semana Augusto); llevaba bombos escritos por el mismo jefe o por Rejoncillo, pero inspirados en todo caso por el jefe. Para esto y para pedir las butacas del real o los billetes de un baile, solía presentarse en las oficinas de los periódicos, de las que salía pronto, porque le cargaban los periodistas humildes, y sobre todo los que presumían de literatos.

«Él también escribía», pero no letras de molde, en papel de muchas pesetas; escribía pedimentos y demás lucubraciones de litigio. Era pasante en casa de un abogado famoso, que era también jefe de grupo en el Congreso, y presidente de dos consejos administrativos de empresas ferrocarrileras.

Tanto como despreciaba la literatura, respetaba y admiraba el

foro Rejoncillo; pero no como fin «último», según decía él, sino como preparación para la política y ayuda de gastos.

Él pensaba hacerse famoso como político, y de este modo ganar clientes en cuanto abogado; y una vez abogado con pleitos, sacar partido de esto para ganar en categoría política. Era lo corriente, y Rejoncillo nunca hacía más que lo corriente, que era lo mejor. Sólo que lo hacía con mucho empuje.

Eso sí: los empujones de Rejoncillo eran formidables; si para ocupar un puesto que le convenía tenía que acometer a un pobre prójimo colocado al borde del abismo, por ejemplo, al borde del viaducto de la calle de Segovia, Rejoncillo no vacilaba un momento, y daba un codazo, o aunque fuera una patada, en el vientre del estorbo, y se quedaba tan fresco como Segismundo en *La vida es sueño*, diciendo para su capote: «¡Vive Dios, que pudo ser!». [...]

IV

[...] Regina Theil de Fajardo se despedía de Antonio Reyes, recordándole la promesa de asistir a su tertulia vespertina del viernes. Montó ella en su coche, que desapareció en la sombra; y Reyes, que había ratificado su promesa inclinando la cabeza y sonriendo, quedóse a pie entre los raíles del tranvía sobre el lodo. La sonrisa continuaba en su rostro, pero tenía otro color; ahora expresaba una complacencia entre melancólica y maliciosa.

El silbido de un tranvía que se acercaba de frente con un ojo de fuego rojo en medio de su mancha negra, obligó a Reyes a salir de su abstracción. En dos saltos se puso en la acera, y subió por la calle de Alcalá hacia el Suizo.

Era una noche de mayo. Había llovido toda la tarde entre relámpagos y truenos, y la tempestad se despedía murmurando a lo lejos, como perro gruñón que de mal grado obedece a la voz que le impone silencio. El Madrid que goza se echaba a la calle a pie o en coche, con el afán de saborear sus ordinarios placeres nocturnos. Después de una tarde larga, aburrida, pasada entre paredes, se aspiraba con redoblada delicia el aire libre, y se buscaba con prisa y afán pueril el espectáculo esperado y querido, el rincón del café, que es casi una propiedad, la tertulia, en fin, la costumbre deliciosa y cara.



Antonio Reyes entró en el Suizo Nuevo, y se acercó a una mesa de las más próximas a la calle.

— Se han ido todos —dijo al verle don Elías Cofiño, que le esperaba leyendo *La Correspondencia*—. ¿Cómo ha tardado usted tanto? ¿Sabe usted lo de Augusto?

— ¿Qué Augusto? —preguntó Reyes, mientras se quitaba un guante, distraído, y sonriendo todavía a sus ideas.

— ¿Qué Augusto ha de ser? Rejoncillo.

— ¿Qué le pasa? —dijo Antonio con gesto de mal humor, como quien elude una conversación inoportuna.

— ¡Que al fin le han hecho subsecretario!

— ¡Bah!

— ¡Es un escándalo!

— ¿Por qué?

— ¿Cómo que por qué? Porque no tiene méritos suficientes... Yo no le niego talento... Es orador... Es valiente, audaz... Sabe vivir... Dígalo si no su *Historia del Parlamentarismo*, en que resulta que el mejor orador del mundo es el marqués de los Cenojiles, el marido de su querida...

Antonio, que tenía cara de vinagre desde que oyera la noticia que escandalizaba a Cofiño, se mordió los labios y sintió que la sangre se le caía del rostro hacia el pecho.

— No diga usted... absurdos —murmuró entre airado y displicente—. No son dignas de que usted las repita esas calumnias de idiotas y envidiosos. Regina es incapaz de...

— ¿De faltar al marqués?

— No..., no digo eso. De querer a Rejoncillo. Es una mujer de talento.

Don Elías encogió los hombros. No quería disputar. No creía a Regina incapaz de querer a cualquiera. ¡Le había conocido él cada amante! Pero no se trataba de eso. Lo que don Elías quería demostrar era que Rejoncillo no merecía ser subsecretario de Ultramar, al menos por ahora.

— Pero, ¿usted cree que tiene suficiente talla política para subsecretario?

Reyes contestó con un gesto de indiferencia. Quería dar a entender que no le gustaba la conversación, por insignificante.

— ¿Ha estado aquí Celestino? —preguntó, por hablar de otra cosa.

— ¡Pobre! Sí.

— ¿Se ha quejado del palo?

— Es un bendito. Él no dice nada; pero ese diablo de enjuto sacó la conversación; le preguntó si anoche le habían hecho salir al escenario todavía..., y él se puso colorado y dijo que sí, entre dientes, como si se avergonzara de los aplausos del público. La verdad es que el artículo de Juanito no tiene vuelta de hoja; es implacable, pero no hay quien las mueva, tiene razón; el drama es malo, perro, y no merece más que el desprecio y la broma...

— Pues bien aplaudió usted la noche del estreno...

— Diré a usted: la impresión... así, la primera impresión... no es mala; y como es amigo Celestino, y el público se entusiasmaba...; pero Reseco ha puestos los puntos sobre las ii. ¡Ese sí que tiene talento!

Otra vez se le avinagró el gesto a Reyes. Sacudió un guante sobre la mesa y se puso de pie. Aquella noche estaba inaguantable don Elías; no decía más que necedades. «No había peor bicho que el aficionado de la literatura». Sin poder remediarlo, y después de un bostezo, dijo Antonio:

— Reseco..., ¡ps!..., en tierra de ciegos... En París Reseco sería uno de tantos muchachos de *esprit*; aquí es el terror de los tontos y de los Celestinos.

Don Elías admiraba al tal Reseco, aunque no le era simpático; pero la opinión de Reyes, que venía de París, de vivir entre los literatos de moda, le parecía muy respetable. Sí; Antoñico, como él le llamaba delante de gente para indicar la confianza con que le trataba; Antoñico frecuentaba en París las brasseries, donde tomaban café, cerveza o chocolate o ajeno notables parnasianos, ilustres pseudónimos de la petite-*presse* y de algunos periódicos de los grandes; Antoñico había sido corresponsal parisiense de un periódico de mucha circulación, y el tono desdeñoso con que hablaba en sus cartas de ciertas celebridades francesas y españolas, había sobrecogido a don Elías, y le había hecho traspasar poco a poco su consideración de aquellas celebridades maltratadas al que las zahería. Cofiño siempre había sido un poco blando en materia de opiniones; pero los años le habían convertido en cera puesta al fuego. Cualquier libro, comedia, discurso, artículo, o lo que fuese, le entusiasmaba fácilmente; pero una opinión contraria expuesta con valentía, con desprecio franco y con dejos de superioridad burlona y desdeñosa, le

aterraba, le hacía ver un talento colosal en el que de tal manera censuraba; dejaba de admirar el libro, comedia, discurso o lo que fuese para someterse al tirano, al crítico que había subvertido sus ideas y consagrarle culto idolátrico, mientras no hubiera mejor postor: otro crítico más fuerte, más burlón, más desengañado y más desdeñoso.

Comprendió vagamente don Elías que a Reyes le disgustaba, por lo menos aquella noche, hablar de Reseco y hablar de Rejoncillo; y como la actualidad del día eran la subsecretaría del uno y el palo que el otro le había dado al pobre Celestino, y don Elías difícilmente hablaba de cosa que no fuese la actualidad literaria, o a lo menos política de los cafés, teatros, ateneos y plazuelas, pensó que lo mejor era callarse y levantar la sesión. Y se puso en pie también, preguntando:

— ¿Viene usted a Rivas?

— ¿Al estreno de Fernando? Antes la muerte. No, señor; tengo que hacer.

— Lo siento. Yo... tengo que ir... Me cargan las zarzuelas de Fernandito...; pero tengo que ir...; es un compromiso... Además, tengo que recoger a Rita, que está en el palco de... (don Elías se turbó un poco, recordando lo que antes había dicho), en el palco de Cenojiles.

— ¿Con Regina?

— Sí, con la marquesa... Conque, ¿no viene usted?

Antonio vaciló.

— No —dijo, después de pensarlo mucho—; no...; tengo que hacer...; acaso... allá... al final, a la hora del triunfo. — O de la silba...

— ¡Bah! Será triunfo... ¡Ya no hay más que triunfos! Hasta mañana o hasta luego....

V

Reyes anhelaba quedarse solo con sus pensamientos, reanudar las visiones agradables que le habían acompañado desde la Cibeles al Suizo; pero, ¡cosa rara!, en cuanto desapareció don Elías, se encontró peor, menos libre, más disgustado. Recordó que cuando era



niño y se divertía cantando a solas o declamando, si un importuno le interrumpía un momento, al volver a sus gritos y canciones ya lo hacía sin gusto, con desabrimiento y algo avergonzado, hasta dejar sus juegos y romper a llorar. Una impresión análoga sentía ahora: aquel tonto de don Elías le había hecho caer del quinto cielo; le había hecho derrumbarse desde gratas ilusiones que halagaban la vanidad, los sentidos y tal vez algo del corazón, a los cantos rodados de la crónica del día; había caído de cabeza sobre la subsecretaría de Rejoncillo y sus presuntos amores con la de Cenojiles; y después, de necesidad en necesidad, había rebotado sobre el artículo de Reseco...; y... «¡que un majadero pudiera tener tanta influencia en sus pensamientos!» Antonio emprendió la marcha por la calle de Sevilla hacia la del Príncipe, decidido a olvidar todo aquello y a volver a la idea dulcísima (sí, dulcísima, por más que coqueteando consigo mismo quisiera negárselo), de sus relaciones casi seguras, seguras, con Regina Theil. Pero, nada; los halagüeños pensamientos no volvían; no se ataban aquellos hilos rotos de la novela que ya él había comenzado a hilvanar, sin quererlo, mientras subía por la calle de Alcalá. En vez de aventuras graciosas y picantes, representábasele entre los ojos y las losas mojadas y relucientes a trechos, la imagen abstracta de la subsecretaría de Rejoncillo; era vaga, confusa, unas veces en figuras de letras de molde medio borradas, tal como podían leerse en *La Correspondencia*; otras veces en la forma de un sillón lujoso, algo sobado, no se sabía si de raso, si de piel ni de qué estructura..., y a lo mejor, ¡zas! Rejoncillo vestido de frac, con gran pechera reluciente, saltando de suelto en suelto por los de *La Correspondencia*, hasta plantarse en el de su subsecretaría; o bien saludando a muchos señores en una sala, que era igual que el vestíbulo del Principal, a pesar de ser una sala. «¡Querría decirse que estaba soñando despierto, y que el sueño, a pesar de la voluntad vigilante, se empeñaba en ser estúpido, disparatado!»

Y Reyes se detuvo ante los resplandores de las cucharas junto al escaparate de Meneses. Como si obedeciera a una sugestión, clavaba los ojos sin poder remediarlo en aquellos reflejos de blancura. No había motivo para dar un paso adelante ni para darlo hacia atrás, y se estuvo quieto ante la luz. No sabía dónde ir: ahora se le ocurría recordar que no tenía plan para aquella noche: un cuarto de hora antes hubiera jurado que le faltaría tiempo para todo lo que debía hacer antes de acostarse, para lo mucho que iba a divertirse..., y

resultaba que no había tal cosa; que no tenía plan, que no había pensado nada, que no tenía dónde pasar el rato, para olvidar aquellas necedades que se le clavaban en la cabeza. ¿Por qué no estaba ya contento? ¿Por qué aquel optimismo, que casi como un zumbido agradable de oídos, o mejor como una sinfonía, le había acompañado por la calle de Alcalá arriba, ahora se había convertido en spleen mortal? «Hablemos claro: ¿le tengo yo envidia a Rejoncillo?» Y Antonio sonrió de tal modo, que cualquier transeúnte hubiera podido creer que se estaba burlando de la plata Meneses. «¡Envidia a Rejoncillo!» El pensamiento le pareció tan ridículo, la reacción del orgullo fue tan fuerte que, como si todas aquellas pasiones que le tenían parado en la acera se hubiesen convertido en descarga eléctrica, dio Antonio media vuelta automática, echó a andar hacia la Carrera de San Jerónimo, descendió por ésta, atravesó la Puerta del Sol, tomó por la calle de la Montera arriba y entró en el Ateneo.

Se vio, sin saber cómo, en aquellos pasillos tristes y oscuros, llenos de humo: allí el calor parecía una pasta pesada que flotaba en el aire, y que se tragaba y se pegaba al estómago. Sin saber cómo tampoco, sin darse cuenta de que la voluntad interviniese en sus movimientos, llegó al salón de periódicos, se fue hacia el extremo de la mesa, y se sentó decidido a no mirar más que papeles extranjeros, por lo menos coloniales, que de fijo no hablarían de la subsecretaría de Rejoncillo. A él mismo le parecía mentira verse repasando las columnas de una colección de *Diarios de la Marina*.

Después tomó *Le Journal de Petersbourg*... que estaba cerca. Allí se hablaba, en una correspondencia de París, de las últimas poesías de un escritor francés a quien trataba él. Esta consideración fue un ligero tónico. Reyes fue acercándose a los periódicos españoles; desde la mitad de la mesa comenzaban a verse acá y allá ejemplares borrosos de *La Correspondencia*; tenían algo de pastel de aceite apastoso acabado de salir del horno. No pudo menos; hizo lo que todos los presentes: cogió *La Correspondencia*. En la segunda plana, en medio de la tercera columna, estaba la noticia, poco más o menos como él la había visto sobre las losas húmedas de la calle de Sevilla. Allí estaban Augusto Rejoncillo y su subsecretaría; era, efectivamente, la de Ultramar. Era un hecho el nombramiento; nada de reclamo, no; un hecho: se había firmado el decreto.

«¡Qué país!» —se puso a pensar Reyes, sin darse cuenta de ello; él, que hacía alarde desde muy antiguo de despreciar el país

absolutamente y no acordarse de él para nada—. «¡Qué país! Todo está perdido; pero, ¡esto es demasiado! Esto da náuseas. ¿Quién quiere ya ser nada? Diputación, cartera..., ¿qué sería todo eso para el amor propio? Nada..., peor, un insulto... ¿Cómo me había de halagar a mí ser ministro... habiendo sido antes Rejoncillo subsecretario? Por este lado no hay que buscar ya nunca nada; la política ya no es carrera para un hombre como yo; es una humillación, es una calleja inmunda; hay que tomar en serio esta resolución estoica de no querer ser diputado ni ministro, ni nada de eso, por dignidad, por decoro». Y en el cerebro de Reyes estalló la idea fugaz y brillante de ser jefe de un nuevo partido, que llamó en francés, para sus adentros, el partido *zutista*, el de «no ha lugar a deliberar, el de la anulación de la política, el partido anarquista de la aristocracia del talento y de la distinción». Sí, había que matar la política, convertirla en oficio de menestrales, dársela a los zapateros, a los que no saben leer ni escribir: un político era un hombre grosero, de alma de madera, limitado en ambiciones y gustos, un ser antipático: había que proclamar el *zutismo* o *chusismo*, la abstención; las personas de gusto, de talento, de espíritu noble y delicado no necesitaban gobernar ni ser gobernadas. «Iremos al Congreso para cerrarlo y tirar la llave a un pozo», pensaba decir en el programa del partido. Por supuesto, que en Reyes estos conatos de grandes resoluciones eran relámpagos de calor, menos, fuegos de artificio a que él no daba ninguna importancia. Dejaba que la fantasía construyera a su antojo aquellos palacios de humo, y después se quedaba tan impasible, decidido a no meterse en nada. «Sin embargo, la idea del partido *zutista* era hermosa, aunque irrealizable». Sobre todo, había servido para elevarse a sus propios ojos, «sobre aquellas miserias de subsecretarías y Rejoncillos». «No, él no tenía envidia a aquel mamarracho; de esto estaba... seguro; pero el pensar en ello, el irritarse ante la majadería del ministerio que hacía tal nombramiento, ya era indigno de Antonio Reyes; el hombre que llevaba dentro de la cabeza el plan de aquella novela, que no acababa de escribir por lo mucho que despreciaba al público que la había de leer».

En el salón de periódicos comenzó cierto movimiento de sillas y murmullo de conversaciones en voz baja. Los socios pasaban a la cátedra pública. Los gritos de un conserje sonaban a los lejos, diciendo: «¡Sección de ciencias morales y políticas! ¡Sección de ciencias morales y políticas!...»

VI

La cabeza de Cervantes de yeso, cubierta de polvo, bostezaba sobre una columna de madera, sumida en la sombra; y los ojos de Reyes, fijos en ella, querían arrancarle el secreto de su hastío infinito en aquella vida de perpetua discusión académica, donde los hijos enclenques de un siglo echado a perder a lo mejor de sus años, gastaban la poca y mala sangre que tenían en calentarse los cascos, discurriendo y vociferando por culpa de mil palabras y distingos inútiles, de que el buen Cervantes no había oído jamás hablar en vida. Sobre todo, la sección de ciencias morales y políticas (pensaba Reyes que debía de pensar el busto pálido y sucio) era cosa para volver el estómago a una estatua que ni siquiera lo tenía. Malo era oír a aquellos caballeros reñir, con motivo de negarle a Cristo la divinidad o concedérsela; malo también aguantarlos cuando hablaban de los ideales del arte, de que él, Cervantes, nada había sabido nunca; pero todo era menos detestable que las discusiones políticas y sociológicas, donde cuanto había en Madrid de necedad y majadería ilustrada se atrevía a pedir la palabra y a vociferar sus sandeces, ya retrógradas, ya avanzadas como un adelanto mayor. Aquellos socios, pensaba Reyes, se dividían en derecha e izquierda, como si a todos ellos no los uniera su nativo cretinismo en un gran partido, el partido del bocio invisible, del nihilismo intelectual. Sí, todos eran unos, y ellos creían que no; todos eran topos, empeñados en ver claro en las más arduas cuestiones del mundo, las cuestiones prácticas de la vida común y solidaria, que no podrán ser planteadas con alguna probabilidad de acierto hasta que cientos y cientos de ciencias auxiliares y preparatorias se hayan formado, desarrollado y perfeccionado. Entretanto, y hasta que los hombres verdaderamente sabios, de un porvenir muy lejano, muy lejano, tal vez de nunca, tomaran por su cuenta esta materia, la ventilaban con fórmulas de vaciedades históricas o filosóficas todos aquellos anémicos del alma, más despreciables todavía que los políticos prácticos, empíricos; porque éstos, al fin, iban detrás de un interés real, por una pasión propia, cierta, la ambición, por baja que fuese. El miserable que en nuestros tiempos de caos intelectual se dedica a la política abstracta, a las ciencias sociales, le parecía a Reyes el representante genuino de la estupidez humana, irremediable, en que él creía como en un dogma. Y si Antonio despreciaba aun a los que pasaban por sabios en estas



materias, ¡qué sentiría ante aquellos buenos señores y jóvenes imberbes, que repetían allí por milésima vez las teorías más traídas y llevadas de unas y otras escuelas!

[...] Ahora el positivismo, era el rey de las discusiones. Los oradores de derecha e izquierda se atenían a los hechos, agarrados a ellos como lapas a las peñas. Aquello no era una filosofía; era un artículo de París, la cuestión de los quince, o el acertijo gráfico que se llama «¿dónde está la pastora?». Caballeros que nunca habían visto un cadáver hablaban de anatomía y de fisiología, y cualquiera podría pensar que pasaban la vida en el anfiteatro rompiendo huesos, metidos en entrañas humanas, calientes y sangrando, hasta las rodillas. Había allí una carnicería teórica. Las mismas palabras del tecnicismo fisiológico iban y venían mil veces, sin que las comprendiera casi nadie; el individuo era el protoplasma, la familia la célula, y la sociedad un tejido..., un tejido de disparates.

Antonio, muy satisfecho en el fondo de su alma, porque penetraba todo lo que había de ridículo en aquella bacanal de la necedad libre-pensadora, se levantó de su butaca azul y salió a los pasillos, dejando con la palabra en la boca a un medicucho, que había aprendido en los manuales de Letourneau toda aquella masa incoherente de datos problemáticos y casi siempre insignificantes.

«¡Tontos, todos tontos!», pensaba: y una ola de agua rosada le bañaba el espíritu. Ya no se acordaba de Rejoncillo, ni de Reseco; la sensación de una superioridad casi tangible le llenaba el ánimo; sí, sí, era evidente; aquellos hombres que quedaban allí dentro dando voces o escuchando con atención seria, algunos de los cuales tenían fama de talentudos, eran inferiores a él con mucho, incapaces de ver el aspecto cómico de semejante disputa, la necedad hereditaria que asomaba en tamaño apasionamiento por ideas insustanciales, falsas, sin aplicación posible, sin relación con el mundo serio, digno y noble de la realidad misteriosa.

En los pasillos también se disputaba. Eran algunos jóvenes que, sin sospecharlo siquiera Reyes, despreciaban las disputas de la sección. Hablaban también de filosofía, pero no tenía nada que ver su discusión con la de allá dentro: éstos habían venido a parar a la cuestión de si había o no metafísica, a partir de la última novela publicada en Francia. Antonio se acercó al grupo, y no estuvo contento mientras notó alguna originalidad y fuerza en la argumentación. Un joven moreno, pálido, de ojos azules claros y muy

redondos, soñadores, o por lo menos distraídos, hablaba con descuido, sin atar las frases, pero con buen sentido y con entusiasmo contenido.

— ¿Quién duda, señores, que, en efecto, el positivismo ha de ir... no digo que sea en este siglo, ¿eh?, pero ha de ir poco a poco..., vamos, modificándose, cambiando, para acabar por ser una nueva metafísica?...

— Esa tendencia ya aparece en algunos escritores —dijo otro, pequeño, rubio, vivaracho, de lentes, que gesticulaba mucho, y al cual el moreno, el distraído, oía con atención cariñosa—. Siguió hablando el chiquitín de escritores alemanes modernísimos que repasaban la filosofía de Kant, y la de Fichte, y la de Hegel para ver de encontrar en ella bases nuevas de una metafísica que había que construir a todo trance. Entones Reyes sonrió con disimulado desprecio, satisfecho, y se apartó también de aquel grupo. Al fin había encontrado lo que quería. «También aquéllos disparataban; creían en resurrecciones metafísicas; ¡bah!, tontos como los otros, como los positivistas de café, como los pobres diablos de allá dentro, aunque no lo fueran tanto».

Salió del Ateneo. El cielo se había despejado; los últimos nubarrones se amontonaban huyendo hacia el Norte; las estrellas brillaban como si las acabaran de lavar; una poesía sensual bajaba del infinito oscuro.

Reyes comparó el Ateneo con el cielo estrellado y salió perdiendo el Ateneo. Debía estar prohibido discutir los grandes problemas de la vida universal, sobre todo cuando se era un cretino. Las estrellas, que de fijo sabían más de esas cosas sublimes que los hombres, callaban eternamente; callaban y brillaban. Reyes, en el fondo de su alma, se sintió digno de ser estrella.

Bajó la calle de la Montera. El reloj del Principal dio las diez. Una mujer triste se acercó a Antonio rebozada en un mantón gris, con una mano envuelta en el mantón y aplicada a la boca. Él la miró sin verla, y no oyó lo que ella dijo; pero una asociación de ideas, de que él mismo no se dio cuenta, le hizo acordarse de repente de su aventura iniciada. Regina Theil estaba en Rivas. ¡Oh! ¡el amor, el galanteo! Un temblor dulce le sacudió el cuerpo. A dos pasos tenía un coche de punto. El cochero dormía; le despertó dándole con el bastón en un hombro, montó y dijo al cerrar la portezuela:

— ¡A Rivas, corre!



VII

La berlina, destartalada, vieja y sucia, subió al galope del triste caballo blanco, flaco y de pelo fino, por la cuesta de la calle de Alcalá. Antonio, en cuanto el traqueo de las ruedas desvencijadas le sacudió el cuerpo, sintió una reacción del espíritu, que le hizo saltar desde el deleite casi místico de la vanidad halagada en su contemplación solitaria, a una ternura sin nombre, que buscaba alimento en recuerdos muy lejanos y vagos. Era una voluptuosidad entre dulce y amarga esforzarse en estar triste, melancólico por lo menos, en aquellos momentos en que el orgullo satisfecho le gritaba en los oídos que el mundo era hermoso, dramática la vida, grande él, el hijo de su padre. El run, run de los vidrios saltando sobre la madera, el ruido continuo y sordo de las ruedas, le iban sonando a canción de nodriza; gotas de la reciente tormenta, que aún resbalaba en zigzag por los cristales, tomaban de las luces de la calle fantásticos reflejos, y con refracciones caprichosas mostraban los objetos en formas disparatadas. Un olor punzante, indefinible, pero muy conocido (olor de coche de alquiler lo llamaba él para sus adentros), le traía multitud de recuerdos viejos; y se vio de repente sentado en la caja de otro coche como aquél, a los cinco años, entre las rodillas de un señor delgado, que era su padre, su padre que le oprimía dulcemente el cuerpecito menudo con los huesos de sus piernas flacas y nerviosas. ¡Qué lejos estaba todo aquello! ¡Qué diferente era el mundo que veía entre sueños de una conciencia que nace, aquel niño precoz, del mundo verdadero, el de ahora!

Las rodillas del padre eran almohada dura, pero que al niño se le antojaba muy blanda, suave almohada de aquella cabeza rubia, un poco grande, poblada de fantasmas antes de tiempo, siempre con tendencia a inclinarse, apoyándose, para soñar.

Reyes atribuía a los recuerdos de su infancia un interés supremo; conservábalos con vigorosa memoria y con una precisión plástica que le encantaba; los repasaba muy a menudo como los cantos de un poema querido. Como aquella poesía de sus primeras visiones no había otra; desde los seis años su vida interior comenzaba a admirarle; su precocidad extraordinaria había sido un secreto para el mundo; era un niño taciturno, que miraba sin verlas apenas las cosas exteriores.

La realidad, tal como era desde que él tenía recuerdos le había

parecido despreciable; sólo podía valer transformándola, viendo en ella otras cosas; la actividad era lo peor de la realidad; era enojosa, insustancial; los resultados que complacían a todos, le repugnaban; el querer hacer bien algo, era una ambición de los demás, pequeña, sin sentido. De todo esto había salido muy temprano una injusticia constante del mundo para con él. Nadie le apreciaba en lo que valía; nadie le conocía; sólo su padre le adivinaba, por amor. En la escuela, donde había puesto los pies muy pocas veces, otros ganaban premios con estrepitosos alardes de sabiduría infantil; él entraba, los pocos días que entraba, llorando; érale imposible recordar las lecciones aprendidas al pie de la letra; sabíalas mejor que los otros, estaba seguro de comprenderlas y el maestro siempre torcía el gesto, porque Antonio tartamudeaba y decía una cosa por otra. En las reuniones de familia, donde se celebraban improvisados certámenes de gracias infantiles, el chico de Reyes siempre quedaba oscurecido por sus primitos, que saltaban mejor, declamaban escenas de Zorrilla y García Gutiérrez, recitaban fábulas y tenían salidas graciosas. Se acordaba como si fueran de aquel instante, de los elogios fríos, de los besos helados con que amigos y parientes le acariciaban por complacer a su padre, que sonreía con tristeza y siempre acudía después de los otros a calentarle el alma con un beso fuerte, apretado y con un estrujón entre las rodillas temblonas y huesudas. Su padre comprendía que los demás no encontraban ninguna gracia en su hijo. A los dos se les olvidaba pronto y la familia entera se consagraba a cantar las alabanzas del diablejo de Alberto, del chistosísimo Justo, de Sebastián el sabio, que a los siete años anunciaban seguras glorias de la familia de los Valcárcel.

Emma Valcárcel se llamaba su madre.

La imagen de aquella mujer flaca, enferma, de una hermosura arruinada, que jamás había visto él en su esplendor de juventud sana y alegre, llenó el cerebro de Antonio. El recuerdo fue un dolor positivo; no tenía la triste voluptuosidad alambicada de los otros.

«¡Mi madre!...» —dijo en voz alta Reyes—; y apoyó la cabeza en la fría y resquebrajada gutapercha que guarnecía el coche miserable. Encogió los hombros, cerró los ojos y sintió en ellos lágrimas. El ruido de los cristales y de las ruedas, más fuerte ahora, le resonaba dentro del cráneo; ya no era como canto de nodriza; tomó un ritmo extraño de coro infernal, parecido al de los demonios en *El Roberto*.



Armando Palacio Valdés

Armando Palacio Valdés nació en Entralgo (1853-1938), en el corazón de las montañas asturianas, pero se trasladó de niño a la ciudad costera de Avilés, donde estudió las primeras letras. Cursa el bachillerato en Oviedo, donde tiene de compañeros a «Clarín» y a otros futuros escritores asturianos. Como «Clarín» y doña Emilia Pardo Bazán, llega a Madrid (en 1870) para cursar Leyes y Filosofía en el período constituyente. En Madrid se interesa más por los estudios de filosofía y Ciencias Sociales que por los de Derecho, a pesar de lo cual se doctora en Leyes. Colabora en el periódico de la Revista Europea, en la que publica algunas de sus Semblanzas literarias. Funda con Aramburu la Revista de Asturias y colabora en Artes y Letras de Barcelona y en la España Moderna. En 1881 aparece el libro La literatura de 1881, colección de artículos escritos en colaboración con «Clarín». En estos artículos, a menudo de tono duro y sarcástico, se refleja la ideología de los grupos políticos democráticos con los que se halla identificado. En 1905 ingresa en la Real Academia, ocupando la vacante de Pereda. Inicia luego una lenta evolución hacia actitudes conservadoras, y en 1924 llegó a dimitir de la presidencia del Ateneo madrileño porque en él se atacó a la Dictadura.

Una de sus novelas más conocidas es Marta y María (1883), que se desarrolla en Nieva y es una adaptación del episodio bíblico de las hermanas de Lázaro, donde se toma partido por la mujer activa, práctica y trabajadora, frente a la mujer devota, algo mística e inconsciente, que vive apartada de la vida. También ambientadas en

Asturias, escribe Palacio Valdés El idilio de un enfermo (1884), José (1885) y El cuarto poder (1888). En La hermana San Sulpicio (1889), Los majos de Cádiz (1896) y Los cármenes de Granada (1927) se reflejan las costumbres andaluzas, mientras que en La espuma (1891) la protagonista es la alta sociedad madrileña.

Para Palacio Valdés, la realidad es la única fuente de inspiración, sus personajes literarios han sido antes personas reales con las que él ha convivido, sus problemas, sus dudas son los que cualquiera de ellos pudiera plantear. De la misma manera que cuida el realismo de sus personajes secundarios, sean aldeanos, artistas, burgueses, políticos, clérigos, beatas o mendigos, dibuja el ambiente en el que éstos se desenvuelven. Palacio Valdés tiene una especial sensibilidad, como muchos novelistas de su época, para captar los ambientes pintorescos, las escenas costumbristas, el tipismo de la sociedad española del finales del siglo XIX. Por eso sus novelas tratan de costumbres asturianas, andaluzas, madrileñas o valencianas (como en La alegría del capitán Ribot, 1899). Así, por ejemplo, en Riverita, Palacio Valdés se detiene en la descripción de una tertulia de salón o de la vida y el ambiente que se respiraba en los salones del Ateneo madrileño.

Riverita (1886) es una de las novelas de carácter autobiográfico que ocurren en Madrid. De ella hemos hecho la selección que les ofrecemos. Es la historia de un chico que estudia en la Corte, que tiene una madrastra autoritaria, pero sin recursos, y que acaba casándose con una batelera de Pasajes. La historia de Riverita tendrá su continuación en la novela titulada Maximina (1887), en la que Rivera queda sin fortuna, le nombran diputado, entra en una imprenta y, al final, pierde a su esposa.

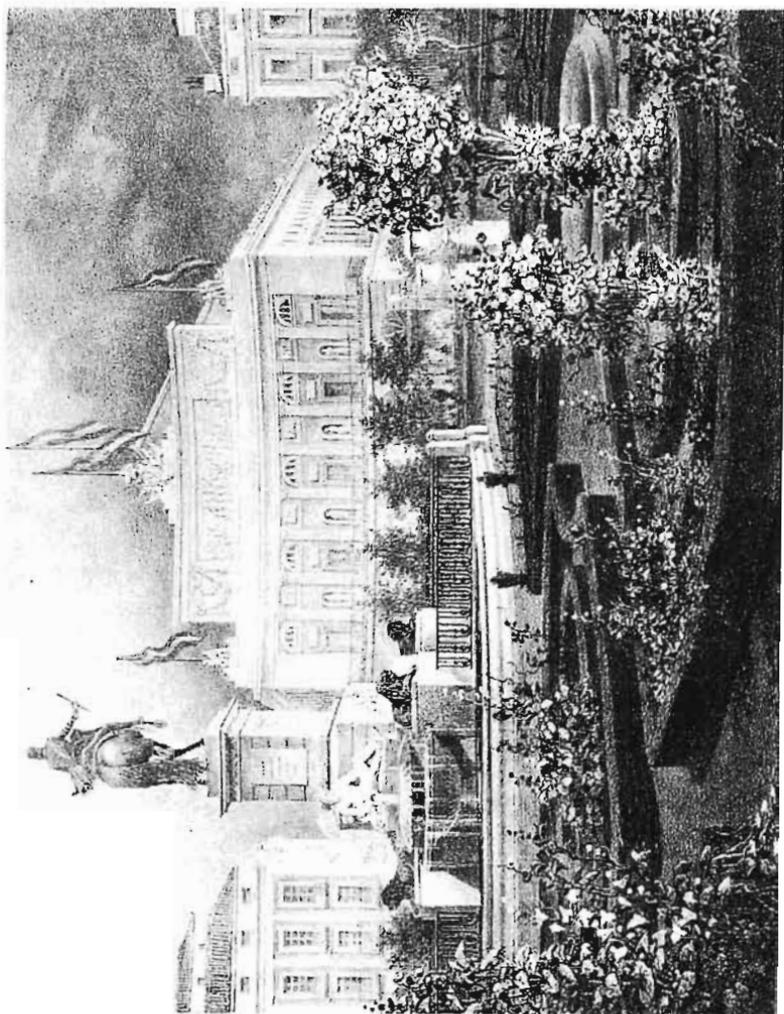
Miguel termina la carrera y se queda a vivir en Madrid con lo poco que le queda de la fortuna que le dejó su padre. El joven goza de todos los privilegios en las tertulias de la alta sociedad madrileña. Los escenarios aparecen descritos con minuciosidad y precisión, los recuerdos autobiográficos se cruzan con la ficción a cada momento. De la mano del narrador nos enteraremos de que la madrastra de Miguel vive en la calle del Barco y su amante Lucía en Huertas, de que el joven asiste con frecuencia a las tertulias del café del Prado, que le gusta la cerveza del café Suizo y la vida nocturna de la capital. Nos cuenta cómo «la villa entera salía en esta hora [a las nueve de la noche] a gozar de las dulzuras de la civilización, que transforma la noche en

día», y cómo a las once y media de la noche también salen los madrileños del teatro y las calles se ven abarrotadas de gente en busca de un sitio para cenar. Al pasar el protagonista por la calle del Príncipe tropieza con unos niños mendigos, y en compañía de su amigo Hojeda, los lleva a cenar al café del Prado. Más tarde tomarán un simón en la plaza de Santa Ana que los conducirá a las casas pobres de la calle Tribulete, donde viven los niños.

Entre los lugares de reunión, junto al famosísimo Café Suizo, hay que mencionar el Imperial —donde se celebra la tertulia con los toreros— y el Ateneo. «Miguel no había dejado de ser nunca uno de los socios más asiduos del Ateneo». Palacio Valdés, como se ha dicho más arriba, llegó a ser Presidente de esta institución. Miguel se había hecho notar bastante en los círculos privados que se formaban por las noches en el vasto corredor del honorable establecimiento.

Estas novelas incorporan, por lo tanto, muchos de los momentos vividos por su autor: sus años de estudiante madrileño con sus clases universitarias, las casas donde se hospedó, sus amigos, su vida de ateneísta y de redactor de un periódico, etc. Estas obras alcanzaron una gran difusión. Maximina fue la que le dio más fama en el extranjero, pues sólo en Estados Unidos se vendieron 200.000 ejemplares de su versión inglesa. En España, la burguesía de la época gustaba de la sencillez de estos relatos, de sus argumentos, del tono discreto de ternura y de la naturalidad con la que estaban escritas.





El Teatro Real desde la estatua de Felipe V. Biblioteca Nacional.

Riverita

XV

[...] A las nueve en punto de la noche, en la calle de Fuencarral, esquina a la de las Infantas, Miguel esperaba a la generala, que debía cruzar en un coche de alquiler. Así lo habían convenido.

El coche se detuvo. ¡Con qué emoción placentera abrió nuestro joven la portezuela de la berlina y se sentó al lado de Lucía! El cochero esperaba órdenes. Viendo que no se las daban, preguntó, inclinándose a la ventanilla y con voz áspera:

— ¿Adónde?

Ambos se miraron indecisos. A Miguel se le ocurrió por fin decir:

— Atocha, ciento cuarenta y cinco.

Era la mayor distancia que halló.

Las calles estaban cuajadas de gente. Las luces de los faroles y las de los escaparates iluminaban las aceras y los rostros de los transeúntes que se detenían a mirar los objetos exhibidos. La villa entera salía en esta hora a gozar de las dulzuras de la civilización, que transforma la noche en día, el silencio en ruido, la soledad en confusión y algazara.

Al entrar en la berlina había apretado con efusión la mano enguantada de la generala y la había conservado en su poder. Ésta le acogió cariñosa, pero un poco triste y circunspecta. Hablaron en los primeros momentos con embarazo de los pormenores de la cita, el tiempo que había esperado Miguel, lo que había causado el retraso de la generala, etc., etc. Lucía aprovechó, no obstante, el motivo para recomendarle de nuevo mucha discreción. Miguel juró y perjuró que

su silencio igualaría al de las tumbas. Poco a poco fue desapareciendo la reserva natural en los primeros instantes: entraron en íntimo y grato coloquio. Miguel volvió a describir las fases de su amor, presentándolo más arcano y enmarañado que nunca. La reflexión le había suministrado un sinfín de pensamientos delicados, vagas lucubraciones, dulces psicologías y frases espirituales, que fue vertiendo como flores de su ingenio en el regazo de la bella. Esta las recibió con extremado gozo, estimulando con su admiración y con tal y cual concepto atrevido, pues era mujer de viva imaginación, el talento y la fantasía de nuestro joven. El coche rodaba con áspero traqueteo por las calles, sin caminar por eso con gran celeridad. La decoración de las tiendas y escaparates iluminados, el gentío que discurría por las aceras, los coches que sin cesar cruzaban de un lado y de otro, pasaban totalmente inadvertidos para los amantes, que saltaban sobre los cansados muelles del simón, en animada plática, devorándose con los ojos.

Miguel planteó al fin el problema que bullía en su cabeza: el de ir a charlar un rato en casa de Lucía.

La generala soltó bruscamente la mano que le tenía cogida y echó atrás la cabeza con manifiestas señales de hallarse gravemente ofendida. Nuestro joven se asustó un poco y pidió perdón con labio balbuciente. No porque creyese que había cometido ninguna profanación; pero temía que aquélla, poseída de su papel de «alma hermosa, inmaculada», lo echase todo a rodar.

Guardó silencio obstinado la dama, en la actitud firme e imponente de una deidad herida. Miguel se humilló, se llamó bestia, se declaró indigno del amor de un alma tan elevada.

— ¡Oh, nunca creyera de ti...! —exclamó ella al fin. Y un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos.

— ¡Perdóname!

— ¡No!

— ¡Sí!

— ¡No!

— ¡Fue un momento de extravío!

Al fin las súplicas vencieron su ánimo y el joven quedó absuelto.

Pero el carruaje se aproximaba ya al término de la carrera y Miguel no sabía qué partido tomar.

Después de otro intervalo de silencio, en el que procuró concentrar todas las fuerzas de su espíritu, volvió al ataque.

— ¡Tú no me quieres! —dijo en tono quejumbroso, adoptando a su vez la actitud de hombre agraviado.

— Bien sabes que no es verdad; bien sabes que te quiero, que te adoro con toda mi alma.

— ¡Oh, si me quisieras me darías esa prueba inequívoca de tu amor!

— ¡Oh, Miguel! ¡Siento desde ayer un vacío tan grande en mi corazón...! ¡Parece como si me hubieran arrancado la última creencia, el último pensamiento consolador!

— Pues yo te digo que desde ayer te adoro aún con más entusiasmo..., que no ha menguado el amor y la admiración que me inspiras... Pero quiero que tengas plena confianza en mí, como yo la tengo en ti.

Después de muchas protestas de cariño por una y otra parte, Miguel volvió solapadamente, dando grandes rodeos, a su tema. No, él no quería rebajar la dignidad de su dueño, él no quería manchar el amor que se tenían. Por eso buscaba un sitio que mereciera albergarlo algunos momentos: la misma casa de la generala.

Resistió ésta, aunque sin enfado ya. Era inadmisibile por el riesgo que se corría. Se enterarían los criados, o el portero, o los vecinos...

— No, no se enterarán. Tomaremos precauciones; tú subes primero; después me abres la puerta...

— Pero los criados lo oyen todo. La puerta está cerca de la cocina. Además, hay un chico encargado de abrir...

Miguel insistía apretando el ingenio para combatir los temores de la generala. Esta amontonaba las dificultades, dejando, no obstante, entrever, más o menos lejano, el triunfo del joven.

Paró el carruaje. Se encontraban frente al número designado. Miguel vaciló un instante sin saber qué hacer. Al fin salió del coche y entró en la casa para disimular.

Preguntó allí por una persona que vivía en otro número de la misma calle, y al cabo de un momento volvió a salir.

Al entrar en el coche interrogó con ojos suplicantes a la generala, la cual se dignó hacer un signo afirmativo. Entonces dijo rápidamente al cochero:

— Huertas, treinta... De prisa.

Y se enderezaron a todo el correr del jamelgo hacia la casa de la generala. Miguel le dio las gracias con acento conmovido besándole las manos repetidas veces. Pero Lucía guardó silencio: se mantuvo

con la cabeza inclinada en actitud melancólica y reflexiva, dejando que el joven exhalara con labio trémulo toda la alegría que rebosaba de su alma. Al poco rato, Miguel pudo notar que algunas lágrimas bajaban silenciosas por sus mejillas, y experimentó dolorosa impresión.

— ¿Por qué lloras? —preguntó, acercando su rostro al de la dama.

Lucía no contestó.

— ¿Por qué lloras? —volvió a decir con ansiedad—. ¿Te he ofendido? ¿Acaso ya no me quieres...?

— ¡Oh, no; no es eso...! Llora, Miguel, sobre nuestro amor...; lloro sobre la última ilusión perdida... Siento haberte conocido... Siento haber dejado despertar mi corazón ya dormido y forjarme, por algunos instantes, ciertas quimeras deliciosas que se desvanecieron como el humo... ¡Por qué he de ocultártelo! Cuando ayer me declaraste tu pasión, tuve la debilidad de creer en ella, y soñé inmediatamente con un amor fiel y puro, con el amor que ennoblece el espíritu y nos incita a las ideas elevadas y a las acciones generosas. Creí volver a los años de colegiala, cuando el mundo se ofrecía ante mi vista como un hermoso fanal transparente y diáfano, cuando no acertaba a ver en él más que cosas lindas..., todo risueño..., todo hermoso. Volvía a entrar en la juventud. Una nueva aurora para mi alma... Pero no fue más que un relámpago que me hizo entrever los vergeles del cielo. Y al instante quedé sumida otra vez en la oscuridad...

Miguel comprendió que era necesario estar de acuerdo con la generala, aunque fuese por breves instantes. Bajó la cabeza y quedó pensativo y triste. De pronto, levantándola, exclamó: — ¡Que no te quiero! ¡Que no te adoro! ¿Quién es el que puede dejar de admirarte así que te vea y te escuche? No, Lucía, no. Las faltas que cometamos y las manchas que caigan sobre nuestro amor se deberán exclusivamente a mí. Tú estás conmigo ahora por la bondad de tu carácter..., porque me quieres... y porque me compadesces...

Al pronunciar estas palabras el hijo del brigadier creía sentir lo que decía y estaba ralmente conmovido.

— Gracias, Miguel; eres generoso conmigo. Pero tu generosidad no me excusa... Tengo tanta culpa como tú.

Las lágrimas seguían cayendo en abundancia de los ojos de la generala. Miguel procuraba convencerla de su inocencia con mil

lisonjas apasionadas. El interés de la escena le embargaba. La noche había avanzado un poco y las calles que recorrían no eran de las más transitadas.

Llegaron a la de las Huertas. Lucía se apeó delante de su casa y entró. Miguel siguió en el carruaje y lo despidió en la primera esquina. Allí aguardó a que la generala entreabriese el balcón de su gabinete para entrar también.

Lucía habitaba el piso segundo (derecha e izquierda) de una magnífica casa recién edificada. Tenía un número considerable de criados, aya inglesa para la niña primera, cochero, lacayo, dos troncos de caballos, uno de ellos de valor, etc., etc. Mucha prisa necesitaba darse el general Bembo a recoger lo que por tantos agujeros se le escapaba a su media naranja.

Miguel, vista la señal, subió a la casa con paso firme y decidido para que el portero no le detuviese. Lucía le esperaba en lo alto de la escalera.

— Entra sin hacer ruido —le dijo apagando la voz cuanto podía—; así... sobre la punta de los pies...

Cuando estuvieron en su gabinete, una estancia lujosamente decorada, las paredes de raso azul, los muebles forrados de la misma tela, se dejó caer en un diván, reteniendo la mano de Miguel, que tenía cogida.

— ¿No sabes...? He despachado al chico de la puerta con un encargo, y a mi doncella con otro... Pero aún nos pueden oír... ¡Mucho cuidado!

El joven se sentó a su lado y quiso abrazarla.

— ¡Ya estamos solos y tranquilos! ¡Qué placer tan grande! La generala le apartó suavemente y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

— ¿No estás contenta a mi lado, Lucía? —preguntó, mientras la acariciaba con ternura una mano.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque tengo miedo: porque eres un loco... Y yo otra loca —añadió con amargura.

— El amor, ¡qué es más que una locura sublime! —exclamó sentenciosamente Miguel.

— Por lo mismo que es sublime no debemos degradarla... Seamos fuertes con nosotros mismos... Atrincherémosnos detrás de nuestras ideas elevadas y defendámonos de las groserías de la pasión...

— ¡Qué alma tan grande tienes...! Eres muy hermosa, Lucía... ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te adoro!...

— Amame, sí; pero ámame con un amor ideal, digno de ti y de mí... No me humilles, por Dios; no me bajes hasta el suelo, ya que tu amor me coloca en un sitio elevado... Te lo anuncio, Miguel... No tardarás en despreciarme...

Y al proferir tales palabras, caían otra vez algunas lágrimas de sus ojos. Miguel protestó contra esta suposición. Sostuvo el idealismo de su amor. El gabinete era un nido tibio y hermoso, lleno de perfumes penetrantes. Contiguo a él, separada por columnas doradas de madera y por una cortina de damasco azul, estaba la alcoba. Por entre los pliegues de la cortina se veía un gran lecho matrimonial de palisandro, y cerca de él otro pequeñito de niño. La estancia, esclarecida débilmente por una lámpara veladora de bomba esmerilada que pendía del techo.

— Calla —dijo la generala suspendiendo el aliento e inclinando la cabeza hacia la alcoba—; creo que despierta mi Chuchú.

En efecto, el más pequeño de sus hijos, que dormía en la alcoba, había dado un leve gemido, al cual siguió otro más fuerte. Lucía corrió hacia allá para que no se alborotase.

— Calla, Chuchú, calla, que aquí estoy yo.

El niño no hizo caso.

— Si no callas, el hombre de las narices grandes vendrá a buscarte y te llevará.

— ¡Quero Ia! —clamó el niño. Ia era la doncella, que se llamaba María.

— No, monín, no; duerme.

— ¡Quero Ia!

— No grites...; mira que va a venir el hombre feo.

— ¡Quero Ia!

— ¡No grites, chiquillo...! Pronto vendrá María... Mañana te mando a dormir con las niñas.

— ¡Quero Ia!

— ¡Mira, si no te callas te doy azotes...! Vamos, duérmete. Si te duermes, te compraré un caballo para que vayas al Retiro montado con tu amiguito Julián... y después te llevo al circo a ver los clowns... ¿No te acuerdas de los saltos que dan? ¡Qué saltos tan grandes sobre el caballo! ¿Eh...? Y la niña rubia que se sube al trapecio, ¡qué bonita!, ¿eh...? Y después vamos a casa de Julianito, y comerás

dulces..., y otro día iremos a Leganés a ver a la tía Adelaida para que te regale el pajarito de cristal que canta dándole cuerda... y lo traeremos para casa, ¿verdad...? ¿No te gusta?

El niño, que había suspendido el llanto para escuchar a su madre, cuando ésta terminó el repertorio de promesas volvió a gritar:

— ¡Quero Ia!

No fue posible por ningún medio hacerle desistir de su empeño.

La generala estaba furiosa.

— Pero ¿qué edad tiene el niño? —preguntó en voz baja Miguel, que se había aproximado silenciosamente a la alcoba. — Tres años.

— Pues sácalo de la cama. No hay ningún cuidado. A ver si se entretiene con cualquier cosa.

Lucía lo envolvió en un chal y lo sacó al gabinete. Era rubio y hermoso como un angelito, con grandes ojos azules. No se manifestó sorprendido al ver a Miguel. Suspendió el llanto y le miró, sí, con insistencia, pero sin preguntar nada a su madre. Miguel quedó un poco confuso ante aquel examen, y le pesó de haber aconsejado a la generala su traslado. Después procuró captarse su amistad. Tomóle de los brazos de aquélla y lo sentó sobre sus rodillas; le acarició suavemente sus cabellos ensortijados y le dio un beso sonoro en la mejilla.

— ¿Me quieres? —le preguntó con voz melosa.

El niño le miró fijamente con ojos serenos y graves. Después pronunció secamente:

— ¡No!

Miguel se turbó y quedó desde entonces mal impresionado.

XVI

Bajó la escalera lentamente, de mal humor, con el alma triste y fatigada. Sentía el descontento de sí mismo que acompaña siempre a los placeres ilícitos. ¡Qué ajeno estaría el pobre don Pablo Bembo a que el niño que levantaba en alto con sus descomunales manos «para ver a Dios» había de ser con el tiempo quien escarneciera su nombre! Este pensamiento le causaba desazón profunda. En vano se decía, para apagar el grito de la conciencia, que la generala ya lo había deshonrado más de una vez; que si él no, otro sería; que el



pecado, a fuerza de repetirse, había pasado a ser venial en la sociedad elevada; que, lejos de rebajarle a los ojos de ella, sería una gracia más entre las muchas que le concedían. De todos modos, le decía una voz interior: «La falta de la generala no puede excusar la tuya. Si todos se echasen la misma cuenta, el mundo no sería más que un hato de pícaros». Además, él estaba en peor caso que los otros, porque tenía con la generala cierto parentesco espiritual formado por la diferencia de edad y por las relaciones especiales que habían mediado entre ellos. El general, por otra parte, había sido el amigo y el compañero de su padre, y nadie estaba tan obligado como el hijo del brigadier Rivera a respetar su honor y sus canas.

Eran las once y media de la noche. La gente aún discurría por las calles sobre todo por las céntricas, donde algunos teatros comenzaron a vomitar por sus puertas centenares de espectadores. Tan embebecido iba en sus pensamientos, los cuales le mortificaban más de lo que nunca imaginara, que al pasar por la calle del Príncipe no vio dos bultos echados en la acera hasta que tropezó con ellos. Eran dos niños, el menor de los cuales dormía o descansaba con la cabeza apoyada en las rodillas del mayor. El frío era intenso. Miguel observó a la luz del farol la extremada palidez de ambos, sobre todo del más pequeño.

— Oye, chico, ¿cómo tienes aquí a este niño medio helado? ¿Por qué no os vais a casa? —dijo, encarándose con el mayor.

Éste, que, tendría seis o siete años de edad, levantó hacia él sus ojos grandes y hermosos, en torno de los cuales se dibujaba un círculo azulado, y balbució algunas palabras que no pudo entender...

— ¿Qué dices, querido? —manifestó Miguel en tono afectuoso y bajando la cabeza para oírle mejor.

— No tenemos más que tres reales —murmuró el niño sin aliento.

— ¿Y qué importa eso?

— Tenemos que llevar cinco.

— ¡Ah! —exclamó, comprendiendo lo que aquello significaba—. Y si no los lleváis, os pegan, ¿verdad?

El chico bajó los ojos y la cabeza en señal afirmativa.

— ¿Tenéis padres?

— Madre.

— ¿Y es la que os manda a las calles a estas horas?

— Sí, señor.

— ¡Excelente persona! —dijo por lo bajo, y sacando unas pesetas del bolsillo:

— Toma; marchaos ahora mismo a casa.

El niño fue a levantarse, pero no pudo. Su hermanito se lo estorbaba.

— Levanta, Rafaelito.

El chiquitín no se movía.

— ¡Levanta, Rafaelito!

Miguel le cogió entre los brazos y le puso en pie; pero al ver que no se tenía, exclamó en alta voz:

— ¡Este niño está yerto! ¡Qué atrocidad!

Y comenzó a sacudirlo y a frotarlo.

Algunos transeúntes se habían parado y formaron en torno de nuestro joven y de los niños un grupo que fue engrosando por momentos. Algunos quisieron ayudarle en la tarea. Otros comenzaron a interrogar al mayor. Miguel les explicó lo que sabía, y causó gran indignación. No se oían más que estas exclamaciones: «¡Pobrecillos! ¡Qué vergüenza de madre! ¡La autoridad debía intervenir en estas cosas!», etcétera.

Al fin se había conseguido que el niño se tuviese en pie; pero estaba cadavérico, haciendo rodar sus ojillos de un lado a otro sin darse cuenta de dónde se hallaba. Tendría unos cuatro o cinco años. A Miguel se le ocurrió de pronto que a más de frío tendrían hambre aquellas desgraciadas criaturas, y tomando a cada una de la mano, rompió con ellas, por entre la mucha gente que se había aglomerado, con intención de llevarlas a algún sitio donde reparasen el estómago. Cuando ya se alejaba del grupo oyó a una joven del pueblo exclamar:

— ¡Y luego dirán que no hay caridad en Madrid! Mira, chica, mira a aquel señorito cómo se lleva a esos pobres niños...

El hijo del brigadier sintió un dulce estremecimiento al escuchar aquellas palabras, y siguió triunfante con los dos niños. Pero en la esquina de la calle del Prado sintió unos pasos precipitados que seguían los suyos, y oyó que le decían: —

Caballero, déjeme usted llevar uno de esos niños.

La voz era conocida. Volvióse y reconoció la fisonomía del boticario Hojeda, el fiel amigo de su tío Bernardo, el varón humilde y bondadoso que tantas veces le había ido a visitar cuando era colegial.

— ¡Don Facundo!

— ¡Miguelito!... Me alegro mucho que seas tú, querido... ¡Dios te lo pagará! Dame acá el más pequeño...

— ¿De dónde venía usted a estas horas?

— De casa de tu tío... como siempre... Hoy me he descuidado un poco más. Cuando llegué a ese grupo de gente ya tú venías con los muchachos, pero no te conocí. Me enteré de lo que era y quise también tener mi parte en la buena obra.

— ¿Dónde quiere usted que vayamos...? Yo pensaba llevarlos a un *restaurant*.

— Si te parece —dijo tímidamente don Facundo—, entraremos en el café del Prado, que es el más próximo. Conozco al dueño. — Adelante; vamos al café del Prado.

Cuando llegaron a él. Hojeda propuso que entrasen por el portal, donde había una puertecilla que comunicaba con la cocina. Así evitaban la exhibición. Entraron, pues, en la cocina, donde los pinches, el cocinero y algunos mozos que allí estaban los examinaron con sorpresa. Hojeda ordenó que al instante frieran un par de chuletas. El cocinero, al saber de lo que se trataba, se puso a prepararlas con gran prisa; los pinches también desplegaron toda su actividad. Pronto se reunieron en aquel sitio otros cuantos mozos, formando círculo en torno de los dos muchachos, que con el calorcillo del fogón y de las luces comenzaron a revivir. Miguel se quedó absorto contemplando los andrajos de que iban vestidos. Acudió también el amo, a quien Hojeda mandó avisar. Todos hacían preguntas sobre preguntas a los pobres chicos, que apenas articulaban más que monosílabos.

— Dejados ahora —dijo el amo—; ya hablarán cuando tengan el estómago lleno.

— Vaya, *rumia*, aquí tenéis con qué llenar el fuelle —dijo el cocinero en gallego cerrado, presentándoles las chuletas, cada una en su plato, y colocando los platos sobre una silla.

Los niños se arrojaron a ellas como lobos. Al verlos desgarrarlas con los dientes y soplar al mismo tiempo para no quemarse, Miguel sintió los ojos húmedos. Uno de los pinches colocó sendas rebanadas de pan al lado de los platos.

— A ver —dijo Miguel—, que traigan dos copas de jerez.

Mientras los chicos comían, enteramente abstraídos de lo que les rodeaba, el dueño del café, Hojeda, Miguel y los demás que asistían a esta escena los contemplaban con ojos que brillaban de alegría.

Todos los rostros expresaban un deleite casi sensual. Cuando hubieron dado buen fin al pan y a las chuletas y se hubieron bebido el jerez, los niños se animaron repentinamente, sobre todo el pequeño, que era el más aterido. Sus mejillas recobraron el suave color de la infancia, y comenzaron a examinar con atención los objetos y las personas.

— ¿Habéis despachado ya? —preguntó Hojeda—. Pues vamos con la música a otra parte.

— ¿Cuánto es esto? —dijo Miguel a un mozo, llevando la mano al bolsillo.

El dueño del café, que había oído la pregunta, se apresuró a decirle, sujetándole del brazo:

— Caballero, yo no cobro las limosnas.

Miguel no insistió.

— Dios se lo pagará a usted, don Ramón —le dijo Hojeda apretándole efusivamente la mano.

Y salieron a la calle llevando por delante a los niños, los cuales iban brincando como cervatillos por la acera.

— ¡Eh, chis, chis! —gritó el boticario llamándolos—. ¿En qué calle vivís?

— En la calle del Tribulete —respondió el mayor.

— ¿Qué número?

Los chicos se miraron uno a otro con sorpresa y quedaron silenciosos.

— ¿No lo sabéis? Está bien. ¿Pero sabréis ir a casa?

— ¡Ah, sí, señor!

— Bueno: ahí en la esquina tomaremos un coche, ¿no le parece a usted, don Facundo? —manifestó Miguel.

— Como quieras, Miguelito.

Tomaron un simón en la plaza de Santa Ana, dando orden al cochero que parase en la esquina de la calle del Tribulete. Los chicos, que se habían sentado en la bigotera de la berlina, iban tan sorprendidos y gozosos, que costó gran trabajo hacerles responder a ciertas preguntas. Mientras don Facundo interrogaba al mayor con extremada habilidad para enterarse pronto de lo que necesitaba saber. Miguel hablaba con el chiquitín.

— ¿No os habrán dado hoy de cenar?

— No —dijo el niño moviendo la cabeza a un lado y otro.

— ¿Y habéis comido por la mañana?

— Sí.

— ¿Y qué habéis comido?

— Lentejas y pan.

— ¿No habéis comido nada desde entonces?

— Un poco de pan que me dio Pepe.

— ¿Quién es Pepe?

Silencio y asombro del niño.

— ¿Es algún amigo tuyo?

— Es el chico de la vecina.

— ¡Ah! ¿Y quién te ha dado ese chaquetón que te llega a los pies?

— El tío Remigio.

— ¿Quién es el tío Remigio?

Nuevo y mayor asombro del niño, que le mira con ojos extáticos.

— ¿Es algún hermano o pariente de tu madre?

— Es albañil.

— ¡Ah, es albañil!

Y comprendiendo que no sacaría más en limpio, Miguel tomó otro rumbo.

— ¿Y ganáis todos los días los cinco reales?

— Algunos días, no.

— ¿Y qué os sucede cuando no los ganáis?

El niño vaciló un instante, y después hizo con su manecita un ademán de vapuleo muy expresivo.

Miguel, conmovido, guardó silencio.

En la esquina de la calle del Tribulete despidieron el coche. Los chicos, sin vacilar, fueron derechos a la puerta de una casa vieja y sucia. El mayor se volvió de espaldas y dio con los tacones de sus zapatos rotos algunos golpes. Al poco rato abrió una vieja, que dejó escapar al verlos un gruñido nada pacífico; pero su mal humor se convirtió en sorpresa al observar que Hojeda y Miguel atravesaban el portal y seguían a los muchachos. Estos subían decididos la escalera como hormigas que entran en su guarida. Miguel sacó un fósforo, porque la vieja portera se había retirado con la luz. Subieron hasta la buhardilla. Los niños se detuvieron delante de una puertecita.

— Aquí es —dijo el mayor.

Hojeda llamó con los nudillos de los dedos, pero nadie contestó.

— No habrá venido todavía mi madre —manifestó el mismo chico.

— ¿Y qué os hacéis cuando llegáis antes que vuestra madre?

— Nos sentamos en la escalera.

En esto se abrió una puertecita contigua a la primera y apareció un hombre en traje de obrero, con una lamparilla de petroleo en la mano. Al ver a aquellos señores les dio las buenas noches y les preguntó lo que deseaban. Hojeda le explicó el caso en pocas palabras. El obrero les invitó a pasar a su habitación, y una vez dentro, les manifestó en confianza que también él y su mujer sabían la desgracia de aquellos pobres niños y que habían querido intervenir para remediarla, pero inútilmente. La madre era una mujer viciosa, oficiala de sastre, amancebada tiempo hacía con un albañil, y que había tenido aquellos niños con el primer marido, o querido, que esto no sabían. Dióles algunos otros pormenores, que indignaron extremadamente a Miguel.

Pero aquella mala mujer no acababa de llegar. Fue necesario despedirse del obrero y dejar a los chicos en la escalera con una buena limosna que nuestro joven les dio. Cuando ya bajaban apareció por fin su madre. Hojeda entró con ella en la vivienda, que era un triste y desabrido desván, sin otros muebles que una mesilla y dos o tres taburetes. En una esquina había un miserable fogón apagado; en otra, un montón de trapos, restos, al parecer, de un antiguo colchón, donde dormía toda la familia.

Miguel quedó asombrado del tacto y la habilidad que don Facundo desplegó para noticiar a aquella mujer lo que habían hecho y para arrancarle todos los datos que necesitaba saber: de dónde era, con quién había estado casada, dónde trabajaba, etc. La mujer, que al principio los acogiera con marcada hostilidad, ante la mirada dulce y serena y las palabras sinceras de Hojeda, se fue poco a poco suavizando. Al fin, cuando éste le recordó con tono afectuoso los deberes que tenía para con sus hijos, aquellas infelices criaturas, sin otro amparo en el mundo que ella, rompió a llorar. El boticario la consoló, prometiéndole volver al día siguiente y hacer por los niños todo cuanto pudiera. Lo que más le sorprendió a Miguel fue que en ninguna de sus frases hizo don Facundo la más leve alusión a los malos tratos que daba a los niños ni a la conducta licenciosa que observaba.

Cuando, al fin, salieron a la calle le dijo:

— ¿Y qué piensa usted hacer mañana, don Facundo, con todos esos datos que ha tomado?

— Procuraré comprobarlos. Tengo muchos conocimientos entre los pobres de Madrid. Después trataré de sacar para ella la ración de San Vicente de Paúl y mandar al chico primero a un colegio.

— ¿Por cuenta de usted?

— Es muy barato. No vayas a creer que se trata de una gran cantidad. Entre unos cuantos amigos hemos fundado un colegio para niños desamparados y nos sale por muy poco cada plaza.

— ¡Pobres criaturas! ¡Dejarlos así abandonados a la intemperie, expuestos a quedarse muertos en medio de la calle, y todavía si no traen el dinero justo pegarles...! Esa mujer es una infame que no merece que se ocupe de ella.

Don Facundo dio un suspiro y dijo, poniéndole la mano sobre el hombro:

— ¡Ay, Miguelito, sobre estas cosas y otras parecidas hay mucho que hablar! Yo no diré que no esté mal lo que hace esa mujer; pero llamarla infame no es tan justo como a primera vista parece. Después de haber pasado muchos años contemplando todos los días cuadros semejantes al que acabamos de ver; después de haberme familiarizado con los tormentos que pasan los pobres, con sus ideas y hasta con su lenguaje, he concluido por hallar muchos más desgraciados que infames. En el mismo caso presente, cierto que lo primero que salta a la vista es la maldad de esa mujer. Pero no te detengas en la superficie. Ve más adelante. Examina, investiga, y hallarás seguramente que no es tan culpable. Primero tienes que considerar que en la sastrería no gana más que siete reales. Con siete reales no pueden comer siquiera pan seco tres personas en Madrid. Después, debes de tener en cuenta que una mujer sola, sin amparo, está expuesta siempre a caer en las garras de cualquier tunante que la enamora. Después, las ideas que esa gente tiene de la educación de los niños no son como las tuyas y las mías, porque no han visto ni entendido nada bueno. El golpear a los chicos es una de tantas costumbres feas y repugnantes como tienen...

— ¡De todos modos, don Facundo!

— Sí, sí, te concedo que esa mujer obra mal. Pero bien examinadas y bien pensadas todas las circunstancias, no es tan perversa, de seguro, como tú te imaginas.

Miguel guardó silencio y se puso a meditar sobre las palabras de Hojeda, mientras caminaban emparejados hacia el centro de la villa. Después de larga pausa, levantó la cabeza y dijo:

— ¿Sabe usted, don Facundo, que no sospechaba que usted se dedicase tan particularmente a hacer obras de caridad?

El trozo de cara que la enorme bufanda del boticario dejaba al descubierto se coloreó fuertemente...

— ¿Yo...? ¡Qué tontería...! De ningún modo... No lo creas... —comenzó a balbucir torpemente, como un hombre cogido *in fraganti* de algún delito.

— Lo que está a la vista no se puede negar —manifestó Miguel sonriendo.

Hojeda se mantuvo silencioso algunos instantes. Después, parándose de pronto y cogiendo a nuestro joven por el brazo con mucho aparato de misterio y esforzándose por dar a su voz y a sus ojos la mayor expresión posible de severidad, le dijo:

— ¿Sabes, Miguelito, por qué hago yo todas estas cosas? — ¿Por qué?

El boticario le estuvo mirando algunos segundos con extraordinaria dureza. Después exclamó:

— ¡Por egoísmo!

Y soltándole el brazo, dio rápidamente unos cuantos pasos, dejándole atrás.

— ¿Cómo? ¿Cómo? —repuso Miguel, todo asombrado.

El boticario, sin volverse, pero haciendo un ademán expresivo con el brazo, volvió a exclamar con más fuerza:

— ¡Por puro egoísmo!

— ¿Cómo es eso, don Facundo? —preguntó, avanzando hasta colocarse a su lado.

— Te lo explicaré en seguida —repuso Hojeda en tono confidencial, parándose otra vez, y otra vez cogiéndole por la manga del gabán—. Yo no tengo familia, como tú sabes. No soy aficionado al estudio, porque comprendo que aunque me haga pedazos los cascos nunca pasaré de cierto límite. Tampoco me gustan los juegos, pues el billar lo tomo solamente como un medio de hacer ejercicio. Los teatros no los piso jamás. Entre los espectáculos públicos, únicamente me gustan...

— Los toros, ya sé.

— Es mi único vicio...; pero no los hay más que en la primavera y una vez por semana, aparte de algunas corridas extraordinarias. La botica no me ocupa ningún tiempo, porque tengo al frente de ella a un pobre muchacho que acaba de hacerse farmacéutico y al cual se

la pienso dejar cuando me muera... Si no voy a los sermones y no me entretengo en proteger a algunos pobrecillos, ¿qué quieres que haga yo de mí...? ¿No comprendes que me moriría de aburrimiento?

— Sin embargo, los actos en sí no dejan de tener mérito.

— ¡Ninguno, hombre, ninguno! —repuso con energía—. Mira: te lo explicaré mejor. Yo, cuando subo a casa de un pobre y me entero de su vida y le socorro y le aconsejo; cuando doy vueltas por Madrid buscándole alguna colocación, estoy entretenidísimo, tanto como cualquier señorito en los bailes de Montijo. Con la diferencia de que mientras él llega a casa al amanecer, hastiado, ojeroso y mustio, yo me acuesto tranquilo a las doce, y si he hallado empleo para mi hombre, me duermo más contento que el rey de Prusia, y si no lo he hallado, me levanto por la mañana con ánimos para revolver todo Madrid... Dime tú ahora: ¿quién entiende mejor la vida: él o yo? ¿Quién es aquí el egoísta...? Voy a ponerte otro ejemplo. Acabas de pasar una hora conmigo desde que nos hemos encontrado en la calle del Príncipe. Quiero que me digas con sinceridad si en esta hora te has aburrido...

— No sólo no me he aburrido, sino que he pasado uno de los ratos más felices de mi vida...

— ¿Lo ves? ¿Qué mérito tiene entonces lo que hemos hecho? Lejos de juzgarnos dignos de admiración, somos dignos de envidia por lo que hemos disfrutado...

— Concedo, don Facundo, que en este caso particular acaso tenga usted razón; pero consagrar la vida entera, como usted, a hacer obras de caridad, es digno de alabanza y recompensa.

— ¡Recompensa! ¡Recompensa! —exclamó con fuego el boticario—. Pues qué, ¿te juzgarás acaso resarcido del dinero que has dado por una butaca en el teatro después de haber pasado la noche bostezando, y no te considerarás pagado del que regalaste a esos niños, gozando una hora de felicidad?

— Bien; pero usted es otra cosa. Yo lo acabo de hacer por casualidad, mientras que usted lo tiene por costumbre.

— ¡Mejor que mejor! Yo gozo todos los días tanto o más de lo que tú has gozado hoy...

Siguió desenvolviendo con brío su tesis nuestro farmacéutico, mientras caminaban hacia la Puerta del Sol. Miguel había concluido por guardar silencio, escuchando con placer y curiosidad aquellas peregrinas teorías. Al llegar a la esquina de la calle de la Montera,

Hojeda volvió en sí de pronto y dijo en el tono afectuoso y humilde que le caracterizaba:

— ¡Buena matraca te he dado, Miguelito! Perdona a este viejo chocho y vete con Dios a descansar, que aquí nos separamos.

Miguel se despidió de él apretándole con efusión la mano. Cuando se hubo apartado seis u ocho pasos, le dijo, volviendo a llamarle:

— Conste, don Facundo, que no me ha convencido usted y que es usted una gran persona.

— ¡Un gran egoísta! —gritó el boticario alejándose.

XVII

— ¿Qué te pasa hoy? ¡Parece que estás triste! —decía la generala cierta noche, tomando las manos de su amante entre las suyas.

— Pues no tengo nada..., al menos, que yo sepa —repuso en tono humorístico él.

— Sí tal; hay en tu fisonomía cierta expresión melancólica. Por más que trates de ocultarla con aparente alegría, no lo consigues. En tus ojos hay menos brillo que otras veces: tienes la mirada vaga y perdida...

— No; lo que tengo es la mirada de perdido.

— Ríete lo que quieras. Tengo un corazón que no se engaña. Tú estás triste y me lo ocultas.

— Si tienes mucho empeño en ello lo estaré; pero sólo por galantería. Por lo demás, nunca he estado más alegre.

— Pero la tuya es una alegría marchita... No tiene frescura... No sale del corazón... Es una máscara. Yo quisiera, Miguel mío, saber todo lo que acontece en tu espíritu, todo lo que piensas, todo lo que sientes... No me basta saber los pensamientos y los sentimientos grandes. Deseo conocer también los más íntimos. Deseo escudriñar los últimos rincones, los últimos pliegues... Quiero que no pase por tu cabeza una idea, aunque sea tan débil como el soplo de un niño, que no llegue a mi noticia... Quiero conocer todas las emociones que experimentas, aun aquellas que apenas sean capaces de mover tu corazón... Quiero entrar dentro de ti mismo..., quiero formar una sola persona contigo...

Los grandes ojos azules de la generala se clavaban con amorosa inquietud en su amante al proferir estas palabras.

Miguel despertó de la indiferencia en que yacía.

— Todo eso eres, cielo mío... Todo eso y mucho más —contestó, apretándole con efusión las manos.

— ¡Si fuese cierto...! Pero no... Tu amor va siendo cada día más tibio... A medida que el mío se enciende, el tuyo se apaga...

— ¡No lo creas, Lucía! —exclamó el joven, dando a su exclamación mayor fuego del que le hubiera correspondido si no se hubiera tomado un poco de trabajo—. ¡Te adoro..., te adoro con pasión loca..., frenética! Eres el único pensamiento dulce que anima mi existencia... Pídeme la vida y me verás darla con alegría...

— ¡No quiero tu vida, chiquillo! —respondió la generala sonriendo y dándole palmaditas en el rostro—. Quiero tu amor; pero un amor verdadero, grande, infinito... ¡Tu no sabes las locuras que yo sueño, los castillos que levanto en el aire! Muchas veces me figuro que, en efecto, me adoras con todo tu corazón, con todas las fuerzas del alma, y que yo soy para ti lo que fue Beatriz para el Dante y Laura para el Petrarca; un objeto divino que te preserva de todo pensamiento innoble, que gracias a mi amor se va engrandeciendo tu espíritu, despierta tu genio, el genio que tienes en el fondo del alma... Porque yo estoy segura de que lo tienes...

— En efecto, tengo un genio muy malo. A veces no hay quien me resista.

— No, no; es otra clase de genio —dijo la dama riendo—. Mas aunque esto no fuese una quimera, aunque tú alcanzases algún día la celebridad soy muy tonta en forjarme ilusiones... Tú estás comenzando la vida casi, casi... El porvenir se presenta risueño. Cuando llegues adonde yo creo que tienes derecho a llegar, ¿qué seré para ti...? Una vieja que ha cometido la insensatez de amarte. Una pobre mujer enamorada ridículamente...

— ¡Alto, querida! Te anuncio que ya estoy enternecido. No sigas adelante, si no quieres verme hacer pucheritos... Hablemos de otra cosa —añadió reclinándose perezosamente en el sofá y estirando las piernas con demasiada confianza—, hablemos de Pérez Almagro.

Pérez Almagro era el último amante que la generala había tenido y que no dejaba de inspirar cierta inquietud, ya que no celos, a nuestro joven.

— ¡Oh, qué cruel eres! ¡No perdonas el medio de hacerme sufrir!

Miguel iba a replicar; pero en aquel instante un leve rumor lejano se dejó oír en el pasillo. Lucía se puso en pie con súbito y pronto movimiento; el rostro pálido, el oído atento, la mirada extática. Escuchó un momento.

— ¡Alguien viene...! Es la doncella... ¡De prisa, de prisa! Escóndete.

— ¿Dónde? —preguntó aturdido.

La dama pasó una mirada intensa y ansiosa por la habitación.

— Aquí —dijo corriendo a un armario embutido en la pared y abriendo el compartimiento inferior.

Miguel se metió allá de cabeza. Lucía dio la vuelta a la llave. En aquel momento entraba la doncella.

— ¿Qué hay, Carmen? —preguntó con gran clama, dirigiéndose al espejo para arreglar el pelo.

— Señorita, vengo a darle cuenta del billete que me entregó por la mañana.

— ¡Ah!, Sí..., el billete... ¿De cuánto era?

— De diez duros.

— Bien; ¿qué ha comprado usted?

— Los botones para el vestido de la niña; han costado seis pesetas.

— ¿Qué más?

— La sombrilla de miss Ana, que he pagado yo. No la han querido dar a menos de tres duros.

— Bien; son cuatro duros y una peseta.

— La corbata para Chuchú... Tres cincuenta.

— ¿Se la ha puesto ya?

— No, señorita; mañana, cuando vaya a paseo. Es muy bonita; a María le ha gustado. ¿No sabe usted? El chico quería ponérsela cuando salimos del comercio... ¡Poco trabajo me costó quitárselo de la cabeza!

— ¡Pobre Chuchú!

— Cuando vio que no conseguía nada por las malas se puso a hacerme caricias... «¡Anda, Carmelita, monina, ponme la corbata...! Te he de dar un dulce de los de la mesa...» Yo le decía: «¿El que te toque a ti?» «Sí, sí, el que me toque a mí...»

— ¡Oh, qué malo!

— ¡No sabe usted, señorita, las monerías que hizo para sacármela!

— ¡Pobre Chuchú! ¿Por qué no se la ha puesto usted?

— Porque en casa no habría quien se la quitase después.

— ¿Le ha encargado usted los guantes?

— Sí, señorita.

— ¿En casa de Clement?

— Sí señorita; quedaron en mandarlos el sábado.

— ¿Los ha pagado?

— Sí, señorita; tres pesetas.

Miguel se asfixiaba en el armario. Estaba de rodillas, el cuerpo doblado, la cabeza apoyada en uno de los rincones. Así que entró empezó a sentir el malestar de la postura. No podía alzar la cabeza ni enderezar poco ni mucho el cuerpo; las piernas encogidas también de tal manera, que le causaban calambres. Pero a los pocos segundos notó, o creyó notar, que le faltaba aire para la respiración, y se estremeció de congoja. Hizo frecuentes y largas inspiraciones para probar, y observó que cada vez hallaba más dificultad. Trató de contener el aliento para economizar aire, pero esto no hizo sino fatigarle más. Entonces quiso dar la vuelta y aplicar la boca a una rendija a ver si conseguía recoger más oxígeno. No le fue posible. La idea de morir asfixiado cruzó por su cerebro. Un sudor frío y copioso le bañó todo el cuerpo. La congoja se apoderó de él. En pocos segundos pensó millares de cosas aterradoras. Vio la muerte cara a cara. El miedo le dejó yerto, desmayado; estuvo a punto de perder el sentido. Mas, de pronto, el instinto de la vida despertó, se reveló con ímpetu en su organismo y le surgió pensamientos de salvación:

«¡No, lo que es yo no me ahogo aquí como un ratón por esa!... Voy a dar una patada a la puerta y hacer saltar la cerradura». Esta idea le confortó un instante y dio tiempo a que penetrase en su mente otro proyecto menos violento: el de llamar la atención de la generala sin ser notado de la doncella. Si este proyecto fracasaba acudiría inmediatamente al recurso extremo. Extendió una mano hacia atrás y rascó la puerta con la uña, produciendo un rumor semejante al de los ratones...

El fino y atento oído de la dama se dio por enterado.

— Carmen, vaya usted al comedor y tráigame un vaso de agua... ¡Siento un picor en la garganta...! ¡Jesús, que tos tan rara!

Y la dama tosió hasta querer reventar.

Cuando Carmen hubo desaparecido, dirigióse precipitadamente al armario y abrió. Miguel salió a rastras del fondo con el semblante pálido, descompuesto, completamente demudado.

— ¿Qué te pasa? —preguntó con sobresalto Lucía.

— ¡Qué me ahogo!

— ¡Corre a la alcoba..., métete debajo de la cama!

El joven se apresuró a cumplir la orden, y al instante apareció de nuevo la doncella.

La generala se bebió el vaso de agua sin gana.

XVIII

— ¡Eh, eh, Miguelito! ¿Adónde tan decidido?

— Al Retiro.

— Para los pies, chavó, y entra a tomar una cañita conmigo y estos señores.

Miguel se detuvo y sonrió al ver a su primo Enrique sentado a una mesa del café Imperial al lado de la ventana y rodeado de varios toreros. Como no tenía prisa, aceptó el convite y se acercó a ellos, saludándoles con un:

— A la paz de Dios, caballeros.

— Buenas tardes, amigo —le contestaron.

Y se sentó en el hueco que galantemente le dejaron y se bebió de un trago la caña que Enrique le puso delante.

— Te presento a mi amigo José Calzada, célebre matador de toros que ya conocerás con el nombre de *el Cigarrero*, aunque hace muchos años que no mata en la plaza de Madrid... Su hermano Baldomero, *el Serranito*, banderillero de fama... Sebastián Campos...

Enrique se detuvo vacilante antes de pronunciar el alias.

— Diga ozté *Merluza*, don Enriquito: Merluza zoy, Merluza he zío y Merluza me he de morí el día menos penzao.

— Pues bien; mi amigo Merluza, el banderillero más barbián de la plaza de Málaga... Mis amigos don Pablo López y don Luis María Pastor, aficionados al arte.

Todos saludaron a nuestro joven, muy circunspectos, sobre todo los toreros, que son los que mejor conservan en el trato la gravedad serena y afable peculiar del pueblo español, tan distante del orgullo británico como de la extremada urbanidad de los franceses.

El Cigarrero era un hombre ya entrado en días, con el cabello casi gris, pequeño, fornido, soportando sus años con mucha gallardía. Miguel había oído varias veces citar su nombre entre los astros del

toreo; pero como gloria pasada; tanto, que lo juzgaba retirado hacía tiempo. El hermano era un muchacho de veinticinco años, buen mozo, de rostro hermoso, aunque algo afeminado. Merluza, un jayán monstruosamente feo. Los dos aficionados, jovencitos, barbilampiónes, escuálidos y vestidos a la última moda.

La conversación no se interrumpió por la llegada de nuestro joven, quien se puso a escuchar con poca curiosidad. Se hablaba de toros; no hay para qué decirlo. Se discutía la mayor o menor severidad e inteligencia de las plazas de Madrid y de Sevilla. Uno de los jovencitos sostenía que en Madrid se juzgaba con más severidad y competencia.

— Pues zarvo su parecé, don Luizito —decía Merluza—, y zarvo el de too los presente a mí me paece, vamo..., que en Zevilla hay mucha afición!... ¡¡Mucha afición!!

— En Madrid hay que tener mucho de aquí, querido (apuntando a un ojo). Si te descuidas un poco, ya tienes la bronca encima... y algo más en ocasiones.

— ¡Caye ozté, zañorito, zi en Zeviya po una mijita le tiran a uno la Biblia!

Enrique aprovechó el calor de la disputa para comunicar a su primo por lo bajo algunos datos importantes acerca de la vida del Cigarrero.

— Ahí donde le ves, Miguel, hace veinte años era el torero que se tiraba más por derecho en España. En Sevilla ha recibido muchas veces.

— ¿A quién?

— ¡Al toro, hombre!

— ¡Ah!

— Pero, claro, con los años se ha ido haciendo un poco tumbón... ¡Pero como inteligente!..., lo que es como inteligente, ni Cayetano ni San Cayetano le ponen el pie delante.

Terminada la disputa, comenzó a hablarse de los toreros en boga. Los pollastres aficionados, y Enrique también, creyeron halagar al Cigarrero rebajando el mérito de ellos. Asombróle a Miguel el ahínco y la sinceridad con que aquél comenzó noblemente a defenderlos, aunque sin levantar la voz y sin perder un punto de la gravedad que le caracterizaba.

— Mie usted, don Luisito: er que más y er que menos, tiene sus quebrantos, y ar mehó escribano se le cae un borrón. Si Caytano se

huye, e que está mu castigao. Er probesico ya se va pa Viyavieha como yo... cuando le sale un toro de verdá, ¡Caytano ta superió!

— Vamos, con Cayetano todavía transijo —dijo Enrique—. Aunque desconfiado, le he visto muchas veces torear con arte y en corto y meterse como Dios manda... Al que no puedo resistir es al Gordo. ¡En la vida le he visto medio aplomado ni pinchar más que a paso de banderillas!

— Tampoco creo eso que usté dise. Ar Gordo le pasa lo que a toos nosotros. Si er toro acude bien, ta güeno; si no tiene gana, ta malo. Y aluego, ¿qué se pué esí de la muleta? Con eya en la mano hay muy pocos que tengan tan güena sombra... lo que tiene el Gordo e que sabe demasiado er terreno que pisa..., y cuando se sabe mucho..., vamo, ya me entiende usté, don Enriquito.

— Ozté perdone, zeñó José —dijo a esta sazón Merluza—. Me parece a mí que aquí don Enriquito habla bien... Er Gordo poniendo banderiyas, ¡la corona de María Zantísima!; pero matando, ¡la perra zin vergüenza de zu mare!

El Cigarrero se puso muy serio y repuso enojado:

— A ti no te toca esí na de eso, Sebastián. Toos estos señores pueen hablá lo que gusten; pero tú hijo, no puee... ¿Tamo?

Merluza, acertado, rectificó como pudo sus brutales palabras.

Era la primera vez que Miguel oía decir bien en un corro de las personas del mismo arte o profesión que los presentes. Y no poco quedó admirado de que fuesen los toreros, gente por lo regular inculta y plebeya, quienes dieran ejemplo de nobleza y compañerismo a los que cultivan otras artes más elevadas.

Tampoco admitió el Cigarrero las lisonjas que le prodigaron, lo mismo Enrique que sus amiguitos. Sin echarse por tierra, con fingida modestia, supo colocarse en su verdadero sitio, esto es, por debajo de los espadas que entonces llevaban la atención del público, sin traer a cuento sus glorias pasadas o los tiempos en que gozaba de más renombre.

— Ya soy vieho. Ya no pueo competí con los muchachos... Pero mase fata la guita, porque mi casa siempre se ha paesío un hospisio..., y hago lo que pueo... y a vese un poquiyo meno de lo que pueo... Si Caytano aprieta en su toro, yo aprieto en er mío; si afloha, yo afloho... Si me sale un torito vivito y voluntario, le toreo por lo arto y le doy lo que pide er animá. Si me sale blando y sin vergüenza, le doy un goyetaso ¡y a viví!... A mí me podrá haser peaso un toro, ¡pero en la vía un roío buey!

Pasó un rato agradable Miguel oyéndoles disertar en estilo pintoresco sobre tauromaquia, que para ellos era el compendio de todas las ciencias y el fin supremo de la vida humana. Al cabo se despidió afectuosamente, no sin haber sido antes convidado a una novillada de aficionados que Enrique y sus amigos estaban organizando a beneficio de unos naufragos que se habían perdido en el Adriático. Esta novillada había de efectuarse el próximo domingo en la plaza de los Campos Elíseos. Sería presidida por la señora del ministro de Marina, dirigida por el Cigarrero. Nadie podría asistir a ella sin entregar un duro a la puerta, salvo los amigos invitados por los lidiadores.

Dos o tres días antes del señalado pasó Miguel por casa de su tío Bernardo. Al entrar en el cuarto de Enrique oyó gran ruido, como si trasteasen con los muebles. Quedó altamente sorprendido al ver a su primo con sendas banderillas en las manos delante de una silla, levantándose sobre la punta de los pies en actitud de clavárselas. Aunque algo avergonzado a causa de la risa que a Miguel le acometió, no tardó en reponerse y manifestarle cómo se estaba ensayando en los cambios, salidas y cuarteos, pues era uno de los banderilleros que el domingo debían trabajar en los Campos.

— Pero esa silla me parece que se debe aplomar algo en la suerte de palos —dijo Miguel.

— Chico, no tengo otra cosa. Quise ensayar con el perrito de mi hermana, y mira lo que me ha hecho...

Y levantando un poco los pantalones, le enseñó las huellas de los dientes del animalito en la carne.

Estaba muy animado, pero confesaba que tenía los nervios excitados y que dormía mal por la noche. ¡Eso de presentarse delante de un público tan lucido! ¡Pero, de todos modos, él conocía bien la teoría de las banderillas! No le faltaba más que un poco de práctica.

— Mira: para ponerlas al cuarteo se coloca uno así... con los pies juntitos... Se cita al animal... Hay que esperar a que arranque, ¿entiendes?, y marchar decidido a cortarle el terreno... Si el toro no baja la cabeza para tirar el derrote... nada... ¡Hay que andarse en esto con mucho ojo!

— ¿Y tienes esperanzas de ponerlas bien el domingo?

— Si el torete me sale bravo y arrancando bien, pienso estar hasta guapo...

— No te lo aconsejo, te van a desconocer.

— Si sale blando y huido, tiraré a cumplir nada más... a salir del paso. Todo depende de la suerte, como tú comprenderás. Eso le pasa a Cayetano, al Cigarrero y a todo el mundo.

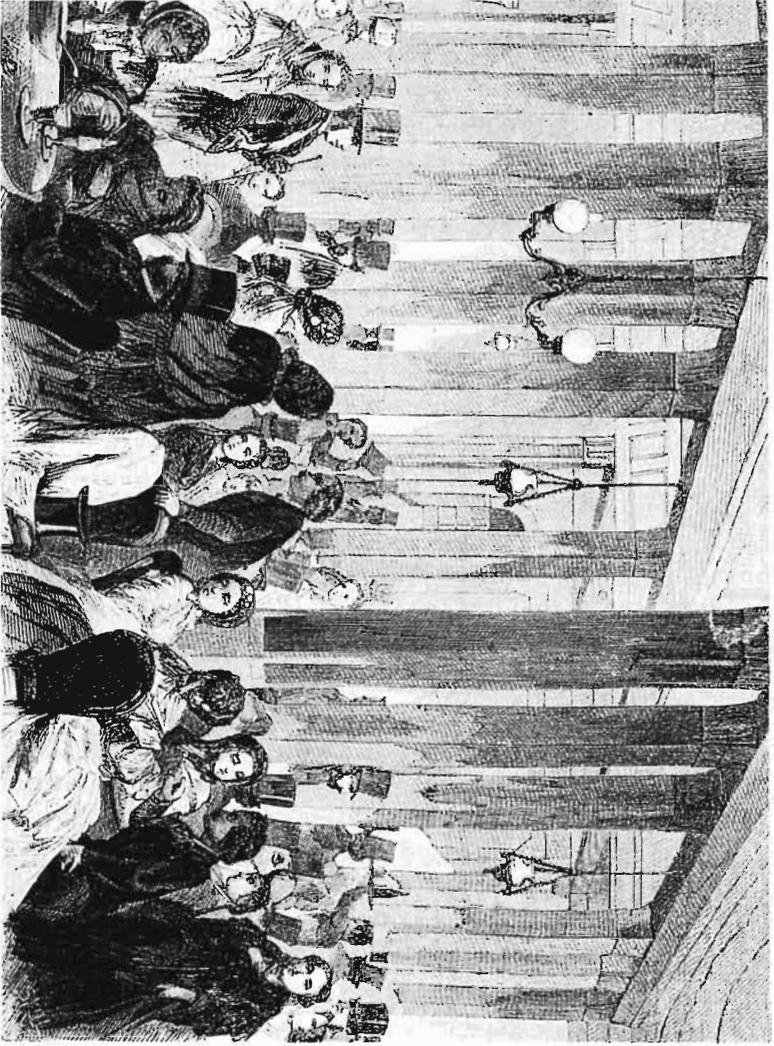
Llegada la tarde del domingo, se fue Miguel a los Campos y entró en la plaza, que ya estaba más que mediada de gente, casi toda de categoría. Los lidiadores pertenecían en su mayor parte a la aristocracia. Había en los palcos una muchedumbre de niñas bonitas, ostentando la blanca mantilla de encaje y la peineta. Los tendidos de madera estaban poblados de caballeros elegantemente vestidos. Miguel fue a colocarse entre barreras, al lado del Cigarrero, que dirigía la lidia sin tomar parte en ella.

Dada la señal por la presidenta, que era una señora guapetona, muy rumbosa y muy dadivosa, aparecieron en el redondel las tres cuadrillas al son de una marcha española tocada por la banda de un batallón. [...]

XIX

Miguel no había dejado de ser nunca uno de los socios más asiduos del Ateneo. Aunque no tomaba parte en las discusiones sobre los pueblos semíticos, se había hecho notar bastante en los círculos privados que se formaban por las noches en el vasto corredor del establecimiento. Se le tenía por un amable y despejado compañero. Trabajó amistad con otros jóvenes moluscos de los que más bullían, y éstos no tardaron en comunicarle la fiebre de cargos honoríficos que a ellos les devoraba. La ambición ardía en los pechos de los exploradores de la raza semítica. Apetecíanse y buscábanse con noble emulación los cargos de secretarios de las secciones. ¡Era tan brillante el levantarse en el comienzo de las sesiones a leer el acta de la anterior! Las intrigas tenebrosas menudeaban; las traiciones eran cosa corriente. Había dos bandos principales: el de los viejos y el de los jóvenes. Los primeros eran más en número, y vencían siempre que no se les cogía descuidados; los segundos, más activos, tramaban asechanzas para derrotar a los candidatos contrarios, unas veces presentando a los suyos en unión de alguna persona ilustre y repetable, otras veces aprovechando las noches de más frío en que los viejos no se atrevían a salir de casa, otras dividiendo con astucia a los enemigos. Todos los medios eran lícitos.





Un café de Madrid. El Museo Universal. 1861. Biblioteca Nacional.

Tanto a Miguel le aburrían los discursos huecos y ampulosos que se pronunciaban en el salón de sesiones, tanto le agradaban a su antiguo amigo y condiscípulo Mendoza y Pimentel. Muy rara vez se le veía en la biblioteca con un libro abierto. En cambio, por milagro perdía una sesión, lo mismo de la sección de ciencias exactas que de la de morales y políticas o literatura. Admiraba profundamente a casi todos los oradores, cuanto más campanudos mejor, y se enfadaba con Miguel cuando éste hacía burla de ellos. Poco a poco se había ido modificando la opinión que de él tenía formada desde la infancia. Después de haber oído a los oráculos del Ateneo, comprendía que Miguel era un chico listo, pero bastante ligero. Ya no le pedía dinero, porque había ascendido a dieciséis mil reales de sueldo, los cuales empleaba casi todos en vestirse y una mínima parte en comer; pero su amistad continuaba inalterable. Se hizo presentar por Riverita en algunas tertulias políticas donde nuestro joven tenía acceso, entre ellas la del general conde de Ríos, uno de los jefes a la sazón del Partido Liberal. Esta fue la que más le plugó y donde echó raíces. El general era hombre de genio vivo y enérgico, hablador sempiterno, narrador de cuentos verdes, con mucha afición a la política y poca o ninguna al arte militar. Al principio no le cayó en gracia Mendoza. Su carácter grave y silencioso le causaba tedio: «¿Sabe usted, Riverita, que ese amigo de usted es lo mismo que un roble?», le dijo pocos días después de habérselo presentado. Cómo se arregló Mendoza para llegar a ser al cabo de algunos meses uno de los íntimos de la casa y acompañantes preferidos del general, fue cosa que nadie supo. Y, sin embargo, era muy sencillo de explicar. Mendoza sufrió una temporada la frialdad del conde y el desdén de la condesa con gran filosofía y siguió asistiendo constantemente a la tertulia. No tomaba parte muchas veces en la conversación, porque tenía la desgracia de que no se le ocurría jamás una frase oportuna o chistosa. Cuando lo hacía era únicamente para manifestar su aprobación absoluta e incondicional a las palabras del conde o para interrumpir con un ¡oh! o con un ¡ah! que expresaban su admiración y simpatía. [...]





Pío Baroja

Nace en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872. Es el tercero de cuatro hermanos. Su familia se traslada a Madrid en 1879 y dos años después a Pamplona. Más tarde vuelve a Madrid con su madre y sus hermanos, y en esta ciudad termina los estudios de bachillerato y empieza medicina. Tiene problemas en la carrera y se va a Valencia a terminarla. En 1893 se doctora en Madrid con una tesis sobre «El dolor», uno de los temas constantes en su vida y su literatura. Como médico reside en Cestona (Guipúzcoa), desde donde manda colaboraciones a periódicos madrileños. Cuando regresa a Madrid lo hace para regentar la panadería de su tía Juana Nesi, situada en la calle de Álvarez Mendizabal, pero el negocio no tiene éxito. A partir de 1899 se suceden sus viajes a Europa, sobre todo a Francia. En 1900 empieza a publicar sus novelas y en 1935 ingresa en la Real Academia. La guerra civil le sorprende durante su veraneo en Itzea. Tras un pequeño incidente con los carlistas, pasa la frontera y, desde San Juan de Luz primero y después desde París, escribe artículos para La Nación de Buenos Aires. Consigue un salvoconducto y regresa a España, asistiendo en Salamanca a la creación del Instituto de España. En 1942 empieza a publicar en la revista Semana su libro Desde la última vuelta del camino, en el que relata su vida pasada. Muere en Madrid en 1956.

En muchas de sus obras encontramos rasgos novelados de su propia biografía y personalidad: La sensualidad pervertida; Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox; Desde la última vuelta del camino; Juventud, egolatría, etc. En esta última



obra nos dice que hay dos cosas que desdeña sobre todas las demás: la estupidez y la crueldad.

Pío Baroja fue un escritor muy fecundo. Sólo sus novelas pasan de sesenta, escritas al ritmo de unas dos por año. Treinta y cuatro de ellas se agrupan en trilogías. De ellas las más importantes son las siguientes: Tierra vasca: La casa de Aizgorri (1900), El mayorazgo de Labraz (1903) y Zalacaín el aventurero (1909); La vida fantástica: Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox (1901), Camino de perfección (1902) y Paradox, rey (1906); La lucha por la vida, trilogía de la que hemos hecho la selección, se compone de: La busca (1904), Mala hierba (1904) y Aurora roja (1905); La raza y Las ciudades son otras de sus más importantes trilogías, junto con El mar que en este caso está compuesta de cuatro novelas: Las inquietudes de Shanti Andía (1911), El laberinto de las sirenas (1923), Los pilotos de altura (1929) y La estrella del capitán Chimista (1930).

Entre 1913 y 1935, Baroja desarrolla la serie narrativa titulada Memorias de un hombre de acción. Está integrada por veintidós novelas, cuyo protagonista es Eugenio de Aviraneta, dinámico personaje del siglo XIX y antepasado del autor. En el prólogo de una de estas novelas, La nave de los locos, desarrolla su teoría de la novela. Sus observaciones constituyen una réplica al ensayo de Ortega y Gasset, Idea sobre la novela (1925). La novela es para Baroja «un género multiforme, proteico... que abarca todo: el libro filosófico, el psicológico, la aventura, la utopía, lo épico...» Pío Baroja defiende una novela abierta, permeable, en la que las cualidades supremas deben ser la imaginación y la invención.

En las páginas seleccionadas de La lucha por la vida, el lector tendrá la oportunidad de conocer un Madrid muy especial, a través de los ojos de Manuel, sus amigos y su familia. El joven, casi niño, Manuel llega a Madrid como inmigrante para trabajar en una ciudad que todavía no está preparada para la revolución industrial. Manuel sobrevive en una capital bulliciosa e injusta, pero, sobre todo, pobre, sucia, sin alcantarillado, maloliente. La pensión donde se alojan es oscura, alumbrada apenas por la lámpara de petróleo. El hambre, la mala alimentación, serán protagonistas como lo fueron en la novela picaresca: el cocido sin carne, hecho sólo con algunos huesos y garbanzos. El estado de las casas es igualmente desalentador: apenas tienen ventilación, son «casuchas bajas, con un patio estrecho y largo en medio». Y la gente que allí habita refleja todos «los



estigmas de la enfermedad y la miseria». La falta de trabajo y las duras condiciones de éste cuando se encuentra serán los otros protagonistas a lo largo de toda la trilogía: Manuel trabaja con un horario inhumano en una panadería y sus condiciones son también ínfimas cuando acompaña como ayudante al trapero.

Madrid se ve desde los arrabales, se ve su silueta sombría, oscura y triste. La ciudad se presenta como un amontonamiento de casas amarillentas y de tejados negros. La vida en Madrid va endureciendo a los personajes, de la misma manera que se endurece cuando llega el invierno: «Obscureció muy pronto. Madrid cubierto de nieve, estaba deshabitado; la plaza de Oriente tenía un aspecto irreal, de algo como una decoración de teatro; los reyes de piedra mostraban hermosos mantos blancos; la estatua del centro de la plaza se destacaba gallardamente sobre el cielo gris» (Mala hierba). El barro parece cubrir todas las calles: «La nieve se había derretido por completo. La explanada del Mercado de Ganados hallábase convertida en un pantano; el suelo de La Ronda, en un barrizal...; todo se veía negro, cenagoso, desierto; sólo algunos perros vagabundos, famélicos, llenos de barro husmeaban en los montones de basura.» (Mala hierba)

Uno de los lugares preferido por Manuel y al que acude en los momentos de reflexión, tristeza y soledad es el Viaducto. Desde allí contempla nuestro protagonista la calle de Segovia con su movimiento de carruajes y peatones; desde allí la ciudad se pone a sus pies, el sufrimiento, los problemas y penalidades van desapareciendo, se pierden entre los tejados y las buhardillas, hasta subirse a las nubes del siempre espléndido cielo madrileño.



La lucha por la vida

La busca

[...] Luego que se hubo vestido Manuel salieron madre e hijo de casa y entraron en la buñolería a tomar una taza de café con leche. Bajaron después a la calle del Arenal, cruzaron la Plaza de Oriente y, por el Viaducto, y luego por la calle del Rosario, siguiendo a lo largo de la pared de un cuartel, llegaron a unas alturas a cuyo pie pasaba la ronda de Segovia. Véase desde allá arriba el campo amarillento que se extendía hasta Getafe y Villaverde, y los cementerios de San Isidro con sus tapias grises y sus cipreses negros.

De la ronda de Segovia, que recorrieron en corto trecho, subieron por la escalinata de la calle del Aguila, y en una casa que hacía esquina al Campillo de Gil Imón se detuvieron.

Había dos zapaterías, ambas cerradas, una enfrente de la otra; y la madre de Manuel, que no recordaba cuál de las dos era la de su pariente, preguntó en una taberna.

— La del señor Ignacio es la de la casa grande —contestó el tabernero—. Creo que el zapatero vino ya, pero aún no ha abierto el almacén.

Madre e hijo tuvieron que esperar a que abrieran. No era la casa aquélla pequeña ni de mal aspecto, pero parecía que tenía unas ganas atroces de caerse, porque ostentaba, aquí sí y allí también, desconchaduras, agujeros y toda clase de cicatrices. Tenía piso bajo y principal, balcones grandes y anchos con los barandados de hierro carcomidos por el orín, y los cristales, pequeños y verdes, sujetos con listas de plomo.

En el piso bajo de la casa, en la parte que daba a la calle del



Águila, había una cochera, una carpintería, una taberna y la zapatería del pariente de la Petra. Este establecimiento tenía sobre la puerta de entrada un rótulo que decía:

A LA REGENERACIÓN DEL CALZADO

El historiógrafo del porvenir seguramente encontrará en este letrero una prueba de lo extendida que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional, y no le asombrará que esa idea, que comenzó por querer reformar y regenerar la Constitución y la raza española, concluyera en la muestra de una tienda de un rincón de los barrios bajos, en donde lo único que se hacía era reformar y regenerar el calzado.

Nosotros no negaremos la influencia de esa teoría regeneradora en el dueño del establecimiento *A la regeneración del calzado*; pero tenemos que señalar que este rótulo presuntuoso fue puesto en señal de desafío a la zapatería de enfrente, y también tenemos que dar fe de que había sido contestado por otro aún más presuntuoso.

Una mañana, los de *A la regeneración del calzado* se encontraron anonadados al ver el rótulo de la zapatería rival. Se trataba de una hermosa muestra de dos metros de larga, con este letrero:

EL LEÓN DE LA ZAPATERÍA

Esto aún era tolerable; pero lo terrible, lo aniquilador, era la pintura que en medio ostentaba la muestra. Un hermoso león amarillo con cara de hombre y melena encrespada, puesto de pie, tenía entre las garras delanteras una bota, al parecer de charol. Debajo de la pintura se leía lo siguiente:

La romperás, pero no la descoserás.

Era un lema abrumador: ¡Un león (fiera) tratando de descoser la bota hecha por el León (zapatería), y sin poderlo conseguir! ¡Qué humillación para la fiera! ¡Qué triunfo para la zapatería! La fiera, en este caso, era *A la regeneración del calzado*, que había quedado, como suele decirse, a la altura del betún.

Además del rótulo de la tienda del señor Ignacio, en uno de los balcones de la casa grande había un busto de mujer, de cartón

probablemente, y un letrero debajo: *Perfecta Ruiz; se peinan señoras*; a los lados del portal, en la pared, colgaban varios anuncios, indignos de llamar la atención del historiógrafo antes mencionado, y en los cuales se ofrecían cuartos baratos con cama y sin cama, memorialistas y costureras. Sólo un cartel, en donde estaban pegados horizontal, vertical y oblicuamente una porción de figurines recortados, merecía pasar a la historia por su laconismo; decía:

MODA PARISIÉN. ESCORIHUELA, SASTRE

Manuel, que no se había tomado el trabajo de leer todos estos rótulos, entró en la casa por una puertecilla que había al lado del portalón de la cochera, y siguió por un corredor hasta un patio muy sucio.

Cuando salió a la calle habían abierto la zapatería. La Petra y el chico entraron.

— ¿No está el señor Ignacio? —preguntó ella.

— Ahora viene —contestó un muchacho que amontonaba zapatos viejos en el centro de la tienda.

— Dígale usted que está aquí su prima, la Petra.

Salió el señor Ignacio. Era un hombre de unos cuarenta a cincuenta años, seco y enjuto. Comenzaron a hablar la Petra y él, mientras el muchacho y un chiquillo seguían amontonando los zapatos viejos. Manuel les miraba, cuando el mozo le dijo:

— ¡Anda, tú, ayuda!

Manuel hizo lo que ellos, y cuando terminaron los tres, esperaron a que cesaran de hablar la Petra y el señor Ignacio. La Petra contaba a su primo la última hazaña de Manuel, y el zapatero escuchaba sonriendo. El hombre no tenía trazas de mala persona; era rubio e imberbe; en su labio superior sólo nacían unos cuantos pelos azafranados. La tez amarilla, rugosa, los surcos profundos de su cara, el aire cansado, le daban aspecto de hombre débil. Hablaba con cierta vaguedad irónica.

— Te vas a quedar aquí —le dijo la Petra a Manuel.

— Bueno.

— Éste es un barbián —exclamó el señor Ignacio, riendo—; se conforma pronto.

— Sí; éste todo lo toma con calma. Pero, mira —añadió, dirigiéndose a su hijo—, si yo sé que haces alguna cosa como la de ayer, ya verás.

Se despidió Manuel de su madre.

— ¿Has estado mucho tiempo en ese pueblo de Soria con mi primo? —le preguntó el señor Ignacio.

— Dos años.

— Y qué, ¿allí trabajabas mucho?

— Allí no trabajaba nada.

— Pues hijo, aquí no tendrás más remedio. Anda, siéntate a trabajar. Ahí tienes a tus primos —añadió el señor Ignacio, mostrando al mozo y al chiquillo—. Éstos también son unos guerreros.

El mozo se llamaba Leandro, y era robusto; no se parecía nada a su padre; tenía la nariz y los labios gruesos, la expresión testaruda y varonil; el otro era un chico de la edad de Manuel, delgaducho, esbelto, con cara de pillo, y se llamaba Vidal.

Se sentaron el señor Ignacio y los tres muchachos alrededor de un tajo de madera, formado por un tronco de árbol con una gran muesca. El trabajo consistía en desarmar y deshacer botas y zapatos viejos, que en grandes fardos, atados de mala manera, y en sacos, con un letrero de papel cosido a la tela, se veían por el almacén por todas partes. En el tajo se colocaba la bota destinada al descuartizamiento; allí se le daba un golpe o varios con una cuchilla, hasta cortarle el tacón; después, con las tenazas, se arrancaban las distintas capas de suela; con unas tijeras se quitaban los botones y tirantes, y cada cosa se echaba en su espuerta correspondiente: en una, los tacones; en otras, las gomas, las correas, las hebillas.

A esto había descendido *A la regeneración del calzado*: a justificar el título de una manera bastante distinta de la pensada por el que lo puso.

El señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas. El contraste era duro; pero el señor Ignacio podía consolarse viendo a su vecino, el de *El león de la zapatería*, que sólo de Pascuas a Ramos tenía alguna mala chapuza que hacer.

La primera mañana de trabajo fue pesadísimo para Manuel; el estar tanto tiempo quieto le resultó insoportable. Al mediodía entró en el almacén una vieja gorda, con la comida en una cesta; era la madre del señor Ignacio.

— ¿Y mi mujer? —le preguntó el zapatero.

— Ha ido a lavar.

— ¿Y la Salomé? ¿No viene?

— Tampoco; le ha salido trabajo en una casa para toda la semana.

Sacó la vieja un puchero, platos, cubiertos y un pan grande de la cesta; extendió un paño en el suelo, sentáronse todos alrededor de él, vertió el caldo del puchero en los platos, en donde cada uno desmigó un pedazo de pan, y fueron comiendo. Después dio la vieja a cada uno su ración de cocido, y, mientras comían, el zapatero discursó un poco acerca del porvenir de España y de los motivos de nuestro atraso, conversación agradable para la mayoría de los españoles que nos sentimos regeneradores.

Era el señor Ignacio de un liberalismo templado, hombre a quien entusiasmaban palabras como las de soberanía nacional y que hablaba a boca llena de la Gloriosa. En cuestiones de religión se mostraba partidario de la libertad de cultos; para él, el ideal hubiese sido que en España existiese el mismo número de curas católicos, protestantes, judíos, de todas las religiones, porque así, decía, cada uno elegiría el dogma que le pareciera mejor. Eso sí, si él fuera del Gobierno, expulsaría a todos los frailes y monjas, porque son como la sarna, que viven mejor cuanto más débil se encuentra el que la padece. A esto arguyó Leandro, el hijo mayor, diciendo que a los frailes, monjas y demás morralla lo mejor era degollarlos, como se hace con los cerdos, y que respecto a los curas, fuesen católicos, protestantes o chinos, aunque no hubiese ninguno, no se perdería nada.

Terció también la vieja en la conversación, y como para ella, vendedora de verduras, la política era principalmente cuestión entre verduleras y guardias municipales, habló de un motín en que las amables damas del mercado de la Cebada dispararon sus hortalizas a la cabeza de unos cuantos guindillas, defensores de un contratista del mercado. Las verduleras querían asociarse, y después poner la ley y fijar los precios; y eso a ella no le parecía bien.

— Porque ¡qué moler! —dijo—. ¿Por qué le han de quitar a una el género, si quiere venderlo más barato? Como si a mí se me pone en el moño darlo todo de balde.

— Pues, no, señora —le replicó Leandro—. Eso no está bien.

— ¿Por qué no?

— Porque no; porque los industriales tienen que ayudarse, y si

usted hace eso, pongo por caso, impide usted que otra venda, y para eso se ha inventado el socialismo, para favorecer la industria del hombre.

— Bueno; pues que le den dos duros a la industria del hombre y que la maten.

Hablaba la mujer muy cachazuda y sentenciosamente. Estaba su calma muy en perfecta consonancia con su corpachón, de un grosor y de una rigidez de tronco; tenía la cara carnosa y de torpes facciones; las arrugas profundas, bolsas de piel lacia debajo de los ojos; en la cabeza llevaba un pañuelo negro, muy ceñido y apretado a las sienes.

Era la señora Jacoba, así se llamaba, una mujer que no debía sentir ni el frío ni el calor: verano e invierno se pasaba las horas muertas sentada en su puesto de verduras de Puerta de Moros; si vendía una lechuga, desde que el sol nace hasta que se pone, vendía mucho.

Después de comer la familia del zapatero fueron unos a dormir la siesta al patio de la casa y otros se quedaron allí en el almacén.

Vidal, el hijo menor del zapatero, se tendió en el patio al lado de Manuel, y después de interrogarle acerca de la causa de aquellos chichones que apuntaban en la frente de su primo, le preguntó:

— ¿Tú habías estado alguna vez en esta calle?

— Yo, no.

— Por estos barrios se divierte uno la mar.

— Sí, ¿eh?

— Ya lo creo. ¿Tú no tienes novia?

— Yo, no.

— Pues hay muchas chicas que están deseando tener avío.

— ¿De veras?

— Sí, hombre. En la casa donde vivimos hay una chica muy bonita, amiga de mi novia. Te puedes quedar con ella.

— Pero, vosotros, ¿no vivís en esta casa?

— No, nosotros vivimos en el arroyo de Embajadores; mi tía Salomé y mi abuela son las que viven aquí. Pero allá en mi casa se divierte uno; ¡gachó!, las cosas que me han pasado a mí allí.

— En el pueblo en donde he estado yo —dijo Manuel, para no dejarse achicar por su primo— había montes más altos que veinte casas de éstas.

— En Madrid también hay la Montaña del Príncipe Pío.

— Pero no será tan grande como la del pueblo.

— ¿Qué no? Si en Madrid está todo lo mejor.

Molestaba bastante a Manuel la superioridad que su primo quería asignarse, hablándole de mujeres con el tono de un hombre experimentado que las conoce a fondo. Después de echar la siesta y de terminar una partida al mus, en que se enzarzaron el zapatero y unos vecinos, volvieron el señor Ignacio y los muchachos a su faena de cortar tacones y destripar botas. Se cerró de noche el almacén; el zapatero y sus hijos se fueron a su casa. Manuel cenó en el cuarto de la Jacoba la verdulera, y durmió en una hermosa cama, que le pareció bastante mejor que la de la casa de huéspedes.

Ya acostado, pesó el pro y el contra de su nueva posición social, y, calculando si el fiel de la balanza se inclinaría a uno u otro lado, se quedó dormido.

Al principio, la monotonía en el trabajo y la sujeción atormentaban a Manuel; pero pronto se acostumbró a una cosa y otra, y los días le parecieron más cortos y la labor menos penosa.

El primer domingo dormía Manuel a pierna suelta en casa de la señora Jacoba cuando entró Vidal a despertarle. Eran más de las once; la verdulera, según su costumbre, había salido al amanecer para su puesto, dejando al muchacho solo.

— ¿Qué haces? —le preguntó Vidal—. ¿Por qué no te levantas?

— Pues ¿qué hora es?

— La mar de tarde.

Se vistió Manuel de prisa y corriendo, y salieron los dos de casa; cerca, enfrente de la calle del Aguila, en una plazoleta, se reunieron a un grupo de granujas que jugaban al chito, y observaron muy atentos las peripecias del juego.

Al mediodía Vidal le dijo a su primo:

— Hoy vamos a comer allá.

— ¿En vuestra casa?

— Sí; anda, vamos.

Vidal, cuya especialidad eran los hallazgos, encontró cerca de la fuente de la Ronda, que está próxima a la calle del Aguila, un sombrero de copa, viejo, de grandes alas, escondido el cuitado en un rincón, quizá por modestia, y empezó a darle de puntapiés y a echarlo por el alto; se asoció Manuel a la empresa, y entre los dos llevaron aquella reliquia, venerable por su antigüedad, desde la ronda de Segovia a la de Toledo, y de ésta a la de Embajadores, hasta

dejarla, sin copa y sin alas, en medio del arroyo. Cometida esta perversidad, Manuel y Vidal desembocaron en el paseo de las Acacias y entraron en una casa cuya entrada mostraba un arco sin puerta.

Pasaron los dos muchachos por una callejuela, empedrada con cantos redondos, hasta un patio, y después, por una de sus muchas escalerillas, subieron al balcón del piso primero, en el cual se abría una fila de puertas y de ventanas pintadas de azul.

— Aquí vivimos nosotros —dijo Vidal, señalando una de aquellas puertas.

Pasaron adentro; era la casa del señor Ignacio pequeña: la componían dos alcobas, una sala, la cocina y un cuarto oscuro. El primer cuarto era la sala, amueblada con una cómoda de pino, un sofá, varias sillas de paja y un espejo verde, lleno de cromos y de fotografías, envuelto en una gasa roja. Solía la familia del zapatero hacer de comedor este cuarto los domingos, por ser el más espacioso y el de más luz.

Cuando llegaron Manuel y Vidal, hacía tiempo que los esperaban. Sentáronse todos a la mesa, y la Salomé, la cuñada del zapatero, se encargó de servir la comida. Manuel no conocía a la Salomé. Era parecidísima a su hermana, la madre de Vidal. Las dos, de mediana estatura, tenían la nariz corta y descarada, los ojos negros y hermosos; a pesar de su semejanza física, las diferenciaba por completo su aspecto: la madre de Vidal, llamada Leandra, sucia, despeinada, astrosa, con trazas de mal humor, parecía mucho más vieja que la Salomé, aunque no la llevaba más que tres o cuatro años. La Salomé mostraba en su semblante un aire alegre y decidido.

¡Y lo que es la suerte! La Leandra, a pesar de su abandono, de su humor agrio y de su afición al aguardiente, estaba casada con un hombre trabajador y bueno, y, en cambio, la Salomé, dotada de excelentes condiciones de laboriosidad y buen genio, había concluido amontonándose con un gachó entre estafador, descuidero y matón, del cual tenía dos hijos. Por un espíritu de humildad o de esclavitud, unido a un natural independiente y bravío, la Salomé adoraba a su hombre, y se engañaba a sí misma, para considerarlo como tremendo y bragado, aunque era un cobarde y un gandul. El bellaco se había dado cuenta clara de la cosa, y cuando le parecía bien, con un ceño terrible, aparecía en la casa y exigía los cuartos que la Salomé ganaba cosiendo a máquina, a cinco céntimos las dos varas. Ella le daba sin pena el producto de su penoso trabajo, y

muchas veces el truhán no se contentaba con sacarle el dinero, sino que la zurraba además.

Los dos niños de la Salomé no estaban este día en casa del señor Ignacio; los domingos, después de ponerlos muy guapos y bien vestidos, su madre los enviaba a casa de una parienta suya, maestra de un taller, en donde pasaban la tarde.

En la comida, Manuel escuchó, sin terciar en la conversación. Se habló de una de las muchachas de la vecindad que se había ido con un chalán muy rico, hombre casado y con familia.

— Ha hecho bien —dijo la Leandra, vaciando un vaso de vino.

— Si no sabía que era casado...

— ¿Qué más da? —contestó la Leandra, con aire indiferente. — Mucho. ¿A ti te gustaría que una mujer se llevara tu marido? —preguntó la Salomé a su hermana.

— ¡Psch!

— Sí; ahora ya se sabe —interrumpió la madre del señor Ignacio—. ¡Si de dos mujeres no hay una *honrá*!

— Bastante se adelanta con ser *honrá* —repuso la Leandra—: miseria y hambre... Si no se casara una, podría una alternar y hasta tener dinero.

— Pues no sé cómo —replicó la Salomé.

— ¿Cómo? Aunque fuese haciendo la carrera.

El señor Ignacio desvió con disgusto la vista de su mujer, y el hijo mayor, Leandro, miró a su madre de un modo torvo y severo.

— ¡Bah!, eso se dice —arguyó la Salomé, que quería discutir la cuestión impersonalmente—; pero a ti no te hubiera gustado que te insultaran por todas partes.

— ¿A mí? ¡Bastante me importa a mi lo que digan! —contestó la zapatera—. ¡Ay, qué leñe! Si me dicen golfa, y no soy golfa..., ya ves: corona de flores; y si lo soy..., pata.

El señor Ignacio se sentía ofendido, y desvió la conversación, hablando del crimen de las Peñuelas: se trataba de un organillero celoso que había matado a su querida por una mala palabra; la cuestión apasionaba; cada uno dio su parecer. Concluyó la comida, y el señor Ignacio, Leandro, Vidal y Manuel salieron a la galería a echar la siesta mientras las mujeres quedaban dentro hablando.

En el patio, todos los vecinos sacaban el petate fuera, y, en camiseta, medio desnudos, sentados unos, tendidos los otros, dormían en las galerías.

— Anda, tú, vamos —dijo Vidal a Manuel.

— ¿Adónde?

— Con los piratas. Hoy tenemos cita; nos estarán esperando.

— Pero ¿qué piratas?

— El *Bizco* y esos.

— ¿Y por qué los llaman así?

— Porque son como los piratas.

Bajaron Manuel y Vidal al patio; salieron de casa y descendieron por el arroyo de Embajadores.

— Pues nos llaman los piratas —dijo Vidal— de una pedrea que tuvimos. Unos chicos del paseo de las Acacias se habían formado con palos, y llevaban una bandera española, y, entonces, yo, el *Bizco* y otros tres o cuatro, empezamos con ellos a pedradas y les hicimos escapar; y el *Corretor*, uno que vive en nuestra casa y que nos vio ir detrás de ellos, nos dijo: «¿Pero vosotros sois piratas o qué? Porque si sois piratas debéis llevar la bandera negra». Y al día siguiente yo cogí un delantal oscuro de mi padre y lo até en un palo y fuimos detrás de los que llevaban la bandera española, y por poco no se la quitamos; por eso nos llaman los piratas.

Llegaron los dos primos a una barriada miserable y pequeña.

— Ésta es la Casa del Cabrero —dijo Vidal—; aquí están los socios.

Efectivamente; se hallaba acampada toda la piratería. Allí conoció Manuel al *Bicho*, una especie de chimpancé, cuadrado, membrudo, con los brazos largos, las piernas torcidas y las manos enormes y rojas.

— Éste es mi primo —añadió Vidal, presentando Manuel a la cuadrilla; y después, para hacerle más interesante, contó cómo había llegado a casa con dos chichones inmensos producidos en lucha homérica sostenida contra una hombre.

El *Bizco* miró atentamente a Manuel, y viendo que Manuel le observaba a su vez con tranquilidad, desvió la vista. La cara del *Bizco* producía el interés de un bicharraco extraño o de un tic patológico. La frente estrecha, la nariz roma, los labios abultados, la piel pecosa y el pelo rojo y duro, le daban el aspecto de un mandril grande y rubio.

Desde el momento que llegó Vidal, la cuadrilla se movilizó y anduvieron todos los chicos merodeando por la Casa del Cabrero.

Llamaban así a un grupo de casuchas bajas con un patio estrecho

y largo en medio. En aquella hora de calor, a la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándoselo una a otra y dándole cada una su chupada.

Pululaba una nube de chiquillos desnudos, de color de tierra, la mayoría negros, algunos rubios, de ojos azules. Como si sintieran ya la degradación de su miseria, aquellos chicos no alborotaban ni gritaban.

Unas cuantas chiquillas de diez a catorce años charlaban en grupo. El Bizco y Vidal y los demás las persiguieron por el patio. Corrían las chicas medio desnudas, insultándoles y chillando.

El *Bizco* contó que había forzado algunas de aquellas muchachitas.

— Son todas puchereras, como las de la calle de Ceres —dijo uno de los piratas.

— ¿Hacen puchereros? —preguntó Manuel.

— Sí; buenos puchereros.

— Pues ¿por qué son puchereras?

— Pu... lo demás —añadió el chico haciendo un corte de mangas.

— Que son zorras —tartamudeó el *Bizco*—. Pareces tonto. Manuel contempló al *Bizco* con desprecio, y preguntó a su primo:

— ¿Pero esas chicas?

— Ellas y sus madres —repuso Vidal con filosofía—. Casi todas las que viven aquí.

Salieron los piratas de la Casa del Cabrero, bajaron a una hondonada, después de pasar al lado de una valla alta y negra, y por en medio de Casa Blanca desembocaron en el paseo de Yeserías.

Se acercaron al Depósito de cadáveres, un pabellón blanco próximo al río, colocado al comienzo de la Dehesa del Canal. Le dieron vuelta por si veían por las ventanas algún muerto, pero las ventanas estaban cerradas.

Siguieron andando por la orilla del Manzanares, entre los pinos torcidos de la Dehesa. El río venía exhausto, formado por unos cuantos hilillos de agua negra y de charcos encima del barro.

Al final de la Dehesa de la Arganzuela, frente a un solar espacioso y grande, limitado por una valla hecha con latas de petróleo, extendidas y clavadas en postes, se detuvo la cuadrilla a contemplar el solar, cuya área extensa la ocupaban carros de riego,

barrederas mecánicas, bombas de extraer pozos negros, montones de escobas y otra porción de menesteres y utensilios de la limpieza urbana.

A uno de los lados del solar se levantaba un edificio blanco, en otra época iglesia o convento, a juzgar por sus dos torres y el hueco de las campanas abierto en ellas.

Anduvo la cuadrilla husmeando por allí; pasaron los chicos por debajo de un arco, con un letrero, en donde se leía: «Depósito de Caballos Padre»; y por detrás del edificio con trazas de convento llegaron cerca de unas barracas de esteras sucias y mugrientas: chozas de aduar africano, construidas sobre armazón de palitroques y cañas.

El *Bizco* entró en una de aquellas chozas y salió con un pedazo de bacalao en la mano.

Manuel sintió un miedo horrible.

— Me voy —dijo a Vidal.

— ¡Anda éste!... —exclamó uno con ironía—. Pues no tienes tú poco sorullo.

De pronto otro de los chicos gritó:

— A najarse, que viene gente.

Echaron todos los de la cuadrilla a correr por el paseo del Canal.

Se veía Madrid envuelto en una nube de polvo, con sus casas amarillentas. Las altas vidrieras relucían a la luz del sol poniente. Del paseo del Canal, atravesando un campo de rastrojo, entraron todos por una callejuela en la plaza de las Peñuelas; luego, por otra calle en cuesta, subieron al paseo de las Acacias.

Entraron en el Corralón. Manuel y Vidal, después de citarse con la cuadrilla para el domingo siguiente, subieron la escalera hasta la galería de la casa del señor Ignacio, y cuando se acercaron a la puerta del zapatero oyeron gritos.

— Padre está zurrando a la vieja —murmuró Vidal—. Lo que haya hoy que jamar aquí, pa el gato. Me marchó a acostar.

— Y yo, ¿cómo voy a la otra casa? —preguntó Manuel.

— No tienes más que seguir la Ronda hasta llegar a la escalera de la calle del Aguila. No hay pérdida.

Manuel siguió el camino indicado. Hacía un calor horrible; el aire estaba lleno de polvo: jugaban algunos hombres a los naipes a las puertas de las tabernas, y en otras, al son de un organillo, bailaban abrazados.

Cuando llegó Manuel frente a la escalera de la calle del Águila, anochecía. Se sentó a descansar un rato en el Campillo de Gil Imón. Veíase desde allá arriba el campo amarillento, cada vez más sombrío con la proximidad de la noche, y las chimeneas y las casas, perfiladas con dureza en el horizonte. El cielo azul y verde arriba se inyectaba de rojo a ras de tierra, se oscurecía y tomaba colores siniestros, rojos, cobrizos, rojos de púrpura.

Asomaban por encima de las tapias las torrecitas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un angelote, con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

Por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella en una gran franja verde, y en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se divisaban, inciertos, montes lejanos. [...]

Se levantó Manuel, y salió a la calle. Paseando, se acercó al Viaducto, a su sitio favorito, a mirar el paisaje y la calle de Segovia.

Era una mañana espléndida, de un día de primavera. En el sotillo próximo al Campo del Moro algunos soldados se ejercitaban tocando cornetas y tambores; de una chimenea de ladrillo de la ronda de Segovia salía a borbotones un humazo oscuro que manchaba el cielo, limpio y transparente; en los lavaderos del Manzanares brillaban al sol las ropas puestas a secar, con vívida blancura.

Manuel cruzó despacio el Viaducto, llegó a las Vistillas, miró cómo unos traperos hacían sus apartijos, después de extender el contenido de los sacos en el suelo, y se sentó un rato al sol. Veía, con los ojos entornados, los arcos de la iglesia de la Almudena, por encima de una tapia; más arriba, el Palacio Real, blanco y brillante; los desmontes arenosos de la Montaña del Príncipe Pío, y su cuartel rojo y largo, y la hilera de casas del paseo de Rosales, con sus cristales incendiados por la luz del sol.

Hacia la Casa de Campo algunos cerrillos pardos se destacaban, escuetos, con dos o tres pinos, como recortados y pegados sobre el aire azul.

De las Vistillas bajó Manuel a la ronda de Segovia. Al pasar por la calle del Águila vio que el almacén del señor Ignacio seguía cerrado. Entró Manuel en la casa, y preguntó en el patio por la Salomé.

— Estará trabajando en su casa —le dijeron.

Subió por la escalera y llamó en el cuarto; se oía desde fuera el ruido de la máquina de coser. Abrió la Salomé y pasó Manuel. Estaba la costurera tan guapa como siempre, y, como siempre, trabajando. Sus dos chicos todavía no habían ido al colegio. La Salomé contó a Manuel que el señor Igancio había estado en el hospital y que andaba buscando dinero para pagar algunas deudas y seguir con el negocio; la Leandra, en aquel momento, en el río; la señora Jacoba, en el puesto, y Vidal, golfeando y sin querer trabajar. Se empeñaba en reunirse con un condenado bizco, más malo que un dolor, y estaba hecho un randa. Andaban siempre los dos con mujeres perdidas, en los cajones y merenderos de la carretera de Andalucía.

Manuel contó cómo había estado de panadero y cómo se puso malo; lo que no dijo fue la despedida de casa de su madre.

— Eso no te conviene a ti; debías aprender algún oficio menos fuerte —le aconsejó la Salomé.

Manuel estuvo charlando con la costurera toda la mañana; ella le convidó a almorzar, y él aceptó con gusto.

Por la tarde, Manuel se fue de casa de la Salomé, pensando que si él tuviera más años y un buen oficio que le diera dinero, se casaría con la Salomé, aunque se viese en la precisión de darle una puñalada al chulapo que la entretenía.

Al encontrarse en la ronda, lo primero que se le ocurrió a Manuel fue que no debía ir al puente de Toledo, ni mucho menos a la carretera de Andalucía, porque allí era fácil que se encontrase con Vidal o con el Bizco. Pensó así, efectivamente, y, a pesar de esto, bajó hacia el puente, echó una ojeada por los cajones, y viendo que allí no estaban sus amigos, siguió por el Canal, atravesó el Manzanares por el puente de un lavadero y salió a la carretera de Andalucía. En un merendero, con varias mesas debajo del cobertizo, estaban Vidal y el *Bizco* entre unos cuanto golfos que jugaban al cané.

— ¡Eh, tú, Vidal! —gritó Manuel.

— ¡Ridiez! ¿Eres tú? —dijo su primo.

— Ya ves...

— ¿Qué te haces?

— Nada, ¿y vosotros?

— A lo que cae.

Contempló Manuel cómo jugaban al cané. Cuando terminaron una de las partidas, Vidal dijo:

— ¿Qué, vamos a dar un paseo?

— Vamos.

— ¿Vienes tú, *Bizco*?

— Sí.

Echaron los tres a andar carretera de Andalucía adelante.

Vivían Vidal y el Bizco de randas: aquí cogiendo una mata de un caballo, allá llevándose las lamparillas eléctricas de una escalera o robando alambres del teléfono; lo que se terciaba. No iban al centro de Madrid porque no se consideraban todavía bastante diestros.

Hacía unos días, contó Vidal, birlaron entre los dos a un chico una cabra, a orillas del Manzanares, cerca del puente de Toledo; Vidal entretuvo al chico jugando a las chapas, mientras que el *Bizco* agarraba la cabra y la subía por la rampa de los pinos al paseo de las Yeserías y la llevaba después a las Injurias. Entonces Vidal, señalándole al chico la parte opuesta de la rampa, le dijo: «Corre, que por allá va tu cabra», y mientras el muchacho echaba a trotar en la dirección indicada, Vidal se escabullía en las Injurias y se juntaba con el *Bizco* y su querida. Todavía estaban comiendo la carne de la cabra.

— Es lo que tú debes hacer —dijo Vidal—. Venirte con nosotros. ¡Si ésta es una vida de *chipendi*! Ya ves, hace unos días Juan el *Burra* y el *Arenero*, que viven en Casa Blanca, se encontraron en el camino de las Yeserías con un cerdo muerto. Iba un mozo con una piara al matadero, cuando se conoce que murió el animal; el mozo lo dejó allá, y Juan el *Burra* y el *Arenero* lo arrastraron hasta su casa, lo descuartizaron y hemos comido cerdo sus amigos durante más de una semana. ¡Si te digo que es una vida de *chipendi*!

Se conocían, por lo que decía Vidal, todos los randas, hasta los de los barrios más lejanos. Era una vida extrasocial la suya, admirable; hoy se veían en los Cuatro Caminos, a los tres o cuatro días, en el Puente de Vallecas o en la Guindalera; se ayudaban unos a otros.

Su radio de acción era una zona comprendida desde el extremo de la Casa de Campo, en donde se encuentran el ventorro de Agapito y las ventas de Alcorcón, hasta los Carabancheles; desde aquí, las orillas del arroyo Abroñigal, La Elipa; el Este, las Ventas y la Concepción hasta la Prosperidad; luego, Tetuán hasta la Puerta de Hierro. Dormían, en verano, en corrales y cobertizos de las afueras.

Los del centro, mejor vestidos, más aristócratas, tenían ya su golfa, a la que fiscalizaban las ganancias y que se cuidaban de ellos;

pero la golfería del centro era ya distinta, de otra clase, con otros matices.

A veces el *Bizco* y Vidal habían pasado malas épocas, comiendo gatos y ratas, guareciéndose en las cuevas del cerrillo de San Blas, de Madrid Moderno y del cementerio del Este; pero ya tenían los dos su apaño.

— ¿Y de trabajar? ¿Nada? —preguntó Manuel.

— ¡Trabajar! ... *Pa* el gato —contestó Vidal.

Ellos no trabajaban, tartamudeó el *Bizco*; con su chaira en la mano, ¿quién le tosía a él?

En el cerebro de aquella bestia fiera no habían entrado, ni aun vagamente, ideas de derechos y de deberes. Ni deberes, ni leyes, ni nada; para él la fuerza era la razón, el mundo, un bosque de caza. Sólo los miserables podían obedecer la ley del trabajo. Así decía él: el trabajo *pa* los primos, el miedo *pa* los blancos.

Mientras hablaban los tres, pasaron por la carretera un hombre y una mujer con un niño en brazos. Tenían un aspecto entristecido, de gente perseguida y famélica, la mirada tímida y huraña.

— Ésos son los que trabajan —exclamó Vidal—. Así están ellos.

— Que se hagan la santísima —murmuró el *Bizco*.

— ¿Adónde irán? —preguntó Manuel, contemplándolo con pena.

— A los tejares —contestó Vidal—. A vender azafrán, como dicen por ahí.

— ¿Y por qué dicen eso?

— Como el azafrán es tan caro...

Se detuvieron los tres y se tendieron en el suelo. Estuvieron más de una hora hablando de mujeres y de medios de sacar dinero.

— ¿No tenéis perras? —preguntó Vidal a Manuel y al *Bizco*.

— Dos reales —contestó éste.

— ¡Anda, convida! Vamos a tomar una botella.

Accedió el *Bizco* refunfuñando, se levantaron y se fueron acercando a Madrid. Una fila de burros blanquecinos pasó por delante de ellos; un gitano joven y moreno, con una larga vara debajo del brazo, montado en las ancas del último borrico de la fila, gritaba a cada paso: ¡*Coroné!*, ¡*coroné!*

— ¡Adiós, cañí! —le dijo Vidal.

— Vaya con Dios la gente buena —contestó el gitano con voz ronca. Al llegar a una taberna del camino, al lado de la casucha de un trapero, se detuvieron, y Vidal pidió la botella de vino.

— ¿Qué es esa fábrica? —preguntó Manuel, señalando una que estaba a la izquierda de la carretera de Andalucía, según se había vuelto a Madrid.

— Ahí hacen dinero con sangre —contestó Vidal solemnemente. Manuel le miró asustado.

— Es que hacen cola con la sangre que sobra en el Matadero —añadió su primo riéndose.

Escanció Vidal en las copas y bebieron los tres.

Se veía Madrid en alto, con su caserío alargado y plano, sobre la arboleda del Canal. A la luz roja del sol poniente brillaban las ventanas con resplandor de brasa; destacábanse muy cerca, debajo de San Francisco el Grande, los rojos depósitos de la fábrica del gas, con sus altos soportes, entre escombreras negruzcas; del centro de la ciudad brotaban torrecillas de poca altura y chimeneas que vomitaban, en borbotones negros, columnas de humo inmovilizadas en el aire tranquilo. A un lado se erguía el Observatorio, sobre un cerrillo, centelleando el sol en sus ventanas; al otro, el Guadarrama, azul, con sus crestas blancas, se recortaba en el cielo limpio y transparente, surcado por nubes rojas.

— *Na* —añadió Vidal, después de un momento de silencio, dirigiéndose a Manuel—, tú has de venir con nosotros; formaremos una cuadrilla.

— Eso es —tartamudeo el *Bizco*.

— Bueno; ya veré —dijo Manuel de mala gana.

— ¿Qué ya veré ni qué hostia? Ya está formada la cuadrilla. Se llamará la cuadrilla de los Tres.

— Muy bien —gritó el *Bizco*.

— ¿Y nos ayudaremos unos a otros? —preguntó Manuel.

— Claro que sí —constestó su primo—. Y si hay alguno que hace traición...

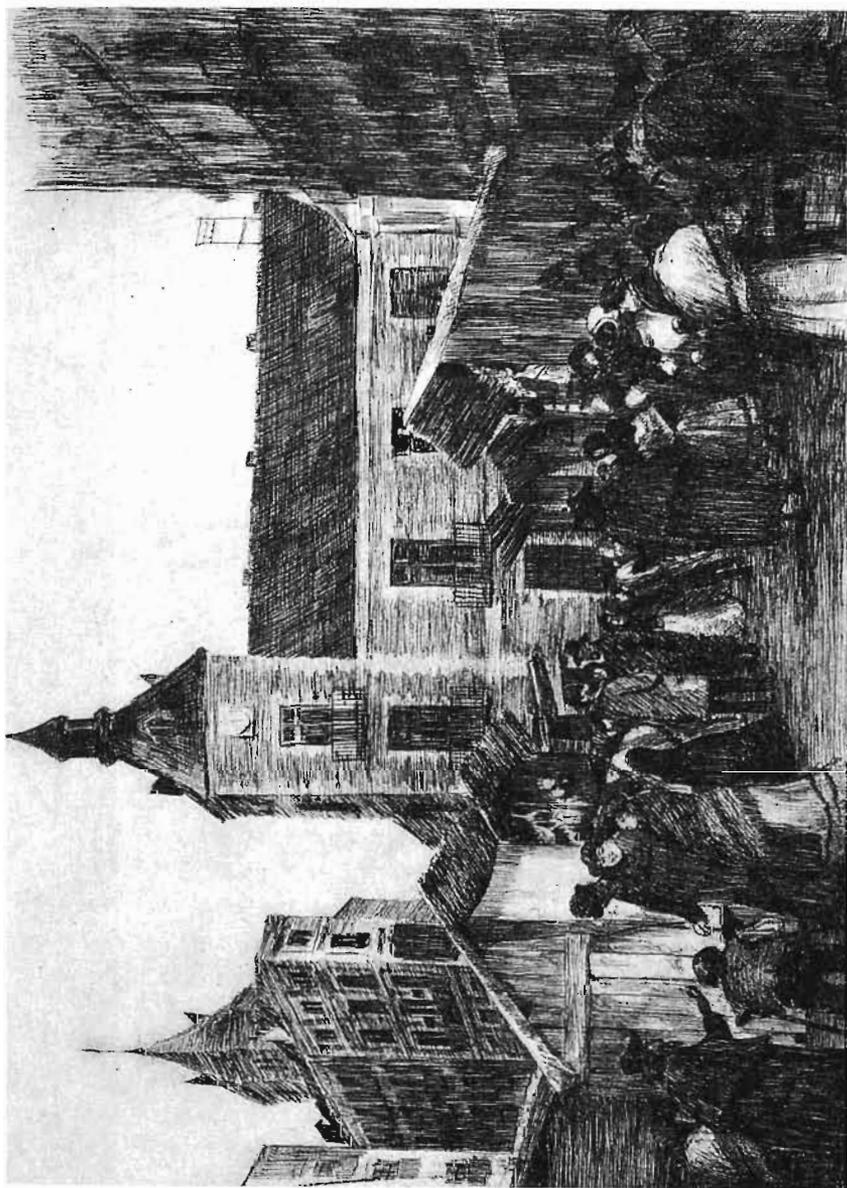
— Si hay alguno que haga traición —interrumpió el *Bizco*—, se le cortan los riñones. Y para dar fuerza a su afirmación sacó el puñal y lo clavó con energía en la mesa.

Al anochecer volvieron los tres por la carretera hasta el puente de Toledo y se separaron allí, citándose para el día siguiente.

Manuel pensaba en lo que le podía comprometer la promesa hecha de entrar a formar parte de la Sociedad de los Tres. La vida del *Bizco* y de Vidal le daba miedo. Tenía que resolverse a dar a su existencia un nuevo giro; pero ¿cuál? Eso es lo que no sabía.

Durante algún tiempo, Manuel no se atrevió a aparecer en casa de la patrona; veía a su madre en la calle, y dormía en la cuadra de la casa en donde servía una de sus hermanas. Luego se dio el caso de que a la sobrina de la patrona la encontraron en la alcoba de un estudiante de la vecindad, y esto le rehabilitó un tanto a Manuel en la casa de huéspedes. [...]





Plaza de Santa Cruz. Ricardo Baroja. Biblioteca Nacional.



La lucha por la vida

Aurora roja

I

Un barrio sepulcral. Divagaciones trascendentales. Electricidad y peluquería. Tipos raros, buenas personas

La casa estaba en una plazoleta sin nombre cruzada por la calle de Magallanes, cerca de unos antiguos y abandonados cementerios. Limitaban la plazoleta, por un lado, unas cuantas casas sórdidas que formaban una curva, y por el otro, un edificio amarillo, bajo, embutido en una larga tapia. Este edificio amarillo, con una bóveda pizarrosa y un tinglado de hierro con una campana, era, a juzgar por un letrero medio borrado, la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores.

A derecha y a izquierda de esta iglesia seguía una tapia medio derruida; a la izquierda, la tapia era corta y tenía una puerta pequeña, por cuyas rendijas se veía un cementerio con los nichos vacíos y las arcadas ruinosas; a la derecha, en cambio, la pared, después de limitar la plazoleta, se torcía en ángulo obtuso, formando uno de los lados de la calle de Magallanes, para lo cual se unía a las verjas, paredones, casillas y cercas de varios cementerios escalonados unos con otros. Estos cementerios eran el general del Norte, las Sacramentales de San Luis y San Ginés y la Patriarcal.

Al terminar los tapiales en el campo, desde su extremo se veían en un cerrillo las copas puntiagudas de los cipreses del cementerio de San Martín, que se destacaban rígidas en el horizonte.



Por lo dicho se comprende que pocas calles podrían presentar méritos tan altos tan preeminentes, para obtener los títulos de sepulcral y de fúnebre como Magallanes.

En Madrid, donde la calle profesional no existe, en donde todo anda mezclado y desnaturalizado, era una excepción honrosa la calle de Magallanes, por estar francamente especializada, por ser exclusivamente fúnebre, de una funebridad única e indivisible. Solamente podía parangonarse en especialización con ella alguna que otra callejuela de barrios bajos y la calle de la Justa, hoy de Ceres. Esta última, sobre todo, dedicada galantemente a la diosa de las labores agrícolas, con sus casuchas bajas, en donde hacían tertulia los soldados; esta calle, resto del antiguo burdel, poblada de mujeronas bravías, con la colilla en la boca, que se hablan de puerta a puerta, acarician a los niños, echan céntimos a los organilleros y se entusiasman y lloran oyendo cantar canciones tristes del presidio y de la madre muerta, podía sostener la comparación con aquélla, podía llamarse sin protesta alguna calle del Amor, como la de Magallanes podía reclamar con justicia el nombre de calle de la Muerte.

Otra cualidad un tanto paradójica unía a estas dos calles, y era que, así como la de Ceres, a fuerza de ser francamente amorosa, recordaba el sublimado corrosivo y, a la larga, la muerte; así la de Magallanes, por ser extraordinariamente fúnebre, parecía a veces jovial y no era raro ver en ella a algún obrero cargado de vino o alguna pareja de golfos sentados en el suelo recordando sus primeros amores.

La plazoleta innominada cruzada por la calle de Magallanes tenía una parte baja por donde corría ésta y otra a un nivel más alto que formaba como un raso delante de la parroquia. En este raso o meseta, con una cruz de piedra en medio, solían jugar los chicos novilleros de la vecindad.

Todas las casas de la plazoleta y de la calle de Magallanes eran viviendas pobres, la mayoría de piso bajo, con un patio grande y puertas numeradas; casi todas ellas eran nuevas, y en la línea entera únicamente había una casa aislada, una casita vieja, de un piso, pequeña y rojiza.

Tenía la tal casuca un tejado saliente y alabeado, una puerta de entrada en medio; a un lado de ésta, una barbería, y al otro, una ventana con una reja.

Algunas casas, como los hombres, tienen fisonomía propia, y aquélla la tenía; su fachada era algo así como el rostro de un viejo

alegre y remozado; los balcones, con sus cortinillas blancas y sus macetas de geranios rojos y capuchinas verdes, debajo del alero torcido y prominente, parecían ojos vivarachos sombreados por el ala de un chambergo.

La portada de la barbería era azul, con un rótulo blanco que decía:

LA ANTISÉPTICA
PELUQUERÍA ARTÍSTICA
[...]



La lucha por la vida

Mala hierba

[...] A la mañana siguiente, cuando salieron, ya no llovía; la nieve se había derretido por completo. La explanada del Mercado de Ganados hallábase convertida en un pantano; el suelo de la Ronda, en un barrizal; las casas y los árboles chorreaban agua; todo se veía negro, cenagoso, desierto; sólo algunos perros vagabundos, famélicos, llenos de barro, husmeaban en los montones de basura.

Manuel empeñó la capa, y por consejo de Jesús se abrigó el pecho con unos periódicos. Dieron diez reales en una casa de préstamos por la prenda y fueron los tres a comer a la tienda-asilo de la Montaña del Príncipe Pío.

Manuel y Jesús, acompañados de don Alonso, entraron en dos imprentas a preguntar si había trabajo; pero no lo había. Por la noche volvieron a la tienda-asilo a cenar. Propuso don Alonso ir a dormir al Depósito de mendigos. Salieron los tres; era al anochecer; había una fila de golfos andrajosos a la puerta del Depósito esperando a que abrieran; Jesús y Manuel fueron partidarios de no entrar allá.

Recorrieron el bosquecillo próximo al cuartel de la Montaña; algunos soldados y algunas prostitutas charlaban y fumaban en corro; siguieron la calle de Ferraz, y luego la de Bailén; cruzaron el Viaducto, y por la calle de Toledo bajaron al paseo de los Pontones.

El rincón donde habían pasado la noche anterior le ocupaba una banda de golfos.

Siguieron adelante, metiéndose en el barro; comenzaba a llover de nuevo. Propuso Manuel entrar en la taberna de la *Blasa*, y por la escalera del paseo Imperial bajaron a la hondonada de las Injurias. La taberna estaba cerrada. Entraron en una callejuela. Los pies se

hundían en el barro y en los charcos. Vieron una casucha con la puerta abierta y entraron. El *Hombre Boa* encendió una cerilla. La casa tenía dos cuartos de un par de metros en cuadro. Las paredes de aquellos cuartuchos destilaban humedad y mugre; el suelo, de tierra apisonada, estaba agujereado por las goteras y lleno de charcos. La cocina era un foco de infección: había en medio un montón de basura y de excrementos, en los rincones, cucarachas muertas y secas.

Por la mañana salieron de la casa. El día se presentaba húmedo y triste; a lo lejos, el campo envuelto en niebla. El barrio de las Injurias se despoblaba; iban saliendo sus habitantes hacia Madrid, a la busca, por las callejuelas llenas de cieno; subían unos al paseo Imperial, otros marchaban por el arroyo de Embajadores.

Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Peor aspecto que los hombres tenían aún las mujeres, sucias, desgredadas, haraposas. Eran una basura humana, envuelta en guiñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciaria, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y de la miseria.

— Si los ricos vieran esto, ¿eh? —dijo don Alonso.

— ¡Bah!, no harían nada —murmuró Jesús.

— ¿Por qué?

— Porque no. Si le quita usted al rico la satisfacción de saber que mientras él duerme otro se hiela, que mientras él come otro se muere de hambre, le quita usted la mitad de su dicha.

— ¿Crees tú eso? —preguntó don Alonso, mirando a Jesús con asombro.

— Sí. Además, ¿qué nos importa lo que piensen? Ellos no se ocupan de nosotros; ahora dormirán en sus camas limpias y mullidas, tranquilamente, mientras nosotros...

Hizo un gesto de desagrado el *Hombre Boa*; le molestaba que se hablara mal de los ricos.

Salió el sol; un disco rojo sobre la tierra negra; luego, a las escombreras de la Fábrica del Gas de encima de las Injurias comenzaron a llegar carros y a verter cascotes y escombros. En las casuchas de la hondonada, alguna que otra mujer se asomaba a la puerta con la colilla del cigarro en la boca.

Una noche, el sereno de las Injurias sorprendió a los tres hombres en la casa desalquilada y los echó de allí.

Los días siguientes, Manuel y Jesús —el titiritero había desaparecido— se decidieron a ir al Asilo de las Delicias a pasar la noche. Ninguno de los dos se preocupaba de buscar trabajo. Llevaban ya cerca de un mes vagabundeando, y un día en un cuartel, al siguiente en un convento o en un asilo, iban viviendo.

La primera vez que Jesús y Manuel durmieron en el Asilo de las Delicias fue un día de marzo.

Cuando llegaron al Asilo no se había abierto aún. Aguardaron paseando por el antiguo camino de Yeseros. Se internaron por los campos próximos, en los que se veían casuchas miserables, a cuyas puertas jugaban al chito y al tejo algunos hombres y pululaban chiquillos andrajosos.

Eran aquellos andurriales sitios tristes, yermos, desolados; lugares de ruina, como si en ellos se hubiese levantado una ciudad a la cual un cataclismo aniquilara. Por todas partes se veían escombros y cascotes, hondonadas llenas de escorias; aquí y allí alguna chimenea de ladrillo rota, algún horno de cal derruido. Sólo a largo trecho se destacaba una huerta con su noria; a lo lejos, en las colinas que cerraban el horizonte, se levantaban barricadas confusas y casas esparcidas. Era un paraje intranquilizador; por detrás de las lomas salían vagos de mal aspecto en grupos de tres y cuatro.

Por allá cerca pasaba el arroyo Abroñigal, en el fondo de un barranco, y Manuel y Jesús lo siguieron hasta el puente de ladrillo llamado de los Tres Ojos.

Volvieron al anoecer. El Asilo estaba ya abierto. Se encontraba a la derecha, camino de Yeseros arriba próximo a unos cuantos cementerios abandonados. El tejado puntiagudo, las galerías y escalinatas de madera, le daban aspecto de un chalet suizo. En el balcón, en un letrero sujeto al barandado, se leía: *Asilo Municipal del Sur*. Un farol de cristal rojo lanzaba la luz sangrienta en medio de los campos desiertos.

Manuel y Jesús bajaron varios escalones; en una taquilla, un empleado que escribía en un cuaderno les pidió su nombre, lo dieron y entraron en el Asilo. La parte destinada a los hombres tenía dos salas, iluminadas con mecheros de gas, separadas por un tabique, las dos con pilares de madera y ventanucas altas y pequeñas. Jesús y Manuel cruzaron la primera sala y entraron en la segunda, en donde a lo largo, sobre unas tarimas, había algunos hombres. Se tendieron también ellos y charlaron un rato...



Iban entrando mendigos, apoderándose de las tarimas, colocadas en medio y junto a las columnas. Dejaban, los que entraban, en el suelo sus abrigos, capas llenas de remiendos, elásticas sucias, montones de guñapos, y al mismo tiempo latas llenas de colillas, pucheros y cestas.

Los parroquianos pasaban casi todos a la segunda sala.

— Aquí no corre tanto aire —dijo un viejo mendigo que se preparaba a tenderse cerca de Manuel.

Unos cuantos golfos de quince a veinte años hicieron irrupción en la sala, se apoderaron de un rincón y se pusieron a jugar al cané.

— ¡Qué tunantes sois! —les gritó el viejo mendigo vecino de Manuel—. Hasta aquí tenéis que venir a jugar, ¡leñe!

— ¡Ay, con lo que sale ahora el arrugado! —replicó uno de los golfos.

— Cállese usted, ¡calandria! Si se parece usted a don Nicanor tocando el tambor —dijo otro.

— ¡Granujas! ¡Golfos! —murmuró el viejo con ira.

Manuel se volvió a contemplar al iracundo viejo. Era bajito, con barba escasa y gris; tenía los ojos como dos cicatrices y unas antiparras negras que le pasaban por en medio de la frente. Vestía un gabán remendado y mugriento, en la cabeza una boina y encima de ésta un sombrero duro de ala grasienta. Al llegar, se desembarazó de un morral de tela y lo dejó en el suelo.

— Es que estos granujas nos desacreditan —explicó el viejo—; el año pasado robaron el teléfono del asilo y un pedazo de plomo de una cañería.

Manuel paseó la vista por la sala. Cerca de él, un viejo alto, de barba blanca, con una cara de apóstol, embebido en sus pensamientos, apoyaba la espalda en uno de los pilares; llevaba una blusa, una bufanda y una gorrilla. En el rincón ocupado por los golfos descarrados y fanfarrones se destacaba la silueta de un hombre vestido de negro, tipo de cesante. En sus rodillas apoyaba la cabeza un niño dormido, de cinco a seis años.

Todos los demás eran de facha brutal: mendigos con aspecto de bandoleros; cojos y tullidos que andaban por la calle mostrando sus deformidades; obreros sin trabajo, acostumbrados a la holganza, y entre éstos algún tipo de hombre caído, con la barba larga y las guedejas grasientas, al cual le quedaba en su aspecto y en su traje, con cuello, corbata y puños, aunque muy sucios, algo de distinción; un pálido reflejo del esplendor de la vida pasada.

La atmósfera se caldeó pronto en la sala, y el aire impregnado de olor de tabaco y de miseria se hizo nauseabundo. Manuel se tendió en su tarima y escuchó la conversación que entablaron Jesús y el mendigo viejo de las antiparras. Era éste un pordiosero impenitente, conocedor de todos los medios de explotar la caridad oficial.

A pesar de que andaba siempre rodando de un lado a otro, no se había alejado nunca más de cinco o seis leguas de Madrid.

— Antes se estaba bien en este Asilo —explicaba el viejo a Jesús—; había una estufa; las tarimas tenían su manta, y por la mañana a todo el mundo se le daba una sopa.

— Sí, una sopa de agua —replicó otro mendigo joven, melenudo, flaco y tostado por el sol.

— Bueno, pero calentaba las tripas.

El hombre decente, disgustado, sin duda, de encontrarse entre la golfería, tomó al chico entre sus brazos y se acercó al lugar ocupado por Jesús y Manuel y terció en la conversación contando sus cuitas. Dentro de lo triste, era cómica su historia.

Venía de una capital de provincia, dejando un destinillo, creyendo en las palabras del diputado del distrito, que le prometió un empleo en un Ministerio. Se pasó dos meses detrás del diputado y se encontró al cabo de ellos en la miseria y en el desamparo más grande. Mientras tanto, escribía a su mujer dándole esperanzas.

El día anterior le habían despachado de la casa de huéspedes, y después de correr medio Madrid y no encontrando medio de ganar una peseta, fue al Gobierno Civil y pidió a un guardia que les llevara a su hijo y a él a un asilo. «No llevo al asilo sino a los que piden limosnas», le dijo el guardia. «Yo voy a pedir limosna —le contestó él con humildad—; puede usted llevarme». «No; pida usted limosna, y entonces le cogeré».

Al hombre se le resistía pedir; pasaba un señor, se acercaba con su hijo, se llevaba la mano al sombrero, pero la petición no salía de su boca. Entonces el guardia le había aconsejado que fuera al Asilo de las Delicias.

— Pues si le llegan a coger, no adelanta usted nada —dijo el de los anteojos—; le habrían llevado al Cerro del Pimiento y allá se habría usted pasado el día sin probar la gracia de Dios.

— Y luego, ¿qué habrían hecho conmigo? —preguntó la persona decente.

— Echarlo fuera de Madrid.

— Pero ¿no hay sitios por ahí para pasar la noche? —dijo Jesús.

— La mar —contestó el viejo—, por todas partes. Ahora que en el invierno se tiene frío.

— Yo he vivido —añadió el mendigo joven— más de medio año en Vaciamadrid, un pueblo que está casi deshabitado; un compañero mío y yo encontramos una casa cerrada y nos instalamos en ella. Vivimos unas semanas al pelo. Por las noches íbamos a la estación de Arganda; con una barrena hacíamos un agujero en un barril de vino, llenábamos la bota y después tapábamos el agujero con pez.

— ¿Y por qué se fueron ustedes de allí? —preguntó Manuel.

— La Guardia Civil nos sitió y tuvimos que escaparnos por las ventanas. Maldito si yo no estaba cansado ya de aquel rincón. A mí me gusta andar por esos caminos, una vez aquí, otra vez allá. Se encuentra uno con gente que sabe, y se va uno ilustrando...

— ¿Y usted ha andado mucho por ahí?

— Toda mi vida. Yo no puedo gastar más que un par de alpargatas en un pueblo. Me entra una desazón cuando estoy en el mismo sitio, que tengo que echar a andar. ¡Ah! ¡El campo! no hay cosa como eso. Se come donde se puede; el invierno es malo, ¡pero el verano! Se hace uno una cama de tomillo debajo de un árbol y se duerme uno allá tan ricamente, mejor que el rey. Luego, como las golondrinas, se va uno donde hace calor.

El viejo de las antiparras, desdeñando lo que decía el vagabundo joven, indicó a Jesús los rincones que había en las afueras.

— Adonde suelo yo ir cuando hace buen tiempo es a un camposanto que hay cerca del tercer depósito. Allá hay unas casas donde iremos esta primavera.

Manuel oyó confusamente el final de la conversación y se quedó dormido. A media noche se despertó al oír unas voces. En el rincón de la golfería, dos muchachos rodaban por el suelo y luchaban a brazo partido.

— Te daré dinero —murmuró uno entre dientes.

— Suelta, que me ahogas.

El mendigo viejo, que se había despertado, se levantó furioso, levantó el garrote y dio un golpe en la espalda a uno de ellos. El caído se irguió bramando de coraje.

— Ven ahora, ¡cochino! ¡Hijo de la grandísima perra! —gritó.

Se abalanzaron uno sobre el otro, se golpearon y cayeron los dos de bruces.

— Estos granujas nos están desacreditando —exclamó el viejo.

Un guardia restableció el orden y explusó a los alborotadores. Volvió a tranquilizarse el cotarro y no se oyeron más que ronquidos sordos y sibilantes...

Por la mañana, antes de amanecer, cuando se abrieron las puertas del Asilo, salieron todos los que habían pasado allí la noche y se desparramaron al momento por aquellos andurriales.

Manuel y Jesús siguieron la calle de Méndez Alvaro. En los andenes de la estación del Mediodía brillaban los focos eléctricos como globos de luz en el aire negro de la noche.

De las chimeneas del taller de la estación salían columnas apretadas de humo blanco; las pupilas rojas y verdes de los faros de señales lanzaban un guiño confidencial desde sus altos soportes; las calderas en tensión de las locomotoras bramaban con espantosos alaridos.

Temblaban las luces mortecinas de los distanciados faroles de ambos lados de la carretera. Se entreveían en el campo, en el aire turbio y amarillento como un cristal esmerilado, sobre la tierra sin color, casucas bajas, estacadas negras, altos palos torcidos de telégrafos, lejanos y oscuros terraplenes por donde corría la línea del tren. Algunas tabernuchas, iluminadas por un quinqué de luz lánguida, estaban abiertas... Luego ya, a la claridad opaca del amanecer, fue apareciendo a la derecha el ancho tejado plomizo de la estación del Mediodía, húmedo de rocío; enfrente, la mole del Hospital General, de un color ictérico; a la izquierda, el campo yermo, las eras inciertas, pardas, que se alargaban hasta fundirse en las colinas onduladas del horizonte bajo el cielo húmedo y gris, en la enorme desolación de los alrededores madrileños... [...]

IV

Un fusilamiento. En el Puente del Sotillo. El destino.

Una noche de agosto salían del Teatro Eldorado Manuel, Vidal, la Flora y la Justa, cuando dijo Vidal:

— Hoy fusilan a un soldado. ¿Queréis que vayamos a verlo? — Sí, vamos —contestaron la Flora y la Justa.

Hacía una noche hermosa y templada.

Subieron a la calle de Alcalá, y entraron en Fornos. A eso de las tres salieron del café, y en una *manuela* se dirigieron al lugar de la ejecución.

Dejaron el coche frente a la Cárcel Modelo.

Era demasiado temprano; aún no había amanecido.

Dieron la vuelta a la Cárcel, metiéndose por una callejuela con una zanja abierta en la arena, hasta salir a los desmontes próximos a la calle de Rosales. Tenía el edificio de la Cárcel Modelo, visto desde aquellos campos desolados, un aspecto imponente; parecía una fortaleza envuelta en la luz azul y espectral de los arcos voltaicos. Los centinelas daban de cuando en cuando un alerta largo, que producía una terrible impresión de angustia.

— ¡Qué triste es esta casa! —murmuró Vidal—. ¡Y cuánta gente habrá ahí encerrada!

— ¡Psch..., que los maten! —replicó la Justa con indiferencia.

Pero Vidal no sentía este desdén, y se indignó con la frase de la Justa.

— ¿*Pa*, qué roban? —replicó ésta.

— Y tú, ¿por qué...?

— Yo, para comer.

— Pues ellos también para comer.

La Flora recordó que de chica había visto la ejecución de la Higinia. Había ido con la hija de la portera de su casa.

— Allí estaba el patíbulo —y señaló el centro de una tapia frente a la capilla—. En los desmontes hormigueaba el gentío. Vino la Higinia vestida de negro, apoyada en los Hermanos de la Paz y Caridad; debía de estar ya muerta de espanto; la sentaron en el banquillo, y un cura con una cruz alzada se puso delante de la Higinia; la ató el verdugo con unas cuerdas por los pies, sujetándola las faldas; luego, la tapó la cara con un pañuelo negro, y, poniéndose detrás de ella, dio de prisa dos vueltas a la rueda; en seguida le quitó el pañuelo de la cara y quedó la mujer tan raída sobre el palo.

»Después —terminó diciendo la Flora—, la otra chica y ella tuvieron que echar a correr, porque los guardias civiles dieron una carga.

Vidal, al oír tan minuciosas descripciones, palideció. — Estas cosas me matan —dijo, poniéndose una mano sobre el corazón.

— ¿Para qué has querido venir? —le preguntó Manuel—. ¿Quieres que nos volvamos?

— No, no.

Salieron a la plaza de la Moncloa. En una esquina de la cárcel había un grupo de gente. Estaba amaneciendo. Una franja de oro se formaba en el horizonte. Por la calle de la Princesa subía un escuadrón frente a la cárcel.

— A ver si nos dan la entretenida y lo fusilan en otra parte —decía un vejete, a quien la idea de madrugar y no presenciar la ejecución debía de parecer en extremo desagradable.

— Hacia San Bernardino es donde lo fusilan —anunció un golfo.

Todos echaron a correr. Efectivamente, debajo de unos desmontes próximos al paseo de Areneros formaban los soldados el cuadro. Había un público de cómicos, trasnochadores, coristas, prostitutas, subidos en coches simones, y una turbamulta de golfos y de mendigos. El espacio despejado era extensísimo. Vino un furgón gris y entró en medio del cuadro a la carrera; bajaron tres figuras que parecían muñecos; los dos de a los lados del reo llevaban sombrero de copa. No se veía bien al soldado.

— ¡Bajad las cabezas —decían los del público, los que estaban atrás—, que veamos todos!

Se destacaron ocho soldados de Caballería con fusiles cortos y se pusieron delante del reo; se conoce que no quedaron bien de frente, porque, moviéndose de lado, como un animal de muchas patas, anduvieron algunos metros. El sol brillaba en la arena amarilla del desmonte, en los cascos y correajes de los soldados. No se oyó voz de mando: los fusiles apuntaron.

— ¡Bajad las cabezas! —gritaron otra vez con acento irritado los que se hallaban colocados en tercera y cuarta fila.

Sonó una detonación sin fuerza; poco después se oyó otra. — Es el golpe de gracia —murmuró Vidal.

Todo el mundo echó a andar hacia Madrid; se oyó estrépito de tambores y cornetas. El sol brillaba en los cristales de las casas. Iban Manuel, Vidal y las dos mujeres por el paseo de Areneros cuando oyeron otra detonación.

— Se conoce que no había muerto —añadió Vidal, más pálido. Estaban los cuatro preocupados.

— ¿Sabes? —dijo Vidal—. Se me ha ocurrido una cosa para quitarnos la mala impresión de esto: imos a merendar esta tarde.

— ¿Adónde? —preguntó Manuel.

— Hacia el río. Recordaremos nuestros buenos tiempos. ¿Eh?
¿Qué te parece?

— Muy bien.

— ¿La Justa no tendrá nada que hacer?

— No.

— Bueno. Pues, entonces, al mediodía estamos todos en el merendero de la señora Benita, que está cerca del Embarcadero y del puente del Sotillo.

— Convenido.

— Ahora vamos a dormir un rato.

Lo hicieron así. A las doce salieron Manuel y la Justa, y fueron al merendero; todavía no había llegado nadie.

Se sentaron los dos en un banco; la Justa estaba malhumorada. Compró diez céntimos de cacahuets y se puso a comerlos.

— ¿Quieres? —le dijo a Manuel.

— No; se me meten en las muelas.

— Pues yo tampoco —y los tiró al suelo.

— ¿A qué los comprar para tirarlos?

— Me da la gana.

— Bueno, haz lo que quieras.

Pasaron los dos bastante tiempo esperando, sin hablarse; la Justa, impacientada, se levantó.

— Me voy a casa —dijo.

— Yo voy a esperar —replicó Manuel.

— Anda y que te zurzan con hilo negro, ladrón.

Manuel se encogió de hombros.

— Y que te den morcilla.

— Gracias.

La Justa, que iba a marcharse, se detuvo al ver que llegaban Calatrava con la *Aragonesa* y Vidal al lado de la Flora. Calatravaba traía una guitarra.

Pasó un organillo por delante del merendero. El *Cojo* lo hizo parar y bailaron Vidal y la Flora, la Justa y Manuel.

Llegaron nuevas parejas, entre ellas una mujer gorda y chata, vestida de un modo ridículo, que iba acompañada de un hombre de patillas de hacha y aspecto agitanado. La Justa, que se sentía insolente y provocativa, comenzó a reírse de la mujer gorda; la otra contestó con despreciativo retintín y recalcando la palabra:

— Estos pericos...

— ¡La tía gamberra! —murmuró la Justa, y cantó a media voz, dirigiéndose a la chata, este tanto:

Eres más fea que un perro de presa,
y a presumida no hay quien te gane.

— ¡Indecente! —gruñó la gorda.

El hombre con facha de gitano se acercó a Manuel para decirle que aquella señora (la Justa) estaba faltando a la suya, y que él no podía permitir esto. Manuel comprendía que tenía razón; pero, a pesar de esto, contestó insolentemente al hombre. Vidal se interpuso, y después de muchas explicaciones por una y otra parte, se decidió que allí no se había faltado a nadie, y se arregló la cuestión. Pero la Justa estaba con humor de pelea y se trabó de palabras con uno de los organilleros, desvergonzado por razón de oficio.

— Calla, ¡leñe! —gritó Calatrava, dirigiéndose a la Justa—, y tú calla también —dijo el organillero—, porque si no te voy arrimar un estacazo.

— Vamos nosotros adentro —indicó Vidal.

Pasaron las tres parejas a un cobertizo con mesas y bancos rústicos y un barandado de palitroques que daban al Manzanares. En medio del río había dos islas cubiertas de un verdín brillante, y entre éstas unas cuantas tablas que servían de paso desde una orilla a otra.

Trajeron la comida, pero la Justa no quiso comer, y a las preguntas que la hicieron no contestó; y luego, sin saber por qué, empezó a llorar amargamente entre las burlas de la Flora y de la *Aragonesa*. Luego se tranquilizó y quedó alegre y jovial.

Comieron allá opíparamente y salieron un momento a bailar a la carretera al son del organillo. Manue creyó ver pasar varias veas al *Bizco* por delante del merendero.

— ¿Será él? ¿Qué buscará por aquí? —se preguntó.

Al anoecer volvieron las tres parejas adentro, encendieron luz en un cuarto y mandaron traer aguardiente y café. Hablaron durante largo rato. Calatrava cotó con verdadera delectación horrores de la guerra de Cuba. Había satisfecho allí sus instintos naturales de crueldad, macheteando negros, arrasando ingenios, destruyendo e incendiando todo lo que se le ponía por delante.

Las tres mujeres, sobre todo la *Aragonesa*, le escuchaban con

entusiasmo. De pronto, Calatrava calló, pensativo, como si algún recuerdo triste le embargara.

Vidal tomó la guitarra y cantó el tango del *Espartero* con gran entusiasmo; después tarareó el de *La Tempranica* con mucha gracia, cortando las frases para dar más intención y poniendo la mano en la boca de la guitarra, para detener a veces el sonido. La Flora marcó unas cuantas posturas jacarandosas, mientras Vidal, echándose las de gitano, cantaba:

*¡Ze coman los mengues
mardita la araña
que tie en la barriga
pintá una guitarra!
Bailando ze cura
tan jondo doló...
¡Ay! Malhaya la araña
que a mí me picó.*

Luego fue Marcos Calatrava el que cogió la guitarra. No sabía puntear como Vidal, sino que rasgueaba suavemente, con monotonía. Marcos cantó una canción cubana, triste, lánguida, que daba la nostalgia de un país tropical. Era una larga narración que evocaba los danzones de los negros, las noches espléndidas del trópico, el sol, la patria, la sangre de los soldados muertos, la bandera, que hace saltar las lágrimas a los ojos, el recuerdo de la derrota..., algo exótico y al mismo tiempo íntimo, algo muy doloroso, algo hermosamente plebeyo y triste.

Y Manuel sentía al oír aquellas canciones la idea grande, fiera y sanguinaria de la patria. Y se la representaba como una mujer soberbia, con los ojos brillantes y el gesto terrible, al lado de un león...

Después, Calatrava entonó, acompañándose del resguear monótono de la guitarra, una canción de insurrectos muy lánguida y triste. Una de las coplas, que Calatrava cantaba en cubano, decía:

*Pinté a Matansa, confusa,
la playa de Viyamá,
y no he podido pintá
el nido de la lechusa;*

*Yo pinté por donde crusa
un beyo ferrocarrí,
un machete y un fusí
y una lancha cañóera,
y no pinté la bandera
por la que voy a morí.*

No sabía Manuel por qué, pero aquella reunión de cosas incongruentes que se citaban en el canto le produjo una tristeza enorme...

Afuera anocheecía. A lo lejos la tierra azafnanada brillaba con las últimas palpitaciones del sol, oculto en nubes encendidas como dragones de fuego; alguna torre, algún árbol, alguna casucha miserable rompía la línea del horizonte, recta y monótona; el cielo hacia Poniente se llenaba de llamas.

Luego oscureció; fue ennegreciéndose el campo, el sol se puso.

Por el puentecillo de tablas, tendido de una orilla a otra, pasaban mujeres negruzcas, con fardeles de ropa bajo el brazo.

Manuel experimentaba una gran angustia. A lo lejos, de algún merendero, llegaba el rasguear lejano de una guitarra.

Vidal salió del cobertizo.

— Ahora vengo —dijo.

Un momento... y se oyó un grito de desesperación. Todos se levantaron.

— ¿Ha sido Vidal? —preguntó la Flora.

— No sé —dijo Calatrava, dejando la guitarra sobre la mesa.

Rumor de voces resonó hacia el río. Se asomaron todos al balcón que daba al Manzanares. En una de las islillas verdes dos hombres luchaban a brazo partido. Uno de ellos era Vidal; se le conocía por el sombrero cordobés blanco. La Flora, al conocerlo, dio un grito de terror; poco después los dos hombres se separaron y Vidal cayó a tierra, de bruces, en silencio. El otro puso una rodilla sobre la espalda del caído y debió asestarle diez o doce puñaladas. Luego se metió en el río, llegó a la otra orilla y desapareció.

Calatrava y Manuel se descolgaron por el barandado del cobertizo y se acercaron por el puente de tablas hacia el islote.

Vidal estaba tendido boca abajo y un charco de sangre había junto a él. Tenía clavada la navaja en el cuello, cerca de la nuca. Calatrava tiró del mango, pero el arma debía de estar incrustada en

las vértebras. Después Marcos hizo dar al cuerpo media vuelta y le puso la mano en el pecho sobre el corazón.

— Está muerto —dijo tranquilamente.

Manuel miró el cadáver con horror; las últimas claridades de la tarde se reflejaban en los ojos, muy abiertos. Calatrava puso el cadáver en la misma posición que lo había encontrado. Volvieron al merendero.

— ¡Hala!, vámonos —dijo Marcos.

— ¿Y Vidal? —preguntó la Flora.

— Ha *espichado*.

— La Flora comenzó a chillar; pero Calatrava la agarró violentamente del brazo y la hizo enmudecer.

— Vaya..., ahuecando —dijo, y con gran serenidad pagó la cuenta, cogió la guitarra y salieron todos del merendero.

Había oscurecido; a lo lejos, Madrid, de un pálido color de cobre, se destacaba en el cielo azul, melancólico y dulce, surcado en el Poniente por grandes fajas moradas y verdosas; las estrellas comenzaban a lucir y a parpadear con languidez; el río brillaba con reflejo de plata.

Pasaron silenciosos el puente de Toledo, cada uno entregado a sus pensamientos y a sus temores. Al final del paseo de los Ocho Hilos encontraron dos coches; Calatrava, la *Aragonesa* y la Flora entraron en uno; la Justa y Manuel, en otro.

Ramón del Valle-Inclán

Ramón del Valle Inclán (su nombre completo era Ramón José Simón Valle Peña) nació en Villanueva de Arosa, Pontevedra, en 1886. En Pontevedra cursa los estudios de Bachillerato e inicia la lectura de los románticos españoles y de los naturalistas, simbolistas y parnasianos franceses. En 1886 inicia la carrera de Derecho en Santiago, pero la abandona al morir su padre. Posteriormente realiza un viaje a México (1892-1893). Ya en Madrid, en 1889 pierde el brazo izquierdo en una disputa con el periodista Manuel Bueno en el Café de la Montaña. Ello no le impide reconciliarse con Bueno y colaborar con él en 1903, en una refundición de Fuenteovejuna, de Lope.

En la Corte, su fama va creciendo, tanto por la grandeza de su arte, como por las anécdotas de su vida excéntrica. En 1906 trabaja como director artístico en la Compañía de Ricardo Calvo y, al año siguiente, se casa con la actriz Josefina Blanco. El aristócrata displicente, que reivindica los títulos nobiliarios de marqués de Valle, vizconde de Viexin y señor de Caramiñal, vuelve a América en 1910 como director artístico de la compañía teatral Guerrero-Mendoza. En 1916 trabaja como corresponsal de guerra en el frente francés y se declara aliadófilo. Ese mismo año se crea para él, en Madrid, una cátedra de Estética en la Escuela de Bellas Artes.

En 1929 fue encarcelado por Primo de Rivera, que lo calificó de «eximio poeta y extravagante ciudadano». En las Cortes Constituyentes de 1931 se presenta como diputado, pero no resulta elegido. En 1933 la República le nombra director de la Academia de Bellas Artes



de Roma. Al año siguiente, enfermo, regresa a Santiago de Compostela, donde muere, el día cinco de enero de 1936.

El primer libro que ve la luz de su variada producción literaria es Femeninas (1895), donde se aprecian la influencia francesa e italiana de D'Annunzio. Entre 1897 y 1904 aparecen otros libros de relatos con características muy parecidas: Epitalamio, Jardín umbrío, Corte de amor y Flor de Santidad. La producción más importante de esta etapa está constituida, sin embargo, por las Sonatas: Sonata de otoño (1902), Sonata de estío (1903), Sonata de primavera (1904) y Sonata de invierno (1905). Estas cuatro novelas son las supuestas memorias del Marqués de Bradomín, un «don Juan feo, católico y sentimental», en las que, con una prosa rítmica y refinada se exalta con nostalgia un mundo decadente lleno de sensibilidad.

A las Sonatas sigue el ciclo de las Comedias bárbaras: Aguila de blasón (1907), Romance de lobos (1908) y Cara de plata (1922). En el escenario rural gallego desatan sus pasiones los personajes, entre los que destaca, el hidalgo tiránico y arrebatado, don Juan Manuel de Montenegro.

En la trilogía de La guerra carlista: Los cruzados de la Causa, El resplandor de la hoguera y Gerifaltes de antaño (1908-1909) contrasta, por una parte, el heroísmo romántico de las partidas carlistas con la brutalidad de la guerra, y, por otra, el estilo modernista con un lenguaje desgarrado, repleto de términos rústicos. Contrastes semejantes se aprecian en las farsas y dramas escritos entre 1909 y 1920: La cabeza del dragón, Cuento de abril, Voces de gesta, La Marquesa Rosalinda y El embrujado; y en sus libros de poemas: Aromas de leyenda (1907), La pipa de Kif (1919) y El pasajero (1920).

1920 es un año decisivo en su trayectoria literaria. Este año publica cuatro de sus obras dramáticas más significativas: Farsa italiana de la enamorada del rey, Farsa y licencia de la reina castiza, Divinas palabras y Luces de bohemia. Con ellas, sobre todo con las dos últimas, se consolida la técnica del esperpento. El mundo de Divinas palabras recuerda el de las comedias bárbaras y el de Luces de bohemia —la primera obra a la que Valle da el nombre de esperpento— presenta ya claramente la deformación grotesca de la realidad.

En los años siguientes, Valle escribe Los cuernos de don Friolera (1921), Las galas del difunto (1926) y La hija del capitán (1927), tres esperpentos recogidos después con el título de Martes de carnaval.

De la misma época son las piezas breves La rosa de papel (1924), La cabeza del Bautista (1924), Ligazón (1926) y Sacrilegio (1927), que integran el Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte.

Por lo que se refiere a las novelas de esta última época, constituyen, según el autor, «esperpentos acrecidos y trabajados con elementos que no podían darse en la forma dramática». La primera de ellas, Tirano Banderas (1926), escrita a raíz de su viaje a México de 1922, es la que inaugura el ciclo de las novelas del dictador hispanoamericano y en la que a los americanismos de todos los países se une el más singular estilo valleincliniano.

Por último, la sátira política de los tiempos de Isabel II, presente en algunas de sus obras anteriores, reaparece en las novelas de El ruedo ibérico: La corte de los milagros (1927), Viva mi dueño (1928) y las inacabadas Baza de espadas (1932) y El trueno dorado. En todas ellas hay una sátira feroz de este último tercio del siglo XIX y una forma muy original de tratar la historia, los hechos políticos y sociales de ese período. Valle-Inclán ha sabido crear una serie de ambientes con una eficacia visual poco frecuente en nuestra literatura, nos ha presentado a los personajes como nunca se había hecho, estigmatizados lacónicamente, convertidos en títeres, en representaciones caricaturizadas de sí mismos.

Los textos aquí seleccionados pertenecen a La corte de los milagros y a Viva mi dueño. En ambas novelas, un denso mundillo humano puebla el Madrid de fin de siglo, en el que destaca «la Corte de Isabel Segunda con sus frailes, sus togados, sus validos, sus héroes bufos y sus payasos trágicos». Son los «amenos isabelinos» en los que «calesinas y simones bajan, en puja, a la Estación del Mediodía», y en los que la nodriza y el sorche empujan, alternativamente, en el Salón del Prado la rueda del barquillero. Mientras la gente del gran mundo llena los salones del Palacio Real o los del Palacio de Torre-Mellada en la Costanilla de San Martín, en el cenáculo del Café Suizo se aposentan los noctámbulos: el periodista mordaz, el provinciano alucinado, el cómico vanidoso, el militar de fanfarria, el respetuoso borracho profesional, el guitarrista alcahuete, el opulento mendigo y el madrugero cazador, que entra a tomarse una taza de café caliente «antes de salir al ojeo en la paramera de Vicálvaro».

Los personajes y fantoches, que deambulan por este escenario madrileño, aparecen caracterizados con una maestría inigualable. Casi nadie ha conseguido dibujar los lugares y ambientes de Madrid

con tan asombrosa calidad pictórica. Hoy día seguimos viendo muchas de esas caras que siguen reflejándose en los espejos del Callejón del Gato.



La corte de los milagros

Libro tercero

Ecos de Asmodeo

I

El palacio de los Marqueses de Torre-Mellada estuvo en la Costanilla de San Martín. El Palacio de los Picos le decían por el ornamento del muro. Aquel caserón, con gran portada barroca, rejas y chatos balcones montados sobre garabatos de hierro, fue, en las postrimerías del reinado isabelino, lugar de muchas cábalas y conjuras políticas. La crónica secreta conserva en donosos relatos y malignas hablillas el recuerdo del vetusto caserón con rejas de cárcel y portada de retablo, la clásica portada de los palacios de nobles de Madrid.

II

El Salón de la Marquesa Carolina —rancia sedería, doradas consolas, desconcertados relojes— repetía, un poco desafinado, los ecos literarios y galantes de los salones franceses en el Segundo Imperio. La Marquesa, ahora en su cautivante y melancólico otoño, escéptica de las ilusionadas peregrinaciones en busca del amor,



conspiraba soñándose una Marquesa de la Fronda. Acababa de encender las luces el lacayo de estrados, y la doncella, reflejada sucesivamente en los espejos de las consolas, reponía las flores en los jarrones. La Marquesa Carolina, esta noche, como otras noches, mimaba la comedia del frágil melindre nervioso, recostada en el gran sofá de góndola, entre tules y encajes, rubia pintada, casi desvanecida en la penumbra del salón, retumbante de curvas y faralaes, pomposo y vacuo como el miriñaque de las madamas. La Marquesa Carolina era de gran linaje francés, hija del célebre Duque de Ramilly, Mariscal y Par del Reino en la Corte de Luis Felipe. Reclinada en el sofá de góndola, perezosa y lánguida, quejábase de una enfermedad imaginaria. Hacíanle tertulia dos damiselas y un caballero con empaque de rancio gentilhomme. Este caballero era el afrancesado Marqués de Bradomín. Las damiselas —lindas las dos— eran Feliche Bonifaz y Teresita Ozores. La Marquesa se oprimía las sienes con las manos: el gesto doliente agradecía su expresión de rubia otoñal. Teresita Ozores encarecía los encantos de París: acababa de llegar y suspiraba por volver:

— ¡Los franceses, locos con el Imperio! ¡París, maravilloso! ¡La Opera, brillante! ¡Los modistos, un escándalo! ¡Pero qué lujo, qué gracia qué esprit! Esta primavera, el último grito, los fulares estampados con rosas. Eugenia ha puesto la moda. ¡Para las rubias, admirable! ¡Tú, Carolina, estarás encantadora!

Teresita Ozores escondía sus treinta abriles bajo un vistoso plumaje de pájaro perejil. Hablaba con voluble y casquivano gorjeo. La Marquesa Carolina murmuró, declinando los ojos y la sonrisa:

— ¿Te has divertido mucho, a lo que parece?

— ¡Locamente, Carolina! ¡Locamente! ¡No hay más que París!
— ¡Cierto! Paris es único! [...]

X

El Café Suizo no cerraba sus puertas. El madrugero cazador —morrall, escopeta y perro— podía entrar con el alba a beberse una taza de café caliente, antes de salir al ojeo en la paramera de Vicálvaro. El Suizo mantenía siempre encendidos los pomposos tulipanes de la rinconada frontera al mostrador. Allí aposentábase

un cenáculo de noctámbulos: el periodista mordaz, el provinciano alucinado, el cómico vanidoso, el militar de fanfarria, el respetuoso borracho profesional, admirador de los cráneos privilegiados, el guitarrista alcahuete, el opulento mendigo, primogénito de noble casa. Era una trinca apicarada y donosa, con ajadas plumas calderonianas, un eco de arrogancias y estocadas, recogido en aire de jácara matona. Aquella noche se juntaban Toñete Bringas, Perico el Maño, el Coronel Zárate, Manolo Gandarias, el Barón de Bonifaz, Paco Cembrano, el Cura Regalado, Don Joselito el Pollo de los Brillantes y el Rey de Navarra. Las horas luminosas en aquella tertulia solían ser las de madrugada, cuando aparecía el sablista famélico, siempre cesante. El ilustre primogénito, el militar, el torero, guiñando la pestaña, roncós de la misma ronquera, hacían gárgaras con ron de Jamaica. Entonces el gacetillero cruel jugaba el vocablo, el provinciano se extasiaba, el cómico encarecía el corte de su sastre, el borracho profesional, lloroso y babón, le adulaba, y el guitarrista, con sonsoniche, ferriaba a una niña de tablado. Era aquél uno de los círculos más depurados de la sensibilidad española y lo fue muchos años. El Suizo y sus tertulias noctámbulas fueron las mil y una noches del romanticismo provinciano. Adolfo Bonifaz propuso salir a robar capas. Celebraron la ocurrencia Toñete Bringas y Perico el Maño. Sin parar, en cuerpo, se echaron a la calle. Comentó el mozo que los vio tan dispuestos:

— ¡Vaya unos perdularios!

El Cura Regalado les echó una bendición. Paco Cembrano y el Rey de Navarra, con absoluta indiferencia, siguieron dándose jaque mate, atentos al tablero, en la última mesa de la rinconada. Pero se alzó como un león el Coronel Zárate:

— ¡Mozo, cierra las puertas! ¡Esta peña no patrocina esas bromas de mal género! ¡Es una peña de caballeros! ¡La broma de esos niños tiene muy mala pata! ¡Echa los tableros, Gabino! Que busquen dónde meterse si se les van encima los del Orden. La broma es broma, yo soy el primer bromista, pero esta relajación no es de caballeros.

Gabino permaneció mudo, asintiendo con la cabeza, sin moverse para echar los tableros, obediente a la mirada de la rubia del mostrador, que le advertía de estarse quieto. El Coronel, muy galante, saludó a la rubia, haciendo piernas y sonando espuelas, llegóse al mostrador, con bordeo de gallo viejo:

— ¡Está usted cada día más guapa, Enriqueta!
— ¡Siempre el mismo! Usted sí que está bueno.
— Tal cual. Pues la broma de esos niños me ha puesto frenético.
¡A mí, hace tres noches, me robaron la capa!
— ¡Ellos!

Con piadoso regocijo se volvían todas las cabezas interrogando al Coronel. Repuso el héroe:

— Ha sido en las afueras.

Husmeó impertinente la rubia:

— ¿Cuántos eran ellos, Coronel?

— No me paré a contarlos.

— ¿Iba usted de paisano?

— ¡Naturalmente! Si voy de uniforme, ni ellos se atreven ni yo me dejo.

Hubo un tácito acuerdo. El Rey de Navarra, volcando las piezas sobre el tablero, insinuó con delicada majestad:

— ¿Era buena la prenda?

— Era de mi suegro.

— ¿Paño de Béjar?

— ¡Indudablemente!

— ¿Embozos de felpilla?

— Creo que sí

— ¿Siete duros de empeño?

— Te equivocas. El invierno pasado daban doce, si la llevaba mi suegra.

Sentenció el Rey de Navarra:

— ¡Una buena prenda!

Este Rey de Navarra, quimérico y perdulario, era en verdad un gran señor, rama primogénita de Alfonso X el Sabio. Pleitos, usuras y dádivas le habían enriquecido, y desde muy joven vivía de trampas. En este momento isabelino, su edad no pasaría de los cincuenta: indulgente, con una magnánima y desdeñosa comprensión de todos los pecados, no se pasmaba de nada. Era ingenioso, placentero y muy cortesano. Los amigos de aquella tertulia, recordando algunas de sus fantasías, le llamaban siempre Rey de Navarra. Paco Cembrano, viejo cínico, de pintoresca labia, con un dejo de jugador de mus, le llamaba simplemente Monarca. El Cura Regalado, cuando tenía cuatro copas, le decía César Imperátor. Otros, Majestad. Por su nombre, ninguno le llamaba. Pero el mote burlesco,

con su pompa resonante llevaba un reconocimiento de jararquía y una amistosa complacencia en señalarlo. El arruinado prócer inspiraba el respeto de las imágenes sacras cubiertas de polvo y maltratadas del tiempo. Piedad y lástima. La rubia del mostrador le amaba en secreto, y era visible la emoción con que le nombraba. En rigor, la rubia habíase prendado de aquel círculo luminoso y romántico, donde se referían, como en las novelas, amores y adulterios de grandes damas. La Tertulia del Suizo, en sus horas más brillantes, con sus eternos temas de conspiraciones y valentías, lances de naipes y tauromaquia, cobraba un interés expresivo, una contorsión de teatral jactancia. En aquellos momentos, el corazón marchito de la rubia se conmovía con una primaveral floración, que le recordaba oscuramente la fiesta patriótica del Dos de Mayo. [...]

XII

Comenzó la juerga. Las niñas batían palmas con estruendo, y el chaval entraba y salía toreando los repelones de Luisa la Malagueña. La daifa, harta de aquel juego, saltó sobre la mesa, y, haciendo cachizas, comenzó a cimbrarse con un taconeo:

— ¡Olé!

Se recogía la falda, enseñando el lazo de las ligas. Era menuda y morocha, el pelo endrino, la lengua de tarabilla, y una falsa truculencia, un arrebató sin objeto, en palabras y acciones. Se hacía la loca con una absurda obstinación completamente inconsciente. En aquel alarde de risas, timos manolos y frases toreras, advertíase la amanerada repetición de un tema. La otra daifa, fea y fondona, con chuscadas de ley y mirar de fuego, había bailado en tablados andaluces antes de venir a Madrid con Frasquito el Ceña, puntillero en la cuadrilla de Cayetano. Pidió venia, anunciándose con los nudillos, el Pollo de los Brillantes. Esparcía una ráfaga de cosmético, que a las daifas del trato seducía casi al igual que las luces de anillos, cadenas y mancuernas. Susurró en la oreja de Adolfo:

— ¡Estate alerta! A Paquiro le han echado el guante los guindas y vendrán a buscaros. Ahora quedan en el Suizo.

Interrogó Bonifaz en el mismo tono:

— ¿Paquiro se ha berreado?

— No se habrá berreado más que a medias, pues ha metido el trapo a los guindas, llevándolos al Suizo.

Adolfito vació una caña:

— ¡Bueno! Aquí los espero.

— ¿Crees que no vengan?

— ¡Y si vienen...!

Acabó la frase con un gesto valentón. Luisa la Malagueña se tiró sobre la mesa, sollozando con mucho hipo. Saltó la otra paloma:

— ¡Ya le ha entrado la tarántula!

Gritó Adolfito Bonifaz:

— Luisa, deja la pelma o sales por la ventana a tomar el aire.

Los amigos sujetaban a la daifa, que, arañada la greña y suspirando, miraba al chaval del jubón y mandil andar a gatas recogiendo la cachiza de cristales. La Malagueña se envolvía una mano cortada en el pañuelo perfumado de Don Joselito. Entró Garabato con gesto misterioso:

— Caballeros, abajo están los guindas; van a subir. No quiero compromisos en mi casa. Si andan ustedes vivos, creo que pueden pulirse por la calle de la Gorguera. [...]

XXII

La Marquesa Carolina, prendida de perlas y encajes, con bucles y camelias en el escote, repartía saludos y sonrisas desde su palco en el Teatro de la Cruz. Julián Romea, envejecido y mortal bajo el colorete, celebraba su beneficio con el El Alcalde de Zalamea.

Valero hacía el Pedro Crespo, y el Don Lope de Figueroa, Romea. En el Saloncillo de Autores, un crítico flaco, miope y pedante, ponía cátedra con maullido histérico. Le decían por burlas Epidemia:

— Nuestro Adelardo se ha parangonado, se ha parangonado con el genio de Calderón. ¡De Calderón! Ayala no ha refundido, no ha refundido; ha colaborado. Como Calderón había antes colaborado con Lope. ¡Con Lope! El tema inicial pertenece al Fénix. Ayala ha igualado la versión calderoniana en sus más felices momentos. ¡En los más felices de Calderón! ¡Igualado!

Interrogó un pollo camastrón que asistía a todos los estrenos y regalaba bombones a las actrices:

— De la interpretación, deseaba yo oír el juicio de usted. Intervino un vejete despejado y risueño, con levitón y bufanda, narigudo, muy expresivo de mirada y gesto:

— Yo le diré a usted el juicio de nuestro eminente amigo: ¡Valero, bien! ¡Julián, mal!

Se aseguró los quevedos Epidemia:

— Valero, casi bien. El otro, detestable. Valero, alguna vez, llega a convencernos de que es Pedro Crespo. ¡Alguna vez! El otro es Lopillo del Gigo. Lopillo del Gigo, que va a operarse de una pierna al hospital. En ningún momento es don Lope de Figueroa. ¡En ningún momento!

Un apuntador jubilado, peregrino de puerta en puerta por los tabucos donde se vestían los cómicos, sonaba un campanillón; Julián Romea, verdadero reformador de la escena, había entronizado aquel adelanto, mejorando la añeja corruptela de avisar batiendo con los artejos. Al Saloncillo de Autores llegaba un rumor colmado de aplausos. Masculló Epidemia:

— ¡Son los primero que oigo esta noche!

Finalizaba el intermedio de bolero, y el chusco de la cazuela gritaba el clásico:

— ¡Zape! [...]

XXVI

Se fueron en el tren nocturno de Andalucía. Las siete de la tarde, en aquellos claros días marzales, era una hora elegante y discreta para las últimas despedidas en la Estación de Atocha. ¡Las siete de la tarde! Volvían de la Castellana los troncos con un vaho acre, salpicados de espuma los paramentos. El Marqués se llenaba de angustia con aquella evocación: el desfile de carruajes, los teatros, las visitas de monjas, el ceremonial palatino, todas las candilejas de su vida refitolera y mundana se apagaban en la cortijera reclusión de Los Carvajales. Para consuelo y amargura, lo mejor de la sociedad había dado cita en la Estación de Atocha. Un sentimiento confuso de ajenjo y almíbares arrugábale la cara, mientras se ponía los guantes, detenido en la portezuela del vagón. Asomó la Marquesa:

— ¡Feliche! ¿Dónde estás, Feliche?

— No se pierde Feliche.

Era la voz gatuna y callejera de la Chamorro, Condesa- Duquesa de Villanueva del Condestable. Estaba en secreta conversación con Feliche:

— Me lo ha dicho persona muy enterada. La Reina está trastornada por el perdís de tu hermano, y todo su interés por que se tapase la cosa ha sido por él. Tú no debes irte a Los Carvajales. Niña, cuando pasan rábanos, comprarlos. ¡Se te abren las puertas de Palacio! ¡Aprovéchate! La revolución aún está muy dura. Al Duque no le sacan más dinero, y sin dinero no anda el carro. La Reina ha manifestado deseos de verte, lo sé, porque tengo muy buenos espías en la Casa Grande. La Reina, en el fondo, es buena, tú eres buena... Podéis entenderos. ¡Qué mal te vendría un puesto en Palacio!

Volvió a llamar la Marquesa:

— ¡Feliche! ¡Que el tren arranca!

Insistió la Chamorro:

— ¡Vuelve pronto!

Sollozó Feliche:

— ¡Dolorcitas, usted no me conoce! Haré cualquier cosa antes que envilecerme con esa tercería...

Se pasmó cándidamente la Chamorro:

— ¡Serías capaz de representar el Quijote con faldas!

XXVII

Eran las últimas despedidas. Saludaban los caballeros alzándose las chisteras. Agitaban el pañolito las madamas. Teresita Ozores se subía al estribo para decirle un verde donaire a Torre-Mellada. Trepidaba el tren. La locomota chispeaba, sudando aceite. Por la puerta de viajeros, de carrerilla, en un remolino, aspados los brazos, entraba un tipejo. Torre-Mellada lo vio y recibió el último consuelo mundano: aquel tipejo que llegaba con retardo era Asmodeo.



Libro noveno

Réquiem del Espadón

I

El Palacio de Torre-Mellada, en la Costanilla de San Martín. Entre dos salones mal alumbrados, un camarote con mesillas de naipes y pinturas pompeyanas: humo de vegueros, brillo de calvas. El Marqués se santiguaba timorato:

— ¡Habría para creer en agüeros y hechicerías, si no fuese pecado, como reza el padre Astete! ¡Todo ha salido mal en este viaje!

Escuchaba la trinidad de carcamales, al reparto verde de la mesa de tresillo, solemnes las calvas. Con los tufos blancos encaracolados sobre las orejas, alguno tenía el estrafalario acento de un faldero achacoso. El Marqués, peinando el naipe, balaba su cuita beatona:

— De Segismundo Romero, mi administrador, me resisto a creer que esté tan comprometido que puedan encausarle. No es posible que se haya dejado cazar. ¡Sería absurdo, con su posición!... Yo estoy decidido a revolver Roma con Santiago. ¡Le conozco, y aprecio mucho sus buenas cualidades! Es honor mío sacarle del pantano. Requiero la ayuda de ustedes.

Quedó en espera. Meloso y jesuítico, sentenció don Gaspar Arzadun, Auditor de la Rota:

— Amparar al culpable sin culpa es obligación cristiana.

Asintieron las solemnes calvas de Don Pedro Navia y el Conde de Cardesic. Promulgó don Pedro Navia:

— Los hombres están en el mundo para ayudarse; la sociedad no tiene otros lazos.

Y el Conde:

— Jeromo, espera el cambio de Gobierno. Es mi consejo, porque no la cuenta Narváez.

Doblaba la cabeza el Marqués:

— ¡Pobre España! Todo está trastornado. El mismo día que me ausenté, sobrevino la catástrofe de Los Carvajales. ¡Mi mujer aun está en crisis nerviosas!

El Auditor, un ojo sobre el naipe y la ceja en saltos perplejos, meditando el descarte, propuso, con su docta prosodia de latín eclesiástico:

— La puesta sacada, presentaremos nuestros respetos a la Señora Marquesa. [...]

VII

El Ateneo Literario y Artístico tenía su sede en un casón oscuro y decrepito de la calle de la Montera. Bullían algareros los Ejércitos de Apolo. Estaba indecisa la batalla entre el Rey Don Francisco y el Duque de Montpensier. Patricio de la Escosura peroraba en un corro. Eduardo Saco correteaba por salas y pasillos, agudo y maldiciente. En el Olimpo de sillones y calvas, tosía Julián Romea. Manuel del Palacio, cerca de una ventana, apartado con otros de la cuerda progresista, recitaba un soneto, que era celebrado con risas. Floro Moro, bohemio y noctámbulo, se desayunaba en un rincón, con chocolate y buñuelos. Se abrazaban bajo una lámpara el Marqués de Molins y González Bravo. Un ujier potroso, los botones colgantes y la colilla apagada en la oreja, daba bordos buscando con la mirada y batiendo la misma tecla:

— ¡El Señor Marqués de Redín!

Iba de uno a otro grupo. Julio Nombela, pequeño, barbudo, circunspecto, subía a la tribuna para comunicar el aplazamiento de la votación. Despedíale el concurso con aplausos y siseos. Patricio de la Escosura se inflaba tribunicio:

— La Junta Directiva ha cedido a la presión del Gobierno. El eco de las disputas turbaba la paz sabihonda de la biblioteca. Cánovas del Castillo se ajustaba los lentes sobre una revista. Rasgueaba una larga carta libidinosa, con citas latinas del vate mantuano, Juanito Valera. Escamoteaba un libro entre los hábitos el cura Freyre. El gato bibliotecario recorría la fila de los estantes, aterciopelando en ondulaciones elásticas su ronda acrobática la cola en arco, los ojos lucientes. El ujier asomó cauteloso en el santuario de la sapiencia atenea. Examinó los rostros inclinados, luminosos en el ruedo de las lámparas de petróleo, con enaguillas verdes. La docta tábula cubierta de infolios, fascículos, atriles, calamarios y péñolas, tenía una luz de mesa de juego. El Marqués de Redín se distraía hojeando el Gotha. Llegose el ujier, y familiar le habló a la oreja:

— Señor Marqués, ha venido buscándole un fámulo de su casa.

Motivado la insólita concurrencia, no se le pudo dar cercioro de hallarse usted en el local, y dejó el aviso en conserjería.

El Marqués de Redín se volvió con un gesto de sorpresa:

— ¿Recado de mi casa?

— Y parece que urgente.

— ¿Por qué no esperó el criado?

— Pues si creo que ha dicho que iba en busca de médico.

— ¡Un médico!

El Marqués se levantó, recogiendo los guantes, cambiando un leve saludo de compañero con Juanito Valera. El docto cordobés respondió volviéndose al paso, con atildado y congénito empaque:

— Redín, ¿a quién otorga usted su voto? ¡Ilumíneme usted!

¿Cuál de los dos egregios candidatos aquilata más merecimientos?

Sonrió Redín:

— Indudablemente el Rey Consorte. Su epistolario será famoso con el tiempo.

Glosó, docto y malicioso, Valera:

— Abelardo y Eloísa en un cuño. El Rey Consorte indudablemente tiene un prestigio mitológico.

Se despidió Redín:

— Adiós, Juanito.

— Adiós, Redín. Y gracias, porque ha sido usted para mis dudas el Paracleto.[...]

Libro décimo

Jornada regia

I

Aquella primavera, como tantas otras, trajeron orla de luto las brisas del Guadarrama. Marzo y abril, siempre ventosos en sus idus, suelen declinar cierzos y nieves sobre la Corte de España. Los azules fillos serranos, en estas lunas, se llevan del mundo a muchos viejos de catarro y asma. Así, de un aire, acabó sus empresas políticas y sus bravatas de jácara el Excelentísimo Señor Don Ramón María Narváez. ¡Guadarrama de azules lejos, fríos y claros como el alma de los



criminales insignes, por tu culpa lloran los azules ojos de la Reina de España! ¡Tus colados filos segaron la flor de la canela para entregarla a pasto de gusanos!

II

Los Señores Ministros, abrazados a las carteras, esperaban en la Real Antecámara. Su Majestad, voluble de inquietudes y buenos propósitos, deseaba celebrar Consejo. Los Señores Ministros esperaban con grave compostura. Cambiaban impresiones. Tenían una sombra preocupada. Eran muy alarmantes los pliegos llegados de Londres y París. Aquellas Embajadas advertían de un complot para derribar el Trono. Los Generales Unionistas, olvidando todos sus juramentos, amenazaban con sacar las espadas contra la Reina. Algunos Consejeros se negaban a creerlo. Era, sin embargo, indudable que se conspiraba más que nunca en los cuarteles. Don Luis González Bravo, en veces presidenciales, oía el medroso agorinar, con sonrisa de hieles:

— Ni Sartorius ni Bravo Murillo lograron sobreponerse al elemento militar. A la tercera va la vencida, y espero mostrar que puede un hombre civil ejercer la dictadura.

El Ministro de la Guerra, inquieto, nervioso, tecleaba sobre el rojo marroquín de su ministerial cartera. Tragaba saliva, saltábale la nuez. Con la lengua hacía trabajos de aproche tanteando la fortaleza de su dentadura postiza. Al fin rompió:

— La Revolución no contará jamás con el Ejército. El Ejército, fiel siempre a sus juramentos, sabrá mantener la disciplina. Yo respondo con mi cabeza de la lealtad del Ejército. El trono es consustancial con el Ejército.

Asintió con inflada jactancia Don Carlos Marfori, Ministro de Ultramar:

— Los Generales revolucionarios no encarnan el sentimiento de la Milicia.

Don Lorenzo Arrazola, Ministro de Estado, arrugaba la cara, con feo mohín de dómine:

— Señores, no cerremos los ojos a las dolorosas realidades. El horizonte político está preñado de tormentas. Yo, desgraciadamente,

no comparto las ilusiones de ustedes. Nuestras Embajadas de Londres y París están sobre los hilos de un complot al cual no parecen ajenos los cuarteles. En el extranjero se hace una inicua campaña de calumnias contra la Reina. Se la presenta como otra Mesalina. Para contestar a esas difamaciones he redactado una circular dirigida a nuestros representantes en las Cortes Extranjeras. Puesto que nos hallamos reunidos, quiero someter su texto al juicio de ustedes.

Se calzó los espejuelos y buscó la minuta entre los papelotes de su cartera. La nota era de una sintaxis barroca, pareja con los ringorrangos caligráficos de las antiguas covachuelas. El Ministro contestaba a las gacetas que en el extranjero se hacían eco de las calumnias urdidas contra la Reina. Acusaba a los conspiradores de sacrificar la sagrada unidad de la Patria Española. Su voz rodaba sobre la curva ampulosa de las cláusulas, conmovida de un ramplón patetismo frailuno. ¡Aquella turba revolucionaria proclamaba la destrucción del orden social y político! Afortunadamente el noble pueblo español no se dejaba engañar por falaces aventureros, sedientos de sangre y ganosos de botín. España, fiel a su tradición católica y monárquica, era un solo corazón para amar a su Reina. ¡Una voz en la exaltación de las excelsas virtudes de su Soberana! ¿Pero qué más? ¡La Santidad de Pío IX acababa de premiar tan altas y resplandecientes prendas, enviándole el preciado presente de la Rosa de Oro! El Señor Arrazola, con tersuras lingüísticas de dómine, subraya y mira a sus compañeros con las antiparras en la calva:

— Estas sucintas verdades conviene hacerlas notar en el extranjero.

El Consejo tuvo un murmullo de rezos cortesés. El Señor Arrazola, poniendo el papel en la cartera, agradecía los plácemes de sus compañeros. El Presidente sacaba el reloj y miraba la hora, torciendo un ojo. Como si aquella acción fuese un conjuro, salió refitolero por detrás de un cortinaje —pantorrillas de seda, casaca y espadín—, el Marqués de Torre-Mellada. Su Majestad, afligida por la jaqueca, no podía recibir a sus Ministros. Los Consejeros, abrazados a sus carteras, simulaban una profunda condolencia, llena de formulismos y votos por la salud de la Señora. En parejas, salieron de la Real Antecámara:

— ¡Esta jaqueca me ha dado mala espina!

— ¡Jaqueca oficial!

— ¡Aún no asamos y ya pringamos!



- ¿Qué será ello?
- ¡Caprichos reales!
- ¡Nervios!
- ¡Algún cuento![...]

V

Era plena de luces la mañana madrileña cuando dejó su lecho de columnas con leones dorados la Reina Nuestra Señora. La Católica Majestad, vestida una bata de ringorrangos, flamencota, herpética, rubiales, encendidos los ojos del sueño, pintados los labios con las boqueras del chocolate, tenía esa expresión, un poco manflota, de las peponas de ocho cuartos. Con desgonce de caderas asentóse frente al tocador, altarete lleno de lilailos en el gusto de los retablos monjiles, y esperó a que la azafata pasase la chufleta para comenzar el tocado:

— Pepita, quiero que me pongas muy guapetona. Tengo interés en gustar...

Remilgóse la Doña Pepita:

— ¡La Señora ha recibido ese don bendito del que todo lo da sin la intervención de mis manos pecadoras!

— Ya sabes lo que quiero decir: me vistes con descote bajo.

Los bigotes del chocolate ponían una gracia chabacana y bribona en la boca de la Católica Majestad. Recalcó la dueña:

— ¿Descote bajo en viernes de Cuaresma?

— Pepita, obedece y calla... Ya me has contagiado el escrúpulo.

Acudió, enmendándose, la vieja lagarta:

— ¡Hablé sin licencia de Dios! El corpiño abierto nunca se ha tildado de pecaminoso, y con un tul queda tan decente como el cuerpo alto.

— Pepita, tú todo te lo guisas. Siempre Juan Palomo.

La Reina abrió un álbum de fotografías sobre el ancho regazo, y con donaires populares comenzó a pasar hojas. Era una abigarrada galería: reyes, príncipes, servidumbre palaciega, espadones, obispos, cantantes de ópera, personajes extranjeros; un mundo luminoso de ramplonas vanidades. De todos se burlaba con gracia la Reina Nuestra Señora. Quedó breves momentos mirando con gesto gachón el retrato de un buen mozo —unifome de maestrante—. Lentamente sacó la fotografía y, con ella en la mano, acabó preguntándose:

— ¿Sabrás que hoy hace su primera guardia? Pepita, tú que todo lo hueles, me han contado que anda en muy malos pasos este pollo.

Y levantaba la cartulina para que la cotorrón viese el retrato. Se arrugó con maternal suspiro la vieja.

— ¡Muy salado!

Malició la Señora:

— ¡Siempre has tenido buen gusto! Quiero hacer algo en favor de este tarambana. Su padre ha sido de los más leales servidores del Trono. ¡Ay, estoy siendo muy ingrata con sus hijos! Cuéntame, y no te andes con remilgos, lo que por ahí se dice del nombramiento. ¿Qué comentarios hacéis por los rincones?

— ¿Y quién sería tan osado que no reconociese en ese acto el buen corazón de la Señora?

— No me vengas con sahumeros. ¿Qué sayo se me corta?

— Muerta me vea si he percibido la más leve murmuración en la servidumbre de la Señora! Si hay malas lenguas, ¿dónde no las hay?, será por otros círculos de Palacio. Mi verdad por delante, no pondría mis manos en el fuego por salir garante de la otra Cámara.

— Desembucha, Pepita.

La Católica Majestad sonreía con chungá borbónica. La Doña Pepita, con las horquillas del moño real en los labios, exprimía un gran aspaviento.

— ¡No es para creído!

Y comenzó un susurro de comadres. Hasta el camarín de la Reina llegaba, de tiempo en tiempo, rodante, difuso de apagadas y profundas sonoridades, el eco militar de las salvas que rendían honores fúnebres al General Narváez. [...]

IX

Cantaban las cornetas militares y formaba la guardia de trasquilados pistoles, presentando armas, en las puertas de Palacio. El regio cortejo —damas, caballeros, edecanes— volvía cariacontecido a murmurar su intriga por rincones de antecámara, galerías y escaleras. Solamente doña Isabel tenía una expresión encalmada, contenida en augusto gesto de chungá borbónica: campaneándose con aire de oca graciosa, entre golpes de alabarda y trémolo de

cornetas, subía la gran escalera apoyada en el brazo del Marqués de Novaliches. Retirada al secreto de su cámara, dejó caer la máscara, recayendo en los temores y congojas del convento. Tomó la pluma con ánimo de escribirle a la monja; pero le dolían los ojos, y la pluma sólo dejaba caer borrones. Llamó a Doña Pepita Rúa y cambió de vestido. La azafata, con arrumacos de bruja, daba vueltas en torno a la Reina:

— ¡Pepita, no me marees! Tú algo tienes que pedir: habla pronto y vete. Estoy de muy mal humor y muy harta de tus entrometimientos. ¡Hubieras visto el feo de la Bendita Madre!

La cotillona se alargaba en un aspaviento.

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Esto es cosa de milagro! ¡Que por bruja me quemem si no es milagro! ¡Antes y con antes de la media tarde está esperando aquí la Madre Patrocinio!

— ¿Qué absurdos cuentas?

— ¡Divino Señor, de tu poder me espanto!

— ¡No me impacientes! ¡Responde! ¿Qué delirio proclamas?

— ¡Por lo que oigo y veo, vuelve el tiempo de los milagros!

— ¿Qué decías?

— Lo que decía digo. ¡Y me hago cruces!

— Pepita, vengo del convento y acabo de ver a la Madre. — ¡Quedaré por embustera, aun cuando yo también acabe de verla y conversarla en el oratorio de Vuestra Majestad! ¡Este pañolito lo estrechó en las manos, y la reliquia de su sangre véala, mi adorada Reina!

— ¡Sostenme! ¡Acompáñame! ¡Toda yo tiemblo! ¿Será ilusión tuya, Pepita?

— ¿Y este pañolito con su fragancia y su sangre?

— ¡Ay, muero! ¡Llévame al sofá! ¡Aflójame! ¡Ay, muero!

Los ojos negros de la azafata, bajo los rizos canos, tenían un extraño rigor, fijos sobre el rostro desmayado de la Reina. Doña Isabel suspiraba en el sofá, mientras la vieja servidora le soltaba los herretes:

— ¡Pepita, no te vayas...! ¡Ay, sí...! ¡Procura traerla...! ¡Ruégala...! No me dejes!

Pero la vieja se fue aspaventera y corretona. [...]

XIII

Don Luis González Bravo, cumpliendo deberes de etiqueta, pasó a presentar sus respetos al Rey Don Francisco. El Augusto Señor le recibió con amable reserva, adamando la figura bombona:

— Me alegro que seas tú quien recoja la herencia del pobre Narváez. Yo estoy muy contento porque conozco tu lealtad y sé que siempre has querido mucho a Isabelita. Mi Persona también ha recibido de ti señaladas muestras de afecto... Además, no soy rencoroso... Si lo fuese, es posible que en estos momentos tuviese de ti una queja muy grande: me la reservo y no quiero reconvenirte... Se ha omitido consultarme para la provisión de cargos en Palacio. Se ha querido, sin duda, con esa actitud, ultrajar mi dignidad de esposo, mayormente cuando mis exigencias no son exageradas. Que Isabelita no me ame es muy explicable... Yo la disculpo, porque nuestro enlace no dimanó del afecto y ha sido parto de la razón de Estado. Yo soy tanto más tolerante cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Nunca he repugnado entrar en la senda del disimulo y siempre actué propicio a sostener las apariencias para evitar un desagradable rompimiento... Pero Isabelita, o más ingenua o más vehemente, no ha podido cumplir con este deber hipócrita, con este sacrificio que exigía el bien de la Nación. Yo me casé porque debía casarme... porque el oficio de Rey lisonjea... Yo entraba ganando en la partida y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y acepté con el propósito de ser tolerante para que lo fueran igualmente conmigo. ¿Y qué consideración se me guarda? No hablo sólo por mí. Esos nombramientos van a escandalizar en la Nación. ¡La Nación no puede tolerar dignamente el espectáculo y el escarnio que se hace del tálamo! ¡Godoy ha guardado siempre las mayores deferencias a mi abuelo Carlos IV! En ningún momento ha olvidado que era un vasallo. ¡Cierto que son otros los tiempos! Pero el respeto a las jerarquías debe ser una norma inquebrantable. Es la clave del principio monárquico. Mi abuela María Luisa no sé lo que haya tenido con Godoy. ¡Allá su conciencia! Lo que todos sabemos es el profundo respeto y amor que siempre mostró a su Soberano el Príncipe de la Paz. Pero mi situación es muy otra, y con ser tan bondadoso el abuelo dudo que la hubiera soportado. La Reina, con su conducta, se hace imposible a mi dignidad y a la del pueblo español.



El Rey Don Francisco se puso en pie, señalando el final de la audiencia. El Señor González Bravo le clavaba los ojos adustos, movidos los rincones de la boca por una sonrisa de compasión y escarnio:

— ¿Vuestra Majestad desea que ponga sus reales quejas en conocimiento del Consejo?

El rey le pagó con un mohín desdenoso:

— Eres muy dueño de hacerlo si lo juzgas conveniente. Tornó el Ministro:

— Su Majestad la Reina desea que os dignéis presidir el duelo del General Narváez.

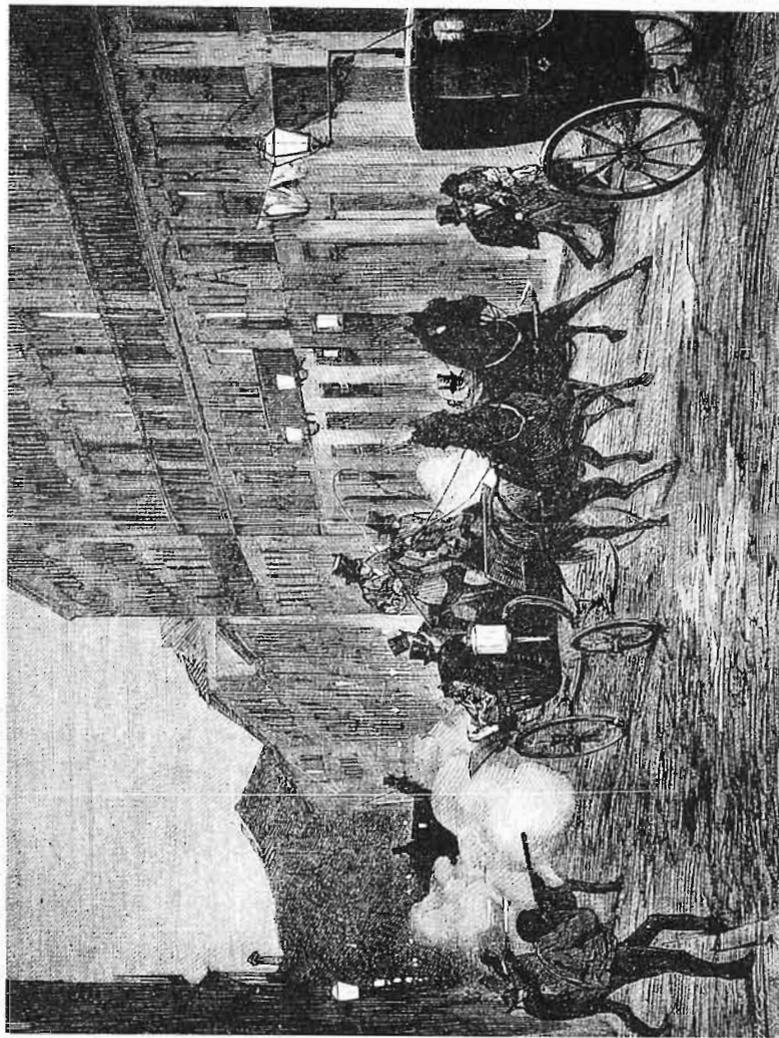
En la Cámara Real, vasta, cuadrada, solemne, su voz recibía una mengua jocosa, de fantoche que sale al tablado vestido con manto y corona de rey de baraja.

XIV

El Espadón de Loja tuvo magnas exequias con honores de capitán general muerto en campaña. Para ver pasar el entierro por la carrera tendida de rosas y fusiles ha salido al ruedo celeste, vestido de luces, el mozo rubio, como retórica la tribu faraona, allá por los pagos del difunto. El Espadón había dispuesto que se le diese sepultura en tierra de Loja. Madrid le despedía tendido por las calles, animado y bullanguero con tantos brillos de bayonetas, rosas, plumajes y charangada de metales. La guarnición, con uniforme de gala, cubría la carrera. La pompa de luces y cánticos, músicas y banderas, coronas y salvas militares era de una desorbitada redundancia a lo largo de las callejuelas moriscas, con tabernuchos, empeños y casas de trato. El latín de los rezos se difundía en barrocas nubes de incienso por la calle verdulera. Los acólitos levantaban los incensarios, y las graves voces de los oboes solfeaban la oquedad protocolaria del duelo nacional. Hacían Viernes Santo, a lo largo de las aceras, niños hospicianos con flacas velillas y con fachenda de hachones, los porteros de Cámaras, Tribunales y Academias. El Rey Consorte, exiguo y tripudo como una peonza, presidía el duelo. Pasos de bailarín y arreos de capitán general. Batían marcha los tambores. Un mirlo, viejo solista, silba el trágala en la tienda del zapatero,

héroe de barricadas, que se ha puesto, con desafío, el morrión de miliciano. El cortejo bajaba hacia la Estación de Atocha. Aromaban las primeras lilas y eran plenas de misterio floral las arboledas del Jardín Botánico. En el andén, elocuentes voces del moderantismo tejieron la rocalla de fúnebres loores, y tras el último pucherete retórico, renovóse el flato de añejas conjuras que tenían por patrono al Rey Consorte.





Atentado contra la reina Isabel II por la noche y en la calle de Ciudad Rodrigo. La Ilustración española y americana. 1872. Biblioteca Nacional.

Viva mi dueño

Libro segundo

Espejos de Madrid

I

- ¡Se redondea el tuno de Don Pancho!...
- ¡Vaya pestaña la del gachó!
- ¡Ha dado con una mina!
- ¡Aquí todo es bufo!
- ¡Bufo y trágico!
- ¡Pobre España! Dolora de Campoamor.

II

¡Me gustan todas! ¡Me gustan todas!

En los cafés, los jugadores de dominó; en las redacciones, el gacetillero, en las tertulias de camilla y botijo, el gracioso que canta los números de la lotería, en el gran mundo, las tarascas más a la moda, los pollos en cambio de voz, los viejos verdes, todos los madrileños, en aquella hora de licencias y milagros, canturreaban algún aire aprendido en el Teatro de los Bufos. Un cancán de alegres compases cierra los amenes de la fiesta isabelina, cuando los



santurrones candiles dislocaban el último guiño ante las pantorrillas de un cuerpo de baile, y solfas de opereta sustituían al Himno de Riego:

— ¡Pero la rubia! ¡Pero la rubia!

III

— ¡Ya tenemos Teatro Nacional!

— ¡Música y letra!

— ¡Es vergonzoso!

— Yo no me siento tan pesimista.

— ¡Nosotros, que somos los creadores de la zarzuela, dando entrada al ínfimo género francés! ¿Por qué no llevar a los periódicos una cruzada combatiendo las traducciones de libretos y novelas? ¡Que se hagan ediciones económicas del Quijote! ¡Que se represente a los clásicos!

— ¡Por ese camino iríamos muy lejos, Adelardo!

— ¡No se prostituya usted con arreglos del francés, Eusebio!

— ¡Hay que buscar el dinero donde fluye! ¡Arderius es otro Salamanca!

IV

Entreacto. La Corte deslumbra con sus lentejuelas de tambor y grita en el Teatro de los Bufos. La Señora —diadema, pulseras altas, pendientes brasileros— luce el regio descote, pomposa y mandona, soberaneando desde la bañera de su palco, moños y calvas, atriles de la orquesta y cuerpo de baile. Se apoderan del entreacto los galanes de la luneta y asestan los gemelos a las madamas. Aquellas dos, con mucho retoque de ricillos, cejas y lunares, son las Generalas Dulce y Serrano. El cristobalón de las patillas y los brillantes, es un fantoche revolucionario que vuelve a lucir su vitola habanera en los círculos y teatros de la Corte. El Señor Fernández Vallín, que viajaba por el extranjero y ha venido, según se dice, con instrucciones de la Junta Revolucionaria de Londres. Los cinco adefesios de aquel

entresuelo, son las niñas del Conde de Vilomara. El fatuo de la barba cósmetica y las perlas de ricachón es el Duque de Fernán-Núñez. La Marquesa de Torre-Mellada y Teresita Ozores deslumbran en la segunda platea de la derecha. —Antes del tercer acto se irán al baile de Medinaceli.— El Barón de Bonifaz, tiene su puesto en la regia servidumbre. Noche de moda. El gran tono girola su pingo de lentejuelas a la redonda de la sala, por las rojas y doradas peceras de los palcos. ¡Perlas de la Lombillo! ¡Encajes de la Cenicero! ¡Diamantes de la Casa-Juárez! ¡Rosicleres de Juanita Montes! ¡Falsas pedrerías de la Generala Ortega! ¡Bomboneras y lunares de la Torre-Mellada! ¡Lazos y plumas de Carmen y Josefina Córdova! ¡Gorjeos de la Teresita Ozores! ¡Pelucona de la Duquesa de Ricla! ¡Descote de la Casalduero! El rojo terciopelo de los palcos enciende un guirigay de luces y vaporosos tules, hombros desnudos, abanicos y brazaletes. En aquel proscenio, izquierda del espectador, asesinan corazones los elegantes del Reino: Pepe Alcañices, es el patilludo cetrino y jaque: el rubiales del párpado caído, Gonzalo de Bogaraya: el otro del monóculo y la roseta en el ojal del fraque, un diplomático francés. El Conde de Cheste, es aquel fantasmón de sombrero con plumas y la capa blanca, que ahora besa la mano de las Augustas Personas. —Apolo y Marte ciñen sus sienas.— Los tres petulantes que se lucen apostados en el pasillo de lunetas, no pertenecen al gran mundo: por lo excesivo de las corbatas y el ensortijado de las cabezas, parecen del honrado comercio. El buen mozo del calañés y la capa con embozos grana, es el Niño de Benamejé. —Ahorcados los andularios de clérigo y recobrada la estampa marchosa, se hace de amigos en la Corte.— Aquellos bigotes de pabilo, son del Teniente General Marqués de Novaliches: se aloja con la regia servidumbre y le aflige el escrúpulo de haber atishado, por el rabo del ojo, a los bajos de las suripantas. Gonzalón Torre-Mellada, Pepe Bringas, Angelito Sardoal y Manolo Zambrano, que enamoran a todas las del coro, ocupan las primeras lunetas de la orquesta. El húsar, con tantos cordones, es un ayudante del Duque de la Torre. —La Duquesa, le confía frecuentemente su escolta y no faltan murmuraciones.— Preludia la orquesta. La batuta silencia el patio. Se alza la cortina. Moños pimpantes, brazos desnudos, bocas pintadas, tules y talcos, mallas color de carne. Playera de las coristas, con baño de ola. La luz de las candilejas mete en un primer término absurdo y brillante, la fila tobillera de erguidos chapines. La Corte abre su



pavón de luces, divertida en el encanto fácil de ritmos y bufonadas. La Católica Majestad, siempre magnánima, se digna aplaudir la apoteosis de cancán y bengalas, y al ejemplo real, aplauden las camaristas, los mayordomos, las damas de la banda, los gentiles hombres y el Rey consorte. Silba en la cazuela un cajista de El Imparcial. ¡Desacato a la autoridad! Le llevan preso.

V

¡Sobresalto en los bastidores de los Bufos! ¡Sonando espuelas, y arrastrando el sable, llegaba el Coronel Ceballos! Coristas y suripandas, en corsé y papillotes, acuden a cerrar la puerta de sus camarines:

— ¡Ya tenemos al loco!

El Coronel Ceballos de la Escalera, brillante hoja de servicios, continente marcial, bellas barbas de cobre, ojos saltones, incoherentes y desorbitados, era un bizarro militar, rígido y ordenancista, credo apostólico, maniáticas devociones, propósitos y plumas de orate calderoniano. Geltihombre de la Real Cámara, tuvo alborotado el sentido, por amores de la Graciosa Majestad. Los augustos ojos —claro celaje madrileño— miraban aquella locura compasivos y chanceros. A pesar de tan dulce ejemplo, algunas lechuzas apostólicas batieron la castañeta del pico, con espantado repulgo. Al Teniente General Marqués de Novaliches —Aulico del Príncipe—, aquel desacatado amor, le ponía perlático y confuso. A la Duquesa de Fitero se le torcían las plumas del moño. El Conde de Cheste, Capitán General de Madrid, tuvo tanto enojo al saberlo, que arrestó y dejó sin mando al Coronel Ceballos. Refrendó las órdenes con un rugido poético:

— ¡El amor de ese jefe, no es un descato, es un sacrilegio! Cumplido el arresto, sin mando de tropa, privado del servicio de entrada en los reales aposentos, se le veía rondar en torno a Palacio. Todas las mañanas asistía al relevo de guardia, en el Patio de la Armería. De uniforme, a la cabeza de mirones y papanatas, saludaba con estentóreos vivas y devotos textos, la aparición, tras los cristales, de la Augusta Dulcinea. Repartía cigarros entre los pistolas:

— ¡Muchachos, algún día tendréis que verter vuestra sangre en



defensa de la Reina! Esa belleza corruptible que habéis saludado con las armas, ni comparable con la belleza de su real ánimo. ¡Quieren hacerla descender del Trono! ¡El Trono es suyo! ¡La Corona de España, suya propia! Ahora no la lleva porque es muy pesada. Estos tiempos son de jaquecas. Se la pone para dormir y tener sueños magnánimos. Las cabezas de todos los masones deben caer esta noche. ¡Vino y doble ración, valientes! ¡Esta noche!.

Amonestado por la superioridad militar, dejó de acudir a la Parada. Se le veía en los cafés y botillerías, se hizo noctámbulo, perdía al juego, frecuentaba los garitos y el confesionario, las novenas y los bailes de Capellanes. Llevaba a todas partes el mismo gesto alucinado y maniático, de una timidez explosiva. Caminaba rozándose con las paredes y tenía sombra de orate. Salió de su encumbrado delirio erótico, para poner los ojos en una suripanta de los Bufos. Frecuentó aquel escenario, tuvo piques con metesillas y sacabancos. Una noche, movió gran escándalo por celos, y quiso matar a la ingrata. Luego, durante algún tiempo, no se le vio por los círculos de la juerga dorada. Hacía vida devota, confesaba y comulgaba. Solía acompañarse de un capellán castrense, clérigo trabucaire, con marcado estrabismo y anteojos, pobres manteos, y zapatos arrugados, llenos de polvo. Juntos hacían largos paseos y visitaban a los pobres de San Vicente. Y en medio de esta vida, impensadamente, reaparece en el escenario de los Bufos. Susto, revuelo de faldas. En el pasillo de los camarines, subitáneo cierre de puertas. El traspunte corre en busca de Don Pancho. Don Pancho, mundólogo y efusivo manda traer pajarete y pasteles:

— ¡Formalidad, Coronel! Tenemos a Sus Majestades en el Teatro.

El Coronel le abraza con arrebatado entusiasmo:

— ¡Sus Majestades! ¿Don Pancho, noble amigo, no tiene el telón un agujero?

Corrió turulato, y equivocándose, metió el ojo sobre el palco de las Generalas Dulce y Serrano—dos jacobinas de aquellos amenes—. El Duquesito de Ordax, uniforme de húsares, cordones de ayudante, dábales escolta. Fernández Vallín, hacía su entrada con una caja de chocolates en cada mano:

— ¡Intrigantes!

VI

Fernández Vallín despidió bajo la iluminada marquesina a las Generalas Dulce y Serrano. Las madamas sacaban los abanicos por la portezuela del coche. El cristobalón cubano faroleaba alzándose la chistera. Y acudía por la puerta del teatro, ondulando la capa andaluza, el Niño de Benamejé:

— Se me había usted eclipsado. Su señor padre político, en carta de hoy, me comunica que tiene usted instrucciones. — ¡Efectivamente!... Me ha escrito... Le daré a usted la carta. ¿Adónde se dirige usted?

— ¡A cualquier parte, menos a mi casa!

— Pues vamos al Casino. Leerá usted lo que dice el viejo. Por la Plazuela de Matute y Calle del Príncipe salieron a la Carrera de San Jerónimo. El Casino de Madrid, en los fastos isabelones tuvo allí su sede. Subiendo la escalera, tropezaron con un mozo recadista, que bajaba corriendo. En lo alto, el ujier de casaca y medias rojas se encorbaba sobre el balaustre y hacía tornavoz con la mano:

— ¡La Botica de Borrell está abierta toda la noche!

El Niño de Benamejé, con autoritario desembarazo, alargó el bastón cortando el camino al criado:

— ¿Qué sucede?

— ¡Un accidente! Voy a la botica con esta receta.

El ujier explicó desde lo alto:

— El Señorito Torre-Mellada. Un vómito de sangre.

Don Segis comentó en voz baja, tocando el brazo de Fernández Vallín:

— Un vómito de vinazo. ¡El circunloquio del gachó tiene gracia!

— No me ha parecido que hablase en broma... Ni se hubiera propasado a tanto...

— ¡Estamos en un país muy democrático!

— ¿Y la receta?

— ¡Dos reales de amoniaco!

Bajaban conversando en grupo algunos carcamales reumáticos, embufandados y enchisterados:

— ¡La vida de crápula!...

— ¡Un tarambana!

— Un tarambana vicioso.

— Si este chico faltase, el título y los bienes de esa casa...

Murmuró Don Segis apresurándose:

— Vamos a ver qué sucede. Tenía usted razón. Un vómito de sangre. ¡Mala cosa!

El ujier, con la mampara entreabierta, explicó:

— Jugaba una partida en la mesa grande.

— ¿Ha perdido el conocimiento?

— Desvanecerse, sí, señor. Habla con un hilo de voz. La cara y las manos, una cera.

— ¿Dónde está?

No se le sacó de la Sala de Billares. En seguida apareció un médico y ordenó que se le tendiese sobre el diván y se le dejase en reposo, que era de mucho peligro trasladarle.

Atravesaron el gran salón, que por lo avanzado de la hora tenía las luces casi apagadas. Algunos grupos conversaban aislados en zonas de sombra: —Discretos susurros, lentitud, silencio. Un ujier con bandeja. Solfas de Fagot. Vislumbres de una cerilla. La brasa de un cigarro. Un terno.— No estaba más iluminada la Sala de los Billares. Daba su verde resalte, bajo una lámpara con enaguillas, la mesa pequeña de carambolas, donde continuaba la partida de dos maniáticos, que se movían en el fondo luminoso, solos, aislados, con gesticulación desmesurada. En el otro extremo, casi a oscuras, el grupo de amigos silenciosos rodeaba al pollo del trueno, que yacía tendido sobre el diván. Un viejo con los lentes temblándole en la junta de la nariz, le tomaba el pulso. El Niño de Benamejé se acercó, recogida la capa con garbo torero:

— ¡Salud caballeros! ¿Qué ocurrencia ha sido ésta, Gonzalón?

El Pollo Torre-Mellada amurrió la jeta:

— Segis, conviene avisar en mi casa.

— ¿Pero qué es ello?

— El petate para el otro mundo.

— ¡Qué asadura!

El viejo de los lentes sacó el reloj y consultó el minutero. Todos callaron, en espera de que hablase el oráculo:

— El pulso marcha bien... Un poco débil... Aires de campo...

Jugó la pañosa el marchoso Don Segis:

— Aires de campo y abstinencia de carne. ¡Gandulazo, a tomar el olivo para Los Carvajales!

Gonzalón entornó los párpados:

— No me abaniques con la capa, Segis.

Abría de repente los ojos y se incorporaba, haciendo con los brazos un ademán afanoso de apartarse la gente. Le saltó por la boca un chorro de sangre.

VII

Las malas noticias tienen alas, vuelan desaforadas en lenguas, hay como un placer en divulgarlas, y así ocurrió con el accidente de Gonzalón Torre-Mellada. Al palacio de Medinaceli, que ardía en fiestas, se metió el notición de una vez por cien ventanas iluminadas. La duquesa Angela, de rosa y crema, en el primer espejo que halló ante los ojos, ensayó un bello mohín de condolencia, indispensable en aquellas circunstancias:

— ¡Qué contrariedad!

Pero inmediatamente se corrigió, gustando una fórmula selecta, que satisfacía plenamente las aspiraciones elegíacas de su alma romántica:

— ¡Qué dolorosa nueva!

Las damas del gran mundo suelen tomar su lección de retórica en las revistas de salones. La dolorosa nueva, dinámica y sombrona, llevó un ligero trastorno a la fiesta de Medinaceli. Los Marqueses de Torre-Mellada estaban en el número de los concurrentes. La Marquesa, sponciada, fue conducida al tocador. El Marqués corrió turulato, refugiándose alternativamente en los brazos de unos y otros, todos en aquel momento amigos del alma:

— ¡Recibiré con resignación el golpe que me envíe la Providencia!

Adolfito valsaba con Eulalia Redín. En un revuelo de colas y compases, le susurró la noticia otra pareja. Cuando se detuvieron para tomar aliento, ya la noticia era de todos. Adolfito vio al desolado padre venir con los brazos abiertos:

— ¡Eulalia, tu pobre primo! ¡Adolfo, tu hermano de locuras! Acompañame hasta el Casino. Dame tu brazo.

Era la hora de la cena, y apenas algunas almas cristianas y dispélicas se agrupaban en torno del compungido cortesano. Adolfito le abrazó:

— ¡Jeromo, aunque me manches de babas la solapa!



— ¡Sois como fieras!

Salieron acompañados de unos pocos y llegaron solos a la escalera, brillante de luces, decorada con tapices y guirnaldas de flores valencianas. En el Casino tuvieron los primeros informes ciertos por el ujier que les abrió la mampara. El Marqués, con empaque muy digno, discretamente, dejó un duro en la palma del criado. Adolfo se sorprendía de no verle más lacrimoso, pero le duró poco este cuidado: al penetrar en el salón lleno del rumor de las tertulias, comenzaron los chifles del palaciego, las frases elegantes y rebuscadas:

— Los hijos dan trabajos, pero dan alegrías. ¡Perderlos es el mayor dolor que puede enviar el Cielo!

El Niño de Benamejí se destacó del grupo donde conversaba, y abrazó al carcamal:

— ¡Señor Marqués, soy de los amigos que saben compartir un dolor!...

— ¡Segismundo, conozco su gran corazón! ¿Ha visto usted a Gonzalo?

— Hace un momento. ¡Una hemoptisis, no es la de vámonos!

Renovó sus chifles el Marqués de Torre-Mellada:

— En medio de la felicidad acecha siempre el dolor... Pero esa sentencia árabe no basta al consuelo de un golpe tan inesperado: ¡Es el único hijo, Segismundo! ¡La esperanza y el orgullo de su pobre madre!

El timorato palaciego se apoyaba en el brazo de Adolfo. Aconsejó el Pollo Real:

— ¡Hay que ser hombre, Jeromo!

— ¡Y lo soy, lo he sido en todas las circunstancias de mi vida! ¡Pero comprende que mi corazón se dilacera!

Se detenía en la puerta de los billares, falso y lacrimoso como si le arrestase la zozobra de una fulminante desgracia. Al cabo, pisando de puntas, con un gesto de aparatosa consternación, acudió al lado de su hijo:

— ¡Qué disgusto! ¡No has pensado en tu pobre madre!

VIII

La pobre madre, ya instalada en su nido de cojines y faralaes, en la luz rosa del gabinete malva, olía un pomo de sales y susurraba mimosos cumplimientos a los buenos amigos que dejaban la fiesta por acompañarla. Los buenos amigos respondían haciendo la tornada de los cumplidos. No eran muchos: Teresita Ozores, Jorge Ordax y Pepín Río-Hermoso, muy aprensivo de que podía sobrevenirle un accidente como el de Gonzalón. La Marquesa jugaba muy discretamente la comedia de madre afligida. Su dolor resignado y del mejor tono, contrastaba con el hipo rotundo de Pepín Río-Hermoso:

— ¡Pobre Gonzalón! ¡Tan fuerte que parecía!

Los buenos amigos le miraron consternados. Jorge Ordax le dio un pisotón:

— ¡No hagas el asno!

— ¡Una muerte repentina!

— ¡Si no ha muerto, gahnápiro!

— ¡Es lo mismo! ¡Una hemoptisis!...

A Pepín Río-Hermoso, las muertes repentinas le asustaban con una luz dramática de relámpagos y naufragios. Hubiera sido feliz si el mundo no abrigase hemoptisis, derrames cerebrales, anginas de pecho y cólera morbo asiático. Pepín estaba saludable, dormía doce horas, era comilón, escupía el vino, no tragaba el humo y nada podía ya asegurarle contra una muerte repentina. Gonzalón, fornido como un toro, arrojando chorros de sangre por la boca, le advertía con una temerosa ejemplaridad cartuja. Y la inicial sugerencia plástica se le revertía en una zozobra toda nutrida con posibilidades de morir. Pepín Río-Hermoso lloraba no ser inmortal: como no podía reprimir la congoja, salióse al balcón, abierto sobre el jardín perfumado de magnolias, y se puso a rezar bajo la noche estrellada. El temblor remoto de los astros le enfriaba la carne. Afligíale, cada vez más negra, la zozobra de la muerte, incertidumbre y pavora de dormirse y no despertar. Dejó el rezo, para formularse el propósito de confesar inmediatamente sus pecados. Teresita Ozores salió al balcón con una revolera:

— ¡Ridículo!

— ¡Moscas!

— ¡Vete a otra parte!

— ¡Teresita, tócate las narices!

— Estás haciéndole un mal tercio a Jorge y Eulalia. Tienen que hablarse. Se han arreglado. Pepín, rico, toma aire.

Pepín, tras los estores, extendía, el brazo hacia la damisela:

— ¡Ahora llegan! ¡Un coche acaba de pararse! ¡Tan fuerte que parecía!

Teresita le tomó de la manga:

— ¡No digas nada! ¡Vamos a verle!

— ¡Es horrible tener que morirse de repente!

Atravesaron el gabinete con fuga silenciosa, pisando de puntas. La Marquesa Carolina, oculto el rostro en los almohadones, sollozaba nerviosamente con los hombros, como las primeras damas de la Comedia Francesa. [...]

Libro sexto

Barato de espadas

I

¡Al alimón! ¡Al alimón!

Claras luces madrileñas. —Salón del Prado.— Niñas y ruedas de la tarde, coloquio de nodrizas y roses marciales. Calesines y simones bajan, en puja, a la Estación del Mediodía. Arrastra el viento las silbatadas de la locomotora por las frondas del paseo. El cesante reumático profetiza en un banco:

— ¡Agua tenemos!

II

En los amenes isabelinos ocurrieron notorios milagros, pero ninguno tan sobresaliente como la puntual llegada del tren andaluz, aquella clara tarde madrileña, cándida tarde de milagro, perfumada de lilas y canciones de Primavera. Al trote de los maravillosos jamelgos retornaban simones y calesines cargados de viajeros, zancas abiertas, sobre el equipaje de valijas y sombrereras. El

Marqués de Torre-Mellada, extremoso de mieles y obsequios, conducía en su carruaje al encapotado General Córdova. Brujuleaba por ganarle el aire:

— Te dejo en tu casa, y esperas hasta que conferencie con la Señora. Nada de hacerle el juego a Serrano. Si lo meditas, comprenderás que es un descabello esa cacareada manifestación de fajines. ¿Fernandito, qué le dejáis a las cigarreras? Figúrate que el exprés hubiera traído el retraso de costumbre... Por un momento hazte esa cuenta. No hubieras estado a tiempo oportuno. ¡Es indudable!

En el Salón del Prado la nodriza y el sorche, alternativamente, empujan la rueda del barquillero. Marte enciende una tagarnina de a cuarto. Convida Ceres Pasiega. La tagarnina arde. ¡Hora plena de milagros!

III

El General Fernández de Córdova, sin tomarse descanso, metiendo prisa al asistente, revistióse los arreos militares y engomadas las guías del bigote, ilustrado el pecho con todo el cuelgue de medallas, cruces y veneras, echóse a la calle: muy farolón, puesto en medio de sus ayudantes, bajó al Prado. Entre los Generales de la conjura mediaba el acuerdo de acudir en cotarro marcial a tomar el sol en aquellas frondas. Como era tarde de milagros, no faltó ninguno de los juramentados Martes. —Vistasas luces de plumeros y bandas engalanaron el barcino arenal entre las fuentes de Cibeles y Neptuno. En un banco, tibio de sol, el terceto de cesantes, emulándose, canta los nombres:

— ¡El Duque de la Torre!

— ¡Don Domingo Dulce!

— ¿Ha visto usted? No oculta la cara el General Serrano.

— Pierrat, Contreras, Caballero de Rodas, Nouvilas, Echagüe.

— Esto es la caída del Gobierno.

— Buceta, Izquierdo, Sánchez Bregua. Juntos hemos sido escribientes en Oficinas Militares. ¡Suerte de gallego!

— Suerte de gallego, y la buena letra.

— ¡Eso sí! Un pendolista de primera. Siendo sargento, puso en un librito de fumar el Reglamento de Carabineros.



— ¡Ya es mérito!

— ¡También le ha valido el ascenso a oficial!

— ¡Pues es un caso de justicia raro en España!

— Brigadier Letona, Zabala, Messina, Ustáriz, Baldrich, Alaminos, Milans, Serrano Bedoya.

— ¿Los ha contado usted?

— ¡Dieciocho!

— ¡Si esto no es la revolución, puede ser la mecha! ¡Son muchos charrascos!

— Consecuencia lógica de los nombramientos para las dos vacantes de Capitanes Generales. Crisis de Ultratumba provocada por los Duques de Tetuán y de Valencia.

— ¡Tómelo usted a chacota!

— Ahora llega Córdoba. Si no he contado mal, son diecinueve.

Ante las luces de charrascos y pompones, un súbito desbarate de las ruedas infantiles prolongaba la arenosa avenida en la rosa y malva del crepúsculo. El cisma de toses y bandas, fajines y ojos de gallo, subió por la esquina de Villa Hermosa. Pregones y tonadillas reverdecieron bajo las arboledas. La pasiega y el sorche tornaron a cambiar promesas, empujando la ruleta pitagórica del barquillero.

IV

El Palacio de Oriente se hizo todo cruces al soplo de que habían salido a pintarla con terno de gala, salvillas y toses, diecinueve jaques del Generalato. Entre apuros y sustos fueron alumbradas todas las santas imágenes de las Cámaras Reales. El Marqués de Torre-Mellada coincidió al pie de la gran escalera con el Marqués de Alcañices:

— ¿Pepe, tú reprobarás la conducta de los Generales Unionistas? Los Grandes no podemos aplaudir esos aires matones. Yo confío que todo pasará como una nube de verano.

Adolfito Bonifaz se les juntó:

— Vengo de tu casa, Pepe. La Señora me ordenó que te buscara.

— Ya ves que me adelanto a los deseos de la Señora.

— Afrontando una silba he dado orden al cochero de meterse por el Prado. Quería cerciorarme por mis ojos para enterar a la Señora... Yo conté hasta catorce espadones.



El Marqués de Alcañices dejóse caer con pausa y reserva:

— Yo he contado diecinueve.

Se apuró a subir la escalera el Marqués de Torre-Mellada:

— El Gobierno, si dispone de la guarnición, debe prenderlos. En el caso contrario, dimitir y dejar libre la elección de la Corona.

Bajaban la Duquesa de Santa Fe de Tierra Firme y la Condesa de Olite, presidenta y secretaria, de las Señoras Josefinas. Llegaban resplandecientes, con las regias promesas de un donativo para la tómbola de los parvulines bautizados en Conchinchina. Se detuvieron coquetas y pedigüeñas. Sonaban las cornetas de San Gil. En el zaguan formaba la guardia de alabarderos. Las madamas se miraron:

— ¿Hay revuelta?

Esclareció el Barón de Bonifaz:

— Son precauciones.

La Condesa de Olite se hacia toda misterio:

— Debe haber algo. El Confesor y la Santa han subido por la escalera secreta.

Se asombró la de Santa Fe:

— ¿Cómo lo has guipado?

— Pestaña que una tiene.

Insistió la de Santa Fe:

— ¿Pero hay pronunciamiento?

Cacareó un tramo de escalera arriba el Marqués de Torre-Mellada:

— ¡Una pantomima! ¡Nada! Pepe le ha puesto un nombre muy propio. La Parranda de Marte. Hay que divulgarlo, cubrirlos de ridículo, disolver la manifestación con las mangas de riego.

Le engatusó la de Olite:

— ¡Propónselo a González Bravo!

V

El Conde de Cheste, Comandante General de Alabarderos, capa blanca, sombrero con plumas, haciendo piernas barateras, acudió a recibir órdenes de la Augusta Señora. Su Majestad, con magnánima entereza, refrenó los hipos y apuntó donaires:

— Si esos murguistas pretenden llegar hasta mí, quiero que sean inmediatamente arrestados y puestos a pelar patatas. Todos me deben cuanto son. Sin mí, el que más, sería hoy teniente de resguardo. No tuerzas la cara, que tus méritos y los de otros no los olvido en ningún momento. ¿Qué pretende esa Parranda de Marte? ¡Imponerse al Trono! ¿Es así como pretenden esos díscolos llegar a la Regia Cámara?

Aseguró el Conde de Chestre:

— La fórmula estará, sin duda, llena de respeto. Solicitarán presentar un memorial de agravios a Vuestra Majestad. Si Vuestra Majestad no se digna recibirlos, se limitarán a dejarlo para el Despacho en Secretaría.

— ¿Y quieres decirme qué boca de ángel te puso tan al corriente?

— Señora, son conjeturas que cualquiera puede hacer.

— ¿Sólo conjeturas?

— ¡Absolutamente!

— ¿Y si te equivocases?

— Lamentaría que llegase ese caso...

— Vas a darme un consejo de amigo, que pospone la opinión política a los intereses del Trono: ¿Qué hago yo con el supuesto papelito? ¿Qué respuesta le doy? ¿Lo dejo sin respuesta?

— Vuestra Majestad habrá cumplido con someterlo a la iniciativa del Gobierno.

— ¿Que resuelva el Gobierno? Tienes razón. Es lo constitucional, y esos templados no tendrían derecho a reprocharme nada... ¡Con todo, una dedalita de miel para amansarlos! ¿Tú, cómo lo ves? El paso de hoy marca un cambio de frente en los Espadones Unionistas: si pactan con los del progreso, hay que desbaratarles el pacto... La revolución, si estallase, sería para algo más que para un cambio de Gobierno. ¡No me hago ilusiones! Sería para imponerme la abdicación y arrancarme de las sienas la Corona.

Tomó tablas con la mano en el pecho el Conde de Chestre:

— ¡Eso querría ser! Dios hará que no se cumpla ese fermentado deseo.

Desentonó la Señora:

— Dios y un poco de prudencia en sus criaturas.

VI

Se movió discretamente una cortina, y salió muy entonado el Rey consorte: —Cabeza de peluquero, levitín de fuelles, bombachos color canela, botitas de rusell con tacón alto.— Pisándole la sombra, salió, desfigurada en beata de merinillo, la Monja de Jesús:

— ¡Ave María!

La Augusta Señora abrazó con lagotero compunge a la Señora Iluminada:

— ¡Patrocinio, interpón tu valimiento con el Altísimo! La cuadrilla de matachines se ha echado al ruedo, y, probablemente, intentará llegar hasta mi presencia.

— Vuestra Majestad cuenta con leales defensores y una heroica espada.

La monja derivaba un significativo golpe de ojos sobre el Conde de Chestre. El General se arrodilló esperando la gracia de besar el cabillo de correa que, por el borde del manto, le coleaba a la Seráfica Madre:

— ¡Qué tiempos de prueba, Señor Conde!

El Señor Conde se tocó la espada con garbo de comediante:

— Si los conjurados llegasen en su desmán a pretender hollar la Regia Cámara...

Se apenó la Augusta Señora:

— No extremes las cosas. Si la Guardia hubiese de hacer fuego sobre esos locos, que sea después de agotadas todas las razones. ¡Esa promesa la exijo de ti! Con ella me dejas menos preocupada... Si se ponen pelmas y lo echan por la tremenda, no estarán mal un escabeche con todos ellos. ¡Pero había de ser con todos!

Inflóse, fantasmón, el Señor Conde de Chestre:

— Haremos una primera representación de la Campana de Huesca.

El Rey Don Francisco, que se sonaba en el fondo de un balcón, vino a los medios, doblando con primor el pañuelo, el el pasi-trote currutaco:

— ¿No estará ganada la Guarnición?

Se engalló el Capitán General:

— La guarnición permanecerá fiel a la Reina.

Apuntó la Señora:

— ¿No te cegará la confianza?

— Respondo con mi cabeza.

— ¿Dime antes qué hago yo con tu cabeza! ¿Tienes seguridad en todos los Jefes de Cuerpo?

— ¡Absoluta!

— ¡Cómo ha visto una tantas ingratitudes!

El Rey Consorte acompañaba con su chirimía:

— ¡Tantas! ¡Tantas!... Yo creo que debían ponerse baterías en los ángulos del Palacio. Isabelita, en puridad está indefenso Palacio. Las Guardias, aun cuando hayan sido redobladas, son cuatro gatos... Sin duda harían una brillante defensa: basta para infundirles heroísmo el ilustre soldado que los manda. Pero mi duda está en que puedan los conjurados sacar tropas de los cuarteles y sitiarnos por hambre.

Se quitaba y se ponía los anillos la Reina Nuestra Señora:

— ¡Cuando niña me vi en ese trance!

Refrendó la monja:

— Aquel ayuno os libró de la regencia jacobina y os reintegró a los brazos de Vuestra Augusta Madre.

— ¡Así fue! Dos días a galletas y chocolate...

Confirmó el Rey:

— ¡En aquellos aciagos días las logias masónicas tuvieron secuestrada a la Corona!

Le salió el pavo a la Reina:

— ¡Ese recuerdo me impedirá siempre ceder ante las imposiciones y las intrigas de los interesados en perturbar con otra regencia la paz de España! Ante todo, la tranquilidad de mi conciencia.

El Rey Don Francisco apuntó un discreto comentario:

— Estoy de acuerdo, y, precisamente, ante el alarde de esos díscolos, lógicamente, temo que hayan trabajado los cuarteles. Sin duda, no intentarán tomar la escalera y repetir la locura que una vez ha dado tan funestos resultados. ¡Evidentemente! ¿Pero puede asegurarse que, si cuentan con las tropas, no intentarán poner cerco a Palacio? Recogerán las lecciones de la Historia. El asalto a la escalera ha sido un lamentable fracaso, pero, poco después, aquellos mismos hombres alcanzaron el logro de sus ideales poniendo cerco a Palacio. Isabelita ha recordado muy oportunamente la gazuza de aquellos tres días a régimen de galletas y chocolate.

Sacó la Reina el cabillo de sus recuerdos infantiles:

— Al General Prim, desde los balcones, le veíamos caracolear

en torno a Palacio... La cara verde de bilis, lleno de salpicaduras de lodo el pantalón colorado. La de Mina le llamaba el Caballo de Espadas. ¡Qué vueltas da el mundo!

Concluyó apenujado el Rey Consorte:

— ¡Dios sobre todo!

Con sonrisa de pastaflora, solicitaba el asentimiento de la Madre Patrocinio. La Seráfica aprobó, musical y balsámica:

— ¡Procuremos desagaviar con nuestras acciones al Santísimo!

La música afligida de aquella exhortación insinuaba una queja secreta recibida en celestiales confidencias. La Reina Nustra Señora, puesta en sobresalto, traspasada de recelos, temerosa de verse sometida a un sacrificio insuperable, intentó disimular con chungada borbónica, las zozobras de su Real Animo:

— La primera falta de esos parrandistas es que se hacen esperar demasiado. Pezuela, confío que tu espada leal sabrá defenderme.

Gatusona y mandona, le despidió dándole a besar su Real Mano. [...]

Libro octavo

Capítulo de esponsales

X

La Familia Real abandonó la plaza al comenzar la lidia del último toro. Las Augustas Personas, con largo séquito de palaciegos, repartían saludos y prodigaban sonrisas al ilusionado populacho de aguardiente y buñuelo. Madrid, polvoriento de sedes manchegas, tenía un último resplandor en los tejados. Sobre la Pradera de San Isidro, gladiaban amarillos y rojos goyescos, en contraste con la límpida quietud velazqueña que depuraba los límites azulinos del Pardo y la Moncloa. La luz de la tarde madrileña definía los dos ámbitos en que se combate eternamente la dualidad del alma española. La Corte de Isabel Segunda con sus frailes, sus togados, sus validos, sus héroes bufos y sus payasos trágicos, obsesa por la engañosa unidad nacional, fanáticamente incomprensiva, era sorda y ciega para este antagonismo geomántico, que todas las tardes,

como un mensaje, lleva el sol a los miradores del Real Palacio. En aquellos amenes, la unidad del credo religioso, que a lo largo de tres sombrías centurias pudo hacer las veces de vínculo político, se relajaba ya impotente para mantener la ficción, una vez abolidas las hogueras del Santo Oficio. La Fe Católica, encendida de dramatismo semítico, había dado su potente boqueada, quemando franceses, como había quemado hugonotes y judaizantes. España sostuvo la última de sus guerras religiosas frente a la invasión napoleónica, y haberlo desconocido es el pecado del vocinglero liberalismo, que legisló en las Cortes de Cádiz. Se quiso entonces coronar el fatasma de la unidad nacional con engañosos laureles militares y enmascarar la furia teológica del pueblo alzado en armas, con los rejos peleones del morapio patriota. Tan ilusas fanfarrias solamente alcanzaron para engalanar con ramos de floridos tropos, odas, arengas, proclamas, vítores. Sagunto y Numancia, Pavía y San Quintín, Lepanto y el Dos de Mayo, desempolvaban el diccionario de la rima y los preceptos de la poéticaseudoclásica. Pero la realidad es siempre más cruel que la mala retórica. Los Ejércitos Nacionales, que con heroicas retiradas, al perder todas las guerras, hacían gloriosos todos los desastres, no lograban mantener la pureza del caduco vínculo nacional, como la hoguera y el fraile. —Dos Españas acendran sus luces en el horizonte de herrenales y tejares, dos almas diversas dilataban hasta opuestas playas su vasto secreto en el silencio de la tarde. Verdes fríos, pinares brumosos, adustos roquedos, mudables mares, lluvias y vientos, intuía la sierra, frente a la llanura encendida de ecos africanos, vocinglera de zambras y majezas, amarilla de espartos, reseca de sedes.— Las Católicas Majestades inmovilizan una tierna carantoña frente al populacho. Madrid, tendido al sol, con polvo en la greña y moscas en las orejas, ilustraba la tarde con rufas hazañas, por garitos y tabernas. —Una jactancia chispona de jeta con chirlos pasea su gesto bravucón a lo largo del reinado isabelino: las fanfarrias militares han trascendido a la conciencia popular, con oles y falsetas de una jácara matona.— Saludaban los Reyes. Promovían bélico artificio de luces, espadines y bandas, charrascos y pompones. El oro de los entorchados y los retintos bigotes marciales encandilaban a la tinería de daifas y pirantes. Se complacían los marchosos de gusto, con las rubiales mantecas de la Augusta Señora. Partió el cortejo de cara al sol, entre un fugitivo espanto de perros y gallinas que dormían en las hoyas. A la puerta del tabernucho, en

una rueda de avinados fervores, enronquecía el ciego, al compas del
guitarro:

La más culpada de todos
Una mujer ha salido;
A las inocentes víctimas
Sacaba los higadillos,
Y guisados se los daba
De cena a los asesinos.[...]

Libro noveno

Periquito, Gacetillero

XVI

Madrid. —Presidencia del Consejo.— Telegrama circular a todos los Gobernadores Civiles: —Urgente.— Descifre V.S. por sí mismo P. en T. —La Policía en estas últimas horas ha descubierto los hilos de un vasto complot que en modo alguno halla descuidado al Gobierno. El Gobierno, por anteriores informes, sabía que los partidos extremos buscaban una inteligencia con la Unión Liberal. Realizado el pacto, la Policía no tardó en conocer los trabajos revolucionarios: se trataba, según todos los informes, de un cambio de Monarquía y Dinastía. Es indudable que la realización de tan criminal propósito representa la ruina del país, y su consecuencia sólo puede ser el triunfo de la más espantosa demagogia. España, con una revolución de esa índole, se igualaría a las más pequeñas e impotentes Repúblicas Americanas. El Gobierno, que considera como el más alto de sus deberes salvar al país de conflicto tan pavoroso, ha detenido a los Generales Duques de la Torre, Córdoba, Dulce, Zabala y Brigadier Letona. Al propio tiempo, ante el abuso que de ciertos nombres hacen los revolucionarios, dispone que salgan de España Sus Altezas Serenísimas los Duques de Montpensier. El Gobierno ha puesto en inmediata ejecución los acuerdos antedichos, y sigue reunido en Consejo. Se adoptarán las resoluciones más enérgicas para hacer frente a todas las consecuen-



cias que puedan derivarse, y cualquiera que sea la actitud en que se coloquen los elementos revolucionarios. Sin carácter oficial, conviene que V.S. haga circular la verdad de lo ocurrido, procurando infundir al país la mayor confianza de las decisiones del Gobierno.— Reina el orden más completo en todas en todas las Provincias de la Monarquía. Continúa y continuará inalterable en esta Capital. Recomiendo a V.S. la mayor vigilancia. Cuide V.S. de mantener el orden público, usando, si hubiere para ello el más mínimo pretexto, de un rigor que aniquile inmediatamente cualquier intentona de perturbación.

XVII

Toda España, por aquel tiempo de dictadura y trisagios, roncadas y trapisondas marciales, vivía con las manos en las orejas, esperando que estallase el trueno gordo. Se preparaba para el tiro, como al final de un melodrama. Del Ministerio de la Gobernación salían una y otra noche mandamientos secretos de registros y prisiones. Juerguistas, trasnochadores y barrenderos municipales, burras de leche y canes sonámbulos corrían las estrepitosas nuevas por todos los rincones de la Villa y Corte. Los periódicos de la opinión liberal, padecían a diario denuncias y secuestros. Se ocultaban sus redactores por sótanos y desvanillos, algunos desfigurábanse con pelucas y barbas de teatro, otros se rasuraban las suyas naturales. La Logia de la Escalerilla, siempre con oradores, propugnaba la moral del tiranicidio, y le ponía un morrión miliciano al Padre Juan de Mariana. La nociva jurisprudencia eclesiástica tomó auge con la prisión de Doña Walda.—¡Doña Walda, la Estanquera de Leganitos que le hacía los pitillos a Don Nicolás María Rivero!— España, de mar a mar, se encogía con un temblor de luneta intuyendo la conjura de embozados, el misterio de santos y contraseñas en voz baja, los cabildos tenebrosos, los coros de puñales juramentados.

XVIII

Periquillo Gacetillero difundía el mensaje revolucionario por la redondez del Ruedo Ibérico. Y en las ciudades viejas, bajo los porches de las plazas, y en los atrios solaneros de los villorrios, y en el colmado andaluz, y en la tasca madrileña, y en el chigre y en frontón, entre grises mares y pardos verdes, Periquillo Gacetillero abre los días con el anuncio de que viene la Niña. ¡Y la Niña, todas las noches quedándose a dormir por las afueras!...



Índice de ilustraciones

<i>La fachada del teatro Moratín en construcción. Ilustración española y americana. 1872</i>	17
<i>Revueltas callejeras. La Ilustración española y americana. 1872</i>	31
<i>Carrera de San Jerónimo, con el Palacio del Congreso y la Iglesia de los Jerónimos al fondo. Hauser y Menet</i>	61
<i>Vista de la Puerta del Sol. Hauser y Menet</i>	71
<i>Calle de Alcalá. Hauser y Menet</i>	95
<i>Los primeros tranvías de caballos en la Puerta del Sol, junto al surtidor. Hauser y Menet</i>	129
<i>El Teatro Real desde la estatua de Felipe V</i>	158
<i>Un café de Madrid. El Museo Universal. 1861.</i>	184
<i>Plaza de Santa Cruz. Ricardo Baroja</i>	209
<i>Atentado contra la Reina Isabel II por la noche en la calle de Ciudad Rodrigo. La Ilustración española y americana. 1872</i>	252



Índice

Presentación	VII
Introducción	IX
JOSÉ MARÍA DE PEREDA	
<i>Pedro Sánchez</i>	3
BENITO PÉREZ GALDÓS	
<i>La Fontana de oro</i>	47
<i>Miau</i>	65
EMILIA PARDO BAZÁN	
<i>Insolación</i>	85
LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»	
<i>Doña Berta</i>	123
<i>Sinfonía de dos novelas: Su único hijo</i>	141
ARMANDO PALACIO VALDÉS	
<i>Riverita</i>	159



PÍO BAROJA	
<i>La lucha por la vida: La busca</i>	191
<i>Aurora roja</i>	211
<i>Mala hierba</i>	215
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN	
<i>La Corte de los milagros</i>	233
<i>Viva mi dueño</i>	253
Índice de ilustraciones	275



Este libro, Madrid en la Novela III,
se acabó de imprimir en
diciembre de 1993
en la imprenta de la
Comunidad de Madrid.













MADRID EN LA NOVELA III

El presente volumen, "Madrid en la novela III", recoge una serie de novelas escritas durante la segunda mitad del siglo XIX, mostrando en la literatura la ebullición a la que estuvo sometida la vida social y cultural de los madrileños de aquellos años. La ciudad que asoma en las páginas de "Clarín", Pereda, Galdós, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Baroja o Valle Inclán determina y configura de un modo inmediato el Madrid de nuestros días.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura

